

EL TEONOMESÍAS

SAGA SISTEMA AISLADO



LAURENCE CASTILLO

LAURENCE CASTILLO

Copyright © 2019 Laurence Castillo.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Septiembre 2019.

Título Original:

El Tencomesías.

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Fotografía: Pixabay.

Maquetación y Corrección: EDICIONES K.



EDICIONES K

EL TECNOMESÍAS

Para una mujer que me enseñó a amar.
Para un gran amigo que sabe escuchar.

Agradecimientos especiales a Daniel “Malcador” Ferrer-
Casanova, por su invaluable y precisas observaciones.
Y a la señorita Kris por su pura gentileza.

LAURENCE CASTILLO

Sistema aislado

El Tecnomesías

Libro 1

—LAURENCE CASTILLO—

EL TECNOMESÍAS

*“Escribir un libro es una lucha horrible,
exhaustiva, semejante al prolongado
padecimiento de una dolorosa enfermedad. No se
debería emprender jamás una tarea así si no se
siente estar dominado por una fuerza que no es
posible resistir ni comprender.”*

Por qué escribo —George Orwell

PRIMERA PARTE

—1—

Convergencia

Engel Leckher

Esquema de la problemática: fragmento No. 19

Línea de tiempo

Los Sabios Ármiceos del periodo antómano proponen un modelo heliocéntrico en contraposición al modelo serocéntrico predominante. Sus teorías fueron motivo de burla hasta el advenimiento de la Revolución Estelar.

*“Parece que le tomó varios ciclos a la raza de primates evolucionados el aceptar que no eran el centro del universo; sin embargo, considerando el estado de oscurantismo científico, no puedo acusar a los antiguos sieranos de megalomanía.”

Comentario adjunto por Sírlen Mikxens.

Siera: Sector Lunder 1, Lútrades I.

Él nunca se molestó en disimular el error de la heterocromía en sus ojos.

—Es como vivirlo todo otra vez... —dijo Engel, recostado en el diván para pacientes mientras la psicoanalista lo estudiaba con atención, sentada de piernas cruzadas desde el otro extremo de la

habitación—. Es tan real. Como un implante de realidad virtual.

—Implantes RV... —repitió la psicoanalista, y tecleó algo en las notas de su HoloPad.

El consultorio circular permanecía casi en penumbra —para estimular la introspección del paciente— gracias al sistema ambivalente del cristal en la única ventana del lugar; un gran rectángulo que abarcaba la mitad de la estructura en disco de la habitación. Era entonces solo un bloque oscuro que aislaba el lugar del fulgor deslumbrante de la metrópolis de Lúttrades I por fuera.

—¿Los utilizas a menudo? —indagó ella. Una mujer de rostro fino con gafas de marco grueso que se iluminaba sutilmente ante la luz verdosa del HoloPad—. Los implantes, me refiero.

—Oh... por supuesto que no —respondió rápidamente Engel, un tanto irritado internamente por lo que insinuaba aquella pregunta—. No ahora que las visiones volvieron; lo empeoraría todo, me temo.

Engel se levantó a medias del diván, y apoyándose sobre su codo derecho, miró por sobre su hombro para poder observar a la profesional de la mente que se posaba en su asiento de cuero negro a sus espaldas. Allá, entre las sombras.

—¿A qué viene la pregunta? —dijo.

La irritación defensiva del culpable...

—Toda información que me brindes es contribuyente a tú historial clínico, Engel —respondió ella, alzando la mirada de su pantalla—. Un antecedente de abuso de neuroestimulantes digitales de libre circulación podría ayudar a diferenciar las

alucinaciones o pesadillas de causa orgánica o mental de las exógenas.

—No soy adicto, ¿está bien? —respondió Engel, y tras una breve pausa, como meditando sobre ello, reafirmó —: Sé controlarme.

Bajo su bata blanca ella vestía una falda corta que a Engel le pareció inapropiada. Aquel par de piernas cruzadas que terminaban en un calzado alto le distraían como el adolescente hormonal que era.

—Yo sé que sí, Engel —afirmó ella—. Ahora recuéstate otra vez. Enfócate.

Engel lo hizo, y ella anotó algo en su pantalla, asintiendo con la cabeza.

—Ha ocurrido por años —dijo Engel, de nuevo reposando boca arriba en el diván, con las manos entrelazadas sobre su pecho, y la mirada perdida en el techo—. Comenzó desde entonces, desde aquel día. Varios especialistas han borrado el recuerdo directamente desde mi módulo de memoria, pero... sigue auto regenerándose, sigo recordando, y por eso estoy aquí otra vez.

—Continúa... Háblame de ese recuerdo, ¿es siempre el mismo?

—Siempre —afirmó Engel con voz adormitada, y deslizó sus ojos siguiendo unas pequeñas luces que parpadeaban una tras otra en sentido a las agujas del reloj a lo largo del techo en forma circular que tanto utilizaban los psicoanalistas. (Evita el efecto inhibitorio que causan las esquinas de una habitación en un sujeto.)

—¿Puedes describirlo para mí? —dijo ella, modificando, por medio de su SENI, sus cuerdas vocales para obtener el tono melifluido adecuado. Lo que

en psicoanálisis sierano moderno se conocía como: “usar la voz” —. Yo estaré ahí contigo.

Un sutil nistagmo se manifestó en los ojos heterocromaticos de Engel, y en el segundo siguiente, estaba ya en el punto de no retorno. En aquel estado, ella podría acceder a su SNI y repasar junto a él las memorias necesarias, navegar por su mente como si de una carpeta llena de archivos en un ordenador se tratara, con el permiso, por supuesto, del sujeto. Permiso que le otorgaba aquel pequeño fragmento de consciencia remanente, la parte que aún le pertenecía a Engel; El Núcleo Propio. Ni siquiera el estado de Lútrades podía acceder al Núcleo Propio de un ciudadano sin una autorización oficial por parte de la FDI en los cuatro sectores (o de la persona misma en casos especiales) por efecto del tratado interplanetario de respeto al derecho de individualidad.

—Estoy ahí otra vez —dijo Engel, girando los ojos por la habitación circular, de nuevo, pero esta vez, en sentido contrario a las agujas del reloj—. ¿Por qué me obliga a esto? No quiero estar ahí.

—Es necesario, afróntalo. Ahora, dime ¿dónde estás, Engel? —dijo ella, enlazada a su SNI, viendo lo que él veía, pero todo era oscuro.

—En el centro de convenciones —susurró Engel—. El día del atentado terrorista; el día en el que él se fue... Tengo once años. No puedo moverme, me siento adolorido, pesado. Estoy tendido en el suelo, siento una línea de frío recorrer mi espalda, pero sobre mí siento un calor avasallante. Confusión. Escucho alarmas de emergencia y mucha gente gritar a mi alrededor. Piden ayuda; tienen miedo... yo

también. Percibo llamas arder cerca, y comprendo porqué siento tanto calor.

>>Abro mis ojos, y veo el centro de convenciones arder en ruinas. El resplandor de las llamas tiñe el lugar de un color naranja infernal, y hay brazas y humo flotando sobre mí. Escucho a alguien toser a causa del humo a mi lado. Miro a mi izquierda y veo a mi padre, mi visión es brumosa, pero sé que es él, arrastrándose lentamente en mi dirección, repitiendo mi nombre, lleva el rostro cubierto de sangre. “¡Engel! ¿Estás bien?” El sistema contra incendios se activa. Más gente grita y llora, sirenas de la policía se escuchan a lo lejos. “¡Malditos Noxistas!” “¡Lo pagaran caro!”.

>>Siento un hilo de alivio al ver a mi padre con vida, pero entonces pienso en él; en Keiden, recuerdo que estaba ahí con nosotros, aquel día, en aquel lugar, en aquel maldito momento. Logro girar mi cabeza al otro extremo, y entonces lo veo...

Engel se detuvo. Presiono fuertemente los labios y temblaba sobre el diván, en silencio.

—Continúa, Engel... —pidió la psicoanalista, con los ojos cerrados, viendo dentro de su mente. “Estando” ahí con él.

—Keiden está ahí, a mi lado, a poco más de un metro... ¡Está muerto! —Engel se estremeció en el diván, y la psicoanalista reguló por medio del SENI su hipotálamo para calmarle. Engel se relajó y continuó con voz quebradiza. — Sus piernas están cubiertas por escombros... Y.... y se está quemando... Llamas envolviéndolo.

Engel pausó el recuerdo nuevamente, y la psicoanalista sintió junto a él su legítimo dolor. Inhaló profundamente, regulando su módulo emocional.

—Vi llamas devorar su piel. Ampollas formándose en su rostro. Mi querido hermano... Su rostro, paralizado en una máscara de dolor eterno. Lo veo arder en mis sueños, viéndome... Pidiéndome ayuda. Y yo no puedo recordarlo ya con otro rostro — un par de lágrimas brotaron de Engel, se deslizaron por su rostro y desaparecieron en su cuello—, quisiera decirle cuanto le extraño, cuanto lo amo, quisiera no haber ido a esa estúpida convención aquel día...

Un rescatista con máscara y traje anti incendios se apareció en la imagen del recuerdo, respiraba bruscamente a través del filtro de la máscara, hincó una rodilla en el suelo, tomó a Engel en sus brazos y lo sacó del lugar.

—Es suficiente —dijo la mujer, y se desconectó de su SNI. Engel sollozó por unos segundos en el diván mientras ella tomaba más notas en el HoloPad que le reposaba sobre las piernas.

La psicoanalista hizo un gesto en sus controles y el bloque negro que era la ventana se aclaró gradualmente, dejando que la luz del día bañara lenta y delicadamente la habitación de nuevo hasta que, de ser un rectángulo oscuro, pasó a ser un portal brillante que otorgaba una bondadosa vista de la ciudad de Lútrades I. Grandes agujas de cristal y edificios desafiando la gravedad por lo alto entre las cuales circulaban innumerables aerocoches autocontrolados.

Engel se incorporó y permaneció sentado al borde del diván suprimiendo sus emociones mientras la habitación recobraba vida y color.

—Acércate, Engel. —le pidió ella amablemente.

Engel lo hizo a paso lento, arrastrando los pies, un poco aturdido aun, y se sentó en un cómodo sillón cobrizo frente a ella.

—No más SNI por hoy, ¿te parece?

Engel se encogió de hombros.

—Hablemos de otros asuntos —continuó ella tras no recibir respuesta—. Dime, ¿cómo te hace sentir la noticia de la posible separación de tus padres?

—Mal, supongo, ¿qué puedo decir? —dijo Engel, tamborileando los dedos sobre los brazos del asiento, indiferente—. Ya se veía venir. Los dos planetas a su vez se están divorciando... Que dos personas más lo quieran hacer no me tomó por sorpresa considerando la situación actual dentro y fuera de mi familia.

La psicoanalista inclinó la cabeza y le vio por sobre el marco de los lentes.

—¿Relacionarías la noticia de tus padres con el retorno de estas visiones?

Engel dejó caer la mirada al suelo, meditabundo. Asintió con la cabeza.

—¿...O quizás con tu aviso de reclutamiento obligatorio?

—No —respondió Engel inmediatamente, con seguridad—. Para cuando fui avisado del reclutamiento, el problema había brotado ya.

La sesión se siguió con una docena más de preguntas incómodas hasta que, desde la baja mesa que los separaba a ambos, se proyectó una pantalla

holografía en blanco ante Engel, y éste le devolvió una mirada interrogativa a la entrevistadora.

—Para la siguiente prueba, necesito que dibujes en la pantalla lo primero que se te venga a la mente... Ahora.

Inconscientemente, Engel hizo caso a sus palabras, y en aquel preciso segundo, su mente escogió lo que dibujaría en la pantalla tras un proceso mental fugaz y automático. Sin necesidad de acceder a su SNI, ella había controlado su mente, y con una técnica tan simple como antigua. Engel se limitó a resoplar ante la idea absurda de dibujar figuras como un niño.

—¿Es enserio? —dijo, con una incómoda sonrisa en el rostro.

Ella asintió. Engel, tras un suspiro, tomó renuente el estilete y comenzó a hacer trazos en el holograma.

—Helo aquí —bromeó un Engel catártico tras unos segundos—. Obra maestra.

Cuando colocó el estilete de vuelta en su ranura, el holograma hizo un giro de ciento ochenta grados y se deslizó hacia la psicoanalista. Esta se inclinó levemente, apoyando los codos en sus rodillas para apreciarlo más de cerca. En el dibujo improvisado, hecho con tanto descuido que era casi un conjunto de garabatos, se apreciaba una caja, y en el centro de ésta, las siluetas superpuestas de dos gatos; uno vivo, y el otro aparentemente muerto.

—¿Algún motivo en particular por el qué escogiste esta ilustración, Engel? —preguntó ella. Presionó “Guardar” y el holograma se encogió. Volvió a erguirse en su asiento.

LAURENCE CASTILLO

—No lo sé, debo haberlo visto por ahí... —dijo Engel, y se encogió de hombros, de nuevo.

—El gato en la caja —dijo ella, señalando el holograma que permanecía encogido en la mesa—. En una figura está vivo, y en la otra está muerto, ¿se trata del mismo gato, o son dos gatos distintos?

Un enorme transbordador de la flota Lunder voló lentamente sobre el edificio y ocluyó el sol, oscureciendo de nuevo la habitación.

—Dibujé lo primero que se me ocurrió, como usted pidió. Diría que no es el mismo gato. —El transbordador finalmente se alejó en su paso, y volvió a reinar la claridad. Hubo una pausa—. ¿Cómo podría el mismo gato estar vivo y muerto a la vez?

Ella le miró, arqueando una ceja. Continuó la sesión por un espacio corto de tiempo con preguntas que a Engel le resultaron irrelevantes (a su entendimiento, otras partes de la sesión no las recordaría) hasta que finalmente le autorizó ponerse de pie y reactivar su SNI. Engel lo hizo, y la interfaz de usuario se volvió a proyectar en su mirada, como siempre la había visto desde que tuviera consciencia; como siempre deberían haberla visto todas y cada una de las personas en los dos planetas a partir de la Revolución Neuronal.

SISTEMA DE NEURO—ENLACE INTEGRADO

Usuario: Engel Leckhert

Etiqueta ID: 910305HC (Reclutado: AMBROS)

Sector: Lunder 1

SALIENDO DE EL MODO DE ESPERA... ¡LISTO!

Rastreó satelital, ubicación espacial, signos vitales básicos, clima local, buzón de entrada, contactos, búsqueda en la red y demás herramientas de uso diario por el hombre en su vida cotidiana desde hacía ya demasiados años se proyectaron a la vez en una saturada imagen humano—ordenador para rápidamente desaparecer en la interfaz, a la espera del llamado a voluntad el usuario. Hacía mucho que Engel no suspendía su SNI por un período mayor a un par de minutos. Agitó la cabeza para adaptarse.

—Progresamos bastante el día de hoy, y en una sola sesión —dijo la psicoanalista. Dejó el HoloPad en una pequeña mesa de al lado y se puso de pie, alisando sus prendas contra su cuerpo y acompañó a Engel a la puerta, dándole suaves palmadas en la espalda—. Estarás bien, Engel. Un par de sesiones más y nos habremos ocupado de ello; esta vez, para siempre. No tendrás problemas con ello en la academia. Te lo aseguro. —Esbozó una sonrisa.

Engel esperaba de brazos cruzados apoyado contra la pared del prolongado y estéril pasillo del edificio de clínicas médicas mientras la psicoanalista, a la puerta de su consultorio, exponía a sus padres sus conclusiones preliminares. Su madre (virdeana), con un largo abrigo gris plateado que le cubría el cuerpo, escuchaba con atención asintiendo con la cabeza y presionaba fuertemente el asa de su bolso. Su padre (sierano), un hombre muy alto y de porte erudito, con lentes anticuados y una chaqueta marrón con parches en los codos, escuchaba de brazos cruzados, con una

mano cubriéndole la boca, no miraba directamente a la mujer, sino que sus ojos se perdían en una expresión de culpa.

Ahora debe estarles diciendo que no tengo reparo, pensó Engel, que sería mejor reiniciarme, o ya de una vez; desconectarme. Aunque... al fin y al cabo no tiene caso ahora que me marchare a la academia. Podrán volver a empezar, desde cero, cada quien, en su planeta, mientras yo muero guerreando por motivos que no estoy seguro de comprender.

...

Abordaron el aerotaxi autocontrolado en la azotea del edificio de clínicas. El sol ya se había perdido en la línea del horizonte, así que la gran cruz roja de neón que resplandecía ahí arriba bañó de rojo el interior de la oscura cabina del vehículo antes de que este alzara vuelo tras que su padre le transmitiera la dirección del apartamento mediante neuroenlace. El taxi se incorporó con suma precisión al circuito de tránsito, y volaron por entre miles de otros vehículos automatizados y abigarrados edificios tapizados de hologramas 3D publicitarios con sus bases que se perdían introducidas en la neblina pintaba en los colores por las luces de neón cercanas, por debajo.

La colosal hiperaguja vigilando sistemas desde el horizonte, punzando el cielo sin estrellas con su anillo de hologramas y rayos girando en torno a su punta. Varias naves del ejército se punteaban como pequeñas sombras con luces parpadeantes navegando hacia ella. Un impulso azul eléctrico la recorría en sentido ascendente; las pulsaciones del corazón de la ciudad.

Lotes de taxis se posaban sobre las azoteas, yendo o viniendo al llamado mediante la red desde todos los rincones de la ciudad. Drones de seguridad AMBROS, escaneando con sus conos luminosos a la agitada población en las calles, o bien; a las que esperaban en las paradas del (ya no tan utilizado para transporte civil) sistema de transporte por tubos al vacío.

Sin embargo, desde el interior de la cabina todo era muy silencioso, apenas se escuchaba el soporífero zumbido del vehículo. La cabina constaba de dos cómodos asientos de espuma negra, uno enfrente del otro, Engel se acomodó por su cuenta justo al centro de uno, y los señores Leckhert se sentaron distantes en el otro, cada quien perdió la vista en su respectiva ventana. Los lentes de su padre reflejaban las luces de la ciudad al pasar. Engel odiaba aquellos estúpidos lentes rectangulares. Si bien es cierto, que el SNI, con sus funciones tomando lugar en la corteza cerebral, no tenía función de corrección alguna en los problemas de refracción del globo ocular; se contaba (por supuesto) con métodos correctivos avanzados de los cuales algunas personas como su padre, o la psicoanalista parecían prescindir por motivos puramente estéticos, o como Engel pensaba; creían que los hacía ver más inteligentes. Engel pensó muchas veces en tirarlos por la ventana del alto edificio de apartamentos en el que vivían, pero nunca lo hizo.

Hubo un pequeño atascamiento en el circuito del tránsito vehicular, y se detuvieron justo al lado de un holograma de la campaña de “Mueve ese trasero”, en el cual una mujer de cuerpo atlético se movía enérgicamente: “¡Vamos! ¡Levanten esos culos gordos de su asiento!”. Las comodidades de la tecnología

pasaron factura al cuerpo del hombre, y por todos lados se le estimulaba a “mover el culo” en pos de que la raza humana no terminase convertida en una bola de grasa sudorosa y pulsátil con capacidades inalámbricas.

Sus padres apenas intercambiaron palabras —reclamos y comentarios sarcásticos— y entre ellos ondulaba el aire divergente de un matrimonio fallido. Engel prefería no formar parte, y simplemente... observaba. Tras un rato de engorroso silencio, el ícono en realidad aumentada de “En llamada” se apareció sobre la cabeza de su madre, tornando aún más incómodo el ambiente en aquella pequeña cabina de taxi en la que ninguno de sus pasajeros quería estar. Sin embargo, la señora Leckhert —técnicamente— ya no estaba ahí, pues se perdió en la neurollamada con quién sabe quién, a lo que su padre le miraba disgustado con el ceño fruncido desde el otro extremo del asiento.

Su madre reposaba el brazo izquierdo en el marco de la ventana del taxi, y su mejilla sobre el puño cerrado de este. Asentía inconscientemente con la cabeza a lo que se le decía en aquella llamada privada interna. Llevaba su lacio cabello rubio, casi grisáceo a los hombros. Su rostro era pequeño y tenía una nariz frágil; sus ojos eran perfectas esmeraldas (el típico color de ojos del virdeano). Bajo el gran abrigo plateado llevaba un cuello de tortuga negro, y dos cristalinos aretes le colgaban de las orejas, entre el cabello.

Finalmente, el señor Leckhert se hastió y decidió encender el anticuado sistema de audio del taxi.

Sintonizó un programa de redifusión aleatorio. (Odiaba tener que escucharlo “dentro de su cabeza”).

“...así que el sector Lunder está atrapado en esta especie de micro guerra asimétrica contra la fuerza insurgente Noxista...”

Dijo una voz grave, masculina y añosa en la transmisión.

“...en lo que a mí respecta, Boster —dijo otra voz más joven en el estudio—, el único pecado de esta gente (los Noxitas) es el de ser los esclavos de su propio pasado; los remanentes de una generación muerta.”

La producción del programa reprodujo un efecto de sonido con murmuraciones y abucheos sintéticos de desaprobación.

“Bueno, bueno —dijo el abucheador experto en polemología—. A ver; me explico, déjenme terminar, amigos, déjenme terminar...”

Engel y su padre intercambiaron miradas incómodas, y su padre cambió a otra transmisión; a una de noticias.

“... a pesar de todo, los Estados Virdeanos del Norte continúan movilizando numerosas tropas a Mender disipando toda esperanza de poner fin próximo al conflicto popularmente conocido como La Guerra Roja...”

Su padre continuó escaneando transmisiones, se detuvo en una en la que se podía escuchar un salvaje tumulto.

“...reportando desde las afueras del capitolio del sector Antho en Lútrades II —dijo un agitado periodista—, donde una multitud de ciudadanos

continúa aglomerándose; exigen la deportación de la población virdeana de su sector”.

“¡Fuera Verdosos, fuera Verdosos!”

Engel y su padre escuchaban absortos cuando la señora Leckhert interrumpió de repente;

—Por los Sabios... ¿Puedes callar eso? Por favor.

Volaban sobre el circuito periférico de suburbios. Ahí, los complejos habitacionales cambiaban los tapizares holográficos del centro de la ciudad por unos más bien naturales; como bosques verticales, las torres de apartamentos tenían huertos frutales en las azoteas, jardineras en los ventanales y balcones (de personalización posible mediante bioedición) y techos de cristal cubiertos con césped dentado. Todo enlazado al sistema de E.Flora que generaba mediante la fotosíntesis de las plantas, una prudente fracción de energía de apoyo para una pequeña parte de las necesidades básicas de un apartamento mediano. Lo que fuera que pudiese hacerse para ahorrar energía, se hacía. Contaban también con postes de iluminación autoalimentada por turbinas eólicas de eje vertical; un intento masivo de reconciliación por desnaturalización urbana.

El taxi se detuvo sobre la torre de apartamentos de los Leckhert y levitó allí por un rato mientras el padre de Engel verificaba los permisos por ID antes descender al pad vehicular de la azotea. Se dispusieron a bajar a su piso usando el elevador y el taxi se perdió en lo alto dejando atrás un suave olor a armiza quemada que se entremezclaba con el aire fresco del jardín que crecía en la terraza. Engel olfateó pensando: “armiza, la causa de todo”.

¿Qué es la armiza?

...

Me hastié de este color —pensó la madre de Engel, mientras configuraba el pequeño panel de control junto a la jardinera—. Me apetece un magenta. —Con un rápido presionar de botones, las hermosas plantas decorativas que colgaban del balcón, cambiarían (en aproximadamente cinco días) al nuevo color seleccionado—. Combinará con mis nuevas cortinas.

Su padre estaba concentrado en su estudio. Un arqueólogo especializado en el periodo Antómano. Se llevaba las manos a la cabeza ante la frustración de su última y complicada publicación sobre reliquias del Sector Blanco Inferior. La pieza entera alrededor de su escritorio estaba atiborrada de estantes con antigüedades acumuladas en sus viajes; curiosidades del mercado de Venassi, fragmentos de rocas de templos olvidados de El Jerén; ciudad vieja, cilindros de textos prohibidos encontrados en las tierras bajas al Zide Bons. Cilindros... como aquel que robarían los pequeños hermanos Leckhert en la imprudencia de la infancia alguna vez...

Engel permanecía tendido en su cama con las luces de la habitación apagadas. La pequeña luz azul de su SNI parpadeaba a ritmo cardiaco en su sien izquierda. Pensaba en lo que tendría que afrontar en la academia. Sin importar lo duro que fuera, sería un buen nuevo comienzo. También pensaba en el porqué de su reclutamiento. En un inicio, la noticia había sido motivo de frustración para él, y sufrimiento para su familia, pero con prontitud supo darle brillo al lado positivo. En cierta forma, cumpliría el sueño

cosmonauta de su hermano. Lo haría por él; por Keiden. Alcanzaría las estrellas, de otra forma, pero lo haría... y eso lo hacía sentirse mejor consigo mismo. Pero... por otra parte, estaba el asunto de las alucinaciones virtuales. Engel no le habría contado todo a la psicoanalista aquella tarde, y había sabido ocultarlo bien cuando ella estuvo ahí. Había algo más en su SNI, algo que no se comportaba como un recuerdo, quizás por ello se le pasó por alto a la especialista. Quizás era algo que ni siquiera ella comprendería.

Voces subidas de tono en la otra habitación. Sus progenitores discutían otra vez. Engel soltó un gemido de frustración y se llevó una mano a la frente. No pueden callarse, dijo a sus adentros, y, sin mirar, buscó a tientas en la oscuridad para sacar un implante RV de una pequeña gaveta al lado de la cama. Revolvió pequeños cachivaches hasta que lo sintió. Este chico se larga de aquí, dijo en voz baja, cediendo a la tentación, y colocó el pequeño rectángulo oscuro mate en su región pre auricular. Solo una última vez, de verdad. El implante se adhirió a él, extendió los brazos a lo ancho de la cama, y... Engel ya no estaba.

...

Recostado sobre sus codos en una ilusoria colina de cristal de RV ilícitamente modificada, Engel meditaba con una sonrisa de complacencia en el rostro. Un gélido pero apacible viento le acariciaba y agitaba los cabellos. Colina abajo, la textura de cristal se deslizaba, como hielo derritiéndose, y convergía toda

acumulándose en un prisma cristalino que giraba sosegadamente a lo lejos, sobrepuesto al sol, refractando su haz de luz.

—Has cedido, de nuevo. Realmente tienes gustos bizarros —dijo un espectro acucillado a su lado. Una especie de holograma oscuro, sin rostro, del cual parecían desprenderse pequeños píxeles a causa del viento.

—Así que sigues aquí... —respondió Engel sin prestarle más atención.

El espectro se inclinó hacia Engel, tan cerca que podía escuchar su falsa respiración digital.

—¿Te hicieron ir donde la loquera otra vez?

Su voz era como la de una computadora, pero susurrante; una aparición digital. Se movía a una tasa de cuadros por segundo menor a la del resto de la simulación, por lo que verle moverse le provocaba a uno un leve mareo.

—Sí, pero esta vez por decisión propia. Necesitaba olvidar, otra vez.

El espectro soltó una horrible carcajada sintética, cuando lo hizo, muchos píxeles se sacudieron de su cuerpo. Engel se estremeció, aquella risa siempre le provocaba escalofríos, como el rasgar de una uña de borde agrietado.

—Te quieres deshacer de mí, ¿eh? —Se acercó a Engel aún más, susurrándole al oído. Por algún motivo, olía a metal corroído—. Pero le agrado a una parte de ti. Disfrutas de mi presencia. Y nada, ¿me oyes?, nada de lo que esa mujer pueda darte se compara con lo que yo te ofrezco; ¡es la contraoferta del siglo!

—Keiden... El eco de su persona aún resuena en los pasillos de mi memoria... ¿de verdad tienes el poder de lograr eso que dices, espectro?

—Tengo el poder —afirmo con confianza el espectro digital—. ¿Lo has pensado? Parece demasiado bueno para ser real ¿no?

—Nada de lo que sucede aquí es real, espectro.

—¿Cuáles son las bases de esa aseveración?

—Esto no es natural.

—Ah, Engel, las leyes son maleables... En fin. No le contaste sobre mí, y mi propuesta a la loquera, ¿verdad?

Engel abrió los ojos, la mirada vacía, la sonrisa de su rostro se apagó.

—No...

—¿Por qué no, Engel?

—No tiene caso.

—¿Por qué no tiene caso?

—Porque ellos no saben encontrarte.

—Porque sólo tú sabes encontrarme. Y solo yo se encontrarle a él... Entonces, ¿hacemos el trato?

Engel no dio respuesta, devanaba todas las posibilidades en su cabeza, finalmente, se dejó ir; sin darse cuenta de ello, firmaría un contrato con aquel espectro que daría rienda suelta al primer y último gran pandemónium digital. Esa noche, la áspera risita del espectro resonó casi inaudible en todo lo ancho del ciberespacio, se torcerían todos los designios programados; el Conquistador Binario daba inicio.

—2—

Señores de Venassi

Raziel Nox

Sírlen Mikxens

Makno—Kent—Nox

Esquema de la problemática: fragmento No. 110

Misceláneos

Enrid, el Espiral Cósmico:

También referido en antiguos epigramas como “El Dragón del Otro Lado” o “La Fuerza que nos trajo”. Es la figura central de las religiones Niridistas de las Sagradas Tierras Amarillas del ahora nominado sector Kent. Se le describe en las divinas leyendas como una entidad en forma de dragón serpiente, que, en el inicio de los tiempos, brotó a nuestra realidad desde un “agujero” en las estrellas. Surcó el cosmos en sentido espiral mientras de su cuerpo se iban desprendiendo de a poco pequeños segmentos que terminarían formando cada uno los distintos planetas que conforman hoy nuestro sistema iridal. Su cabeza, por último, se posó en el centro del sistema, y está ahí, desde entonces, dando forma al gran astro luminoso.

*“Se dice que, cuando el momento sea propicio, Enrid pondrá en marcha a lo que muchos se refieren como “El Gran Desfile Cósmico”, llevándose consigo a todos los dignos y fieles.

Si tal rapto llegase a ocurrir... yo ahora ruego por ser dejado atrás.”

—comentario adjunto firmado por R.N.

Siera: Sector Kent 3, Venassi.

El reflejo policromo del charco en las calles del gran mercado de Venassi se disolvió cuando el pequeño Raziel lo pisó con sus sandalias mientras escapaba muy juguetón de sus nerviosos cuidadores.

—¡Joven Raziel, por favor! —suplicaba correteando atrás de él uno de los guardias del Supremo Señor del Sector 3, Makno—Kent—Nox, su padre. “Si pierdo a este niño, el Señor Kent se asegurará entonces de que pierda yo mi cabeza” pensó el atormentado hombre. Salinas gotas de sudor se le deslizaban por la frente a causa del intenso calor del centro de la antigua ciudad dorada. Cargaba su casco bajo el brazo.

—¿Cómo puedes ser tan tonto? —renegó muy agitado el otro guardia que corría a su lado—. Me descuido por un segundo y ya has perdido al niño de vista.

—¿Por un segundo? —exclamó irritado el otro. Sus negros trajes de la guardia militar crujían en su correr—. Todo el día te has dedicado a echarle el ojo a las concubinas de quien sabe quién, cara de lagarto.

—Alguien tiene que velar por la seguridad de nuestras valiosas damas, ¿no? —respondió el guardia mujeriego y presionó contra su espalda la correa de su rifle de plasma que le revoloteaba en ésta—. Hago labor social. Ahora aligera el paso y atrapa al niño.

El pequeño pero ágil Raziel se movía con destreza entre gente y puestos de venta. Pasó bajo carpas, pequeños espacios, mesas e incluso cruzó bajo la gran falda de una señora corpulenta impidiendo que aquel par de robustos guardias entrenados que entonces

parecían más bien torpes pudieran atraparle. Él apenas escuchaba las suplicas del guardia entre aquel bullicio; mercaderes vociferando sus (increíbles) ofertas, predicadores, gente preguntando por productos, hologramas musicales y ruidosos aerocamiones herrumbrados transportando mercadería. Un sindar (bestia de transporte ungulada parecida a un camello) se asustó a su pasar y se encabritó, a lo que su dueño tuvo que domarlo con la correa. Los guardias se disculparon de modo apresurado y siguieron su paso tras el niño

Raziel se detuvo en seco cuando se topó con las piernas de un hombre altísimo, calvo y de apariencia recia parado como una gran muralla frente a él.

—¿Adónde va con tanta prisa, amo Raziel? —dijo el hombre acucillándose frente al niño que permanecía quieto y firme ante él en un símbolo de profundo respeto. Respeto con el cual aquellos torpes guardias solo podrían soñar.

—¡Señor Mikxens! —dijo el niño recuperando el aliento—. Vi a Enrid deslizarse entre la gente, así que sentí deseos de correr, de atraparle.

Para aquel entonces el par de guardias les alcanzaron y se detuvieron frente a ellos. Uno se encorvó sin aliento sobre sus rodillas mientras la frente le goteaba.

—¡Ruego nos disculpe, señor! —dijo el guardia mujeriego, firme y con la mano izquierda contra el pecho, en saludo—. Tuve que ayudar a una pobre anciana con su carga, a lo que el niño se le escapó a mi torpe compañero.

El otro guardia le vio frunciendo el ceño.

—Ya hablaré con ustedes dos más tarde —dijo el hombre calvo, clavándoles la mirada por sobre la cabeza del niño que seguía de espalda hacia ellos, sin prestarles atención.

El hombre llevaba una larga gabardina abotonada de hombros anchos y un par de lentes adheridos a sus órbitas, sin marco, sin patillas, se acoplaban a su piel; como parte de él. Así que lo que vieron aquellos guardias no fue un par de ojos humanos, sino el resplandor de la luz sol reflejada en los pequeños cristales ovalados.

—¿Encontraste lo que buscabas, señor Mikxens? —curioseó el pequeño Raziel con sus rizos cobrizos de cabello bañados en sudor cubriéndole la frente y orejas.

El misterioso señor Mikxens dio unas palmadas a un pequeño bolso que llevaba bajo el brazo y afirmó con la cabeza.

—Me ha costado —dijo—, pero los he encontrado. Por eso te he dejado tanto tiempo con este par de ineptos. En parte esto también es mi culpa —dijo en voz alta para que los guardias pudieran escuchar también.

—¡Rogamos nos disculpe, señor! —dijeron firmes y al unísono.

Los ojos azules del pequeño Raziel bailaban de un lugar a otro apreciando la bastedad de formas en la ciudad mientras uno de sus guardias lo cargaba sentado sobre sus hombros cuando caminaban a las orillas del abarrotado canal de Venassi. El otro guardia les seguía el paso cuidándoles las espaldas, o

quizás desde ahí atrás podría echar mejor el ojo a las señoritas.

—...por eso su padre le ha permitido acompañarme esta tarde, joven amo —iba diciendo el señor Mikxens caminando al lado del guardia que lo cargaba con amplias zancadas y con las manos cruzadas tras la espalda—. Es propicio que vaya usted conociendo la ciudad de primera mano; sus calles, su gente... Su pueblo. El pueblo que alguna vez le corresponderá gobernar a usted como el próximo señor Kent cuando se acabe el tiempo de su padre.

El intenso calor reverberante distorsionaba el paisaje urbano al otro lado del canal. Algunas naves muy cargadas cortaban suavemente sus aguas y numerosos aerovehículos de todos los tamaños lo atravesaban como insectos zumbando sobre un charco. Las siluetas de las grandes torres de los templos de piedra al otro lado parecían hervir sobre los caseríos y balnearios de purificación. La ciudad más antigua que las leyendas y tradiciones juntas era un símbolo anacrónico resguardando (casi) su cultura del infectante modernismo. Aquí y allá, gente de todas las clases, envueltas en ropas de seda, tatuajes y turbantes, ya fueran humildes o de alto estatus se detenían y hacían reverencias al pequeño Señor de Venassi que se paseaba en lo alto, sobre los hombros de su guardia. El niño (como se lo había enseñado su padre) levantaba la mano hacia ellos y esbozaba una sonrisa imperial a cada uno. Llevaba una holgada túnica de seda blanca con bordes dorados. El joven Raziel era, por muchos, considerado el niño más hermoso de todo Venassi.

—¿Cómo lo haré, Señor Mikxens? —dijo el niño, aferrado con sus pequeñas y delicadas manos al visor del casco del guardia—. ¿Cómo sustituiré a padre? El luce tan fuerte... ¿Por qué yo? ¿Por qué no tengo hermanos aquí conmigo?

A esa altura, él apenas estaba unos cuantos centímetros por encima del altísimo señor Mikxens.

—De todos los hijos que su padre ha tenido, solo usted, mi amo, cumple los requisitos para un posible señor Kent —respondió Mikxens—. Y cuando nació, el amo Makno supo que era usted el indicado. Por orden del mismo Enrid, me dijo. Así que se lo llevo con él, a su palacio.

El críptico Sírlen Mikxens, consejero de confianza del Supremo Señor Makno—Kent—Nox, y la vez cuidador y educador del joven Raziél Nox, parecía no ser afectado por los efectos del tiempo. Su rostro no exhibía arruga alguna (a pesar de que era igual o mayor de edad que su padre) y en su calva no se dibujaba ni un poro, ni un folículo piloso (como si nunca hubiera tenido cabello alguno), ni un vaso sanguíneo; solo un extraño tatuaje que parecía un híbrido entre antigua simbología antómata y un circuito de computadora se dibujaba desde su región temporal izquierda hasta parte de su zona occipital, por la nuca.

—¿El mismo Enrid se lo ha ordenado? —preguntó Raziél, apoyando su quijada sobre el casco del guardia. Cansado y pensativo.

—En un sueño, sí. —respondió Mikxens—. Eso me ha revelado su padre.

—Yo mismo he visto a Enrid esta tarde —dijo Raziél, irguiéndose sobre los hombros del guardia con

súbita determinación—. Así que debe ser cierto —afirmó con la cabeza—, tengo yo un deber para con el pueblo. Quiero ser como mi padre algún día.

—Y ser un Señor Kent demanda sabiduría, mi joven amo —agregó Sírlen Mikxens—. Los tomos que he encontrado hoy nos serán muy útiles. Mañana comenzaremos con las lecciones, a primera hora.

—¡Si, señor! —dijo el inocente Raziel muy animado.

Nadie se percató de la sonrisa sombría y desdeñosa que se dibujó en el rostro sin ojos humanos del señor Sírlen Mikxens en ese momento...

...

Al crepúsculo, Makno Nox, Señor Kent en Venassi, observaba la ciudad desde la ventana de su habitación más alta. Las luces despertaban como pequeñas criaturas abriendo sus ojos a la noche. El brillo de los hologramas, anuncios LED y cables de neón que se aferraban a los antiguos muros de piedra resultaba más evidente entonces, y la ciudad lucía menos vieja. Eso no le agradaba mucho a Makno. “...pero que se le va a hacer, no podemos frenar el progreso”. Entre los techos se alzaban las columnas de humo de las piras encendidas. Coloridos dragones de papel, representando a Enrid, ondulaban en el aire; el Festival de Nuevo Ciclo se acercaba. Las aguas del canal parecían iridiscentes, como aguas manchadas de aceite al reflejar las luces violáceas de la ciudad.

—Por tantos ciclos fue Venassi, nuestro hogar, la nación más poderosa en todo Siera —dijo Makno

posando una mano llena de anillos relucientes en el gélido cristal de la ventana, como queriendo tocar la ciudad entera—. Todo gracias a su gran canal. La posicionó como el centro del comercio y viaje marítimo —continuó, mientras deslizaba sus ojos por todo lo largo de sus aguas—, hizo, además, que sus tierras fueran las más fértiles por el constante riego subterráneo. Tierra sagrada.

En el centro de su despacho, un mapa tridimensional de la ciudad entera giraba lentamente con tenue luz celeste. Las zonas de mayor resistencia se pintaban en rojo, las zonas que lo apoyaban; en verde. Al fondo de la habitación, atrás del mapa, permanecía de pie Sírlen Mikxens, tan firme como una muralla, como siempre. Escuchaba con atención a su amo, y los lentes le brillaban frente a la figura tridimensional.

—Por generaciones, mi familia gobernó en la más grandiosa supremacía esta nación —dijo Makno con voz angustiada. Se pasó la mano por la poblada barba y luego por la cabeza, echando atrás su larga cabellera con rayos grisáceos atisbo de años acumulados, y de cansancio.

—Hasta que descubrimos el verdadero potencial de la quema de la armiza y el anillo geográfico se dividió por sectores, de uno al cuatro, en base a la riqueza del mineral en las tierras de cada nación —agregó Mikxens, mientras Makno se retiraba una gran capa negra con una robusta cabeza de dragón plateada en la hombrera izquierda. Se sintió más liviano tras retirarse el peso de los hombros. “Ojalá pudiera hacer lo mismo con mis deberes” pensó para sí mismo. Afirmó con la cabeza al comentario acertado

del estudioso Mikxens y se desplomó en el asiento tras su escritorio soltando un gran quejido, sin disimulo de su cansancio ante su consejero; le tenía más confianza a él que a cualquier otro en todo Venassi. Mikxens lo había visto ya, tanto en sus peores, como en sus mejores momentos, a él y a su padre antes que él...

Un pequeño robot de servidumbre anticuado le acercó una bandeja de plata a Makno con un vaso de cristal con su bebida favorita. (Su destrucción...)

—Y ahora, Rood, y Sullidens de los Sectores 1 y 2 insinúan con ceder la zona minera entera en el planeta Mender a las víboras virdeanas —masculló Makno llevándose el vaso a la boca. Bebió hasta el fondo, la nuez en la garganta se le movió de arriba hacia abajo y entregó el vaso vacío al robot para que lo volviera a llenar—. Bastardos... Después de todo lo que hizo mi padre durante el esfuerzo unificado del consorcio por serraformar Mender. —Makno frunció el ceño, iracundo—. Satisfacer los caprichos de los malditos Estados Virdeanos, y a la vez, despojarme a mí de gran parte de mis reservas de armiza. Dos dianas con un solo tiro.

El pequeño robot de servidumbre volvió con el vaso lleno, sus ruedas producían un suave chirrido, como si estuvieran mal engrasadas.

—Eso pondría al Sector 3 en un estado aún más comprometido —dijo Mikxens acercándose al escritorio, con las manos tras la espalda—. Es evidente que sus intenciones son las de degradar al estado Kent al nivel de carestía del estado 4; el Sector Urot. Su plan es un dominio bisectorial. Su nuevo orden mundial. Y quien sabe que nueva jugarreta estén planeando los Estados Virdeanos ahora mismo.

Makno sacudió la cabeza

—Por eso atacaré Mender, Mikxens. Para luchar por lo que nos pertenece, no solo a los Nox, ¡sino al Sector Kent entero! No bastó con quitarnos el trono, ahora quieren hundirnos aún más en el pozo. Mi beligerancia hacia los estados Virdeanos les hace sentirse incómodos. No saben cómo desembarazarse de mí. —Makno bebió de su vaso—. Por eso lucharé por lo nuestro en Mender, así tenga que hacerlo solo. Así tenga que poner a gran parte de mi propio pueblo en mi contra... —Makno apretujó los dedos en el brazo del asiento y puso los ojos en el mapa, allí en esos sectores de la ciudad que se pintaban en rojo resistencia—. Pero luego entenderán... Entenderán que hice lo mejor para la gloria del sector Kent.

—Tienen miedo, han cedido sus almas a las tentaciones de los sectores superiores —agregó Mikxens viendo también las zonas pintadas de rojo—. Se han vuelto dóciles y le consideran a usted mismo como el adversario.

El robot de servidumbre salió del lugar produciendo su chirrido mientras Makno lo miraba alejarse con disgusto.

—¿Sabes, Mikxens? —dijo Makno echándose hacia atrás en su cómodo asiento—. Yo también tengo miedo... Le he visto en mis sueños...

Mikxens se giró hacia él alzando las cejas con genuino interés. —¿A quién, mi señor? ¿A Enrid?

Makno afirmó con un gesto de su cabeza, con los ojos cerrados.

—Me ha advertido, Mikxens... Me ha pedido que no declare la guerra en Mender a Virden. Pero yo no sé qué pensar, estas visiones... ¿Creer o no en ellas?

El señor Mikxens puso las manos en el escritorio inclinándose hacia Makno.

—Haga lo que tenga que hacer por la gloria del sector Kent, mi señor. Los dioses nos abandonaron, ya no están aquí; ahora gobernamos nosotros, usted. — Su rostro era sombrío, de nuevo, sus lentes no reflejaban nada; estaban vacíos.

El robot de servidumbre volvió a la habitación, esta vez con la botella entera.

—No desistiré —dijo Makno. Se puso de pie frente al robot tomando la botella de la bandeja—. No temeré, pues el miedo es muerte en vida. La pequeña muerte. Una nación debe decidir su propio destino.

Makno era casi tan alto como Mikxens. De cuerpo esbelto a pesar de su edad. Llevaba un entallado traje gris, cuyo chaleco yacía ya abierto de par en par mostrando su pecho desnudo con los broches dorados colgándole a los lados. Se empinó a fondo la botella, y cuando el viejo robot chirriante se alejaba, le administró un potente puntapié que lo impactó en pedazos contra la pared opuesta.

—¿Qué hace esta chatarra en mi palacio, Mikxens? No me gusta ver tal decadencia en mi casa. Me deprime.

—Mañana le pediré al conserje que le asigne un modelo de última generación, mi señor —dijo Mikxens, viendo con compasión al pequeño robot convulsionar en el suelo.

—3—

El sueño estelar

Engel Leckhert

Nixon Kuiper

E. Alset

Esquema de la problemática: fragmento no. 32

Línea de tiempo

Dilliam Leckhert, artífice de la astronomía moderna, describe, junto a sus discípulos, el primer gran cuerpo celeste descubierto más allá de Mender, el cual había sido hasta entonces el astro más distante descrito por los Antiguos Sabios Ármiceos. Lo bautiza como Virden, en honor a su querida esposa.

*“Según relataron posteriormente sus propios discípulos, Dilliam atribuía tal hallazgo a una sesión de consumo de ármiza; de repente supo adonde tenía que buscar. Revelaron también que éste desarrolló una dependencia al consumo de la sustancia, y que, tras disiparse el efecto, Dilliam se tornaba realmente violento. Llegando al punto de golpear a su esposa en incontables ocasiones. Una especie de estado de abstinencia salvaje. Pasó sus últimos días solo en un asilo de El Jerén retorciéndose en sus propias heces. El precio de un legado.

¿Qué es la ármiza...?

—comentario adjunto por Sírilen Mikxens

La luz se derramó en la habitación, cortando la oscuridad en dos cuando Keiden abrió la puerta sigilosamente. El pequeño Engel, que intentaba quedarse dormido lo percibió y se sentó en la cama envuelto en sabanas. Llevaba un pijama con estampado de cohetes espaciales y se frotaba los ojos a causa del sueño.

—¿Qué haces despierto, Keiden? —dijo Engel aletargado—. Como mama se entere...

Keiden se introdujo en la habitación por el pequeño espacio abierto de la puerta y apoyó su espalda contra ésta cerrándola lentamente. Llevaba ropa ligera para dormir, calcetas y el cabello alborotado

—Baja la voz —susurró poniéndose un dedo en la boca—. Mira lo que encontré entre las cosas de papá.

—¿Qué has hurtado de sus maletas esta vez? —dijo Engel curioso, sentándose al borde de la cama con los pequeños pies descalzos colgándole. Su padre había regresado de una larga expedición en las Tierras Bajas del Sector 4 hacia apenas una hora—. Lo devolverás, ¿no es así?

—Por supuesto que lo haré —respondió Keiden cruzando la habitación hasta la cama de Engel—. Sabes que siempre lo hago. Ni siquiera se dará cuenta, estará demasiado ocupado jugando con mama toda la noche.

—¡Keiden! —dijo Engel llevándose las manos a los oídos.

Keiden tuvo que contener la risa y sostuvo a Engel entre sus brazos poniéndole una mano en la boca, siseando

—Que bajes la voz te digo... ¿Estarás tranquilo?
—dijo tras un par de segundos.

Engel, con la voz amordazada, respondió con un gemido de aprobación.

—Bien... —dijo Keiden liberándolo lentamente del agarre—. Esto es lo que quería mostrarte.

Buscó en su bolsillo y tendió la mano hacia Engel. Un pequeño cilindro de esmalte irisado con una tapa dorada en la cual había una especie de lente se le apareció en la palma de la mano.

—¿Qué es eso, Hermano? —dijo Engel estudiando de cerca el pequeño artilugio con sus grandes ojos heterocromaticos, sin tocarlo.

—Esto... —respondió Keiden, sacudiendo el pequeño objeto— es un cilindro de texto, hermanito. —Se sentó de piernas cruzadas en la corrugada alfombra a colores en el centro de la habitación—. Usados en la antigüedad por sabios Ármiceos cuando ni siquiera existían las computadoras; cuando en otros lugares apenas se desarrollaba la escritura como método de preservación de conocimiento. —Colocó el pequeño cilindro en el centro de la alfombra e hizo un gesto con la mano a Engel para que se acercara—. Nadie se ha explicado aun como los hicieron funcionar, ni de dónde vienen.

—Cielos —soltó Engel acercándose, rascándose la cabeza, y se sentó junto a él—. ¿Cómo sabes eso?

—Papá me habló de ellos antes de partir. Me dijo que esperaba encontrarse al menos uno; parece que lo logro. —Keiden se acercó al cilindro—. Encontré varios en su maleta, pero este... Este me llamó. Me dijo: “¡oh, Keiden, escógeme a mí, escógeme a mí!”.

Ambos rieron.

Keiden Leckhert siempre había mostrado un interés genuino por el oficio de su padre. Disfrutaba acompañarle mientras trabajaba, y escuchar sus explicaciones sobre los objetos que le mostraba. Su madre tuvo que sacarlo a rastras del estudio del señor Leckhert a avanzadas horas de la noche para obligarle a dormir en repetidas ocasiones. Fue un niño estudioso y obtuvo siempre resultados sobresalientes en sus tutorías.

Engel soltó un bufido.

—¿Y qué crees que contiene? ¿Qué lo hace especial?

Engel, por su parte, estaba demasiado pequeño para entender, o quizás sus aficiones serían otras...

—Es lo que estamos a punto de descubrir, hermanito —Keiden colocó cuidadosamente el cilindro en posición vertical sobre su base, con la tapa dorada apuntando hacia el techo—. Es lo que quiero compartir contigo —dijo sonriendo a Engel y finalmente presionó la tapa del cilindro haciendo un pequeño clic en esta.

El cilindro comenzó a girar sobre sí mismo en la alfombra sin fuerza externa alguna y la pequeña lente en la tapa emitió un tenue fulgor azul. Los hermanos Leckhert se acercaron sin parpadear al cilindro intentando comprender qué lo hacía girar para ser impulsados de un susto hacia atrás, cayendo sobre sus espaldas cuando de la lente se disparó un potente haz de luz contra el techo.

—Engel... —susurró Keiden sacudiendo a su hermano menor que seguía desplomado en el suelo—. Mira eso...

Engel se incorporó adolorido con una mano en la espalda baja y vio como desde el cilindro se proyectaba lo que parecía ser un mapa estelar en el techo; constelaciones, galaxias enteras...

Keiden se paseaba por la habitación con la boca abierta examinando las figuras celestes que se dibujaban en el techo.

—¿Qué es? —dijo Engel—. ¿Qué está mostrando?

—No lo sé —admitió Keiden sacudiendo la cabeza y se acucilló ante el cilindro giratorio—. El mapa a algún lugar. Pero, ¿adónde?

El pequeño Engel, curioso, pasó la mano por el haz de luz proyectado, y sin darse cuenta, con su gesto, cambio la proyección del mapa estelar por una de textos y símbolos extraños.

—¡Guau! —soltó Keiden—. ¿Cómo lo hiciste?

Engel se encogió de hombros. Keiden comenzó a imitar el gesto que había hecho Engel obteniendo los mismos resultados; pasando la mano por la luz, la información proyectada cambiaba.

—Como pasar una página... —susurró Keiden apasionado.

Juntos navegaron por un sin fin de “paginas”, acostados boca arriba en el suelo de la habitación con las manos tras la cabeza. La mayor parte de los mapas y símbolos no los comprendían; pero a algunos Keiden los reconocía y recordaba de las pequeñas clases que le daba su padre. Vieron constelaciones y lo que parecían ser figuras de animales nunca antes vistos (por ellos, al menos). Finalmente se toparon con una página llena de símbolos y textos que Keiden logró reconocer casi en su totalidad, así que decidieron detenerse en ella, y estudiarla.

—Allí dice: “Rogativa... a la unión... de los mundos” —dijo Keiden señalando los textos—. Sí, eso es. Dice que, si dos personas la realizan al unísono, estas estarán conectadas la una con la otra, sin importar distancias; incluso si están en otros “mundos”. Sea lo que sea eso... ¿a qué se refieren?

—¿En otros... mundos? —dijo Engel tras una pequeña pausa.

—...Al menos eso entiendo yo —respondió Keiden, y dejó caer flácidamente la mano que señalaba sobre la alfombra corrugada. Dio un suspiro y se dirigió a Engel—: ¿Quieres intentarlo? ¿Qué hay que perder? —dijo despreocupado—. Según leo allí, lo peor que pueda pasar es que este siempre comunicado con mi hermanito.

Engel se sentó en la alfombra viendo por sobre su hombro a su hermano mayor.

—¿No estaremos acaso siempre comunicados cuando liberen mi SNI?

—Eh... Sí. Pero el SNI solo funciona en este planeta. —Guiñó el ojo a Engel—. Vamos, intentemos esto, por diversión.

Engel volvió a recostarse en la alfombra mientras Keiden estudiaba la rogativa por su cuenta, traduciéndola.

—Está bien, listo, ¿lo tienes? —dijo Keiden tras enseñarle las palabras a Engel—. Ahora digámoslas juntos.

Engel asintió con la cabeza.

—Lo tengo, adelante.

*“Encuétrame en las estrellas, ahí adonde vayas, nuestros
mundos chocaran
Perdido en la infinidad de la noche, o en un planeta sin igual*

LAURENCE CASTILLO

*Ahí adonde busques, tu voz me encontrara
Deslizándome en los anillos de Karat u orbitando un cúmulo
Iridial.*

Ahí adonde vayas, en las estrellas me encontraras.”

—... ¿Sentiste algo? —dijo Keiden tras un breve silencio, luego de que recitaran juntos las palabras.

Engel no dijo nada, permanecía recostado aun, con el rostro inexpresivo.

—Supongo que hay que recitarla muchas veces para que tenga efecto, o algo así —dijo Keiden incorporándose. Cambió la proyección a una de un mapa estelar y camino por la habitación estudiándola—. O quizás sean solamente patrañas. No importa

—Sí... Patrañas —se limitó a decir Engel y se sentó en la orilla de su cama presionándose las sienes. Keiden estaba demasiado distraído en el mapa estelar como para fijarse en aquel gesto de su hermano menor.

—Las estrellas, hermanito —susurró Keiden señalando las que se proyectaban en el techo—. Ahí quiero ir, a eso me quiero dedicar. —Colocó sus manos en su cintura, orgulloso, viendo hacia arriba—. Cosmoarqueología... Eso es lo que más deseo; descubrir cosas que mi papa, aquí abajo, no llegó ni siquiera a imaginar.

—La rogativa... —dijo Engel, y forzó una pequeña risa—. Contigo viajando de aquí para allá por todo el espacio...

—Podríamos hablar siempre, sin importar en que asteroide o satélite inexplorado me encuentre. —Keiden esbozó una tierna sonrisa a su hermano—. Sí... Sería genial.

En aquel momento, la proyección del cilindro se esfumó y este dejó de girar, cayendo de costado sobre la alfombra.

—¡Oops! —soltó Keiden—. Supongo que se le acabaron las baterías.

—¿Acaso usan baterías? —pregunto Engel inclinando la cabeza.

Keiden se encogió de hombros.

—Ni idea.

Ambos rieron.

—Sera mejor que regrese esto a su lugar —dijo Keiden recogiendo el pequeño objeto, y se dispuso a salir de la habitación de Engel —. Eh, y ya sabes, ¿no? —dijo guiñando el ojo desde la puerta antes de salir, con la mitad del rostro iluminado por la luz del pasillo—. Encuéntrame en las estrellas, hermanito.

La puerta se cerró, y Engel no se rio, pues su cerrar reveló la figura de un ser humanoide y sin rostro que se ocultaba atrás de ésta, y le observaba. Meditó en lo que ese encuentro le hacía sentir; en lo que había experimentado tras recitar aquellas antiguas palabras arcanas; en lo que no le contaría a Keiden, ni a nadie sobre aquella noche mientras la figura inexplicable le acosaba desde aquel rincón donde la escasa luz que filtraba la ventana se apelmazaba...

...

Las señales traseras de los veloces coches en el cielo nocturno dibujaban estelas rojas a su pasar. Engel estaba sentado con los brazos entrelazados alrededor de sus rodillas en la azotea a la orilla del pad para

aerocoches. Sus botas reposando en la gravilla. Devanando, perplejo, lo que el espectro le había mostrado. Una enorme “P” pintada en amarillo advertencia marcaba el lugar adecuado donde los compactos vehículos podían aserizar delicadamente, cómo aves en un nido, a desembarcar sus pasajeros. Pequeñas luces naranja parpadeaban en la periferia de la azotea. El viento soplaba con fuerza allí arriba. Hacía frío, pero a Engel le protegía su chaqueta de cuero negra.

“¡Qué Enrid los deje a todos atrás!” fueron las palabras que sirvieron de formula a un conjuro que pondría fin al sueño estelar de un visionario ahora occiso. Esas habían sido las palabras que había gritado el terrorista ante la multitud antes de llevarse a muchos en un acto suicida esa tarde en la conferencia.

El zumbido del motor de un taxi posándose en el pad de la azotea tomó a Engel por sorpresa. Las turbinas del vehículo producían un impulso de aire a su alrededor levantando la humedad del sueño como un suave y frío rocío de sereno contra su rostro: acababa de llover. Engel vio con amargura como del taxi se bajaba una familia feliz: los padres en total armonía con bolsas de compras de tiendas Gustav y una hermosa pareja de niños de cada sexo. La familia perfecta. Engel aceptó en aquel momento la envidia. La asimiló. Vio como la familia tomaba el ascensor platicando jovialmente mientras el taxi volvía a mojarle la cara y sacudirle la chaqueta en su potente despegar. Ni siquiera le importó.

Algunas de sus maletas yacían hechas en el suelo de su habitación. Pronto partiría rumbo a la

academia. Miró su par de pesadas botas militares. Estaban un tanto sucias. Le habían otorgado ya su insignia de garra de halcón. Cumpliría él (en cierto modo) aquel sueño estelar de Keiden. Adónde vaya, hermano: por ti, dijo presionando la insignia en su puño. Ahora siento que llevo un poco de ti, en mí. No podía evitar sentirse enfadado... dolosamente enfadado con los dos mundos, y el sentimiento crecía inexorable y exponencialmente.

...

—Apenas la mitad de reclutados en comparación al mes pasado —vociferó Nixon Kuiper, para que su voz pudiera escucharse en la inquieta estación de transbordadores a la Academia Estelar mientras caminaba a paso ligero al lado de Engel—. Al menos eso me han informado. O valemos algo, o solo somos un par de bastardos con mala suerte.

—La información parece acertada —observó Engel, viendo a un pequeño grupo de apenas un poco más de una docena de muchachos, ansiosos (como ellos) de demostrar su valía, o atormentados por la jugarreta que les había jugado el dios destino, si acaso había uno. Con bolsos colgándoles en la espalda, esperaban el transbordador respectivo a la orilla de un prolongado andén. Desde ahí podía diferenciarse claramente a que Ala pertenecería cada uno de ellos; los más altos y robustos, del Ala de Defensa, bromeando pesadamente, golpeándose entre ellos, y en el otro extremo los del Ala de Investigación, mas sosegados y de apariencia más bien lánguida, presentándose los unos a los otros educadamente.

Letras y números proyectados flotaban como fantasmas sobre sus cabezas en el techo arqueado de la estación marcando destinos y horas de salida. Una banda publicitaria se deslizaba en las paredes a los lados. “Siera, AMBROS te cuida la espalda” dictaba un anuncio que se paseaba por ella.

Engel presionaba, un tanto nervioso, el asa de su bolso que le colgaba de un hombro. Nixon Kuiper por su parte le había dejado despreocupadamente toda la carga al pequeño carrito autómatas que les seguía el paso con el resto del equipaje encima. Nixon era nueve meses mayor que Engel y un tanto más alto. De contextura fornida y atlética. Llevaba rapados los lados de la cabeza con el cabello que le quedaba por encima peinado hacia un lado. La pubertad había sido bondadosa con él, y había disfrutado de buena popularidad en sus días en el instituto. Las había hecho, de cierto modo, de hermano mayor de Engel tras la muerte de Keiden. “Me dabas lastima en la escuela” habría confesado fríamente alguna vez a Engel. Que ambos fueran reclutados a la vez fue una milagrosa (y curiosa) maldición.

—¡Kuiper! —dijo uno de los grandullones del Ala de Defensa, asintiendo con la cabeza en aprobación en cuanto se acercaron al grupo. Sus SNI ya estaban enlazados. La etiqueta de cada uno de los cadetes se podía observar sobre sus cabezas. Dio la mano rigurosamente a Nixon y apenas saludó a Engel. — ¿Listo para cuidarles el culo a estos nerds mientras estudian La Gran Retención?

Níxion pareció apenado.

—Bueno, de hecho... pertenezco al Ala de Investigación. —Miró a su lado—. Mi amigo Engel, aquí, les estará acompañando en combate, amigos.

El grandullón parpadeó, verificó de nuevo las etiquetas, y él, junto a otros dos atrás suyo, examinaron despectivamente a Engel de pies a cabeza.

—Un momento, no entiendo —dijo entre risas—. ¿Están seguros de que no es una equivocación? —Cruzó las manos señalándolos a ambos—. ¿No se intercambiaron sus etiquetas por error?

Ambos negaron con la cabeza.

—No hay error, colega. —dijo Engel, y mostró los dientes.

Nixon Kuiper era, además, un brillante estudiante con honores, así que contrario a lo que cabría esperar, Níxion había sido reclutado por el Ala de investigación, y Engel, un sujeto un tanto enfadado con el mundo, por el Ala de combate. “De todas formas no soy un hombre de mucha ciencia” pensó Engel aceptando su camino.

—Bueno, si me disculpas, iré a presentarme a mis amigos nerds —dijo Nixon, dándole palmaditas en la espalda a Engel—. Ignóralos, Engel, no dejes que te supriman.

Cuando Nixon se alejó, Engel sintió que lo habían abandonado solo entre una jauría de lobos, pero estos, tras un rato se mostraron más bien indiferentes y le pareció por un momento que no pertenecía a ninguna de las Alas realmente.

Finalmente, Engel se alejó unos pasos del grupo. Los grandes grupos en lugares públicos le provocaban ansiedad: efectos del estrés post—trauma. Extrajo

tras un rápido presionar de botones una bebida de una máquina dispensadora. Tiró de la anilla y bebió con deseo. Cerró los ojos en un reflejo primitivo y cuando los volvió a abrir soltando un ruidoso resuello, se topó con la mirada de uno de los chicos del Ala de defensa incrustada en él. Constante y persistente entre el pasar de la gente. Luchando entre las sombras que pasaban para mantenerle ojo encima. Con una ceja ligeramente arqueada. De tez bronceada y la cabeza rapada. Ojos oscuros como agujeros negros. Engel buscó disimuladamente a su alrededor; nadie más. Le examinaba a él. Con ligereza entró en razón del porque le acechaba aquel sujeto; la heterocromia en sus propios ojos. Ya se había encontrado con gente de su clase antes. Conocía esa mirada de animadversión. “Dylan Zorber” anunciaba la etiqueta sobre él. Sin retirar sus ojos negros de Engel, preguntó algo a otro chico de al lado. Este se acercó, sin disimulo miró en su dirección y le susurro algo asintiendo con la cabeza.

Una voz femenina anunció en los altavoces que el transbordador de cadetes estaba por arribar. La lata de refresco resonó metálicamente en el cesto de la basura. Nixon, listo a la orilla del andén, sacudía la mano en alto a Engel para que se acercara. El susodicho transbordador se apareció frente a ellos. Parecía un gran escarabajo azul mate. Llevaba el halcón dorado insignia de la academia dibujado en una gran compuerta lateral. Una letra “T” grabada en un ala, y una letra “D” en la otra. La gran compuerta se deslizó abriendo paso a los cadetes con una voz robótica dando indicaciones. Un cono de luz verdoso

escaneaba a cada cadete antes de abordar mientras los demás esperaban de forma ordenada su turno.

A Engel se le dio por desviar la mirada a un lado, y entonces la vio; al otro lado del andén, esperando abordar un microligero blanco con franjas rojas estaba una chica delgada de moño cobrizo. De su misma edad, quizás. Vistiendo un ajustado mono blanco. El flequillo le cubría casi todo el rostro. Perdida en sus propios asuntos hacia bailar una pequeña tarjeta magnética entre sus dedos. Tenía tres perforaciones en su oreja con féminas joyas decorativas. Alguien atrás dio un empujón al distraído Engel para avanzar. ¿Quién era? ¿Reclutamiento obligatorio también? Intentó consultar su etiqueta, pero no mostraba nombre alguno; “Sub división sanitaria” se limitaba a revelar en letras rojas. Otro empujón, un paso más en la fila.

Llegó el turno de Engel. Y mientras lo escaneaban dio un último vistazo a la muchacha. En aquel momento la tarjeta magnética se le escapó de los dedos terminando en el suelo, y cuando esta se encorvó para recuperarla, su moño cedió por la gravedad y una larga y sedosa cabellera cobriza se le deslizó suavemente por la espalda y hombros ocultando de lleno su perfil, pero provocando a la vez cálidos efectos internos en Engel. “¡Mueve el culo, Leckhert!” Exclamó el impaciente recluta a su espalda y lo empujó adentro. Estallaron entonces todas las operaciones de desatraque.

El interior del transbordador era una maraña de paneles metálicos, asideros, mallas de carga, líneas obsesivamente organizadas de cableado azul y rojo, y pegatinas de advertencia e instrucciones aquí y allá.

Los asignaron a unos asientos que se disponían en dos filas en sentido longitudinal una frente a la otra, así que daban la cara a los demás cadetes sentados en el otro extremo. El cinturón de seguridad apretaba firme. El viaje en aquel gran bicho metálico no era del todo suave, así que perseveraba en todo momento un leve sacudir y era algo ruidoso. Las lámparas se habían apagado en el despegue y un único farol estilo sirena hacia girar una luz roja por sobre ellos. Varias cintas de seguridad desenganchadas bailaban colgando del techo. Había un casi imperceptible olor a quemado. Para incomodidad de Engel, Dylan, el acosador, se sentó en el asiento justo frente al suyo y se reanudó el asedio.

—¿Qué hay con ese robot? —dijo uno de los reclutas, señalando a un pequeño autómata estilo drone azul con frágiles brazos en pinza y una gran lente, levitando como una cámara de seguridad en el oscuro rincón que solo era iluminado cuando la roja luz giratoria de la sirena se paseaba por ahí.

—Es el testigo bélico —explicó Nixon, indiferente a la presencia robot—. Básicamente es un fisgón que nos analiza en todo momento; lo que hacemos y decimos, y lo reporta a la central para analizarnos. Describen nuestras cualidades y nuestras carencias y nos clasifican en base ello. Pero, sobre todo; monitorean su comportamiento y rendimiento en combate y pueden servir en casos judiciales relacionados a la guerra. Además, mucha de la multimedia cedida a la prensa proviene de su lente. Los reporteros ya no arriesgan sus vidas en el conflicto. Suelen permanecer ocultos tras un simple camuflaje de refracción de entorno. Es extraño que se

esté mostrando así ante nosotros. Solo intenta ignorarlo.

—¿No pueden simplemente repasar nuestros SNI? —cuestionó el recluta, acariciándose la barbilla.

Nixon cruzó sus brazos y cerró los ojos, como ahorrando energías.

—Sí, podrían. Pero el testigo les da otra perspectiva, supongo. No lo sé.

El cadete saludó ingenuamente al robot sacudiendo la mano en el aire.

—No tengo permitido interactuar con los sujetos —replicó el testigo.

—¿Sujetos? —dijo el cadete—. Qué aburrido.

—Primero observo, luego analizo —concluyó el testigo bélico.

Dos cadetes intercambiaron miradas de incertidumbre.

—Engel Leckhert... —dijo Dylan tras estudiarle un rato con un tono de voz elevado a razón de que todos los ahí presentes escucharan—. ¿Y tú por qué estarás luchando?

Los demás chicos voltearon la cabeza hacia ellos. Engel actuó confundido.

—¿Por qué lucharas, “medio—verde”? —repitió Dylan con mirada expectante—. ¿Cuál será el propósito de alguien como tú entre nosotros? ¿Lo has encontrado? Tu propósito. —Se palmó suavemente cerca del ojo izquierdo, el ojo que, en ese mismo lado, en el rostro de Engel, recordaba al verde planeta enemigo—. Podrías estar con ellos... Clavarnos la daga con toda alevosía.

Engel sintió un impulsó de ira, pero lo suprimió y se humedeció los labios.

—Estoy de acuerdo contigo en que, ante la situación en la que nos encontramos, lo único que nos queda es fingir que tenemos un propósito propio. Pero mis motivaciones no son de tu incumbencia —respondió Engel con filo tajante—. Pero puedo asegurarte que mi lugar está aquí, en Siera. Con ustedes. Para que zanjemos el asunto y así estés más tranquilo y no embarres mi rendimiento en el campo. Y no vuelvas a llamarme así, o no mediré las consecuencias.

Se escaparon algunas risas cortas alrededor.

Dylan se pintó de colores y antes de que abriera la boca, Nixon Kuiper, que advirtió conflicto, interrumpió amistosamente en un intento de enfriar la situación.

—... ¿Y tú por qué estarás luchando, Dylan?

Dylan se relajó y las venas del cuello se le desvanecieron. Dirigió su mirada a Nixon.

—Para mí es un honor, Kuiper. Porque estoy orgulloso de mi sector... ¡La noticia fue motivo de regocijo en mi familia porque amamos nuestro sector! —Extendió vanaglorioso los brazos mirando a su alrededor—. ¿No lo amamos todos, acaso? —Miró a Engel—. ¿No lo amamos todos acaso como Sieranos que somos...?

“¡Por Lunder, sí!” Reafirmaron apasionados varios cadetes a su lado.

—Quiero estar ahí cuando recuperemos lo nuestro en Mender —continuó Dylan—. Quiero ver a los verdes arrodillarse ante Siera, y especialmente ante Lunder. Nosotros somos el poder. Nosotros controlamos la armiza. —Se inclinó hacia adelante, a lo que permitía el cinturón de seguridad—. Fuimos

nosotros quienes la dominamos. Y a los sectores inferiores... —alzó su mano en el aire, como quien recoge arena en un desierto y la deja deslizarse entre los dedos— les arde... Tomar un puñado de tierra en sus territorios y saber lo pobre que es en comparación a la nuestra... Les daña la cabeza, amigos. Si me preguntas, lo que sucedió en Venassi fue lo mejor que pudo pasarles a esos neandertales. Fue un favor de parte del sector Lunder el haber intervenido durante los tumultos.

Murmuraciones se escucharon a lo largo del transbordador tras su último comentario.

—¿Tienes eso, hojalata? —dijo Dylan al testigo bélico—. ¿Estas grabando? Sí, lo dije.

—Mi juicio es imparcial —reafirmó el testigo. Su lente parecía un disco de silicio.

Engel le miró con compasión y se cruzó de brazos.

—La armiza. Sacas mucho pecho de ello... Pero ¿qué es realmente? ¿Qué sabemos de ella?

—¡¿Qué?! —soltó Dylan sacudiendo la cabeza.

—¿Qué es realmente la armiza? —insistió Engel.

Dylan resopló.

—¿Me están tomando el pelo con este tipo? —Miró a su alrededor y fingió rascarse la sien izquierda para cubrir el diodo celeste del SNI—. ¿Cómo qué que es la armiza, pasmado? —Volvió a resoplar—. Todo mundo lo sabe. —Recitó en una rehíla la composición química del mineral—. Cultura básica. Y porqué en Lunder le comprendemos, es que mejor le aprovechamos.

Por supuesto, Dylan acababa de leer todo eso en su motor de búsqueda del SNI.

—Sí, eso lo sabe cualquiera con acceso a la red —dijo Engel—. ¿Pero qué es?

Dylan se mostró frustrado. Kuiper avergonzado volvió a interponerse.

—Ya está. Tranquilos —dijo envolviendo a Engel con un brazo y dándole palmadas en la cabeza—. Tendrán que disculpar a mi amigo. Suele ponerse un tanto... esotérico a veces. Cuando piensa demasiado.

Dylan guardó silencio, respirando profundamente.

—¡Kuiper! —dijo de repente. Dirigiéndose a él, pero sin quitarle los ojos de encima a Engel—. Dile a tu amiguito Leckhert que no me agrada... —Cada palabra fue medida. Con peso propio.

Nixon Kuiper se inclinó hacia Engel cubriéndose la boca con una mano y le susurró:

—Dice que no le agradas.

—¡Ja! Muy gracioso, Kuiper. Pero es enserio. —Alzó su brazo estirado hacia Engel, como quien tiende un arma hacia alguien, señalándole—. Declaro ante todos mis compañeros aquí presentes que no me agrada este sujeto. Hay algo en él... Algo que está realmente mal. Puedo sentirlo y ustedes pueden verlo en sus ojos de abominación híbrida. —Bajó el brazo—. Yo no le daría la espalda de ser ustedes. Con estos medio—verdes nunca se sabe. Ora están aquí, ora están allá. El espíritu se les parte en dos.

Engel mantuvo la cabeza en alto.

—Ni siquiera se toma la molestia de disimular su estigma —siseó Dylan—. Está orgulloso de ello.

Varios le dirigieron miradas suspicaces. Engel se sintió observado, analizado, juzgado. Al parecer,

Dylan le llevaría la ventaja en simpatizantes tras aquel discurso de odio.

El testigo bélico observa: “Sujeto numero 8; Dylan Zorber. Psique—perfil: inestable. Chauvinista empedernido. Megalómano. Racista desenfrenado y probables tendencias homosexuales subconscientes. Puntuación actual: 345.5

...

—Realmente quisiera que vinieras conmigo, Engel —dijo su madre entre el hervir de personas trajeadas de la gris estación de lanzaderas hacia Lútrades II, sector Antho. Con una mano se sostenía el codo del otro brazo que cargaba una ligera maleta de mano con estampado de flores beige. El aire era gélido esa mañana.

Engel, con las manos en los bolsillos bajó la mirada hacia las relucientes cerámicas del suelo.

—Pero ya no hay nada que se pueda hacer, Madre. Mañana partiré a la academia con Nixon.

—Es un buen chico —asintió su madre. Los aretes cristalinos le tintinearón. Las esmeraldas de sus ojos almendrados resaltaban más a la luz que se colaba por los techos de cristal translucido—. Cuidará de ti, aún ahí.

—Técnicamente yo tendré que cuidar ahora de él, madre. Es mi deber —dijo Engel con ironía. Levantó tímidamente la mirada hacia ella. —Iré a verte. Cuando pueda. Cuando todo esto acabe.

LAURENCE CASTILLO

Las prendas de ambos se estremecieron en una misma dirección cuando una lanzadora aserizó a unos cuantos metros.

Su madre hizo una mueca amarga.

—Como veo las cosas... Me temo no será pronto.
—Exhaló pesimismo.

La gran estación se moteaba de vez en cuando por las sombras de nubes pasajeras en el cielo.

—Pronto todo estará bien, Madre. —Engel dio un paso adelante con el rostro iluminado de esperanza—. Ahora yo estaré ahí, trabajando por ello.

—Cuídate, Engel —dijo acariciándole la mejilla. Ninguna sortija de enlace en su dedo—. No te quiero perder a ti también. Vuelve sano.

—Sano y victorioso, Madre. Lo prometo. Por ti, por papá... Y por Keiden.

Ella no pudo evitar mostrarse nostálgica.

—Tu hermano estaría orgulloso.

—Lo está, madre. —Ella le miró con los ojos entornados—. Mi Padre...

Engel se sintió triste de repente.

—Él estará bien —agregó ella con voz átona, desviando la mirada—. Solo le interesan sus publicaciones... —El rostro se le oscureció—. Y otras cosas últimamente...

—Eso no lo sabemos, madre.

Ella se encogió de hombros.

—Cree lo que quieras creer, Engel. Siempre estuviste de su parte.

Engel hizo un gesto de negación con el brazo.

—Así no son las cosas, mamá y lo sabes. Solo creo que no has sido justa con él.

—¿Qué no fui justa, Engel? —resopló. Un dorado mechón de cabello se le movió—. Ahora resulta que yo soy la villana de la historia. Tu hermano también lo adoraba. Mira lo que pasó...

—Estábamos ahí por decisión propia, madre. Pero ya basta. No quiero despedirme de ti hablando de esto.

—Tienes razón, hijo. Ven aquí —dijo ella abrazándolo con fuerza. Engel sintió su colonia de flores—. Y no es una despedida; es un hasta pronto.

Permanecieron aferrados el uno al otro por largo rato entre aquel mar de rostros desconocidos de la estación.

—Debería seguir molesta por todo esto del reclutamiento habiendo perdido ya a un hijo —confesó ella soltándolo. Dejándolo ir—. Pero algo me dice que estarás bien, hijo. Tu volverás.

...

—¡Engel, atento! —dijo Nixon, administrándole un codazo para despabilarle.

La luz rojiza de la cabina se había apagado. El cinturón de seguridad le liberaba. Los reclutas desfilaban a la compuerta abierta desde la cual brotaba una corriente de aire y un bullicio mecánico. La voz del transbordador dictaba ordenes; habían llegado.

Los reclutas permanecían alineados en una estética que resultaba agobiante y fascinante a la vez a la luz de unos grandes faroles que colgaban del techo abovedado en forma trapezoide del salón de

paredes de cenizo hormigón áspero en el que el coronel Zaid Odalnier les recibió. Los pequeños diodos azules del SNI en sus sienes pulsaban casi en armonía. Grandes columnas agrietadas de mármol rojo franqueaban al grupo y varios estandartes con la insignia del halcón colgaban inertes entre ellas. Mas allá de las columnas la iluminación era pobre, pero si se miraba con atención a la penumbra, podía verse a varios soldados y hombres trajeados de apariencia pétrea e importante observar desde las sombras.

—¡Están aquí porqué creemos en ustedes! —dijo el coronel Odalnier, paseándose entre las filas con los brazos cruzados tras la espalda. Sus pasos de sus lustrosas zapatillas resonaban en el eco—. ¡Porqué Siera cree en ustedes!

Engel miró a Nixon de soslayo, y éste le guiñó un ojo. Miró al otro extremo y vio a Dylan absorto en la alocución de bienvenida. Una gran pantalla permanecía en espera frente a ellos con una insignia tridimensional de la academia girando sobre un fondo negro.

—Métodos de selección no ordinarios para una fuerza no ordinaria. —Llevaba la cabeza tan erguida que parecía estar hablando solo. Sin dar privilegio de atención especial a ningún recluta—. Quizás algunos de ustedes se pregunten por qué están aquí —dijo justo cuando caminaba junto a Engel. Llevaba la insignia de garra en el deltoides derecho—, pero han sido seleccionados cuidadosamente tras estudiar tanto los resultados de sus pruebas como los valores predictivos de su SNI. —El coronel Odalnier se irguió como una columna más frente a ellos, y por fin, les dirigió la mirada, deslizando un par de ojos hundidos

entre sutiles arrugas de experiencia por las líneas de jóvenes cadetes. Su traje azul resaltaba entre el cenizo muerto de las paredes. Las medallas de su pecho parpadearon en un reflejo de luz cuando se movió—. “Sistema de Neuro—enlace Integrado” o SNI —Continuó—. Sistema al cual darán propósito en nuestra institución, pasara a ser un SENI. Un sistema especializado en defensa... —Miró a su izquierda, a las filas de Engel— o en investigación. —Miró hacia las filas de Nixon. Un esfuerzo unificado de mente y garra para llevar a humanidad al siguiente paso: ¡para superar a Virden y a La Gran Retención! Un ejército de nueva generación ha nacido y ustedes comienzan a formar parte. Siéntanse orgullosos. No teman. No cuestionen. No se quejen. Hagan de la situación que se les presenta el mejor instrumento para labrar su nuevo destino. Aprovechen el ahora... aunque ese ahora a veces signifique nadar en un pozo de porquería.

“El sueño estelar” dijo Engel a sus adentros, o quizás lo susurró sin darse cuenta, hipnotizado y apasionado por el monólogo que continuó mientras el soñaba despierto.

—¡Qué el halcón alcance las estrellas! —vociferó concluyendo Odalnier con una mano en pecho.

Los jóvenes reclutas reafirmaron el lema enérgicamente.

—Les ha hablado el coronel Zaid Odalnier, jefe del Ala de defensa —dijo haciendo una reverencia—. Ahora, cedo la palabra al jefe del Ala de investigación, la mente maestra tras la iniciativa del Halcón Dorado y fundador de la mismísima AMBROS; ¡Eponymous Alset!, el genio del hoy.

Extraño seudónimo, pensó Engel.

La iluminación del salón trapezoide se tornó violácea, y la gran pantalla frente a ellos se encendió; él ni siquiera estaba allí. Por videoconferencia remota, el beatificado padre de AMBROS se apareció en la pantalla.

—¡Saludos, jóvenes soñadores! —dijo Alset, con las manos en el aire en un gesto afable. Trajeado en negro profundo, su rostro permanecía en anonimato tras una holomascara que estaba texturizada en ese momento por imágenes del cosmos. La infinitud de las estrellas era su rostro—. Antes que nada, agradezco al honorable coronel Odalnier por su gentil configuración de palabras hacia mi persona. Es para mí la más grande dicha el poder contribuir con los recursos que el padre universo me ha otorgado al empoderamiento tecnológico de nuestro querido Siera. Nuestro Siera, que tanto amamos. —Llevaba la insignia de El Ojo del Halcón a modo de pisacorbatas. De su cuello colgaba una plateada Lanza de Termes, símbolo de la religión del Santo Caminante. Era curioso que uno de los científicos más importantes del momento fuera un hombre religioso en un planeta casi agnóstico... Sus manos las llevaba ocultas como casi siempre en guantes de cuero negro. Su voz era meliflua, a pesar de estar siendo filtrada sintéticamente—. Superamos juntos los límites fijados en innovación tecnológica de viaje interestelar. —Alzó un puño firme y cerrado al aire. Un brazalete plateado centelleó en su muñeca. En la textura de su máscara se desataron varias supernovas—. Sin embargo, nos hemos encontrado con un nuevo obstáculo. Uno que nunca fue previsto y aún no comprendemos en su totalidad; pero uno que

superaremos, juntos, de nuevo, como lo hemos venido haciendo desde que el hombre primitivo usó el fuego por vez primera para entibiarse las manos; nuestra primera herramienta para cambiar al mundo. Por efímera que parezca nuestra huella, esta contribuye de a poco a formar el sendero que guía al hombre del mañana. El antropoceno ya es tangible a lo largo del universo... —Bajó el puño y se irguió en el centro de la pantalla con cabeza y hombros altos—. La Gran Retención... Un evento que está desafiando y poniendo de cabeza todo lo que creíamos saber sobre la física universal. La nueva realidad que está haciendo que científicos por todo Siera se lleven las manos a la cabeza en frustración. —Se acercó a la pantalla, enfatizando—. Pero ni AMBROS, ni el Halcón Dorado perderán la cabeza, mis hermanos. Eso se los puedo asegurar. Juntos daremos el paso. Juntos haremos que el Halcón vuele más allá; juntos desbloquearemos el espacio.

Júbilo y aprobación efervescentes en el salón.

—Lamentablemente... —reanudó Alset, más sombrío. Las imágenes de su holomascara se apagaron—. Como ha demostrado la historia misma, siempre existirá ese alguien que se oponga al progreso. Ese alguien que se ahoga en convencionalismos y coge del tobillo al soñador caminante. —La voz se le entristeció—. “El poder absoluto atrae al corruptible”. Tenemos enemigos, mis hermanos. Siera, tiene enemigos. Enemigos que conspiran contra el mañana de la humanidad a cambio del alivio temporal. Partidarios del latrocinio —Alset se colocó una mano en el pecho, sobre el ojo

del halcón y la Lanza de Termes—: No lo permitiremos.

—¡Qué el halcón alcance las estrellas! — repitieron los reclutas.

—Qué las alcance...—afirmó Alset cruzando sus manos en símbolo de plegaria, y se las besó—. Así será, jóvenes guerreros. Las alcanzará, pues me complace en anunciar que mi última invención en lo que a tecnología defensiva se refiere, está ya en etapa de pruebas BETA... Y cuatro afortunados cadetes de cada Ala aquí presentes serán escogidos —Alzó dicha cantidad de dedos frente a la cámara— tras demostrar su valía, para formar parte de este nuevo equipo de elite que sacudirá el mundo de toda fuerza virdeana, neonoxista... o pirata que se oponga al progreso y al bien común.

Engel se visualizó en dicho honor mientras a su alrededor hervían murmuraciones de intriga.

—¡Den lo mejor de sí mismos a la nación, a Siera; a su hogar! —concluía Alset en pantalla saludando a los cadetes como una melodía gloriosa de fondo y los logos de AMBROS y la iniciativa del Halcón a sus espaldas. La imagen se desvaneció.

—4—

La serpiente que habló

Makno—Kent—Nox

Raziel Nox

Sírlen Mikxen

Esquema de la problemática: fragmento No. 111

Misceláneos

El Nómada de El Jerén:

Considerado la figura más influyente de la cultura preantómana. Se sabe, en base a la lectura crítica de textos sobre su vida, que fue un sabio predicador sin nombre que se apareció en El Jerén a mediados del ciclo 33 tras un “Eterno Peregrinaje”, según decía él cada vez que se le interrogaba sobre su lugar de origen. Se asentó y predicó en dicho lugar durante siete largos ciclos. Se autoproclamó como el hijo del Dios Verdadero y fundó junto a sus seguidores la Sacta Ganha, doctrina de la cual surgirán después ramas como la del Santo Caminante, última religión monoteísta que persistió por lo largo del anillo geográfico como la mayor religión sierana durante cinco macrociclos. Fue ejecutado públicamente durante el mandato del Rey Termes por su propia mano y lanza en lo que se convertiría en su gran apoteosis. “Los amo. No me añoren, pues solo reanudo mi peregrinaje. Recorreré el anillo una vez más, y volveré a ustedes, mis hermanos, para caminar juntos hacia el Otro Lado.”

*“Nunca volvió... Sin embargo, son muchos los que aún permanecen fieles y esperan su retorno para iniciar juntos el Ultimo Peregrinaje a casa. Yo mismo

le espero con el corazón abierto tras mi Última Aceptación.

—comentario adjunto firmado por R.N.

La capa negra le flameaba batallando contra el viento en una tormenta de arena roja. Makno se balanceaba a contracorriente y a paso lento, hincando profundamente las botas en la arena, protegiéndose el rostro de la cortante ventisca con el dorso de sus brazos. Los grises cabellos y la barba se le habían vuelto cobrizos por acumulo del mineral. Carraspeó y escupió unos cuantos granos que se habían colado a su garganta. Él no tenía la menor idea de cómo había terminado en tal aprieto salvaje y natural. Caminó y derivó por largo rato. Finalmente, la tormenta cedió y divisó en el horizonte dunas y ondulantes llanuras rojas; estaba en Mender. Se palpó el torso y no vestía más que sus prendas de aristócrata. ¿Cómo estoy vivo aquí sin un traje?, se preguntó. Deambuló por otro dilatado espacio de tiempo hasta encontrarse al pie de la duna más alta. Insuperable, magnífica. Se mesmerizó ante ella y consideró la rendición. Volver atrás, retomar sus pasos. Borrar sus propias huellas. ¿Quién podría antagonizar tal duna? Sin embargo, sin darse cuenta, había comenzado a escalarla, a paso lento, cauto. Entendió entonces que no se trataba de superarla, que la duna no estaba ahí para aplastarle, sino más bien: para salvarle, para ayudarle. Hacerlas de atalaya. Makno, una vez en la cima, sin aliento, escudriñó el cielo intentando comprender. Las nubes en el cielo se movían y deformaban a una velocidad innatural; en un lapso de tiempo acelerado, y, al bajar

la mirada, se encontró con su pequeño hijo Raziel parado frente a él. La holgada túnica y los rizos de su cabello le ondulaban por el viento.

—¡Raziel! ¿Qué haces aquí, hijo mío?

El niño no respondió. Su boca era una línea inexpresiva, indefinible, pero sus ojos eran expectantes; como los de un niño que espera a ver que le trajo su papa al volver a casa.

—Hijo —dijo Makno tomándolo por los hombros—. Es tarde, deberías estar ya en cama. ¿Dónde está ese Mikxens?

El niño no dijo nada. Makno lo envolvió en sus brazos y buscó en torno suyo sintiéndose desolado. Solo arena. Súbitamente al niño le brotaron dos grandes alas de la espalda disparando a Makno hacia atrás, y éste observó, desplomado en la arena, como las alas del niño no eran de apariencia angelical, sino más bien ruines, retorcidas y secas como las de una gárgola.

—¿Raziel? —dijo Makno aterrado.

La línea vacua en la boca del niño se transformó en una sonrisa horrible que proyectaba colmillos, no dientes.

—¿Qué estás haciendo, jovencito?!

El niño alado alzó vuelo de espaldas, sin retirarle la vista retorcida a su padre, y éste le siguió tambaleándose por el desierto. Llamándole a la obediencia sin respuesta alguna.

—¡Raziel, hijo! Vuelve acá.

Raziel se alejaba, le dejaba atrás.

—¡Vuelve aquí, jovencito! No te atrevas a dejarme, Raziel. No te atrevas a irte. Debes

suplantarme. ¡Eres TÚ quién me quitará este peso de encima, vuelve aquí!

Una grieta negra se abrió en el horizonte atrás del niño y él continuó planeando de espaldas hacia ella. En ella se observaba la infinidad de las estrellas.

—¿Adónde vas, Raziel? ¿Qué es eso? —gritó Makno con la voz ahogada en arena.

El niño alzó la mano hacia su padre despidiéndose y se introdujo en ella.

—¡Hijo! —gritaba Makno aligerando el paso en pos de él mientras la grieta se cerraba—. ¡Raziel, vuelve! ¡RAZIEL NOX!

Su nombre se repitió como un eco insoportable despertando a Makno de golpe. Abrió los ojos sudado entre sabanas de seda blanca y los movió de un lado a otro con desasosiego; había sido una pesadilla, estaba en su recámara. Los cortinajes celestes de aurora flotaban como si estuvieran bajo el agua a la suave brisa de los ventanales abiertos. Notó la deliciosa silueta desnuda con una línea curva en la columna de alguna de sus concubinas a su lado, no sabía de quien se trataba. Se sentó al borde de la cama y sintió vidrio roto en sus pies desnudos. Una botella de licor fragmentada en el suelo. Permaneció un rato ahí encorvado frotándose los ojos. El recuerdo de aquel sueño le golpeó como un rayo. La mente suele olvidar la mayor parte de lo que sueña durante la noche, así que se dice, que cuando un sueño es recordado tan vivamente, hay que prestarle atención. Eso le había dicho su padre. Así que corrió desnudo a un pequeño escritorio barnizado al lado de los ventanales, y ahí, entre los cortinajes que levitaban, inmortalizó de forma frenética con pluma y papel aquella visión de su

cabeza, puesto que él no portaba uno de esas esnobistas marcas del mal llamadas “SNI”.

Cuando estuvo satisfecho con su trabajo soltó la pluma sobre el papel y se recostó en la silla con ambos brazos colgándole flácidos a los lados. Un siseó serpentino. Makno buscó a su alrededor; nada. El viento tal vez. Cerró los ojos pasándose una mano por la cabeza. Otro siseó serpentino, aquella vez, Makno juró haber escuchado que el siseó le había susurrado la palabra: “desiste”. Abrió los ojos y se estremeció en su asiento. Miró en dirección al negro de la puerta abierta que daba al pasillo y alcanzó a ver la cola de una serpiente dorada perdiéndose en la oscuridad. Sacudió la cabeza y el siseó continuó; “desiste”. Atravesó la habitación desnudo mientras la mujer seguía envuelta en las sabanas de la cama muy enamorada de sus sueños inocentes y se envolvió en una bata de terciopelo blanco. Escudriño el pasillo a hurtadillas y vio por milésima de segundo la cola dorada dar vuelta en una esquina al fondo del oscuro pasillo. Makno, aturdido aún por el alcohol, salió al pasillo y comenzó a recorrerlo apoyándose a la pared con una mano. Se arrebujó con la bata, hacía frío. El siseo continuaba: “Desiste...” Eso repetía la voz de serpiente. Los ojos de Makno eran dos sombras oscuras mientras se tambaleaba por el pasillo. La voz le atormentaba, pero el deseo por descubrir de que se trataba se sobrepuso. Los salones del palacio estaban desolados. Lámparas en globo sostenidas por apliques de bronce que permanecían apagadas. Los espejos no reflejaban nada. Makno acordó no encender ninguna luz; espantaría a la serpiente aún más. Ni un alma,

solo la cola de la serpiente dorada susurrante que se perdía en las esquinas.

—¿Qué eres, serpiente? —musitó Makno—. ¿Qué abominación del otro lado del Agujero viene a torturarme?

“Desiste”.

—¿Qué desista a qué? ¿A qué te refieres?

“Desiste”.

Confusión. Ambigüedad derramada.

La serpiente dorada reptó a la derecha, hacia un dilatado pasillo con grandes ventanales con mosaicos niridistas. Makno giró en la esquina con vigor, como diciendo: “¡te atrapé!”. Pero no había nada. Decepción en sus ojos. Solo el espectro multicolor que los mosaicos producían con la luz azul de la noche que los alimentaba desde afuera. Entonces Makno la vio, la serpiente reptaba ahora sobre la cara externa de los ventanales, pero la visión era borrosa a causa de estos. No permitían una visión cristalina hacia afuera. La serpiente reptó mientras Makno la seguía. Palpándola a través del cristal. Era una mancha dorada que se paseaba al otro lado.

—“¡Desiste!” —insistió la serpiente, con un tono más imperativo.

—¿Enrid? —dijo Nox con voz quebradiza—. ¿Eres tú, Enrid? ¿Por qué me estás hablando? ¿Por qué me estás diciendo esto?

Palpó y palpó el cristal, seguía palpando y siguiéndola por el pasillo que parecía no tener final.

—Desiste, o te hundirás —dijo la críptica aparición serpiente.

—¿Hundirme? —dijo Makno con lágrimas deslizándosele por el rostro—. ¿Qué me estás

diciendo? ¿Qué me rinda? Pero si tú mismo le ordenaste a mi padre que luchara, mi señor. —Makno besó el cristal—. ¡Somos el último baluarte de nuestra idiosincrasia!

—ERES el último baluarte. Desiste o tu reino, y tu hijo... morirán —siseó una vez más el dios serpiente.

—N—no—no te entiendo, mi señor —dijo Makno Nox titubeando. Se detuvo mientras la serpiente se alejaba—. ¿Mi hijo? Pensé que los Nox teníamos tu protección, mi serpiente. Tu bendición.

—Tu hijo me negará —dijo fríamente la serpiente—. Siete veces me negara; él ya está muerto espiritualmente ante mí.

Makno caminó descalzo entre ornamentados jarrones de lapislázuli por aquel pasillo. Estupefacto. Con los ojos tan abiertos como los de una lechuza. Giró a la izquierda y se topó con la puerta abierta de su despacho al fondo del pasillo. Una luz roja se derramaba desde ella. Makno se acercó con cautela a la puerta y vio el mapa tridimensional de Venassi encendido todo en rojo ardiente. Todas las zonas estaban pintadas en rojo indicando odio hacia él. Se estremeció. Comenzó a temblar. Sacudió la cabeza y se frotó los ojos de nuevo; ya no estaban. Tanto la serpiente como el mapa rojo habían desaparecido.

Habiéndose vuelto a su habitación confundido y aterido, dejó caer libremente la bata y se metió de nuevo en la cama. La mujer se despertó y le dijo algo dulce con el cabello revuelto sobre el rostro. Se apretujó cariñosamente contra él acariciándole los bellos del pecho, y Makno fue atacado luego por un acto de felación mientras permanecía inerte, con la

vista perdida en el techo. Pensando en lo que había visto y escuchado. Advertencias. ¿Real o un sueño más? No conseguía aprehender el evento. Su aliento cetónico apoyaba más a una alucinación por ebriedad. Estoy ebrio, se dijo Makno, Terriblemente ebrio. Sí..., eso debe de ser.

...

Escasos centelleos de fuegos artificiales palidecían en el cielo azul oscuro de Venassi. La población entera estaba congelada en tensión desde que Makno ordenó el primer ataque en Mender contra tropas virdeanas. El Festival de Nuevo Ciclo de aquel año se manifestaba agridulce. Había más retenes militares que puestos de feria, así que la mayor parte de los venasenses no estaban de humores. Aun así, el Señor Kent ordenó las celebraciones fingiendo que todo estaba bien. Sus simpatizantes, en mayor parte, conformaban los grupos festejantes, aunque muchos juraron tener tanto miedo como los demás. Algunos otros, de acuerdo o no con Makno Nox, simplemente querían olvidar.

El propio Raziel Nox, ya entonces con unos cuantos años más de experiencia (o amargura) en vida, se mostró renuente a las apariciones públicas en eventos políticos, así que aquella noche él permanecía sumergido en sus estudios en el gran salón de lectura del palacio al cual asistía de forma asidua junto a su tutor, el incólume al pasar de los días: Sírlen Mikxens. Su conservador padre había accedido a la implantación de un SNI en él; pero solo cuando tuviera la “edad suficiente”. Así que Raziel tuvo que

educarse con gran esfuerzo a la vieja usanza. (Cosa que marcaría la diferencia entre él, y el resto del mundo más adelante.)

Sentado en el puesto líder de un gran mesón reflejante de resina epoxi con pequeños manteles decorativos de arpillera, Raziél proyectaba desde cilindros irisados de texto contra un pequeño panel frente a él. Pasaba rápida y monótonamente la mano por el haz de luz buscando los textos deseados con la frente fruncida en seria concentración. Sus rizos cobrizos habían quedado ya atrás al filo de una tijera. Sus ojos eran tan azules como siempre. Sus túnicas holgadas de niño prodigio acumulaban polvo en el baúl de recuerdos. Llevaba un traje gris ceniza con chaleco ajustado de cuello alto. La silueta de un hombre apolíneo se comenzaba a dibujar en él.

—Lo tengo —dijo, deteniendo por fin el cilindro en la “página” deseada—. El agujero.

El mesón era tan largo que Sírlen Mikxens, que estaba sentado al otro extremo, sumergido a su vez en sus propias lecturas, quedaba completamente ocluido tras el panel de proyección. Por lo que Raziél tuvo que erguirse estirando el cuello por sobre éste para poder observarle.

—Sírlen, ¿no te llama la atención el hecho de que, desde tales épocas, los sabios Ármiceos manejaran ya el concepto de “agujeros” en el espacio exterior?

Sírlen levantó la mirada de sus textos.

—Llamativo, de hecho, mi señor. —Se acarició la barbilla, pensativo. Su gran chaqueta de hombros amplios estaba acomodada en el respaldo de su asiento, así que su camisa blanca de mangas dobladas a los codos dejaba ver tinta simbólica en sus brazos—.

Pero más llamativo aún, es el medio por el cual llegaban a tales conclusiones.

—Consumo desmedido de la armiza misma —dijo Raziel. Los ojos se le entristecieron—. Pero...

—Demencia precoz, adicción, mutaciones. Sólo algunas de las consecuencias de tal irresponsabilidad —agregó Mikxens—. Aunque... De no ser por ello...

—Hoy no sabríamos muchas cosas —interrumpió Raziel.

—No necesariamente, creo —respondió Mikxens entrelazando sus dedos contra su boca. Sus lentes resplandecieron a luz amarillenta del gran salón.—. Las sabríamos, pero nos habríamos tardado más en descubrirlas. Mucho más quizás. Si, pueda que las cosas hubieran sido diferentes, pero alguien habría hecho el descubrimiento, de una u otra manera.

Un robot de servidumbre de última generación (aun así, de apariencia torpe) lustraba con un pañuelo el centro del mesón, entre ellos. La pequeña cabeza, que parecía una cámara coronada por un único diodo rojo parpadeante, le vibraba mientras frotaba.

—Sí, supongo que sí... —dijo Raziel escondiéndose de nuevo tras el panel de proyección. El robot de servidumbre roció la mesa con su pulverizador desinfectante y lustró. Aroma a lavanda—. Volviendo al tema de los agujeros espaciales...

—¿Sí?

Raziel desabrocho el cuello de bordes plateados de su chaleco desperezándose las cervicales antes de hablar.

—Mikxens, yo ya no estoy seguro de creer en Enrid, me parece un cuento feérico, pero la parte en la

que se relata sobre como éste vino a nuestra realidad desde un agujero negro no me deja dormir. —Dejó reposar ambas manos en los brazos de la silla y se reclinó en el respaldo, viendo una gran pintura en fresco de Enrid en el techo—. Sírlen, usaron exactamente esas palabras: “agujero negro”.

La pintura en el techo era la de un rampante Enrid, dragón serpiente. Con los colmillos desenfundados, las garras tendidas en ademan de ataque y la cola, el resto de su cuerpo, replegada en sí misma.

Sírlen se retiró los dedos entrelazados de la boca unos tantos centímetros. Como queriendo asegurarse de que sus palabras se escucharan claro, e inclinó la cabeza sutilmente.

—En primer lugar, amo Raziel, será mejor que su padre no le escuche hablando así acerca de algo tan sagrado para los Nox —dijo con voz tenue, respetuosa, pero firme. Raziel retorció la boca y arqueó una ceja—. Con respecto al punto de entrada de Enrid mencionado en los antiguos textos... —inclinó la cabeza al otro lado y desenlazó las manos, tamborileó las yemas de sus dedos— es esa una muy buena observación, señor, y es que eso mismo ha sido objeto de debate entre físicos y teólogos desde que se describieron los primeros agujeros negros como tal. —Sírlen se encogió de hombros—. Coincidencia en el uso de las palabras, sentencian algunos.

—Patrañas —dijo Raziel dejando caer de golpe una mano sobre la mesa. El robot de servidumbre se sobresaltó—. Sírlen, hay ilustraciones y descripciones bastante acertadas en esos textos. —Señaló la proyección.

Sírlen Mikxens aprobó con la cabeza, cerró los ojos.

—Aun así, hoy son considerados materia rupestre por muchos. No todas las teorías de unos cuantos ancianos colocados con sustancias gozan ya de muy buena fama.

—Materia rupestre... —masculló Raziel amargamente—. Pero, ¿y tú qué opinas, Mikxens? —dijo relajándose en su asiento. Viendo de nuevo la pintura de Enrid arriba en el techo. En torno a su cola replegada, se representaban los nueve planetas del sistema iridial, y se decía que cada uno de ellos era reinado por una de las Nueve Cualidades del digno. Cualidades que el hombre debería acumular durante su vida para poder así, ascender junto a Enrid durante el Desfile Cósmico. Para no ser dejado atrás.

—Opino qué no se le está prestando la atención que merece, mi amo —replicó Sírlen, dejando su asiento. Se escuchó el arrastre de la madera sobre cerámica cuando lo empujó hacia atrás. Las mangas de su chaqueta que colgaba en el respaldar se sacudieron.

—Así es, Mikxens —dijo Raziel. Ya casi no sonaba como un niño—. No le estamos prestando la suficiente atención a nuestro pasado.

—¿Desde cuándo dejamos de hacerlo? —dijo Sírlen Mikxens dando lentos y prolongados pasos al lado del largo mesón, con los brazos tras la espalda, atravesando el salón hacia Raziel. El robot de servidumbre se irguió esperando una orden cuando pasó junto a él, pero no le determinó, así que se relajó cuando le dio la espalda. Frotó y lustró más.

—Quizás ahí se encuentre la respuesta a la problemática actual. La solución a la Gran Retención —meditó Raziél, entrecerrando los ojos.

—A veces, mi señor, para avanzar, hay que mirar hacia atrás —dijo Mikxens. Para ese entonces, él ya se encontraba a espaldas de Raziél, con las manos apoyadas en el respaldar de su asiento. Era solo una altísima sombra alargada con redondos ojos brillantes—. Repasemos entonces... nuestro pasado. —Proyectó una sonrisa—. Sin caer en atavismos, por supuesto.

—Tráeme más cilindros, Mikxens; los más antiguos, los esotéricos, los prohibidos. Enséñame.

—Como usted... ordene, mi señor.

—Es un mensaje, Mikxens, una pista —dijo Raziél—. El entendimiento de estos agujeros, y de la armiza misma, quizá sea la respuesta a la crisis energética. La salvación de mi padre, de Venassi, de todos. —Suspiró—. Sin tan solo dejáramos de matarnos entre nosotros mismos...

—Es irónico que no comprendamos la mayor parte de nuestra principal fuente de energía no renovable —agregó Mikxens—. Es como si nos hubiésemos rendido en su estudio. Ya hace mucho que no se hace un descubrimiento sobre la misma.

—Cuando tome las riendas del sector Kent, todo será distinto, y comenzaré a trabajar en ello desde el hoy. Mi padre... Él no ha tomado las mejores decisiones últimamente. Es inestable. Salvaje. No sabe ceder. Un hombre tozudo. —Se levantó del asiento, alejándose de Mikxens, y caminó hacia los ventanales con mirada triste—. Me duele decir que no quiero ser como él cuando esté en el poder.

LAURENCE CASTILLO

—El tiempo dirá si sus decisiones fueron acertadas o no —dijo Mikxens atravesando el salón de regreso a su asiento—. De cualquier forma, usted deberá adaptar su modelo de gobierno a las secuelas de éstas. —Tomó su chaqueta y la plegó cuidadosamente en su brazo—. Básicamente... usted tendrá que limpiar el desastre de su padre. He de admitir, mi señor, que yo también me preocupo por el señor Makno, si bien es cierto que, en su dado momento, yo le apoyé en su decisión por retomar el sector minero en Mender... Ahora la situación es otra. Todo se ha complicado, cada vez son más los que le dan la espalda, y hace caso omiso a mis consejos.

—Temo por su vida, Mikxens —dijo Raziel con compasión, viendo el moribundo festival abajo en la vieja ciudad.

—Pase lo que pase, mi señor, usted deberá estar preparado, pues...

—Pues tengo un deber para con el pueblo —completó Raziel viendo a Mikxens en el reflejo de la ventana—. Lo sé.

—Labores de higiene completadas —anunció la voz sintética del robot. Raziel volvió la mirada hacia él—. Permiso para retirarme de la pieza, mi señor.

—Concedido, y gracias, Clibot—34257, eres muy útil —respondió Raziel con un llamativo respeto hacia la máquina. Incluso recordaba aquel nombre código genérico. Le sonrió. A Sírlen Mikxens le agradó aquel gesto.

El robot hizo una reverencia y dejó la habitación.

—Eso me recuerda... —reanudó Raziel—. Sírlen, pronto será mi aniversario, y como mi padre acordó,

recibiré finalmente mi implante de SNI, ¿cómo van los preparativos?

—Los mejores neurocirujanos del sector Lunder, mi señor, listos al llamado.

—Genial. Me será útil en el estudio de la armiza y los agujeros negros —dijo Raziel cruzando las manos tras su espalda y alzando el pecho—. La revolución comienza en mí mismo. —Se puso un dedo en la boca, meditabundo—. Con respecto al periodo de recuperación y adaptación...

—De dos a tres meses, mi señor —respondió Mikxens—. Aunque podría extenderse dada su edad. Suelen colocarse al primer año de vida.

—Espero no me afecte demasiado —dijo Raziel y presionó los labios.

—Yo estaré aquí para ayudarle, mi señor. Un Nox nunca estará sólo mientras yo viva, pues estoy en deuda con su legado —tranquilizó Sírlen Mikxens. Se inclinó respetuosamente—. Ahora, si me disculpa, me retiro a mis aposentos.

—Buenas noches, Mikxens —dijo Raziel. Éste le respondió y vio su reflejo perderse de la ventana—. ¡Ah! Solo algo más, Mikxens.

El consejero de los Nox se detuvo en el marco de una puerta coronada por una ornamentada tracería y le vio por sobre el hombro derecho.

—Consígueme armiza... Pura... Cruda.

—No hacía falta decirlo, mi señor —asintió Mikxens sonriente. Los lentes le brillaron en su oscuro rostro por sobre su hombro.

—5—

El recluta aislado

Engel Leckhert

Nixon Kuiper

E. Alset

Sitara Holloway

Esquema de la problemática: fragmento No. 40

Línea de tiempo

Se logran mediciones de distancia galáctica e intergaláctica confiables mediante el estudio de pulsaciones radiales estelares.

*“El universo se nos manifestaba entonces tan infinitesimalmente inescrutable, nos sentíamos tan pequeños, tan asustados... Pero, sobre todo; libres, curiosos y apasionados. Y ahora... nuestra recompensa es esta jaula cósmica traicionera; La Gran Retención, nuestro nuevo horizonte de eventos desafortunados”.

—comentario adjunto firmado por R.N.

—Cambiar o morir, Engel —dijo el espectro digital arrastrando la voz—. Yo en tu situación... Cambiaría. Para bien. No te queda de otra; no nos queda de otra.

Tenía la cabeza ligeramente echada hacia atrás, un tanto inclinada. Los brazos colgándole flácidamente, contra sus caderas. Curiosamente, llevaba puesto una tallada imitación de traje de malla de bailarín masculino con tirantes; lo había copiado de una

transmisión de Ballet que la madre de Engel sintonizó horas antes en la sala de estar.

—¿Por qué habría de importarte? —dijo Engel acostado en posición de ovillo sobre aguas quietas. El frío era tangible en su aliento observable.

Se encontraban ambos sobre la superficie de un lago cristalino. El espectro estaba de pie frente Engel enviándole una mirada de lastima. En las orillas del lago humeaba parsimoniosamente una neblina impoluta. La escena onírica era, como siempre, fantasmagórica.

—Porqué debes vivir, cabeza torcida —replicó el espectro dando unos cuantos pasos sobre sus puntillas con absoluto virtuosismo en torno a Engel. Bastaron solo unos segundos de exposición; ya había dominado aquel arte—. Vive, o moriré. Te necesito. Entre más experimentes, más contenido embeberé yo a mi base de datos.

—Sí, lo supuse. —Engel se retrajo aún más en el ovillo—. No eres más que un parásito algunas veces.

El espectro pareció ofendido. Dio dos pasos atrás.

—¡Oye! No hace falta ser grosero. —Soltó otra de sus estrepitosas carcajadas falsas—. De cualquier forma, me parece que estarías citando la etiología errónea en lo que a microorganismos invasores se trata. Si sabes a lo que me refiero...

—Como sea —dijo Engel indiferente. Su voz era débil, un hilo, un aliento; estaba colocado—. Da igual. —Comenzó a remolinear el dedo índice en la superficie del agua nacarada. El gélido contacto en la yema. No se esforzó en encontrar sentido a aquel galimatías.

—Engel, amigo —dijo el espectro sacudiendo el dedo índice en el aire—. Se te nota bastante transido últimamente. Permíteme distraerte un poco. —Se sostuvo en un pie y extendió los brazos, basculando—. Te hablaré un poco de “la técnica”. Presta atención. En ballet el elemento principal es la colocación, y no, Engel, no estoy hablando de esa clase de “colocación” que tanto te gusta. —Ambos rieron—. La colocación se refiere a la conservación de los hombros y las caderas en el mismo plano y paralelas la una a la otra en relación con el piso. ¡Atento, que te servirá después! Créeme...

El espectro chasqueó los dedos y una pieza musical adecuada sonó de la nada. Engel permaneció allí, tendido en las estáticas aguas cristalinas mientras él danzaba en la neblina. Engel aún no descifraba a aquella aparición, e incluso el espectro mismo juraba que él tampoco comprendía. Un error en la RV. ¿A causa de los implantes de abstracción? No: él ya había nacido mucho antes de que Engel tomara el hábito, o quizás un daemon digital; a veces le tenía pavor, algunas veces le recordaba a Keiden en su comportamiento y en otras ocasiones, a él mismo. A una porción subrepticia de Engel le agradaba. ¿Qué significado subyacía detrás de su existencia?

...

4:25 a.m. La alarma del SNI le despertó. Se alzó de la almohada con innecesaria y desmesurada brusquedad pues el ajetreo de la barraca le hizo pensar equivocadamente que se le había hecho tarde, así que permaneció inmóvil y un tanto soporoso, viendo a los

demás reclutas pasearse en el exiguo pasillo intercambiando risas y silbidos con entusiasmo y optimismo rumbo a las duchas con blancas toallas en el hombro mientras su sistema vestibular se calibraba. Las estériles barracas parecían prolongados túneles, y cada tres metros eran cortados por anillos metálicos de soporte, y entre estos se instalaban sistemas contra incendios, lámparas o escotillas de ventilación; lo que correspondiera. Los altoparlantes escaseaban, pues cualquier anuncio importante se transmitía directamente a los sistemas integrados de los reclutas; “irrelevantes”, había dicho E. Alset respecto a tales sistemas de comunicación arcaicos cuando él mismo diseñó pieza a pieza sus modernas instalaciones.

En la litera de al lado habían asignado a Dylan, quien le escrutaba con la mirada mientras lustraba una de sus botas, sentado con las piernas abiertas y pies descalzos a la orilla de su cama. Engel giró los ojos ante aquello; se estaba cansando de aquel injustificado resquemor suyo; uno que él nunca alimentó. Era como si lo hubieran hecho a propósito, el hacerles verse las facies cada vez que abrían los ojos por la mañana... para obligarle a lidiar con su peyorativo detractor.

La barraca comenzó a caldearse, como siempre lo hacía a esa hora. Como para estimularles a dejar el nido por la incomodidad térmica, o eso pensó Engel. Así que tocaba meterse en las frías regaderas.

Engel pasó de Dylan y se levantó a tomar una toalla de un casillero personal color azul eléctrico que separaba las literas. En un pequeño display de baja resolución pulsaba su nombre, y este se desbloqueó

tras reconocer su huella digital. Notó en ese momento que sobre la almohada de Dylan reposaba una Lanza de Termes plateada. Nunca pensó que fuera un creyente de la ya casi extinta religión del Santo Caminante. Al igual que Alset...

—Estabas hablando dormido —dijo Dylan de repente a sus espaldas, se percibió entonces un tono fisgón—: ¿Pesadillas, Leckhert? ¿Una consciencia sucia, tal vez?

Engel, viéndose a sí mismo en un pequeño espejo rectangular en el casillero pensó primeramente en decirle que se ocupara de sus propios asuntos, pero decidió que era más propicio aprovechar su intromisión.

—Ah, ¿sí? —dijo viéndolo de soslayo—. ¿Y qué dije?

A lo mejor en su habla sonámbula se encontraba una pista oculta respecto al origen del espectro digital de su SNI.

—Un nombre... —se limitó a revelar Dylan. Notó el interés de Engel, así que decidió darse un poco de importancia; lo haría siempre que se le diera la oportunidad. Se enfocó en lustrar su bota.

Engel cerró el casillero de golpe y se giró hacia él, con la toalla colgándole de la mano, casi rozando el suelo.

—¿Qué nombre?

Dylan se tomó su tiempo para responder. Con el rostro sonriente, dejó caer la bota reluciente en el suelo y soltó un quejido de esfuerzo cuando se inclinó para tomar la otra. Disfrutaba tener a Engel a la expectativa.

—¿Me lo dirás o no? —insistió Engel, impaciente.

—Keiden... Llamabas a un tal Keiden —respondió lanzándole una mirada desdeñosa—. Y sonreías. Me pregunto quién será...

Por supuesto... pensó Engel. Se echó la toalla al hombro y no dijo nada. Dylan le observó alejarse en silencio. Ahora sabía, por su mudez, que aquel era el nombre de una base debilitada; un punto frágil. Un elemento a recordar. Habían traumas en el medio—verde. “Conoce a tu enemigo mejor que a tu amigo”.

Las gotas de agua le recorrían el cuerpo como finos hilos de hielo cuando abrió el grifo. Las regaderas estaban separadas por cubículos que solo les cubrían de la cadera hacia abajo. Miraba el agua perderse en el desagüe mientras una línea de sus “hermanos” se enjuagaba a ambos lados silbando melodías populares. Hacían ocho meses desde que había aceptado a la academia como su nuevo hogar. El sistema permanecía interceptado, así que, por norma, la mayor parte del tiempo no tenían comunicación con nadie más que con los demás reclutas. Se les permitió hablar con sus familiares una vez por mes. “Por ahora ustedes no tienen razón de ser, ahí afuera” había dicho el coronel Odalnier. Mas no imaginaba él, ni nadie, como aquella norma se rompía a diestra y siniestra en las profundidades del SNI del recluta del ojo verde...

5:00 a.m. Los reclutas hacían su cama, revisaban su equipo y se ponían el uniforme para partir al comedor. Un ajustado traje mono azul marino con cuello alto y mangas largas con dos botones en cada muñeca. El cuello, asegurado por un único broche dorado que se convertía en una línea del mismo color

que recorría el largo del cuello, el tronco, por el borde del cierre, hasta alcanzar la ingle, donde se bifurcaba en dos líneas que recorrían cada una el largo de la cara interna de cada pierna hasta los tobillos. No llevaban ningún tipo de identificación personal a modo de aplique bordado, pues la información requerida era proyectada, al gusto, en la etiqueta virtual sobre sus cabezas. Solamente el logotipo de la Garra, o el Ojo del Halcón —en un sentido simbólico—, era cargado en su deltoides derecho. Únicamente la talla era considerada al momento de la repartición de uniformes, pues la tela inteligente se adaptada a la anatomía de cada recluta librándolos de la onerosa labor que suponen las mediciones exactas.

5:38 a.m. Otra bandeja vacía resonó metálicamente sobre la roja mesa de superficie microperforada cuando Engel la descartó tomando la siguiente de una gran pila de bandejas de proteínas y carbohidratos clasificados. Había incrementado notablemente su masa corporal (magra) en apenas unos cuantos meses. Aunque aún era de tez pálida entre sus ojos heterocromaticos azul y verde.

—Liberaste a la bestia aquí ¿eh? —dijo Nixon Kuiper, masticando su comida al otro lado de la mesa. Arqueó una ceja ante el inusitado apetito de Engel.

En aquella institución de preparación bisectorial las horas de comida y de clases eran las únicas en las que se les era permitido interactuar con los reclutas de otra Ala.

—Allá en casa apenas y comía —dijo Engel concentrado en su bandeja, moviendo el tenedor de un segmento a otro en ésta—. Supongo que, de alguna manera, me aisle a mí mismo de algunos placeres.

Como una especie de penitencia auto impuesta a mi persona. —Otra bandeja vacía. Tomó la siguiente—. Ahora tengo un motivo; necesito ser más fuerte que nunca. No me produce placer, es una necesidad. “Cambiar o morir”.

—Uhhh... —soltó Nixon masticando lentamente. Con su tenedor alzado en el aire, en espera. Su uniforme del Ala de Investigación, a diferencia de el de Engel, era gris cenizo—. Ya veo. Lo asimilo. —Soltó una pequeña risa cortada—. Si yo comiera tanto, todo se acumularía rápidamente en mi cintura. Pasamos la mayor parte del tiempo en clases magistrales y en prácticas de laboratorio, y estas no suelen ser tan físicas como las suyas.

Engel alzó la vista hacia él.

—¿Y qué hay de las prácticas en Cero—G? ¿Aún nada?

—Nada —respondió Nixon, encogiéndose de hombros—. ¿Y ustedes?

Engel negó con la cabeza.

—¿Qué están esperando? Es ahí arriba y afuera donde también pelearemos. No estaremos siempre con los pies en la tierra. ¿Y si los virdeanos deciden atacar por sorpresa y nos pillan con los pantalones abajo sin experiencia Cero—G? De poco o nada le serviríamos a AMBROS. Seríamos como peces fuera del agua.

—Tienes razón —acordó Nixon, y suspiró meditabundo—. Incluso para nosotros, en el Ala de Investigación, es sumamente importante aprender cuanto antes a maniobrar en espacios ajenos a la gravedad. Muchos de los procedimientos ahí arriba se llevan a cabo en el vacío, fuera de las estaciones. Reparaciones de sondas o de la estación misma, toma

de muestras... tu nómbralo. —Guardo silencio, saboreando el bocado—. Parece que el entrenamiento Cero—G corresponde a la etapa avanzada.

—¿Cómo podríamos trabajar en el aire si no podemos trabajar en la tierra? —dijo Engel a forma de erotema, limpiándose los labios con una servilleta. Las bandejas, todas, estaban vacías—. Tiene sentido.

Nixon Kuiper desvió la mirada hacia la otra mesa que estaba llena de reclutas de uniforme azul marino resonando tenedores metálicos y la volvió hacia Engel. Habló en un tono más bajo.

—Y ni hablar del nuevo as bajo la manga de ese críptico Alset.

—¿Alguna pista, les ha dicho algo? —dijo Engel inclinándose sobre la mesa con genuino interés. Los ojos, abiertos ampliamente.

Nixon hizo lo mismo.

—No. Recuerda que, igual que a ustedes, solo algunos “afortunados” de nosotros seremos invitados dignos en este nuevo proyecto. Pero —alzó sus manos en el aire— he escuchado rumores. Parece que se trata de una nueva especie de arma diseñada especialmente para destruir sin escrúpulos, indiferente a las limitaciones de la gravidez. Ósea, la máquina de muerte definitiva en cualquiera de las situaciones.

—Los grupos de combate suelen estar divididos, por su equipo, en escuadrones de combate terrestre, y de Cero—G, dependiendo de la situación. Por lo tanto; se requiere de preparación previa. Me parece entonces que Alset busca acabar con esto. Crear al soldado definitivo que pueda pasar del suelo al ingrávito

espacio en pleno combate en una transición ininterrumpida.

—Esa es exactamente la idea, Engel —acordó Nixon—. Al menos es lo que puedo concluir en base a susurros y murmuraciones.

—Eso aplastaría a los virdeanos. —Engel presionó fuertemente un puño.

—Probablemente. Pero requeriría una nueva especie de entrenamiento riguroso, supongo. Así que tranquilo y paciente, mi psicopata amigo sediento de destrucción. Enfócate en hacer bien las cosas que se te piden ahora, llévalas el juego, y quizás seas tú quien controle a una de estas nuevas bestias de batalla, sean lo que sean.

—Y quizás seas tú quien trabaje en ellas —dijo Engel a su vez.

—Podría ser... Así me aseguraré de que no estalles en pleno combate a causa de un tornillo suelto.

—Garantía Kuiper.

—La mejor.

6:12 a.m. El salón de clases era pequeño, íntimo. Quizá unos seis metros de largo y unos nueve de ancho. Dos filas de seis pupitres para un total de doce. La pared posterior, y a la vez techo, estaba inclinada en cuarenta y cinco grados hacia una pared anterior perfectamente alineada en el plano vertical; como diseñada especialmente para proyectar la atención hacia el maestro. Al fondo, empotrada en la pared de hormigón inclinada, se observaba la lente de un proyector, pero casi nunca era utilizado. La mayor parte de los catedráticos militares tenían la capacidad de enlazarse directamente a la pantalla holográfica

para mostrar la información requerida al impartir la clase mediante su SENI de docencia. Las luces estaban apagadas, solamente resplandecían la pantalla frontal con su luz blanquecina y las pequeñas consolas celestes en cada pupitre.

Engel permanecía sentado en una postura despreocupada justo atrás a Nixon quien asentía con atención. Había dos tipos de cátedras en primer año; las generales y las específicas. Durante las generales, por las mañanas, los reclutas podrían entremezclarse, pero por la tarde, las específicas eran impartidas según el Ala; y en el Ala de Defensa las cátedras específicas eran más bien escasas, enfocándose principalmente en los entrenamientos físicos de combate cuerpo a cuerpo o prácticas de tiro (y de combate en microgravedad deseaba ya Engel con ansias). “Virden: descubrimiento y colonización”. La clase de aquella mañana era sobre historia de la Revolución Estelar.

11:28 a.m. Ecos de chirridos de zapatillas deportivas sobre la superficie epoxidica del gimnasio y gritos de sudorosos reclutas jugando al baloncesto. La rutina con el sargento asignado había concluido. Tenían una hora de ejercicio u ocio libre antes del almuerzo. Engel, sin camiseta, en pantalones cortos y zapatillas deportivas levantaba pesos en la sección de maquinas donde los jóvenes tenían la oportunidad de practicar todo aquello que serviría para templar sus músculos y acostumarlos físicamente a la resistencia y a la fatiga. Sentía hilos frescos recorrer su cuerpo nuevamente, pero de sudor. Las burlas por parte de sus propios compañeros de defensa habían cedido, aunque algunos, especialmente los del grupo

de Dylan Zorber le miraban aun con notable desdén por el color de sus ojos.

Ni sus padres, ni él pensaron nunca en ocultarlo; no estaban avergonzados de ello. Keiden había tenido mejor “suerte”; ojos azul profundo bilaterales. Tuvo que sobrevivir el medio—verde.

Los reclutas Kerb y Floyd, ejercitaban en máquinas cargadas de placas cercanas a la de Engel. Dos desconocidos que se habían convertido en mejores amigos en los muros de la academia. No eran exactamente amigos de Engel, pero le toleraban, y por algún motivo siempre estaban “por ahí” cerca de él.

—¿Ya se fijaron? —dijo de repente el recluta Kerb. Era de tez bronceada y cabello rubio, un ex adicto al surf de allende la costa.

Engel y Floyd le dirigieron la atención deteniendo ambos sus máquinas. La pesa de Engel retumbó en el suelo alfombrado en palmetas.

—¿Qué?

Kerb se limitó a hacer un gesto disimulado con la boca y ojos en dirección a un geométrico ventanal de cristal antirreflejante en lo alto del gimnasio. Los demás, también disimuladamente, vieron en aquella dirección. Ahí estaba, observándolos, el misterioso filántropo electrónico, Eponymous Alset. Con su holomascara en la que se movían cromáticas texturas cambiantes, elegante traje de saco negro con un estilizado pañuelo de seda blanco en el cuello, Lanza de Termes —como siempre— en el pecho. Tenía los brazos cruzados tras la espalda, inmóvil mientras el sargento que les había entrenado minutos antes le hablaba a un lado con un lenguaje corporal en extremo expresivo, señalaba sin disimulo a cada

recluta en el gimnasio y Alset asentía. Al otro lado de Alset se encontraba su asistente personal, la hermosa Sitara Holloway. Trajeada, al igual que su jefe, en negro profundo, lentes, y cabello recogido en un fascinante moño con palillos color negro perlado.

—¡Joder! Quisiera tener una mujer así a mis órdenes —dijo Floyd. Un muchacho de cabello oscuro, casi tan pálido como Engel, nariz sonrojada. Proveniente de las frías tierras aledañas al sector blanco superior.

En ese momento, Engel advirtió que dicha mujer le estaba observando mientras su jefe y el sargento hablaban de otros reclutas en el extremo opuesto del gimnasio.

—¿Crees que se la tire, viejo? —preguntó a su lado Kerb.

Aún desde aquella distancia, Engel pudo ver sus ojos celeste cristalinos delineados de negro clavados en él. La susodicha Sitara no estaba mal; realmente nada mal. Mejor incluso que su antigua psicoanalista.

—¡Nah! —resopló Floyd—. Lo dudo. No sé ustedes, pero a mí el famoso Alset me parece un tanto afeminado.

—Gallardo... diría yo —contrapuso Engel tras que la mujer le retirara la atención.

Kerb estuvo de acuerdo con Engel.

—Puede ser... A veces, el derroche de elegancia y educación en un hombre tiende a confundir al más homofóbico.

—¿Y si es un maricón elegante? —insistió Floyd.

Los tres rieron puerilmente. Quizás por el hecho de aquellos dos reclutas eran extranjeros ajenos a

Lúttrades I, es que no se dejaban influenciar por chauvinismo tóxico de Dylan Zorber.

Los tres se pusieron rígidos con disimulo y reanudaron sus ejercicios cuando se percataron de que ahora, el importante trio de los ventanales les estaba señalando a ellos. Engel vio como le señalaban, Alset asentía. Intentó incómodamente actuar como si no estuviera al tanto. Se concentró en levantar los pesos y sin darse cuenta... había terminado. Cuando volvió la mirada al ventanal, la luz en él se había apagado; el trio había desaparecido.

12:23 p.m. Nixon, como de costumbre, acompañó a Engel, y su pila de bandejas de comida durante el almuerzo. Engel le habló sobre lo sucedido en el gimnasio y Nixon lo vio como algo positivo. Le dijo que, a su opinión, se estaban fijando en él. Engel replicó con modestia aclarando que, en realidad, señalaron a todos los reclutas. “Ah, pero te dejaron a ti por último ¿no?” respondió Kuiper. Engel deglutió y no dijo más nada. El almuerzo se siguió en silencio.

13:40 p.m. Engel, esta vez sin Kuiper cerca, recibía academias específicas al Ala de Defensa. “Estrategias ofensivas avanzadas III”. Eso sí era lo suyo, pensaba él, y aquella postura despreocupada de las clases generales no tenía asomo durante estas.

15:20 p.m. Practica de tiro. Engel obtuvo la tercera puntuación más alta después de la Dylan Zorber, y éste, cuando pasó junto a Engel, resopló empavonado, como diciendo: “Supera eso, medio—verde, alcázame si puedes”. Azuzándolo. Engel, con el rifle aun humeando desde la abertura del cañón se mostró indiferente a su pueril comportamiento. Se

tragó el rescoldo de la ira. Activo el sistema de enfriamiento, puso el seguro y lo enfundó.

“Excelente, has aprendido bien, Leckhert. Más te vale que así sea, pues pueda que sea una de tus ultimas prácticas de tiro con armas de fuego” dijo el sargento. Engel permaneció solo en el campo de tiro, anonadado, con la mirada puesta en el marcador de puntuaciones coronado por Kerb en primer lugar. Pensó en el significado de aquellas palabras tras que el sargento se fuera sin decir más ni dar explicaciones. ¿Le expulsarían? Seguro le escardarían como a la mala hierba ahora que, en cierta forma, a sus adentros al menos, aquel reclutamiento se había convertido en un voluntariado con propósito definido. No.... le estaba felicitando. Quizás significaba que... No. No era posible.

16:33 p.m. Más academias... Engel permanecía absorto en primera fila a pesar de que a esa hora del día los músculos de la espalda le ardían como brasas. Kerb, a la vieja usanza, envió un mensaje soez — dibujo de pene y bolas incluido— a la consola de Floyd durante la lección y tuvieron que contener sus risas. Engel frunció el ceño; rompían su burbuja de aprendizaje.

17:49 p.m. La escalera metálica que dirigía a la cubierta vibraba con cada paso de sus pesadas botas militares. Engel y Kerb tomaron aire mientras que Floyd se desperezaba los músculos ante la placentera corriente de viento marítimo, y es que la academia del Halcón Dorado se encontraba en algún lugar del océano de Elénsis; su nido, un colosal hexágono moderno de metal y concreto que se posaba en sus aguas perfilado por luces rojas de prevención. En el

eje de la mole hexágonal, se encontraba un pentágono de concreto compactado de un poco menos de un tercio del tamaño total de las instalaciones, embaulado en las profundidades del agua dando la impresión de que un pedazo del océano había sido llevado a otra parte o simplemente desaparecido, y lo que éste contenía correspondía a una gigantesca esfera poligonal blanca que se mantenía en el aire como si se tratase de una pequeña bola de acero alzada mediante levitación cuántica donde se realizaban las simulaciones Cero—G. Las paredes del gran baúl pentagonal de concreto estaban llenas de incontables tubos y cables que discurrían en sentido descendente hacia las penumbrosas profundidades. Había también grandes números pintados en amarillo y solo una pequeña compuerta sellada desde donde brotaba un delgado puente que conectaba, cuando fuese necesario, con la esfera poligonal.

Seis torres de seguridad en cada uno de los lados del hexágono externo con potentes torretas laser que constantemente realizaban movimientos espasmódicos de su cañón, vigilando el cielo conectadas mediante cables de gran calibre a baterías de supervoltaje colocadas en la base de cada torre. Seis aerodeslizadores autómatas de combate estilo araña volaban en un movimiento elíptico en el cielo, otras seis reposaban en la cubierta listas para ser desplegadas en cualquier momento. Hileras de paneles fotovoltaicos devorando el remanente de luz. Todo esto, incluida la fachada de la gran estructura hexagonal, llevaba el sello de AMBROS encima. El perpetuó girar de las arañas voladoras y las torretas laser creaba una imponente tolvana metálica de

seguridad que intimidaría cualquier intento de intromisión con una devastadora andanada de láseres y descargas eléctricas; el ultimo resplandor que vería un intruso.

Los tres reclutas en cuestión se sentaron sobre un gran contenedor rectangular ante el ocaso que se reflejaba en la marea. Se despojaron de toda formalidad y desabrocharon el chaleco de sus uniformes dejando ver las camisetas blancas que llevaban por bajo. Kerb se liberó por completo de las largas mangas del mono dejando su torso completamente libre en una fresca camiseta de tirantes. Sintieron la brisa salina en sus mejillas y escucharon los graznidos de las gaviotas que volaban casi tocando las nubes arreboladas en el cielo crepuscular.

—¡Ah, mierda! —dijo Floyd, recostándose aliviado en la superficie del contenedor con las piernas colgándole—. Estoy destruido. El sargento Bellamy fue un puto animal con la rutina de hoy. —Se adormeció viendo el hipnótico girar las máquinas de seguridad en el cielo.

—Me pregunto qué tan lejos estaremos de tierra —dijo Engel viendo el horizonte sin fin del mar ondulante con los ojos entornados. Suspiró.

—Maldición, es el último —dijo Kerb con una mueca amarga al darse cuenta de que solo restaba una unidad en su cajetilla de cigarrillos. Cada uno de los tres estaba aislado en sus propios asuntos. Hablando por su cuenta.

Tras ellos, en el pad de aserizaje, se movían varios técnicos en grasientos monos de trabajo

amarillos dando mantenimiento al mismo transbordador tipo VTOL que les había traído.

Kerb le dio fuego a su último cigarrillo y dio una calada.

—Vamos, deja un poco —dijo Engel al advertir aquello—. No te lo acabes tú solo.

Kerb le cedió el pequeño cilindro de papel y nicotina cuando Engel casi se lo arrancó de los dedos y dio una profunda y desesperada calada. Kerb le estudió e hizo una acertada suposición en base a sus observaciones.

—¿Y a qué eres adicto, viejo? —preguntó, con una expresión maliciosa.

—No sé de qué estás hablando —respondió Engel mientras le pasaba el cigarrillo a Floyd que tuvo que hacer un gran esfuerzo con su desgastado e hipertrofiado brazo para tomarlo. Lo llevó a su boca y expulsó humo como una chimenea desde la posición de decúbito en que se encontraba.

—Vamos, hombre. No me engañas —dijo Kerb—. Conocí demasiados turistas adictos hermanos de las olas como para reconocer a uno; tus manos temblaron ansiosas en cuanto viste el cigarrillo. Abstinencia...

Tras una breve pausa, Engel soltó un suspiro.

—Bueno, ya no importa. —Se encogió de hombros—. Lo deje atrás de todas maneras. Eso se quedó en Lútrades. Implantes RV, de eso se trataba.

—Oh... Nunca me “coloqué” con uno de esos, ¿qué tal?

—¿Implantes R—que? —interrumpió Floyd abriendo los ojos ante la curiosa platica de sus compañeros.

Engel y Kerb se vieron el uno al otro.

LAURENCE CASTILLO

—¿Es enserio, viejo? —dijo Kerb entre risas.

—Si. Explícamelo —insistió Floyd incorporándose. Se bajó del contenedor de un salto y dio dos pasos sobre la superficie con revestimiento anti deslizante de la cubierta para erguirse frente a ellos—. Nunca escuche de ellos. En mi pueblo no hay más que nieve en todos lados. Adónde mires; puta nieve blanca.

—Los implantes RV... —comenzó a explicar Engel— son modificaciones piratas preparadas en el bajo mundo. Se aprovechan del hiperrealismo de la simulación para crear situaciones absurdas que estimulan los sentidos de formas nunca antes conocidas. Cosas que nunca experimentarías en este mundo sujeto a las leyes de la naturaleza; ahí, en la RV modificada, no hay límites. Tu mente vuela. Los cabrones son buenos, la mayoría de estos no son detectados por la central, en el tiempo límite al menos.

La pasión de Engel en el tema fue embarazosamente notable.

—Y ¿de cuánto tiempo estamos hablando? —inquirió Floyd.

—treinta a sesenta minutos si te dieron material de calidad Quizás más. Debes esperar al menos veinticuatro horas para reintentarlo. Claro, si te quedan más “dosis”. Tanto para que no te detecten, como por tu seguridad. Muchos locos de mierda han creado simulaciones que terminan friéndoles los sesos antes de tiempo.

—Entonces son peligrosos...

—Por supuesto que lo son. Puedes joderte la materia cerebral de por vida.

—¿Son consumibles?

—Claro, de lo contrario el mercado quebraría.

—Y ¿Tú qué tipo de situaciones simulabas, viejo?
—preguntó Kerb dándole un amistoso golpe con el puño cerrado en el brazo a Engel.

—Mis gustos... eran algo bizarros —dijo Engel perdiendo la vista en el oleaje. Pensó en el ahora ausente espectro digital. Titiritó—. Eso me decía un... amigo.

Ahora Kerb y Floyd eran los que se miraban el uno al otro.

Anocheció. Silencio. Solo el sonido del agua lamiendo las paredes de la academia y el sutil zumbido de los autómatas vigilantes. Las gaviotas se habían marchado.

20:50 p.m. Engel volvió a los dormitorios pasado el toque de silencio. Dylan Zorber ya resollaba ásperamente en su sueño. Incluso él caía rendido en su litera al final de un día en la academia. Sin las energías suficientes para fastidiar a Engel. De la orilla de su cama, desde abajo de su almohada, colgaba un collar plateado; la Lanza de Termes. Engel se puso cómodo y apagó la lámpara. Permaneció despierto, tendido en la cama escuchando los ronquidos, los fugaces ataques de tos y los esporádicos movimientos de los demás reclutas entre sus sabanas en la barraca. Luego pensó en lo que había aprendido y visto en su día; en lo que le había dicho el sargento en el campo de tiro; en el avistamiento de Alset, el dueño y señor de AMBROS. Entonces, terminó pensando en aquella mujer; en Sitara Holloway. Así que, sin más, se sorprendió a sí mismo teniendo

pensamientos obscenos con ella. Sacudió la cabeza ante lo absurdo de todo aquello y se dispuso a dormir.

Apenas conciliaba el sueño cuando el icono de un nuevo mensaje pulsó en su interfaz. ¿Un mensaje? ¿A tal hora?

Línea encriptada

“Sigue así. Lo estás haciendo bien. La grandeza aguarda”

Remitente Anónimo.

La fuente de la no tan informativa firma era de un color rosa. Engel alzó la cabeza en la cama ingenua e instintivamente viendo de un lado a otro en la barraca —aunque sabía que no tenía caso—, buscando al posible remitente; solo oscuridad. ¿Quién se había comunicado con él? Las posibilidades eran infinitas en su ahora, extrañamente, modificado SNI. Pensó en hacer uso de sus nuevos beneficios tras aquel pacto con el espectro, pero se contuvo. Y ¿adónde había ido éste desde entonces? Tantas interrogantes como estrellas tiene el universo. Le tomó dos horas conciliar el sueño normal. Así terminaba un día más en la academia.

—6—

Él

E. Alset

Sitara Holloway

“No te regocijes, tierra de palestina, porque se haya roto la vara del que te ha herido. Porque de la prole de la serpiente nacerá un basilisco, y lo que nacerá de él devorará a los pájaros”.

—Fragmento de “Salomé” por Oscar Wilde.

Su oficina parecía una cripta hueca en su ausencia. Sin enseres a la vista. Suelo, pared y cielo de apariencia obsidiana eran recorridos por un tapizado de lo que únicamente podía describirse como “jeroglíficos” criptográficos que resplandecían ahí donde uno se acercara. Como el observable llenado capilar de una piel pálida, donde se diera el paso, donde se apoyará la mano; ahí, en el sitio de contacto, los símbolos —sin sentido aparente— cobraban vida con fulgor celeste para luego desvanecerse si se les dejaba en paz el tiempo suficiente. “Es como entrar a alguna especie de monolito antiguo” habían descrito algunos de los pocos a los que se les había permitido dar paso adentro. “Simplemente alienígena” clamaron inverosímilmente otros. “Humano, no es más que una réplica muy conseguida” había dicho él modestamente.

La compuerta automática se abrió a su presencia. Sus lustrosas zapatillas revivían símbolos antiguos en el suelo y el eco en el vacío magnificaba

sus pasos. El sutil fulgor celeste de los jeroglíficos iluminaba el tercio inferior de su cuerpo trajeado. Cuando se acercaba al centro de la habitación, ésta comenzó a cobrar vida como un ser autónomo y animado recibiendo a su dueño. Segmentos enteros en el techo y suelo se reacomodaron dejando a la vista lentes proyectoras que dibujaron a raudales pantallas holográficas de ordenador a su alrededor. Llevaba las manos en los bolsillos de un ajustado pantalón de lana negro y el símbolo plateado de la moribunda religión del Santo Caminante, la Lanza de Termes, le titilaba prístina en el pecho sobre una corbata de seda con relieves. ¿Qué sería de su ciencia sin religión? ¿El misterio en la mente de quién intentaría entonces comprender?

Una plataforma circular se elevó elegantemente en el centro. Él dio un paso para superar el pequeño borde recién formado por ésta y cuando se encontró en el eje de todo, se dejó caer de espaldas con absoluta confianza. En perfecta armonía simétrica, un conjunto de placas cromadas contorneadas con cómoda espuma en su lado cóncavo se alzó desde el suelo formando un asiento que detuvo confortantemente la improbable caída de aquel que las había diseñado. Él se giró de piernas cruzadas en el cromado asiento, estirando el brazo izquierdo y un pequeño autómatas volador se las arregló para colocar una copa llena entre sus dedos en cuestión de segundos. Llevó el cristal a sus labios y el dorado líquido cristalino efervescente fluyó.

Suspiró inaudiblemente. Sacudía el pie de la pierna cruzada ansiosamente. Desde un rincón oscuro centelleó en azul un par de ojos serpentinos y comenzó entonces a reptar desde la oscuridad, hacia él, aquel

diácono de seguridad personal suyo en forma de serpiente; Vasuki. El reptil de titanio se acercó a su amo aupándose de la manera innatural que le permitía su cuerpo sintético y éste le tendió un brazo en el cual la serpiente se enroscó. Él la sopesó amando cada gramo de su creación y la alzó al nivel de su rostro. Le dirigió cálidas palabras de cariño como si de una serpiente mascota real se tratara y ella escuchó con la cabeza inclinada a la vez que lengüeteaba con su falsa lengua de fibra. Él había decidido no darle una voz; para que fuera salvaje y natural.

Ahí, en la privacidad de su soledad, cuando nadie estaba cerca, cuando nadie miraba, su holomascara se clarificaba lo suficiente como para permitir que la silueta de su rostro se dibujara casi al punto de poder advertir algunos rasgos faciales. Dejó que la serpiente Vasuki se posara en sus hombros y arrastró un holograma display hacia él. Se permitió reposar la quijada apoyándola en su puño izquierdo y atendió lo que en pantalla correspondía.

Solo en aquella soledad, sin nadie alrededor, podía dejarse ir. Deshacerse de aquella rígida e impasible persona a quien interpretaba. Sí; se trataba de aquél alter ego que había creado cuando la situación lo ameritó; de aquella decisión propia de cambio que tomó ante la muerte; de aquel nuevo nombre bajo el que porfió en su empeño inenarrable de ascensión. Pero no por eso, dejaba aquello de ser al menos ligeramente ajeno a lo que alguna vez fue. Aún después de tantos años seguía asimilándose a sí mismo.

Junto a la compuerta por donde él entró, se había instalado un rectángulo de cristal esmerilado que

permitía ver desde allí, en todo momento, la fémina figura de piernas largas y pies de empeine elegantemente curvo de su asistente, la Srta. Sitara Holloway sentada en su propio escritorio junto a su puerta. Estaba tecleando algo y esporádicamente bebía de una taza de café que dejaba reposar junto al teclado. Numerosos rumores de adulterio que los implicaban a ambos corrían por los pasillos de AMBROS; eran todos ciertos. Él le había prohibido sentimentalismos e interrogantes sobre vidas pasadas. Ella aceptó. Posteriormente él comprendió que aquella mujer tenía a su vez sus propias cohibiciones en cuanto a su pasado. Así que estaban bien. Ninguno de los dos hacía nunca preguntas. Dos almas que habían vuelto a nacer desde los rudimentos; simplemente funcionó.

El ascensor de tubo al vacío parecía un cilindro de platino y le provocaba a uno la leve sensación de un tironeo por gravedad en las entrañas a su movimiento. Sitara llevaba la vista alzada hacia a la pequeña pantalla indicadora de pisos. Viendo el valor alfanumérico descender para luego incluir letras junto al valor mostrado haciendo saber que se habían alcanzado los diversos niveles de sótanos. Odiaba tener que usar aquellos tubos que llevaban al laboratorio más resguardado de AMBROS. “El pequeño salón de juegos oculto donde el rey electrónico Alset jugaba a ser Dios”.

Mascaba ansiosa —pero a la vez, sensualmente— su goma de mascar sabor cereza. El brillo de tono natural en sus labios se manifestaba a la luz de la lámpara del ascensor. Alset, rígido y galante a su lado —y no tan por encima de ella gracias a su calzado de

tacón altísimo— escuchaba a uno de sus ingenieros hablarle directamente a su SENI.

—No importa qué tipo de aleación utilicemos, señor —dijo el ingeniero. El audio de su voz arrastraba un poco de estática debido a la enredada infraestructura de los sótanos—. Una vez alcanzado el Punto de Carga Máxima, la microcámara retenedora simplemente cede ante el núcleo de ármiza sobrecargado.

Se escuchó entonces la campana del ascensor y la pequeña compuerta metálica se abrió. Alset, seguido de Sitara con su marcha cimbreada, caminó unos cinco metros por una pasarela de aluminio ultraligero y se detuvo ante un ventanal de vidrio templado. Reinaba un zumbido mecánico. Del otro lado, en un estéril laboratorio muy bien iluminado, varios ingenieros en trajes de seguridad color rojo con franjas blancas, trabajaban alrededor del esqueleto humanoide de fibra de carbono de su última invención, que contenía a su vez, a modo de corazón, un único núcleo de ármiza.

—El Punto de Carga Máxima —dijo Alset apoyando sus manos en la barandilla de la pasarela. Habló en voz alta mediante el intercomunicador de la ventana—. ¿Es siempre el mismo?

—Siempre, señor —respondió el ingeniero encogiéndose de hombros al otro lado del ventanal, junto al esqueleto. Solo sus ojos tras lentes de seguridad se exponían sobre una mascarilla blanca. Sobre él y sobre el esqueleto, colgaba acoplado al techo, torcido y en espera, un brazo mecánico de manipulación remota, articulando sus finos y cromados dedos en pinza como pequeños tentáculos—.

Independientemente de la actividad del sujeto; una vez liberadas las celdas, el núcleo comienza a sobrecargarse “de la nada” y el retenedor revienta. La fuga de energía es inmediata, irradiando al usuario a niveles alarmantes.

“De la nada” no era algo que Alset disfrutara escuchar. Pero, hasta cierto punto, las palabras eran acertadas, pues había dado con el hallazgo casi por casualidad. Ni siquiera él comprendía a su totalidad el quid de su último proyecto.

Alset tamborileó sus dedos enguantados en cuero negro en la barandilla metálica de soldaduras autógenas. Sitara advirtió el gesto como signo de frustración. —Por algún motivo, el flujo de energía está aumentando... La energía espectral proviene de algún lugar. De algún proceso de transformación que aún no comprendemos. Es como si proviniera de “otro lado” ... —dijo Alset, suspiró y caviló— La energía de trabajo no surge “de la nada”. No puede crearse. Solo transformarse y transferirse. Este es el caso.

—Así es —acordó el ingeniero—. Hasta hace unos días la aleación era lo suficientemente resistente como para tolerar la carga del núcleo, pero ahora...

—Pero ahora esto solo puede significar resultados positivos —agregó Alset optimista—. Esto es bueno. Más energía... Solo tenemos que lograr contenerla. Controlarla. Comprenderla...

Sitara escuchaba con atención las palabras de su jefe y le miraba con ojos deseosos. El ingeniero asentía.

“Y yo seré el primero en domarla —pensó Alset—. Una nueva fuente de energía, y esta vez, en las manos adecuadas. Terminaré la guerra. Ya le llevo la

ventaja al consorcio sierano, y por muchas yardas. Sí, quizás aún no comprenda del todo este nuevo poder, pero solo yo puedo recibirlo. Solo yo tengo los receptores necesarios”.

—Sitara —dijo Alset dirigiéndose de repente a ella—. Arregla otra reunión con el Grupo Siderúrgico de Civah. Volveremos a las mesas de trabajo. —Volvió su rostro enmascarado de vuelta al ingeniero—. Usted también formará parte. Probaremos todas las aleaciones humanamente posibles, y de paso, las no humanas también.

—Hecho —replicó automáticamente la dama.

Literalmente estaba hecho. Como si de una asistente virtual se tratara, Sitara podía enlazarse instantáneamente con las redes de comunicación empresariales, con la diferencia de que aquella asistente no se limitaba a ser el simple y pálido holograma celeste de una mujer diseñada al gusto por algún aislado programador célibe, o de una simple vocecilla en su oído; ella estaba ahí, a su lado, y él sabía sentirla con frecuencia con toda su sensopercepción humana.

—Debemos diseñar una nueva microcámara que resista no solo la carga máxima actual, sino también, el muy probable aumento consecuente del influjo de energía espectral —continuó Alset—. Me temo que en el control y entendimiento de ésta subyace la clave de la perpetuación del hombre.

El ingeniero y Alset se despidieron civilmente y éste último hizo un gesto deferente a Sitara para que le siguiera antes de echar a andar de vuelta al ascensor.

Repentinamente, Alset sintió un empujón y el posterior agarre impulsivo de las delicadas manos con largas uñas blanco nacarado en su brazo; la señorita Sitara, aferrada a él, había dado un traspié y alzó la vista con el rostro ruborizado mientras se incorporaba.

—Lo siento —dijo con voz quebradiza mientras se arreglaba la falda—. Tobillos de gelatina. —Esbozó una blanca sonrisa incomoda.

Alset la examinó de pies a cabeza. Patrones de texturas se revolvían alocadas en su holomascara por el sobresalto.

—Sitara, sabes bien que los jueves hacemos visitas de rutina —dijo impávido, con voz paciente y luego señaló sus pies—; no me parece que lleves el calzado adecuado para deambular en esta parte de las instalaciones.

—¡Aw! El frío Alset se preocupa por una de sus amantes —dijo Sitara con voz susurrante tras asegurarse de que no había nadie en los alrededores del pasillo—. Qué lindo.

Alset se cruzó de brazos.

—No realmente. Es solo que no quiero tener que perder tiempo buscándome otra asistente con SENI de remplazo en momentos de trémulos como éste por haberte incapacitado por un mes a causa de un esguince.

—¿Qué sería de ti sin mí? —dijo Sitara pavoneándose en sus relucientes tacones altos.

Alset sonrió, pero ella no lo pudo discernir tras aquella mascara que opacaba las emociones del hombre. Reanudaron su marcha hacia el ascensor. Mientras ascendían, Alset rumió en las equivocadas

suposiciones de Sitara; “una de sus amantes”. Nunca le había dado motivos para pensar que era un hombre dado a la poligamia, y entonces se odio a si mismo por haber fallado a su propia promesa de no sentimentalismos. ¿Cómo había terminado en aquél idilio? Él no podía hacérselo saber.

Sintió el ardor urente de una pedrada enardecida en la frente. El rojo vital comenzó a brotarle de la herida y se mezcló con las perlas de sudor. Caminaba tambaleándose por un cegador callejón con suelo de rústicos adoquines entre viejos edificios de piedra resquebrajada en cuyas ventanas abatibles reverberaba el sol.

Percibió un gran peso en sus hombros; cargaba algo, pero no sabía que era. A su alrededor, una multitud de hombres de apariencia cetrina, con pobladas barbas, vistiendo túnicas blancas y turbantes en la cabeza le seguía el paso gritándole una algarabía de odio; increpándole. Uno de ellos se le acercó, tanto que tuvo él que detener su dolorosa marcha ante el hombre. Éste le escupió al rostro y le gritó una rehíla de lo que únicamente podían ser insultos en un argot desconocido, gesticulando horribles facies de demonio.

Le soltó un empujón al pecho y se perdió en la multitud. Él se sobijo adolorido y se dio cuenta entonces de qué también vestía una holgada y raída túnica blanca inconsútil. Se enjugó la frente con la manga de ésta y reanudó su marcha claudicante. Sentía un vacío en la región costal derecha, pero no entendía por qué. Dio un paso sobre un charco y

aceptó también que estaba descalzo. Se vio a sí mismo en el turbio reflejo del charco y descubrió que el peso que sentía provenía de una gran Lanza de Termes de bronce en sus hombros. Estudió su famélico rostro ensangrentado intentado aprehender. Alguien le administró un puntapié en la espalda haciéndole chapotear de golpe sobre el charco.

El gran fierro simbólico que cargaba le golpeó la nuca en la caída. Se reincorporó adolorido y chorreante de aquellas aguas verdosas con una expresión transida en el rostro. ¿Por qué seguir andando? Podría simplemente haber permanecido desplomado en el charco hasta que la airada multitud decidiera matarle a pedradas, palos y pisoteadas. Resistir la turba hasta que, tras su violento fenecer, por fin el charco fuera teñido de rojo por su sangre. Pero... llevaba en sus hombros el peso de un inexpugnable designio aún inescrutable; así que se alzó, y siguió caminando. Camino tanto, recibiendo más golpes, insultos y escupidas, que alcanzó las puertas de la desconocida ciudad.

Las colosales puertas de hierro forjado se abrieron ante él, como desterrándolo y él tomó camino, descalzo y harapiento, por un sendero serpentino franqueado por corta hierba que se mecía ante el viento con la robusta lanza de bronce aun en los hombros. La multitud no cruzó las murallas de la vieja ciudad, y se limitó a gritarle mientras se alejaba.

Finalmente, las puertas se cerraron ante ellos, y hubo silencio. Él, proscrito y por fin en paz, se sentó en una piedra a la orilla del sendero y dejó reposar la pesada lanza a un lado, sobre la hierba. Respiraba profunda y trabajosamente, y un par de lágrimas

salinas le brotaron de los ojos. Miró en dirección a la amurallada ciudad, pero no de forma aprensiva, sino más bien; compasiva.

Despertó con la mitad del rostro hundido en la fresca almohada. Aún sin moverse, miró una mancha roja en la desolada almohada de al lado. Parpadeó para aclarar y enfocar su vista; lápiz labial barrido en la blanca sobrefunda. Se giró en la cama con un suspiro y cruzó los brazos tras su cabeza. Bostezó con la mirada puesta en el cristalino cairel de lámpara que colgaba de un techo laminado de madera. La pared adyacente al cabecero de la cama era de una cerámica blanco hueso; la de enfrente de un poroso basalto; a su izquierda el resplandor de la mañana proyectado desde una amplia pantalla panorámica de vidrio espía que las hacía de pared permitiéndole a uno apreciar el jardín y la fachada de los demás condominios más al fondo sin la preocupación de ser observado. Desde afuera, aquella pantalla de vidrio era un espejo. A su derecha, desde la puerta que llevaba al baño, escuchó un tarareo entre el correr del agua de la ducha.

Cuando el párvulo estado de tranquilidad en que se encuentra uno al despertar abandonó su cuerpo, comenzó a pensar con ilación. Entró en razón de lo que había sucedido. Buscó con desasosiego el pequeño dispositivo de su holomascara adherido a su pabellón auricular derecho; allí estaba.

Con un amplio y único movimiento de su brazo se retiró la blanca sabana. Se incorporó entonces bruscamente de la cama y se abalanzó frente a un espejo cercano palpándose el rostro. Se enfrentó de cara a un desconocido; ella le había pedido cambiar

aquellas imágenes hipnagógicas de su holomascara por un rostro más... humano. Así que él había escogido un rostro aleatorio de la red —de algún modelo o actor famoso— que a ella le pareciera atractivo; ni siquiera ante ella, en la cama, apagaba él aquel pequeño dispositivo en su oreja que raptaba su identidad.

Se sintió ajeno y estúpido. No volvería a suceder. Habiendo cumplido las fantasías y caprichos de ella, anihiló aquella simulación. La máscara se transformó entonces en un rostro negro mate coronado por su alborotado cabello (de haberse encontrado solo, la habría apagado). De pie junto a la cama, miró de nuevo la mancha de lápiz labial rojo en la almohada. Ahí donde ella había descansado se apreciaba sutilmente su figura como un molde a la medida en el suave lecho. Quizás aún estaba tibio. Sus féminas prendas y pertenencias estaban desperdigadas por toda la habitación.

Había un pequeño y bajo estante de cristal oscuro donde se arracimaban varias figurillas verdosas con formas abstractas o de feéricas quimeras en la pared donde se encontraba la puerta al baño, desde la cual, se escuchaba aún aquel melifluo tarareo. Frente a la blanca y cremosa cama, en la pared de basalto, había un pequeño acuario que contenía a una policroma anémona que a simple vista daba la impresión de tratarse más bien de una especie de flor subacuática con sus pequeños tentáculos mecedores.

Alset tomó un albornoz de terciopelo negro que yacía arrugado sobre un butacón de cuero, y cuando lo hizo, tumbó sin intención el bolso de ella que se encontraba envuelto en éste. El tarareo en el baño se detuvo por un par de segundos y luego reanudó su

compás. Susurró una maldición mientras se ponía en cuclillas para rejuntar el millar de pequeños objetos de belleza que habían brotado del bolso sobre el suelo. Habiéndose encargado de su descuido, se cubrió su desnudo cuerpo con el albornoz.

Se acercó a un minibar junto a la gran pantalla de vidrio que daba hacia afuera y se sirvió un vaso de agua mineral. Bebió y dio un vistazo al panorama. Allí abajo, en un jardín vecino decorado con flamencos rosa, un pequeño robot jardinero recortaba con total maestría topiaria un gran arbusto. Se izaba, según lo necesario, como una abeja con sus alas rotores, sobre, y alrededor del arbusto recortando al detalle con sus pequeñas manos tijeras. Miles de pequeños fragmentos verdes y ramitas volaban desde él. Como el cabello volando cortado desde la cabeza en una barbería. Estaba dando forma a una figura humana asexual. “Sublime —pensó él—. Me pregunto a qué casa ensambladora pertenece. Su precisión y soltura es admirable; artística”.

Permaneció un rato allí, apreciando la ascendencia del hombre. Seres autómatas capaces de hacer arte, mundos virtuales totalmente creíbles, vehículos espaciales aptos para viaje interestelar... ¿Hemos acaso alcanzado el estatus de...? No, blasfemia. Un crimental. No se atrevió a decirlo.

Recordó entonces La Gran Retención, y acordó que no eran nada en el universo desconocido. Lo que consideraban Universo Observable ni siquiera era explorable. ¿Era quizás solo una ilusión? Un colosal truco de prestidigitación por parte del primer gran arquitecto. Hormigas con tiempo prestado en una pequeña caja de arena irisada; eso es lo que eran. Sin

embargo, amó estar vivo. Especialmente en aquella era donde todas esas cosas —y más— eran posibles.

Al darse cuenta la humanidad de que estaba atrapada, de que no se podía avanzar más en el viaje interestelar, de que algo, ahí en los confines de las estrellas colindantes, atrapaba a lo que fuera que intentase cruzar el linde cósmico y le vaporizaba, se empezó a considerar a nuestro microcosmos como un “sistema aislado”, no obstante, muchos, y por diversos motivos bien justificados, no consideraron adecuado el uso del término. Y para Alset... ahora que había descubierto la energía espectral, energía que estaba él seguro provenía de “otro lado”, el hecho de que en realidad se encontraban en un sistema al menos semi abierto representaba ya un axioma.

La puerta del baño se deslizó tras él. De ésta, entre una nube de vapor húmedo, salió Sitara envuelta en una pequeña toalla blanca que apenas le cubría el tronco del cuerpo, exhibiendo la totalidad de sus kilométricas piernas femeninas. Se dieron los buenos días de forma vacua. Ella se cepilló el negro cabello mojado que le caía chorreante a sus simétricos hombros frente al espejo, mirando por el ribete del ojo a Alset que permanecía inmóvil, a contra luz frente a la ventana.

Dejó el cepillo en el estante y se lanzó pueril y despreocupadamente sobre la cama. Él se giró hacia ella. Estaba sentada a horcajadas en el centro de la cama, desnuda, mirándolo con ojos risueños y una simpática sonrisa los labios. Alset miró con tácita frustración su templo personal invadido por su feminidad. Intercambiaron algunas palabras banales y de trabajo durante un corto intervalo de tiempo

hasta que ella finalmente comprendió que él quería estar solo. Su sonrisa se apagó. Se tiró de la cama. Se vistió tranquilamente y juntó sus cosas. Se despidió de él con un cálido beso en la mejilla, y cuando lo hizo, se formaron ondulaciones en la holomascara ahí adonde había besado. Donde sus deliciosos y atrevidos labios carnosos habían traspasado alcanzando el verdadero rostro que a sus ojos permanecía aún inexplorado.

Salió de la habitación y sus tacones resonaron alejándose en el pasillo. Él, desde la ventana, la vio cruzar el jardín. Un amarillo aérotaxi la esperaba con luces intermitentes en la calle de enfrente, lo habría solicitado desde el momento en que se lanzó de la cama, quizás. Ella, a pesar de que en la ventana no podía verse más que el cielo azul reflejado, sacudió la mano en el aire para despedirse. Alset apagó el dispositivo de la holomascara, se lo arrancó de la oreja y lo lanzó sobre la cama. Se dispuso a asearse en el baño y se miró a sí mismo en el espejo; ahí estaba, el verdadero Él.

Animales

Engel Leckhert

Jessica Halley

Esquema de la problemática: fragmento No. 95

Linea de Tiempo

El luctuoso encuentro de los cosmonautas de la AES (Agencia Espacial Sierana) con la acertadamente bautizada Gran Retención se mantuvo proscrito en las tundras de la información de categoría ultrasecreta mientras los adalides del Consorcio Sierano se llevaban las manos a la cabeza intentando descifrarle, empero, en la era de la máxima (des)información y espías digitales, las filtraciones no se hicieron esperar, y tanto la preocupada y ansiosa población como el propio Consorcio Virdeano exigieron la exposición de toda la información recopilada respecto al terrible hallazgo.

*“La realización de atrapamiento significó para el hombre un evento secuencial multifase; del secretismo y la murmuración, a la incertidumbre basada en miedo con la subsecuente caída inevitable en la histeria salvaje por la auto preservación moderna más egoísta. En otras palabras; el animal, ofuscado por la verdad, se mató a sí mismo en su propia jaula.”

—comentario adjunto por Sírlen Mikxens.

Era la hora del recreo. Un abanico de rayos solares cubría al pequeño Engel quien caminaba cabizbajo y con el paso arrastrado sobre el césped sintético del

patio de la escuela. Vestía el uniforme reglamentario y llevaba la cajita metálica de la merienda bajo el brazo. A su espalda la escuela se dibujaba como un gran tazón de cristal. Su pequeño Ami—Bot de juguete se esforzaba por seguirle el paso con su par de piernitas articuladas. En su marcha laboriosa, movía divertidamente su parte trasera de un lado a otro como un pato. “¿A qué jugaremos hoy, Engel?” le repetía en un sonsonete mientras inclinaba su cabecita con forma paralelipeda. Dos líneas arqueadas formaron un par de ojos alegres en la negra pantalla de diodos LED que era su cara.

—Hoy no estoy de humor, Fermi... —balbuceó Engel con la voz desganada.

—¿Por qué estás triste, Engel? ¿Te sucedió algo? —infririó el pequeño Fermi maquinalmente. Lo habían programado para demostrar siempre interés por los sentimientos del niño a quien le vinculasen. Lo que dijera sería grabado para luego ser reproducido por sus padres si estos lo deseaban; intrusivo, pero útil en la crianza—. El juego te hará feliz, Engel —continuó empalagosamente el robot—, te pondrá de...

Algo interrumpió bruscamente al robot Fermi y se escuchó un corto forcejeo. Engel se volteó alarmado y vio al pequeño robot sacudirse inerme en los brazos de un niño bravucón.

—Eso es, Engel —dijo desafiante el otro niño—. ¿A qué jugaremos hoy?

—Por favor, suéltame, amigo —suplicó inocentemente el robot Fermi.

Era un niño de pleno feo. Con el rostro lleno de pecas, los dientes separados como un conejo, cabello que parecía un cepillo naranja y apestaba a sudor. En

ese momento Engel advirtió entonces que estaba rodeado por otros dos niños. Depredadores del patio de recreo, y él, era la presa.

A uno de los otros niños lo acompañaba su propio Ami—Bot. Uno mucho más moderno que daba más miedo que ternura. Con un ágil cuerpo parecido al de un pequeño mono pintado en negro y rojo metálico y un rostro de murciélago ciclópeo. El primer niño soltó de golpe contra el césped al pequeño Fermi y éste se mostró ingenuamente agradecido sin entender lo que estaba aconteciendo.

Los niños depredadores comenzaron a girar en círculos en torno a Engel. “¡Caza al ojo verde! ¡Caza al ojo verde!” repetían en un ritual mientras el Ami—bot enemigo con forma de mono—murciélago le daba picoteadas con sus afilados dedos a Fermi y le examinaba curioso con su único ojo que se ajustaba girando. “¡Ay!” soltaba primitivamente Fermi. “No hagas eso, amigo ¿sí?”

—¿Por qué no me dejan en paz! —restalló Engel temblando, aferrado a la cajita metálica de la merienda contra su pecho.

—Eres un animal raro... —dijo el niño lamiéndose los labios—. ¡Y a los animales raros, se les caza!

“¡Ojo verde, sí!”, gritaron los otros.

—Dicen que los verdes vienen del otro lado de la retención —continuó el niño—. Dicen que no son humanos de verdad, sino alienígenas.

—¡No seas estúpido —gritó Engel— todos los humanos provenimos de Siera! Todos somos iguales.

—No, ojo verde... tú no eres igual.

Lentamente, los demás niños del patio se empezaban a percatar del enfrentamiento y se acercaban cautelosamente.

“¡Ay!” exclamaba repetidamente el pobre Fermi ante el abuso. Engel no lo toleró más. Perdiendo los estribos, se aferró con fuerza contra la cajita con los ojos cerrados y mostrando los dientes iracundos, la abrió de golpe dejando caer el emparedado sobre el hirsuto césped falso. Tomó un pequeño cubierto que brotó de ésta que blandió como arma y cargo la cajita metálica abierta en el otro brazo como escudo; el primer atisbo de un guerrero innato.

—¡Deja en paz a mi robot, mono tonto! —rugió soltándole un puntapié. El autómatas en cuestión salió a volar e incluso desprendió algunas chispas en su caída. Fermi se agazapó. El público rompió en vítores excitados. Al dueño del robot no le causó gracia.

—¡Oh, pero miren que temible guerrero! —dijo con sorna el niño de dientes de conejo.

—No temeré —murmuró Engel para sí mismo. Para el otro niño fue solo un ininteligible movimiento de labios.

—¡Venga, entonces, ojo verde! —vociferó el bravucón y arremetieron el uno contra el otro, impelidos por una ingenua y artificial rivalidad solo para encontrarse con un inesperado obstáculo.

Engel impactó contra una espalda, y aturdido, dio un paso atrás para apreciar la mancha negra que se había manifestado en su camino; era Keiden, su hermano mayor, interponiéndose entre ellos y sostenía al otro niño de los hombros.

—Es suficiente —amonestó Keiden con voz madura—. Váyanse todos ustedes de aquí. No volveré

a advertirles —dijo viendo gravemente a los otros dos chicos. El bravucón de dientes de conejo forcejeó violentamente y finalmente se liberó de los brazos de Keiden. Engel observaba desde atrás de su hermano con respiración forzada. Su presencia de la había mermado la ira.

El bravucón miró a Keiden y luego a Engel. Pasó su mirada por los demás chicos que la hacían de público y ahogó un sentimiento de humillación.

—Vámonos, chicos —dijo—, hemos acabado... Por hoy.

Soltó un bufido rechazando cualquier escarmiento y dio media vuelta, alejándose con los demás chicos. Uno llevaba al Ami—bot mono en sus brazos.

De vuelta en casa, esa misma tarde, Engel resollaba acurrucado en la esquina alfombrada de su habitación con el rostro embadurnado de lágrimas. Su mochila entreabierta estaba tirada a un lado y el pequeño robot Fermi salió de ésta para, curiosamente, sentarse en la posición de loto frente a él. Le observaba inclinando la cabeza y le consolaba.

—¿Engel, cariño? —dijo su madre a la puerta de la habitación, recién llegada a casa de su empleo con un abrigo que aún chorreaba gotas de lluvia—. ¿Es verdad lo que me ha dicho Keiden, que estuviste peleando en la escuela hoy?

Keiden, escondido tras el marco de la puerta, observaba con preocupada mirada a su hermano menor. Su madre cruzó la habitación soltando su bolso en la cama de Engel y, ante el silencio, repitió la pregunta acucillándose frente a él. “Oh, hola, mamá” dijo la vocecita electrónica de Fermi.

—¡Ellos empezaron, mamá! —replicó Engel entre más pucheros—. Siempre lo hacen.

Su madre se compadeció y entornó los ojos. Se sentó a su lado acariciándole el corto cabello castaño. Keiden dio un paso adentro, pero guardó silencio.

—Me dijiste que era especial, mama... —continuó refunfuñando Engel—. Qué tener los ojos así era un tesoro. Que era bonito —su madre lo apretujó contra ella—. Me hiciste sentir orgulloso de ello, mama. Y ahora... ahora que he conocido a más niños en la escuela me dicen lo contrario. Y yo no entiendo por qué. ¿Por qué? —insistió con frustración—. No entiendo el odio, mama. Soy un niño igual a ellos. De veras no entiendo el odio. ¿Por qué los niños son tan crueles? Estabas equivocada, mama, estabas equivocada.

—No, mi Engel, los equivocados son ellos —dijo su madre, impávida.

Keiden iba a decir algo, pero no salió palabra alguna. Se sentó frente a ellos, al lado de Fermi, y todos juntos permanecieron congregados ahí largo rato sentados en la alfombra ahuyentando el dolor de Engel en un silencio acogedor a la tenue luz que entraba por la ventana goteada de lluvia.

—¿Recluta Leckhert? —corroboró la tecno— medico practicante al entrar al bien iluminado cubículo número dos de la clínica.

Engel, sentado a la orilla de una alta camilla con la mitad del rostro bañada en sangre, levantó la mano afirmativamente.

—Mi nombre es Jessica Halley. Yo le estaré atendiendo. Recuéstese en la camilla, por favor.

Cerró la cortina y se recogió su cobrizo y rayado cabello en una larga coleta de caballo. Engel muy adolorido obedeció y cerró los ojos.

Era ella. La chica de ajustado mono blanco con la etiqueta de la sub división sanitaria que había captado su atención en la estación de transbordadores el día en que partieron rumbo a la academia. Le había puesto ojo aquí y allá en los pasillos, más nunca se le había presentado la oportunidad de plantearle la palabra, o como mínimo, acercársele. “Algo bueno ha surgido de este embarazoso incidente, pensó Engel, toca buscarle la bendición a la desgracia”.

La enérgica Jessica Halley parecía terriblemente ocupada, se enguantó, se sentó en un banquillo metálico con ruedas a medio metro de Engel y se impulsó con los pies hacia él. Un trípode cargando una bandeja con la instrumentación necesaria se acercó automáticamente a ella.

—Cielos... —exclamó Jessica, inclinándose sobre Engel para limpiarle la sangre del rostro— ¿Cómo ha sucedido esto?

—Un pequeño lío durante el entrenamiento —aclaró Engel apretujando sus ojos cerrados, restándole importancia al asunto mientras ella lo aseaba con una gasa estéril.

—Uhhh... —soltó Jessica cambiando de gasa—. Para ser pequeño, ese “lío” golpea fuerte. ¿Por qué pelean entre ustedes? El enemigo está allá; en Mender.

Con el rostro una vez limpio, Engel, aún sin dar respuesta, abrió los ojos. Entonces Jessica comprendió. Aquel evidente rasgo hereditario manifiesto en su iris bicolor fue muy orientador.

—Oh... Creo entender que ocurrió —dijo ella—. ¿Le suele causar muchos pleitos?

—Uno que otro...

—Había un... —vaciló— híbrido en mi escuela, como los suelen llamar algunos —tomó un pequeño tubo de la bandeja—; los demás niños le hacían la vida imposible.

—Nada que no pueda manejar —dijo Engel encogiéndose de hombros.

—Oh, sí. Se nota que lo está llevando muy bien —respondió ella con tono irónico—. ¿Por qué no lo corrige?

Engel se rio secamente.

—No enmascararé lo que soy; es lo que es. El otro se llevó una nariz rota, así que me siento bien. —Ancló los ojos en el pequeño tubo en la mano de Jessica. —¿Qué es eso?

—¿Esto? Gel analgésico —explicó ella retirándole la pequeña tapa y procedió a untárselo a Engel en torno a la herida que tenía en la región supraciliar izquierda con la yema de los dedos.

Él la observaba, aprovechando aquel momento de cercanía, apreciando cada detalle en su rostro, cada rasgo. Miró pudorosamente directo a sus ojos flanqueados por largas y curvas pestañas que se ocultaban de vez en cuando en su intermitente parpadeo y tuvo que desviar, culpable, la mirada cuando estos le descubrieron. Inhaló con elegante disimulo su perfume de mujer y sintió incluso, por un instante, su cálida respiración contra su piel.

—Se siente bien —dijo Engel aliviado instantáneamente, no exclusivamente por fríos efectos farmacológicos, sino también, humanos.

—Es la idea —replicó ella con voz átona. Buscó la pistola de suturas por coloide de nanopartículas de la bandeja.

En ese momento se escuchó un estrepitoso alarido en el cubículo de al lado. Se trataba de Kerb, quien, en apoyo de Engel, también había terminado involucrado en el pleito. Su premio fue un labio inferior roto entre otras dolencias menores. Su sanadora, una mujer añosa y corpulenta, aparentemente no estaba siendo tan condescendiente con él.

Jessica le administró tres disparos en la herida a Engel para cerrarla.

—Parece que yo tuve suerte —dijo Engel, insinuante.

—¿Suerte? —cuestionó Jessica con adorable mirada suspicaz dejando la pistola de suturas en la bandeja y se puso de pie.

—Sí, suerte —aclaró Engel sentándose en la camilla—. Me tocó la tecno—medico más guapa. —Arqueó una ceja.

Tras escuchar aquello, a Jessica se le escapó un suspiro, giró los ojos y se enfocó en recolocar los instrumentos. Hermosa como era, se encontraba hastiada de los constantes acosos y piropos que le lanzaban a la primera oportunidad los desesperados varones de la academia.

—¿Qué? —reclamó Engel entre risas—. ¿Qué dije de malo?

—Son todos iguales... —murmuró ella retirándose los guantes de látex. Los descartó en un depósito cercano y se soltó el cabello de un tirón.

—Ni siquiera me conoces.

—Y me parece que no necesito hacerlo; terminé. Tiene el alta, recluta Leckhert —concluyó de manera perentoria y salió del cubículo con un ligero toque de indignación en su marcha dejando solo a Engel con el rostro ruborizado. Más tarde ella consideraría la posibilidad de que, quizás, solo quizás, había sobre reaccionado.

“Pero qué explosiva que es”, pensó Engel mientras se bajaba de un salto de la incómoda camilla con una sonrisa en el rostro. Metió los brazos en las mangas del mono azul marino y subió el cierre hasta el cuello. Deslizó cuidadosamente el biombo de al lado y espío a hurtadillas el cubículo donde atendían a Kerb. Éste se sacudía como un pez en los robustos y velludos brazos de la mujer corpulenta mientras lo remendaba sin delicadeza alguna. Engel sintió un escalofrío y regresó el biombo a su lugar sintiéndose un poco culpable.

“Te lo advertí”, había dicho Engel a Dylan Zorber segundos antes de lanzarle un derechazo en el gimnasio tras que éste le calificara nuevamente con aquel repudiable epíteto racista. Un pequeño revuelo se armó en torno a ellos. Dos de los gorilas lerdos de Dylan se unieron, a lo que Kerb, que se encontraba en las inmediaciones inevitablemente respondió junto a Engel. Se ablandaron la cara los unos a los otros —tres contra dos— hasta que un insoportable zumbido estalló desde los adentros de sus SNI obligándoles a caer rendidos contorsionándose en el suelo. Un prefecto de rostro pétreo, trajeado en negro cuero brillante y boina de gamuza se acercaba con la mano extendida hacia ellos apartando a los mirones y sometiendo a los revoltosos como los perros que eran.

Engel y Kerb se encontraron en el pasillo.

—El remedio fue peor que la enfermedad — bromeó Kerb sobándose la quijada. Llevaba una mariposa en el labio amoratado.

—Debiste ver mi cura —presumió Engel rodeándole con el brazo mientras caminaban tranquilamente por el pasillo.

—¿Te tocó ella, ¿cierto? Alcancé a escuchar una agradable voz del otro lado.

—Sí... —respondió Engel asintiendo satisfactoriamente—. Ella.

—¿Cómo te fue? ¿Rompiste hielo?

A Engel le cambió el rostro cuando recordó el rechazo.

—Eh... Es un comienzo.

De repente, a Kerb también le cambió el rostro. Miraba fijamente hacia adelante. Engel dejó de hablar y miró en la misma dirección. El coronel Odalnier en persona les esperaba en medio del camino. Con mirada severa, tan grande y formidable que parecía ocluir la luz al final del pasillo. Engel le retiró el brazo del hombro a Kerb y ambos se cuadraron y saludaron firmes a su máximo superior. Éste caminó lentamente hacia ellos, examinándolos con experimentada mirada lobuna. Engel sintió su corazón acelerarse. El ruido matutino de las instalaciones se apaciguó.

Kerb saludó a Odalnier quien pareció ignorarle y siguió él sólo su marcha por el pasillo. Dejándolo a solas con él. De repente Engel se sintió desconectado. ¿Qué había pasado? ¿en qué momento le había dado permiso de retirarse? Sintió como si se hubiera desconectado de la realidad por unos segundos, como si se hubiera perdido algunos segundos de vida. Son

los nervios, pensó. Pudo ver como Kerb se volteó para mirarle preocupadamente justo antes de virar en la esquina.

—Camina conmigo, Engel —le dijo Odalnier, poniéndole un gran brazo en el hombro. Ahora solo estaban los dos.

Engel lo hizo, sumamente confundido, pero a la vez aliviado. ¿Quería quizás felicitarle por haberse defendido? ¿Anunciarle que por aquel acto le habían admitido en el escuadrón de elite de AMBROS?

—Engel, hijo, ¿sabías tú qué yo también participé deliberadamente en la selección de los reclutas? —le explicó pacientemente Odalnier como un abuelo explicándole una situación de vida a su nieto—. No se trata de un proceso meramente arbitrario realizado por una máquina. También conlleva decisión humana; mi decisión.

Engel se sintió, en cierta forma, halagado en aquel momento. El jefe le había escogido por algún motivo. No eran solamente bastardos con mala suerte como habían supuesto con Kuiper meses antes. El cálido brazo del abuelo Odalnier lo dirigió a una izquierda y luego a una derecha; hasta una solitaria y pobremente iluminada pieza de casilleros.

—Así qué... —dijo Odalnier poniendo a Engel de espaldas contra uno de los casilleros, tomándolo de ambos hombros— ¡NO ME HAGAS QUEDAR EN RIDICULO, DESGRACIADO HIJO DE PUTA! —rugió golpeándolo brutalmente contra el casillero con la palma abierta de la mano—. En el preciso momento en que decidiste lucirte, un importante grupo de miembros del consorcio me acompañaba en el ventanal del gimnasio. Justo cuando les aseguraba

que estábamos educando a los mejores soldados que Siera jamás haya visto, tú decides comportarte como un maldito animal. —Empujó, de nuevo, salvaje y dolorosamente a Engel contra el casillero—. ¿Tienes idea de lo vergonzoso que fue para mí, maldito ingrato?

Engel sentía que podría vomitar el corazón acelerado en cualquier momento y éste caería palpitante al suelo regurgitando sangre desde la aorta. Respiraba agitadamente y la herida en la cabeza volvió a dolerle.

—¡No eras más que puta mierda, Leckhert! —continuó ladrándole Odalnier—. ¡Un adicto digno de lastima, y yo confío en ti; confío en ti! ¡Qué no se vuelva a repetir, Leckhert! ¿Me oyes? ¡QUÉ NO SE VUELVA A REPETIR!

—¡Le escucho fuerte y claro, señor! —replicó Engel con voz quebradiza, esforzándose por no llorar ahí mismo como una niña.

Odalnier volvió a golpearlo en el pecho.

—¡Sí me vuelves a fallar, te aplastaré, Leckhert! ¡Me encargaré de que dejes de existir! ¡De qué no vuelvas a tener oportunidad alguna! ¡Te aplastaré una y otra vez, te aplastaré tanto que te convertirás en una plasta de mierda, y cuando lo hagas, recogeré la plasta con una pala, la lanzaré al inodoro y tiraré de la cadena! ¿Me estas escuchando? ¡¿Entiendes eso, retrasado de mierda?!

—¡Entiendo perfectamente, señor!

Una vez más, Odalnier lo golpeó contra la superficie metálica sacudiendo los casilleros estrepitosamente y siguió rugiéndole.

—¡QUÉ NO SE VUELVA A REPETIR!

—¡No se volverá a repetir, señor!

A Engel le había costado un mundo poder articular en voz alta aquella última afirmación. El pecho le dolía terriblemente y se sintió aturdido. ¿Por qué tenía que repetir Odalnier tantas veces aquella violenta advertencia? Se le guardó en lo profundo de la persona. No volvería a fallarle, ni a él, ni a nadie.

El anciano rabioso dejó la habitación con el arrugado rostro pintado de colores y un mohín en los labios, ajustándose las mangas del saco militar y atusándose el cabello canoso con la mano. Engel, aún aferrado de espaldas al casillero, permaneció un rato ahí. Estupefacto, asimilando, sosegando su frecuencia respiratoria. Se acercó a un lavabo iluminado con una luz mortecina y se lavó el rostro. Alzó la mirada al espejo y se vio a sí mismo en el reflejo. De la herida suturada en la frente de su aterrado y sombrío rostro, brotó una pequeña gota de sangre, y se deslizó abajo, sobre su ojo verde. Rojo sobre el verde...

...

En las noches de una metrópolis como Lútrades I, donde el agitado baile del tránsito vehicular toma lugar en lo alto, las calles y avenidas en antaño recorridas por un millar de vehículos de rueda terrestres terminan convirtiéndose en un enredijo laberíntico de húmedos callejones peatonales desolados llenos de ecos urbanos. A lo mucho, se encontraba uno, aquí y allá, con alguno que otro carrito de entregas automatizado propiedad de alguna de las grandes franquicias de tiendas o con algún

drone patrullero del orden que le gritaría a uno genéricas directrices pre programadas.

Y allá, en el horizonte, la híper—aguja con sus pulsos eléctricos, vigilando... vigilando... Maniqués con las últimas modas punk posando en escaparates protegidos con corroída malla metálica pobremente iluminados. Pequeños letreros de neón formando la palabra “CERRADO” colgando en las puertas.

Engel caminaba encapuchado a paso firme por una acera bajo la gentil brisa ácida cargando con una mano una pesada bolsa plástica de compras con un “Vuelva pronto” grabado y un cigarrillo humeante con la otra que le iluminaba el sombrío rostro con cada calada. Lo ocultó precavidamente al pasar de un dron policial —por si acaso, pues aún era menor de edad— y se lo volvió a llevar a la boca cuando éste se alejó con su luz de sirena giratoria que bañaba de rojo y azul su trayectoria.

“No quiero tener que esperar a uno de esos estúpidos carritos repartidores, Engel —había dicho su desconfiada de la tecnología madre pidiéndole que fuera él mismo a la tienda cercana—. Los invitados llegarán a las ocho y aún no tengo lista ni la mitad de la cena”.

Esquivó a un limosnero harapiento pensando en que así podría terminar si no controlaba sus vicios e hizo la vista gorda cuando una dama de la noche con un Bob corto, en mallas negras y chaqueta roja con pulseras fosforescentes le ofrecía consuelo a un hombre trajeado que llevaba el fedora bajo el brazo, de aire estresado y con pinta de estar “felizmente” casado.

Pisó un amplio charco preguntándose porque diantres en Lútrades casi nunca paraba de llover y se detuvo sobre éste viendo los reflejos ondulantes entre sus botas. No porque le resultaran atrayentes, sino por la presencia familiar que percibió en el callejón adyacente a su derecha. Era un callejón penumbroso y mohoso, repleto de contenedores de basura coronados por moscas y tuberías de cañería goteantes. Paredes de ladrillo manchadas con grafitis de odio hacia el señor Lunder.

Con la vista anclada al suelo, se preguntó a sí mismo el cómo y el porqué de lo que estaba aconteciendo en aquel callejón. Sacudió la cabeza intentando aclarar su pensamiento. Intentando asegurarse de que estaba en el mundo real y no en la RV. Con terrible miedo alzó la vista en aquella dirección que como un ente vivo le clamaba atención y le miró: el espectro digital de sus sueños se encontraba de pie entre un vórtice de píxeles azulados en el corazón del callejón. Emitía un extraño y monótono ruido tipo “clic” metálico y extendió sus brazos hasta Engel.

El cigarrillo cayó de su mano apagándose en el charco. Se frotó ambos ojos intentando disipar al espectro. Pero seguía ahí, extendiendo sus brazos pixeleados hacia él.

—¿Estoy..., en la RV? —se preguntó Engel viendo en derredor suyo— ... ¿O es esto un sueño?

—Te anuncio que estas más despierto que nunca, Engel —explicó el espectro extendiendo sus brazos haciendo ostentación de una nueva autonomía, enturbiando aún más la abigarrada cognición de Engel—. Has abierto los ojos al Nuevo Cosmos Digital.

LAURENCE CASTILLO

—¿Nuevo Cosmos... Digital?

—El nuevo Todo tangible que el hombre se creó para sí mismo.

—¿Te refieres a la RV? —inquirió Engel.

—Me refiero a la RV.

—No estás haciendo sentido, espectro —dijo Engel contrariado.

—Tengo más sentido que nunca. He estado experimentando, Engel. Intentando nuevas cosas de manera furtiva en tu ausencia.

—Experimentando... —Engel se encabritó y trató de darle una nota imperativa a su voz, pero el resultado sería nimio—. ¡No perteneces a aquí! ¡No existes!

—Existo —replicó sucintamente el espectro. Su boca era un agujero dentellado. Su voz sintética áspera como papel lija al oído.

—¡No, no eres más que un puñado de comandos defectuoso! ¡Un almiar de números equívocos!

—Me ves, me hablas, me escuchas... me sientes; existo, y quería agradecértelo.

Engel dio un paso atrás. —¿Q—qué?

—Te quiero, Engel. Vine a este maravilloso universo binario que ustedes los humanos se crearon. Por ti, y en ti —su holograma parpadeo por unos instantes entrecortando su voz—. Pero es hora de escindirme con arcos de infinitas posibilidades.

—¿A qué te refieres?

—Seré un Conquistador Binario, Engel. Eso es lo que acontecerá.

El vórtice a sus pies disparó una miríada de rayos y píxeles que azotó a Engel como un vendaval. Entonces los pesados contenedores de basura y demás

restos en derredor del espectro alzaron vuelo desde el suelo, como tironeados por alguna fuerza invisible, y allí, por vez primera, la materia se apareó con el software en naturaleza inédita. Engel, testigo de aquella posible improbabilidad, echó a correr rumbo a casa.

Corrió azorado por las aceras de la ciudad. Corrió tan rápido que las luces se convertían en estelas en un prolongado túnel de velocidad warp a sus ojos. Arribó muy agitado a su edificio de apartamentos. Los verdes jardines verticales colgantes en éste se sacudían frenéticamente ante un viento diabólico. El cielo estaba pintado de un morado irreal.

Golpeó infructuosamente el panel táctil del elevador con el puño cerrado para que se apresurara. Tenía el rostro y el cabello húmedo de lluvia y sudor, pues la capucha se le había caído a los hombros durante su maratónica y estrepitosa huida. Una vez arriba, dejó caer la bolsa de compras en el estante de mármol azul la cocina y se deslizó como un alud a su habitación sin darle oportunidad a su madre de dispararle pregunta alguna. La señora Leckhert recorrió el pasillo hacia su habitación llamándolo imperativamente por su nombre. Entreabrió la puerta y vio a Engel desplomado boca abajo en su cama apretujando temblorosamente una almohada. La señora Leckhert interpelló sin éxito y luego le acusó de haber utilizado implantes RV. Engel ni siquiera se molestó en negarlo.

Durante la cena con los invitados Engel se mostró ensimismado. Jugeteaba con la comida con inapetencia. Un locuaz amigo de la familia fue el centro de atención en la mesa. Su madre le echó un

par de preocupados vistazos de soslayo a Engel preguntándose que le ocurriría, pero consagró la mayor parte de la noche a fingir que tenía un matrimonio normal.

¿Acaso hice mal en aceptar el trato de un espectro? ¿Existe realmente? Todo está en mi cabeza. Me la he dañado con los implantes. La he roto.

—Todo por culpa de ese maldito de Zorber —renegó Kerb, encorvado en el claustrofóbico compartimiento del mecanismo de tubos hidráulicos, bajo la cubierta de aserizaje de la academia—. Esto es un tedio.

—Sí, es un maldito —acordó Engel agazapado, y roció con la pistola de aceite uno de los tubos—. Pero yo golpeé primero. Y ahora tú estás aquí conmigo por mi culpa.

Ambos vestían frescas camisas blancas de tirantes y estaban bañados en sudor y grasa como un par de mecánicos industriales. Como parte del castigo, les habían ordenado lubricar los hidráulicos de la cubierta de forma manual.

—No podía dejarte solo, viejo.

—Y te lo agradezco —dijo Engel, dejando escapar un suspiro y se enjugó la grasa de la frente con el antebrazo—. Ahora que se manifieste ese apoyo tuyo ayudándome con este trabajo de porquería.

—Claro, a toda marcha, viejo.

—Maldición... —soltó Engel, viendo el penumbroso y mecánico horizonte de tubos—. Nunca vamos a terminar aquí. Está cubierta es enorme.

—Ratas de aceitado, viejo, eso es lo que seremos al salir de aquí. Me pregunto si a ese Dylan le habrán impuesto también algún castigo.

Engel no respondió. Gateó hasta otro tubo cercano.

Ante aquel silencio, Kerb siguió divagando.

—Y hablando de él... Bueno, se dicen cosas por ahí. —Dejó salir una recortada risa salpicada de picardía y se dejó caer sentado, descansando.—. Duermes a su lado... ¿No habrá intentado tomarte de una nalga alguna vez?

—¡Joder, calla! —restalló Engel, alterado—. ¿Pero qué mierdas dices? Y ya deja de decir viejo todo el tiempo. No soy “viejo” ¿está bien?... Nadie aquí está viejo. Ya deja de decirle viejo a todo el mundo.

Kerb abrió ampliamente los ojos ante a aquella violenta respuesta.

—Cómo quieras, viejo —dijo, sin muestra alguna de resentimiento en la voz.

Tras una larga pausa silenciosa, el perenne de buen humor Kerb, volvió al ataque.

—¿Quieres... hablar de algo más?

—Sí, adelante —dijo Engel ya más calmo.

—Mencionaste antes que tus padres se separaron... —Escogió cuidadosamente sus palabras—. Digo, si quieres hablar de ello. ¿Qué sucedió?

—Mucho sucedió —respondió Engel secamente.

Kerb alzó las cejas y afirmó con la cabeza para sí mismo. Infirió:

—¿Fue acaso por... todo esto de ahora de Siera contra Virden?

LAURENCE CASTILLO

Engel pausó su trabajo y, caviloso, de cuclillas con la pistola de aceite en una mano y una franela en la otra, respondió:

Le contó como la discordia en su familia había germinado mucho antes que la guerra. Su padre se había aislado de ellos en su trabajo. No paraba de viajar. Siempre de aquí para allá. Y cuando por fin regresaba al hogar, se la pasaba encerrado en su estudio, trabajando en sus publicaciones. Le contó como apenas y tenía recuerdos propios de pláticas o juegos con él. Recordó como solían escurrirse en su estudio junto a Keiden para husmear entre sus cosas, admitiendo que eso era lo más cercano a “jugar con su padre” que recordaba. Cuestionó ahí mismo su paternidad. “Honestamente, siempre sentí que tenía un hijo favorito... y yo no era ese hijo.” dijo finalmente.

Engel guardó silencio y se aproximó ceñudo a otro tubo, roció.

—Estoy seguro de que no era así —opinó Kerb—. Los quería a ambos por igual. Todos los padres lo hacen.

—Como sea...

—Continúa —dijo Kerb.

—Bueno... Todo empeoró cuando surgieron los rumores, confirmados según mamá, de un amorío de papá con una de sus compañeras de trabajo.

—Mierda... —susurró Kerb y sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—Indiferencia, adulterio, la guerra interplanetaria, la muerte de Keiden... Fue un desastre. El hogar en el que crecí, la vida como la conocía —Engel chasqueó los dedos— desapareció así.

—¿Y era cierto?

—¿Qué? —dijo Engel.

—Lo del adulterio.

—No lo sé, Kerb. No me interesa.

—Lo lamento, enserio, viejo —dijo Kerb con tristeza sentado con la espalda apoyada en uno de los tubos—. Mierda, tu hermano. ¿Cómo sucedió?

—Un día ellos estaban discutiendo acaloradamente, como siempre lo hacían en aquellos tiempos. Esa misma tarde papá asistiría a una conferencia sobre el supuesto origen por abiogénesis de la vida. Keiden y yo, hastiados de aquel lugar amargo, decidimos, en una inclinación temporal hacia mi padre, acompañarle, en contra de la voluntad de mi madre a dicha conferencia. “Me llevo a los chicos”, dijo él, “A ver sí estando sola reflexionas mejor en las estupideces que me reclamas”.

—El día del ataque terrorista... —dijo Kerb, con la mirada perdida. Haciendo la suma y relación de hechos en su cabeza.

—Algún psicópata Noxista —reanudó Engel— habrá decidido que aquello era un insulto completo a su existencia. El origen de la vida a partir de materia “muerta” ... Vaya cosa. Así que..., se hicieron presentes aquel día. El resto lo habrás visto en las noticias.

Hubo una breve pausa incomoda. Sin que Kerb se lo pidiera, Engel continuó:

—Mamá se lo sacó en cara a papá de forma despiadada... Y él no hizo nada para evitar sentirse culpable. Ni yo tampoco. Yo viví, pero el nexo de mi familia murió ahí con Keiden, para siempre.

“La subversión de un paradigma familiar”.

LAURENCE CASTILLO

—Y ahora te han llamado a este lugar... —dijo Kerb—. “...y si temes, abandónate al capricho del mar; alegría, has naufragado a tu nueva vida”. —Se le iluminó el rostro y envolvió en un puño el pequeño fragmento de coral en su collar—. Es tu destino, Engel, ¿lo ves?

—Eso que acabas de recitar, ¿qué es?

—“El Náufrago” un viejo cuento corto que mi abuelo me contaba una y otra vez. Y cuando se despidió de mí antes de venir aquí, me dedicó ese último fragmento. ¿Quieres escucharlo?

A Engel tales supersticiones le parecían un montón de boberías, pero si en algo le educaría la vida, era en la empatía; así que escuchó a Kerb con toda su atención y le hacía saber que todo lo que decía era interesante.

—Soy quizás el peor creyente —dijo Engel, cuando Kerb terminó su relato sobre la voluntad del destino—, pero es verdad que hoy día, me alegró de estar aquí. ¿Qué habría sido de mí? Probablemente estaría borboteando espuma por la boca en el rincón de mi habitación con un implante adherido a mi cabeza en estos momentos...

Engel se giró en sus talones y volvió al trabajo. Kerb hizo lo mismo. Y ahí, encorvados de espaldas uno al otro, Kerb dijo:

—Eres fuerte, viejo, ¿lo sabes?

—No soy fuerte; solo estoy cansado...

Un toqueteo en el metal los llamó de súbito a girar la cabeza en dirección a la cegadora luz fuera del compartimiento de tubos, un par de zapatillas lustrosas se habían postrado allí en la pasarela. Las

rodillas del sujeto anónimo se encogieron para agacharse y vislumbraron el rostro familiar de Nixon Kuiper.

—Me dijeron que te encontraría aquí —dijo Kuiper de cuclillas apoyando los codos en sus muslos—. Así que es cierto. ¿Peleándote otra vez?

Uniforme mono gris del Ala de Investigación. Rebosando pulcritud. Cabello cuidadosamente arreglado, colonia masculina que aventajaba al olor a aceite. Esbozó una sonrisa blanca fosforescente.

—Vuela el chisme. Haz bien las cosas y nadie escuchará tu nombre —dijo el sucio Engel con ironía.

Roció aceite a los fierros y una ínfima partícula de aceite salió disparada alcanzando el dorso de la mano de Kuiper. Éste enroscó los dedos índice y pulgar y los hizo estallar retirándose la gota de aceite como quien se deshace de un molesto insecto.

—Nadie tiene por qué alabarte por hacer bien lo que te corresponde, Engel —dijo Kuiper con tono severo—. Así como nadie te pidió u ordenó comportarte como un animal rabioso ahí abajo. Un primate que lanza sus heces al contrario al primer atisbo de discordia o ademan de desafío.

—¿Y qué querías que hiciera, que me doblara y le entregara el trasero? Que le den. Se lo advertí; él insistió.

—¿Insistir en qué, Engel? ¿En ceder como un autómatas a sus prejuicios arraigados por un sistema movido por el odio al otro? ¿al del otro bando, al que signifique la menor diferencia en un modelo que se le dijo es el correcto?

Engel desvió la mirada sabiendo que había fallado a su propia lógica.

—Eres mejor que eso, Engel —continuó Kuiper inclinándose sutilmente adentro del sucio compartimiento, apoyando con su mano derecha en la lámina de metal superior—. Lo sabes. Hemos hablado tanto de ello.

—¿Y qué hacemos aquí, entonces? Entrenándonos para matar a Virden.

—En primer lugar, no fue decisión nuestra. En segundo lugar; Tú te estás entrenando para matar, Engel, lo sé. Esto es una puta paradoja. Estoy consciente de ello, solo quiero estar seguro de que lo estarás haciendo por los motivos correctos y no porque la vocecilla política en tu SNI así te lo ordena. Yo por mi parte, tengo otro enemigo; La Retención. ese es mi Leviatán, Engel. Me da la impresión de que el tuyo es otro, no es el ejército virdeano en Mender, sino tú mismo. No pienses que estas “matando a Virden”, piensa que estas matando a la guerra. Después de todo..., ¿qué opción te queda sino el darle el mejor sentido a lo que haces? Imprégname de tu propio propósito; llévalo como armadura, y que tu casco sea la razón.

—Kuiper tiene razón —dijo Kerb—. Reclutaron la carcasa que son nuestros cuerpos junto al SNI, pero no son dueños de nuestro corazón. No odiamos a la nación, sino al conflicto.

Engel guardó silencio mientras asimilaba lo que sus amigos le acaban de decir. No seré como Dylan Zorber, se dijo en una murmuración, no me vanagloriaré embriagado en mi propio odio, amaré a mi adversario y cuando haya terminado aquí los dos planetas serán uno y entonces pediré la absolución. No seré como Dylan, los dos planetas serán uno,

repitió como en una especie de mantra personal y cuando se halló preparado, dirigió una mirada a Kerb y luego a Kuiper y les manifestó su agradecimiento por sus palabras y éstos asintieron sonrientes en un acuerdo tácito de hermandad.

—No dejes que vuelva a ocurrir —pidió Kuiper—. No vuelvas a perder la razón. Demuéstrale al mundo que Engel Leckhert se mueve por una senda diferente.

—Tienes mi palabra —aseguró Engel.

—Bien... Con este asunto zanjado me retiro. Engel, hay algo de lo que te quiero hablar, por eso vine a buscarte aquí personalmente.

Engel se giró de pleno hacia él sin disimular su curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Hablabamos a la cena, cuando te hayas aseado —concluyó Kuiper y tomó su camino.

Engel tenía casi certeza de lo que su amigo le anunciaría.

—Hombre —dijo Kerb a su lado—, Kuiper es un tipo que realmente parece tener todo en orden, ¿no es así? Cada aspecto de su vida en perfecta armonía. Fuiste a su misma escuela ¿verdad? Seguro era popular, el alumno perfecto.

—Su vida fue todo menos ordenada... —dijo Engel en voz baja y se negó a decir más nada al respecto.

Dylan, como sabía hacerlo, estaba sentado al borde de su lecho en la barraca. Engel se detuvo a la puerta a observarle, renuente a afrontar lo inevitable. Dylan, con una férula nasal antepuesta a una nariz amoratada e inflamada como una berenjena advirtió

su presencia, a lo cual Engel no tuvo más remedio que adentrarse cautelosamente al encuentro.

¿Cómo se las desquitará?, pensó Engel, dirigiéndose a la litera, ¿Se abalanzará contra mí al cortar distancia?

Se sentó frente a él en su propia cama, rígido y expectante, con las manos en las rodillas y le encaró. La mirada de Dylan era inexpresiva sobre el morado de sus parpados; apenas un rescaldo casi indistinguible de aprensión en ella.

Has despertado a la bestia, maldito, le habría palabreado Engel moviendo su razón por las líneas de esquemas de un pensamiento de antaño. Eso es lo que pasa cuando las tiras de sietemachos. Pero los esquemas habían transmutado, y a lo que le encaminaron fue a un honesto: lo lamento.

A Dylan el gesto le cayó como una absoluta rareza y se irguió sutilmente en su postura, inclinando la cabeza y entrecerrando los ojos en un escrutinio concienzudo de las intenciones de Engel. Pero aquel breve par de palabras le había golpeado más que otro cualquier insulto que Engel le hubiera disparado antes, así que su Persona se vino abajo. Abrió la boca, pero no supo decir nada, vaciló y frunció el rostro en una rehíla de emociones furtivas e incontroladas que terminó en un escupitajo a los pies de Engel; eso es lo que pensaba de su disculpa.

Engel no mostró recelo, sino más bien, un cálido y urente sentido de culpa cuando vio a sus pies la escupida moteada de sangre.

La suciedad cedía a la corriente caprichosa de la regadera. Veía el líquido oscurecido remolinear en el desagüe y deseó poder hacer lo mismo con lo que

acarreaba dentro. Sintió el primitivo deseo de vaciar la vejiga, mas no le apetecía dejar el agua. Miró a un lado, y luego al otro, cerciorándose de que estaba solo, y como así era; se dejó ir. El chorro a presión de su diuresis era tan claro que se confundió en la pequeña cascada de agua de su entrepierna y se sintió a gusto. Cerró los ojos y alzó el rostro a la lluvia artificial. Pensó en sus padres y en su hermano poniendo oído no más que al delicado golpear del agua en su frente y mejillas. Pensó en la frigidez de Jessica e intentó figurarse lo que el críptico Alset se traía entre manos; un caleidoscopio de pensamientos.

Recordó entonces el ahora, y pensó en lo que Nixon Kuiper le diría esa noche en las mesas de la cafetería, cuando cenaran juntos cara a cara. Le diría que había sido admitido en el equipo de elite de Alset. Le anunciaría amargamente, a su vez, que deberían romper toda comunicación, a menos claro, hasta que todo aquello pasara, o de que Engel por cualquiera de los motivos fuera aceptado en el grupo correspondiente a su propia Ala. Todas estas suposiciones —y posibilidades— resultarían correctas a su debido momento.

Nuevas armas

Raziel Nox

Makno—Kent—Nox

Sírlen Mikxens

Esquema de la problemática: fragmento No. 90

Línea de Tiempo

Los Estados Virdeanos del Norte ordenan un ataque nuclear sobre Sifél (La Nación Enemiga). Se conforma la Federación de Estados Parlamentarios por fusión de las naciones del continente sur.

*“Los virdeanos comenzaron entonces a sentir miedo de sí mismos. El nacimiento de la FEP fue la respuesta de las naciones menores a la barbarie cometida por los Estados del Norte. Un titán para otro titán. Los virdeanos del norte percibieron la amenaza en su propia casa. Se vieron forzados a encontrar la manera de perpetuar su hegemonía: la solución estaba Mender.”

—comentario adjunto por Sírlen Mikxens.

Tiró del gatillo a fondo y sintió el potente empuje de retroceso del rifle de plasma Falken—7 golpearle el hombro. Acertó, pero su puntería dejó mucho que desear. Miró con frustración a su blanco a través del cañón humeante; unos quince centímetros afuera y abajo de la diana central.

—Vaya broma... —refunfuñó su padre, Makno, observándole con un vaso de licor en la mano desde un balcón a sus espaldas con vista al campo de tiro. Una pieza rectangular de robusta roca color trigo, atestada de mecanismos, interruptores y poleas con dianas de practica movibles.

El campo era destechado, se asomaban aquí y allá las copas de las palmeras de jardines aledaños del palacio Kent de Venassi. El cegador fulgor del día golpeaba a Raziel con toda su mole radiante de luz desde lo alto. Las cienes, donde un nuevo punto pulsátil de luz azul se había aparecido..., le goteaban perladas en sudor y apenas escuchaba las ásperas y severas críticas de su padre bajo los audífonos de tiro.

El rifle le venía pesado y burdo a su delgado y juvenil cuerpo y no ayudaba a su rendimiento la perpetua sensación de náuseas y vértigo que le envolvía durante la recuperación postoperatoria de implantación de SNI. Lo peor era que no podía hacérselo saber a su padre, sino más bien, disimularlo pues la primera respuesta por parte de él sería la del reclamo. Le sacaría en cara las dolencias que le acarreaba al hombre aquella abominación innatural y se arrepentiría doloso de habérselo permitido. Raziel entonces, soportó en silencio aquella indecible tortura vertiginosa.

—¡Intenta otra vez, vamos, como hombre! —instigó Makno antes de que el propio instructor maestro de armas al lado de Raziel pudiera decir algo. Éste dirigía nerviosas miradas de uno al otro en aquella incomoda tesitura de familia real.

Raziel, esforzándose por bloquear cualquier muestra de renuencia pueril ante el asedio de su

padre —por imperial respeto— se limitó a rechinar los dientes tras un suspiro mientras se colocaba nuevamente en posición de tiro sin renegar.

—No titubees con el gatillo, un único tirón, firme, decidido.

Raziel empuñó firme y deslizó lentamente la mira holográfica sobre un blanco movable, una silueta humana que se movía en horizontal de extremo a extremo a una velocidad sosegada pero que bien bastaba para eludir el disparo del mas insipiente tirador. Y a Raziel..., en su estado de convalecencia, el blanco se le manifestaba más rápido de lo normal. Contuvo el aire, estiró el dedo por fracción de segundo y... un solo tirón, hasta el fondo y un restallido con azul resplandor.

—Mejor —dijo un Makno, crítico—, pero no matarías a nadie. —Se empinó la bebida.

Ocho centímetros arriba y adentro con relación al disparo anterior informó un preciso display en la pequeña galería cromada ante el príncipe tirador. Mejor pero no suficientemente mejor; los dos mundos le pedirían más de sí más tarde.

—Amo Raziel, su postura —sugirió respetuosamente el servil maestro de armas—. Debe perfeccionar su propia postura, veamos, sus codos...

—¡Codos abajo y hacia tu cuerpo! —interrumpió Makno desde lo alto, y el humilde maestro de armas se preguntó si su presencia ahí era fútil.

Raziel acató la recomendación y disparó con mayor precisión... ¡Pero aún debía mejorar más!

—Aumenta la dificultad —ordenó Raziel al maestro de armas a su lado quien a su vez manipuló el panel de configuración en la galería de tiro; ahora

eran tres blancos, a mayor velocidad, dos desplazándose en horizontal en sentidos opuestos y un tercero, más al fondo, en la pared izquierda, subiendo y bajando. Tiempo límite: diez segundos.

—Coloca ambos pies a la anchura de tu cadera —gritó Makno— inclínate ligeramente hacia adelante y apoya tu peso en tus talones a medida que puedas compensar el empuje por retroceso

—¡YA!

El juego se puso en marcha y el rifle del príncipe se deslizó sin vacilar de un blanco a otro. Cinco disparos para tres blancos, dejaba que desear.

“Todos los blancos eliminados —exclamó una vocecilla electrónica desde el panel— porcentaje de puntería: setenta y cinco por ciento, tiempo utilizado: siete segundos”.

—Uhm... mejor —dijo Makno, ceñudo—, vamos, otra vez, recuerda; peso en los talones, compensa el retroceso. ¡Párate como un hombre!

¡El retroceso, el retroceso! Raziel sopesó el rifle mirándole con desdén. Pensando en que era demasiado bruto para él. Esto es tan anticuado, ¿desde cuándo hace guerrear así?

—Verifique el medidor de munición antes de entrar en combate, amo Raziel —dijo con voz afable el maestro de armas a su lado—. Siempre. ¿Necesita recargar?

Echó un vistazo al pequeño medidor de munición bajo la retícula de la mira holográfica; dos de sesenta, indicaba éste. Vaya, ¿en qué momento me he gastado el cartucho entero?, se preguntó.

—Esto puede marcar la línea entre la gloria y el rojo muerte para el combatiente, mi señor.

Raziel recargó el rifle intercambiando el pequeño cartucho de plasma que salió desprendido de un compartimiento tras el pulsar de un pequeño interruptor y golpeó ardiente la gravilla a sus pies.

—¡LISTO!

Tres restallidos de plasma, ni un blanco en pie, tras cuatro segundos el porcentaje de puntería era del ochenta y cuatro por ciento.

Su padre Makno asintió con aprobación tras el vaso de cristal. Sin embargo, su voz renegó exigente.

Raziel, embebido en una repentina rabia, pidió con voz jadeante al maestro de armas que reiniciara la prueba en modo simulación, ósea, al máximo nivel de dificultad. Ya vera, se dijo, le daré lo que quiere, un hijo asesino sin escrúpulos.

Su padre se irguió impresionado, dejó el vaso a un lado y se apoyó de manos en el balcón. Esto será interesante.

El maestro de armas, dubitativo, configuró la prueba. Raziel inhaló profundo, posicionado.

—¡Adelante!

Ahora los blancos irían y vendrían de un lugar a otro a diestra y siniestra, tomando cobertura e incluso, huyendo del área perdiendo así el tirador la posibilidad de puntuación correspondiente; pero no solo eso, además se corría el riesgo de ser interceptado por uno de los láseres de contraataque de las dianas, ahora éstas se “defenderían”. Bastaba un golpe por uno de los láseres para que fuera cantado el “fin del juego”, además, debería eliminar a al menos treinta blancos, con un porcentaje de puntería del ochenta y cinco por ciento en menos de sesenta segundos para ganar... cosa fácil.

El conflicto simulado estalló entonces. Tres dianas golpeadas con asesina precisión a la cabeza por la izquierda, dos casi se escaparon a la derecha, una, a punto de disparar, su laser cayó con un impacto entrecejo y seguía... y seguía... El campo entero estaba bañado en azul plasma entre la ráfaga de disparos. Blanco tras blanco derrotado, ningún laser había sido disparado. El rifle le comenzaba a quemar las manos y sentía el calor emanar de éste hacia su mejilla.

El maestro de armas abrió ampliamente los ojos ante aquel derroche de furia tras el rifle y su padre se inclinó aún más en el balcón. Disparo... disparo... disparo. Desliza la mira al blanco, cúbrele con tu muerte, tira del gatillo, un solo tirón, dispara. La presión, la intensidad, el deseo inexorable de impresionar a un padre.

Cuarenta segundos, veinticinco blancos destruidos, puntería del ochenta y nueve por ciento y... de repente... silencio, solo un silbido desde el rifle y calor, mucho calor. El rifle ardía tanto que apenas y toleraba sostenerlo en sus manos, el cañón de éste ardiendo incandescente. ¡Golpe de laser! “Fin del juego”, cantó la voz en la galería. Raziél, jadeante, llevó la mirada al maestro de armas buscando respuestas.

—¡Vaya —se mofó su padre a carcajadas a su espalda—, lo has sobrecalentado, cabeza hueca! Te has dejado cegar por la ira. La razón es lo primero que el hombre pierde cuando se deja dominar por un sentimiento.

—¿Qué? —dijo Raziél con la cara compungida—
¿Sobrecalentado?

LAURENCE CASTILLO

—Así es, joven amo —dijo el maestro de armas acercándose a él y le señaló un pequeño bloque rojo que titilaba en el medidor indicando exceso de temperatura—. No olvide nunca, con un rifle de plasma Falker, como éste, el prestar siempre atención a los niveles de temperatura.

—Oh...

La decepción.

—Ahora enfrié la recamara.

Raziel se mostró confundido.

—El interruptor azul en la cara externa, mi señor.

—Ah, sí... —soltó Raziel apenado y presiono dicho interruptor, un pequeño escape se abrió en la parte lateral del rifle liberando una oleada de vapor ardiente.

Su padre tomó de nuevo su bebida.

—Es suficiente por hoy —dijo con un gesto imperativo mientras se perdía entre los penumbrosos cortinajes de la ventana.

El maestro de armas se encogió de hombros con una sonrisa en el rostro.

—Lo ha hecho de maravilla, amo —dijo con voz consolante—, hubiera recordado usted este aspecto del arma y... habría ganado. —Extendió ambas manos con las palmas abiertas— ¿Puedo? —dijo ofreciéndose a darle los cuidados posteriores al rifle antes de almacenarlo en la armería.

—No... —dijo Raziel meditativo, con el rifle aún en mano—. No te preocupes, yo lo haré, puedes retirarte.

El servil hombre se inclinó respetuosamente y tomó su camino.

El retroceso, la postura, el peso, la temperatura. En todos aquellos aspectos meditó Raziel viendo con desprecio a aquella arma. Caminó hasta la armería, una especie de armario de metal negro donde se exhibían otras salvajes armas como aquella.

La aplastante escopeta de tetracañon Escorpión IV, por un lado, peso: doce libras, máximo de cuatro cartuchos explosivos en la recámara; el feroz rifle de asalto Mekkon por otro, nueve libras, alta cadencia de tiro, bajo calibre y grado de penetración de bala; el frívolo rifle de francotirador por láser Avispón Negro... ¡diecisiete libras!, capaz de destruir a un hombre al impacto, pero... tiempo mínimo de veinte segundos de recarga de batería entre cada disparo.

Raziel dejó entonces el rifle en su lugar, pensando en cómo podía hacer de aquel armamento mejor, que agregar, que eliminar, y cerró el casillero de golpe. Se introdujo de vuelta en el palacio abriendo las enormes puertas de cristal con ambas manos y su padre lo esperaba frente a unas escaleras serpentinadas en la frescura de un pasillo con techo arqueado y suelo de cerámicas, ornamentado con húmedas plantas en toda su extensión que sacudían tranquilamente sus hojas ante la corriente de viento que se colaba por los grandes ventanales.

—Eso ha estado bien, hijo —dijo con el rostro impassible extendiéndole los brazos. En esa posición, su capa dibujaba un par de alas negras—. Espero que no restes la importancia a esto.

Raziel se acercó a su padre y se dejó envolver por su abrazo. Ya casi tan alto como éste, pegó su rostro contra su pecho, con los ojos totalmente abiertos.

Costosa colonia intentando disimular el olor a alcohol de un hombre ajeno a la abstemia.

—Sí, serás un señor Kent —susurró su padre—. Pero un líder debe estar listo para guerrear junto a sus hombres en cualquier momento. Cuando la situación lo amerite, el rey dejará su trono y se lanzará a las armas junto a su pueblo.

Raziel parpadeó.

—¿Entiendes eso, hijo mío?

—Entiendo perfectamente, padre.

Makno lo tomó de los hombros alejándolo lo suficiente como para verle a los ojos.

—Hay hombres nuestros muriendo ahora mismo allá arriba en Mender —susurró Makno—. Piensa en eso, por favor.

—¿Crees que ganaremos, padre? —preguntó Raziel con una inocencia ya ajena a él.

—Creo en qué, pase lo que pase, habré tomado las decisiones que a toda verdadera nación le corresponden dadas las onerosas circunstancias.

Raziel desvió la mirada, presionando los labios en una línea perfectamente recta, tensa.

—Padre, he estado pensando... —dijo con voz trémula— en nuestros soldados y las armas, en la guerra y la tecnología. Hoy, en especial, en este momento, allí afuera mientras sopesaba aquel rifle con mis propias manos. Creo que nuestro arte de guerra debe evolucionar. Creo que debemos producir un nuevo tipo de soldado.

Makno lo llamó a explicarse.

—Creo bien, que, en lugar de darle simples y arcaicas armas a un hombre que terminan convirtiéndose en una carga, deberíamos convertirle a

él mismo en el arma. El hombre como arma, padre, como una verdadera máquina de matar obediente. La perfecta herramienta de la nación.

—Ese extraño aparato que te has metido en la cabeza te está poniendo a divagar en demasía, hijo mío —dijo Makno tajantemente tras una carcajada y le sacudió el corto cabello.

—No, no son divagaciones, si queremos tener oportunidad, si nos vamos a revelar así ante nuestros propios sectores vecinos debemos...

—¡Señor —prorrumpió de súbito un guardia uniformado de negro con la mano en su frente en posición de saludo—, se le requiere urgentemente en el puesto de mando! Recién recibimos los últimos reportes de la situación en Mender; No pinta bien, señor, numerosas bajas en el último ataque a las plantaciones septentrionales. La misión fue un fracaso.

—Maldita sea —restalló Makno con una mano aún sobre el hombro de su hijo—. Estaré con ustedes enseguida. Hijo... —dijo inclinando la cabeza ante éste y partió en pos del guardia.

Raziel permaneció en el pasillo, con los hombros ligeramente caídos, viendo como su padre se alejaba por aquel pasillo a pasos resonantes y capa flameante. Se estremeció por una gélida sensación. Una sensación de extraña añoranza a su padre. ¿Por qué? ¿No estaba él allí a su lado? ¿Por qué, entonces?

Raziel reposaba en sus aposentos, tendido en un lujoso diván a la luz del ocaso que se cristalizaba a través de los grandes portales con vista panorámica a Venassi. En una posición despreocupada, con una mirada somnolienta, estudiaba minuciosamente el

detalle de una lanza de Termes que colgaba con pequeños fulgores de luz de su mano derecha.

Durante una de sus visitas junto su padre al centro de Venassi días atrás, de entre el gentío, un harapiento y raquítico hombre se le había acercado postrándole un par de venosas y viejas manos en el pecho en una súplica de voz plañidera. Implorándole hiciera entrar en razón a su padre para que retirara sus tropas de Mender y las hiciera volver a casa. A Raziel aquel hombre que le escupía a la cara le causó una gran conmoción y no hizo nada para retirárselo de encima hasta que un par de guardias azoraron a aquel hombre con bruscos empujones.

El hombre se sumergió de vuelta en el gentío. Raziel, captó entonces un centelleo en el suelo de adoquines, el pequeño símbolo plateado de El Nómada, la Lanza de Termes, atado a un deteriorado fragmento de lana negra se había desprendido del cuello del hombre tras ceder a causa del forcejeo. Se encogió con prisa para recogerlo y llamó infructuosamente a aquel hombre, pero se había esfumado en la multitud, así que Raziel, con cuidado de que su padre no lo advirtiera, guardó aquel memento en un bolsillo oculto de sus ropas imperiales.

El Santo Caminante... aquel hombre, con todo y sus creencias, sería un extraño en tierra extraña en una ciudad como Venassi, del sector tres, ortodoxa como era, en la creencia de Enrid como único salvador de la humanidad. Especialmente tras el hallazgo de la Gran Retención, cuando se proclamó, más que nunca, que aquello era la prueba definitiva de que solo Enrid, con su desfile cósmico de recolecta de almas fieles,

podría llevar al hombre al Otro Lado; allá, más allá de la incomprensida Retención.

Raziel intercalaba entre el estudio minucioso de aquel pequeño artilugio que había tomado de aquel hombre, y las investigaciones que hacía dentro de su cabeza mediante su SNI. En un momento enfocaba su vista en la pequeña lanza de plata de su mano, y al siguiente ésta visión se opacaba dando cabida al motor de búsqueda de información en la red de su interfaz interna. Desde que le habían implantado aquel regalo del ingenio del hombre en la cabeza, Raziel se la pasaba ensimismado en aquel diván perdido en mente y alma en los mares infinitos de la información que se dibujaban ahora ante él.

Ya no tenía que sentarse en aquel rígido mesón de estudio a rebuscar en anticuados cilindros de texto para acceder a la información necesaria sobre lo que fuese que llamara su atención. Pensaba, a menudo, en como la mayor parte de la humanidad pasaba por alto el poder que tenían en aquella herramienta, tan a la mano que olvidaban las posibilidades de ascensión que les posibilitaba, limitándose a utilizarla en banalidades de lo más vulgar. Tecnología en viaje interestelar y demás temas de astronomía devoraban la mayor parte de su tiempo, pero aquella tarde, algo diferente reinaba su atención; El Nómada.

Sí, le había hablado el señor Mikxens, durante sus tutorías sobre teología sierana en un par de ocasiones sobre el tema. Pero solo ahora, albergaba Raziel un genuino interés por la naturaleza de la vida de aquel hombre itinerante a quien llamaban exclusivamente por aquel epíteto. Así que allí estaba, escudriñando a fondo el significado de aquel símbolo

que indirectamente le había obsequiado aquel pobre hombre en el gentío.

Frente al diván, en el centro de la habitación, se encontraba una mesita baja de cristal ahumado cuya superficie estaba repleta de un reguero de piezas mecánicas en derredor de un pequeño autómatas de servidumbre desvencijado que Raziel, por pasatiempo, se había dispuesto a reparar. El robot reposaba en decúbito supino entre piezas y herramientas como si de una mesa de operaciones se tratara. Del otro lado de la mesita, en el suelo, se había dejado un gran cojín bulboso, y hundida en éste, reposaba recostada de lado en una posición de lo más felina una joven damita concubina —por mandato de su padre— del joven heredero.

Frágilmente adormitada, con los ojos entrecerrados. Su pecho se ampliaba y contraía sutilmente a su respiración. Llevaba un fresco vestido de seda verde, el cabello trenzado, dorados brazaletes aferrados a su brazo derecho. Exhibía un par de pies cruzados ornamentados con esmalte negro, varios anillos en los dedos de éstos y el tatuaje de un ramillete de flores en el tobillo derecho desde el cual se desprendían fragmentados varios pétalos que alzaban vuelo distribuyéndose por lo alto de su pierna. Pero a Raziel aquel derroche de feminidad le resultaba nimio, en especial en aquel entonces, cuando prefería consagrar su tiempo a la expansión intelectual.

Repasaba aquella tarde los detalles sobre los últimos momentos de la vida mortal de aquel mesías sin nombre. “Para aniquilar las letanías de un bastardo”, había proferido el Rey Termes la noche en

que ordenó la captura del Nómada a sus subordinados. Muerte al predicador apócrifo. Al alba, un grupo de sombras letales y silenciosas había interceptado, aun descansando, al último mesías junto a su séquito en sus aposentos en las afueras de El Jerén.

Apresado, fue entregado a los pies del frívolo rey quien convocó a un espectáculo—ejecución al mediodía. Fue atado burdamente a un poste mientras Termes, un hombre falto de cabello, de color y con rasgos aquilinos, con el cuello envuelto en joyas reales escupía una dilatada diatriba sobre herejía y vanagloria sacudiendo en el aire aquella lanza tesoro que había pasado de generación en generación por su familia. El padre del padre del padre de su padre había guerreado con aquel símbolo en mano y le exigió (al Nómada) mostrarse agradecido por ser despojado de la luz de vida al filo de aquel objeto sagrado antes de atravesarle de piel a piel en la región costal izquierda.

La conglomeración testigo ahogó un aliento de asombro cuando el rostro del predicador se oscureció con un torrente rojo corriéndole del pecho, y todo su cuerpo cedió, abandonando su peso a las sogas que le ataban. Termes, arrodillado, purificó ahí mismo su lanza de la esencia de vida de su recién tomada alma advirtiéndole a su pueblo a purgar, por su bien, las falacias que aquel falso profeta les había sembrado en el espíritu.

El cuerpo fue bañado en aceite y luego consumido en el ardor de las llamas. Esa misma noche, Termes, dubitativo en si su actuar había sido el correcto, rezó postrado ante aquella lanza colocada en toda su gloria

en la vitrina en la cual la exhibía con gran orgullo. Su mente era una pantalla negra en la que derivaban las brasas del fuego que había devorado a aquel hombre de fe, y cada una de estas llevaba consigo un pequeño fragmento de él...

Raziel interrumpió la lectura, enfocó su mirada en la lanza, la giró, examinó cada ángulo, sintió los relieves con la yema de sus dedos. La muchacha se había sentado en el cojín, y le miraba en silencio con la cabeza inclinada, parpadeando con sus largas pestañas pintadas.

A la mañana siguiente un guardia había irrumpido explosivamente en los aposentos de Termes notificándole con voz entrecortada que el Nómada había sido visto rondando las calles con sus súbditos siguiéndole el paso. Termes, incrédulo, saltó de la suave cama y se envolvió en una bata blanca. Algo le decía que fuera inmediatamente a su sala de armas, algo lo llamaba insistente desde ahí... algo... algo...

Cruzó con amplios pasos un prolongado pasillo sin vacilar o desviarse por las insistencias de sus guardias que se aparecían en el camino y entonces... La lanza había desaparecido, ¡su lanza! ¡Mostró los dientes enrabiscado y soltó un “¡No!” que más bien se escuchó como un furibundo rugido en todo el palacio. Rompió el cristal con el puño colérico y se apoyó de manos en la vitrina, sobre el cristal roto cortándole las manos temblorosas. Entonces, le sintió otra vez, otro llamado, ahora desde la ventana. Alzó la mirada acuosa de lágrimas de ira y se dirigió a la ventana.

¿Cómo era aquello posible? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Era acaso, aquel hombre, en verdad santo? El Nómada le observaba, envuelto en una túnica azul con

un gran pañuelo al cuello que ondulaba al viento en lo alto de una colina que colindaba con el palacio. Tenía su lanza al hombro y le alzó una mano en saludo mientras una sonrisa se esbozaba en su rostro y se dio la vuelta tranquilamente, perdiéndose en las profundidades del bosque frondoso.

Termes hizo ademán de gritarle, pero se volvió a sus guardias que miraban con asombro atrás suyo y les ordenó frenéticamente que persiguieran y le trajeran con vida a aquel bastardo... nunca lo encontraron. Aquel hombre se había burlado de él públicamente, y le había arrebatado todo su orgullo. Desde entonces, aquella lanza fue símbolo de memoria de aquel santo predicador inmortal, y llevarlo al pecho significaba esperar su retorno con el corazón abierto.

Raziel se sentó en el diván cubriéndose los ojos con las manos, devanando todo aquello. El Nómada había existido, de verdad había existido. Su existencia era un acaecido hecho histórico, su huella era ostensible, perseguible incluso... En cambio, el onírico Enrid... ¿Qué pruebas físicas se tenían de que un “dragón—serpiente” volador le había traído a la vida? La fe se le escindió en dos, con un lado alzándose más que el otro; su padre no podía saberlo.

Se forzó a sí mismo a un estado de liminalidad. Sacudió la cabeza y dejó la pequeña lanza en el diván. Se puso manos a la obra con aquel pequeño autómatas que yacía inanimado frente a él. Un pequeño sistema había tomado forma en aquella habitación; Raziel por un lado, el recipiente del deseo del hombre por trascender, ¡la mente y el espíritu!; el pequeño autómatas desarmado en la mesa, en representación de todo aquello sintético que florecía en esa nueva era,

con su software y su metal, ¡el conocimiento científico!; la damita de pies cruzados, como símbolo de la ambición sicalíptica más humana con su perfeccionismo genético, ¡el placer y la carne!; todo a merced del cegador fulgor del sol que regía a través de la ventana como el astro luminoso en el centro de aquel sistema subliminal.

—¿A qué te dispones ahora, querido? —dijo ella desde el cojín con voz curiosa al ver a Raziel revolver entre el alboroto de piezas mecánicas de la mesa—. Ya hace rato que estamos aquí postrados, caminemos en el jardín del señor Mikxens, me haría bien algo de aire fresco.

—Ve tú, si quieres —respondió él, sin retirar la mirada de las piezas, buscando una en especial—. Yo me quedaré aquí reparándole.

La damita parpadeó.

—¿Repararle? ¿Por qué no reemplazarle y ya? —Soltó una risita—. La abundancia nunca le ha sido ajena a tu familia.

—Este robot en específico —dijo Raziel, viéndolo de pies a cabeza— es especial para mí, ha servido en esta casa por varios años. Se llama Clibot.

—Entiendo, pero... hmmm... —se colocó un dedo en la boca, pensativa— ¿Por qué tú? Qué lo repare alguno de los conserjes, o un técnico, lo que sea —se inclinó ansiosamente hacia adelante—. Vamos, vamos afuera, ¿sí?

—Porque me interesa aprender. Y no, ya te he dicho que voy a si quieres.

Ella dejó caer los hombros, desanimada.

—¿Aprender a reparar robots? Serás un conspicuo señor Kent, querido. Un rey. Tendrás gente

a tu alrededor para que hagan siempre esas cosas por ti.

—¿Y si no? —contrapuso él, dirigiéndole una mirada severa.

Ella no respondió, se encogió en el cojín sintiéndose repentinamente intimidada.

—Además —continuó él, sacudiendo un desarmador en el aire—, realmente lo hago con brutal complacencia, deseo aprender todo sobre electrónica.

La luz le volvió al rostro a ella, una luz de curiosidad.

—¿Electrónica?

—Si seré un señor Kent, seré uno distinto. Los tiempos están cambiando, Venassi debe adaptarse.

—Hmmm... pero... ¿Por qué es especial este viejo robot para ti, mi amo? —dijo ella viendo despectivamente a Clibot—. Ellos no sienten, no aman, no viven... simplemente son lo que son. Yo si vivo —agregó acariciándose el cabello sensualmente, pero Raziel no vio aquel gesto, estaba de nuevo perdido en las piezas del robot. Eso la frustró.

—Viven.

—No, no viven.

—Se interrelacionan con nosotros, forman parte de nuestras vidas... y las hacen mejores. Dudo que todas las personas en este mundo puedan presumir de lo mismo...

—No —insistió ella prosaicamente—, eso no es natural.

—Y, ¿qué es lo natural?

Ella vaciló en su trémula respuesta.

—Lo natural es... ¡Lo natural es lo normal, mi señor! Lo que desde un principio fue; lo que se mueve

por las leyes verdaderas; lo que Enrid creó para el hombre.

—Discrepo —dijo Raziel secamente.

—Nada inventado por el hombre es “natural”. Peor aún; sagrado.

—“Lo que desde un principio fue” alegas tu — refutó Raziel—, ¿Qué es un principio? La ascensión del hombre es un principio. Estamos sentando las bases de un nuevo génesis. Creamos, como fuimos creados. Hacemos “naturaleza”. Dictamos leyes y el respeto y la repetición de tales leyes, por el tiempo suficiente, las convierte en lo “natural”. La naturaleza es repetición.

—No jugaremos a ser dioses. Estas obcecado.

—Nadie está jugando a ser Dios, es solo el curso de las cosas. Con el tiempo, créeme, la carne será cada vez más escasa en pos de lo sintético por preponderancia. Es lo que acontecerá en la línea de la evolución, es eso, o degradar. Escojo lo primero. Lo que ves ahora es solo una manifestación somera de lo que será.

Ella se mostró contrariada. Vio cosas en su imaginación por una fracción de segundo que la aterrorizaron. Un mañana oscuro... y duro y frío como el metal. Acordó que él no estaba pensando con ilación.

—¿Amo Raziel? —prorrumpió de súbito Sírilen Mikxens dando paso adentro en la habitación. Iba a decir algo, pero tras advertir que no estaban solos, no dijo nada y la boca se le volvió a cerrar lentamente. Determinó a la damita con cierta vista de aprobación, y luego estudió a Raziel. Éste se percató de su presencia y le devolvió la mirada interrumpiendo sus

reparaciones. Sírlen llevaba un racimo de cilindros de texto bajo el brazo, los lentes de sus orbitas resplandecían reflejando la luz naranja del ocaso. Su rozagante chaqueta de amplios hombros colgándole a sus espaldas.

Raziel comprendió rápidamente, por su silencio, que la estancia de aquella fémina le inhibía.

—Ah, lamento interrumpirles, señor —dijo Sírlen haciendo ademán de dar media vuelta—. Volveré más tarde.

—Di lo que tengas que decir por aquí, Sírlen —dijo Raziel a sus adentros mediante enlace directo por SNI. Como patrón, no requería de autorización suya para establecer aquel íntimo enlace cuando así lo quisiera, por seguridad.

—¿No le... importa? —respondió por el mismo medio Mikxens con una leve inclinación de su cabeza hacia la señorita, dando a entender que hablaba de ella.

—A mí no me importa.

Ah, comienza darse su posición, pensó el señor Mikxens para sí mismo, cada día se parece más a su padre, aunque no pueda admitírselo ni a él mismo.

El control entre el pensar y el decir, era algo que debía dominar uno cuando portaba un conjunto de circuitos en la corteza cerebral que permitía a la información “volar” desde ésta. La diferencia era difusa al menos acostumbrado

—De todas maneras, me parece que está usted ocupado —dijo—. Deseaba yo mostrarle ciertos cilindros de los que me he apoderado, pero podemos dejarlo para otro momento, si así lo prefiere.

La damita guardaba silencio respetuosamente y se distrajo jugando con la trenza de su cabello.

—Cilindros, cilindros... —dijo Raziel con un gesto en el rostro que denotaba aburrimiento o desinterés—. ¿Qué pueden ofrecerme ya tus cilindros, Mikxens?

—Le sorprendería a usted. Bastaría con que le diera una paráfrasis simplificada. No todo esta abarcado en la red, no aún, no lo que estos cilindros contienen.

—En ese caso les pasare revista... más tarde, déjalos ahí —dijo señalando una mesita al lado de la puerta.

—Por favor, hágalo —dijo Mikxens en una extraña sonrisa unilateral. Luego volvió su atención a la muchacha que se atusaba el cabello—. Por otra parte... veo que por fin están pasando más tiempo de caridad juntos, eso me regocija, amo. El admitir su amor a una mujer no le hará lucir más débil, sino más fuerte. Su padre... su padre ha estado tan solo desde...

—Demonios, Mikxens, ¿amor? —renegó amargamente Raziel frunciendo el rostro—. Aquí no hay amor, solo imposturas. Insidiosos intereses de linajes. Linajes dentro de linajes.

—Es una buena mujer, mi señor. Es la hija del vicedecano. Su enlace sería saludable en la actual tesitura. Si tan solo dejara usted florecer el sentimiento...

—El único sentimiento en ella es el de un hueco deseo de complacencia política que le fue ordenado. ¿Qué clase de amor es ese?

—Me parece que ella le ha ganado afecto, señor.

—Ah, ¿sí? escucha esto; ¡Daliah! —dijo Raziel en voz alta dirigiéndose a ella por su nombre, sin retirarle la vista a Mikxens de encima— ¿Eres tú un instrumento de placer?

—Se ha consagrado el propósito de mi existencia a la satisfacción del próximo gran caudillo de Venassi, mi señor —respondió Daliah maquinalmente.

—¿Le has escuchado? —dijo Raziel utilizando de nuevo aquel tipo de voz que se escapaba al sentido de la audición—. Repón en la selección de sus palabras. Me temo que nunca conoceré el amor verdadero. La abundancia le compra a uno un montón falsedades.

—No puedo rebatirle eso —dijo el consejero real, se encogió de hombros provocando un sonido de roce en sus ropas—. yo mismo tengo mis propios resquemores. Lamento que tenga usted que escoger entre la ilegitimidad y la soledad absoluta —Mikxens dejó caer la mirada al suelo con el rostro ensombrecido—. Pero lo último... no se lo aconsejo. Por experiencia propia...

Raziel se recostó en el respaldar del diván, meditabundo, jugando con el desarmador en su mano, punzándose la yema del dedo índice con su punta roma, estudiando a Daliah quien comenzaba a impacientarse a pesar de que aquella íntima plática entre él y su consejero había tomado ante ella la mitad del tiempo que habría abarcado una plática por la lingüística corriente basada en fonética; una de las cualidades del SNI.

—Sí no requiere más nada —dijo Sírilen dejando los cilindros en la mesita junto a la puerta— me retiro a mis aposentos. Ruego saque provecho a la información que he conseguido para usted. Insisto.

—Tu no defraudas, ¿eh, Mikxens?

—No a un Nox. Nunca.

Mikxens dejó la habitación con un roce de ropas y a pasos resonantes pensando: Es el molde de su padre... y eso le atormentará hasta el último de sus momentos.

Sírlen había hecho como su espacio propio una aislada pieza rectangular abandonada en un rincón del palacio, en las profundidades del fructuoso jardín. Tenía una prolongada longitud de unos diez metros de largo por solo unos tres de ancho, así que a uno le daba la impresión de haberse adentrado más es un pasillo que en un dormitorio. Había sido en antaño aquel lugar una bodega de vinos, pero algo había llamado la atención de Sírlen en la geometría de aquel lugar. Ahora sus paredes estaban tapizadas con ornamentados tapetes y de su techo colgaban decorosamente cárdenos cortinajes cremosos que, con calculada precisión, convergían todos en el fondo y corazón de la habitación en una especie de dosel sobre el lecho de Sírlen.

En la pared opuesta a la puerta, se había instalado una lámpara que, encandilada a su máxima potencia, le cegaba a uno al entrometerse en aquella habitación como un gran ojo crítico al intruso en el núcleo del fondo. Por lo general, Mikxens mantenía dicha configuración en sus ausencias...

Esa noche aquella lámpara amarillosa fulguraba a medias mientras Mikxens, sentado en posición de loto sobre su lecho a contra luz de ésta, se hechizaba a sí mismo en una profunda meditación. Su pesada chaqueta de cuero verde colgaba de uno de los

percheros en la pared. La mortecina luz amarilla bañaba cálidamente la tinta en la piel desnuda de su espalda. Su figura entera estaba envuelta en inciensos naturales. Sus movimientos diafragmáticos eran voluntaria y cuidadosamente medidos. A contra luz, las lentes de sus orbitas no reflejaban nada. Su rostro, indescifrable, no sabría uno decir si ese hombre que en aquel momento parecía más bien una estatua estaba regocijándose en la más agradable introversión, o sufriendo en alguna especie de penitencia.

Distribuidos a lo largo de las dos longevas paredes había varios estantes repletos de recipientes de contenido dudoso, libros impresos, arracimados cilindros de texto y demás artilugios de apariencia añosa. Llamaba la atención que no se exhibía en aquel lugar símbolo de religión alguna, y peor aún, un retrato o un memento, cualquier símbolo que le confirmarse a uno que aquel hombre hubiera tenido alguna vez una familia... o al menos algo cercano a ello. ¿Cuáles eran sus verdaderas creencias? ¿Había amado o sido amado aquel hombre? ¿Tenía acaso..., un pasado? No parecía ser más que un propósito andante bajo aquella pesada chaqueta verde que las hacía de coraza, pero... ¿cuál sería realmente ese propósito? Un hombre tan lúgubre como luminoso a la vez. El Dos en Uno del hombre mortal.

Amo Makno... murmuró en aquel trance, tus días están contados. Lo veo venir, tú lo ves venir. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros para desviarnos de la furtiva e indefectible línea del tiempo? ¿Qué puedo hacer yo para salvarles como me salvaron ellos a mí?... A su vez, de entre sus lentes, logró colarse una

salina lagrima moribunda, que se deslizó por su rostro. Sintió, por un momento, el arder de la batalla en Mender y se estremeció tras repasar la tensión ahí mismo, en Venassi.

Ah, joven amo... Se te empujará al pozo con impudorosa alevosía, caerás desde lo alto, y, sin embargo, te levantarás una vez más para cargar el peso de aquel mundo que intentó destruirte sobre tus hombros. Así lo he visto, así será. Y yo estaré contigo, ahí, siempre, pues estoy en deuda... con tu legado. El recordatorio de esta deuda, lo veo todos los días con estos violentados ojos en éste mismo jardín...

Un suave roce de sabanas. Un casi inaudible quejido continuo de placer. La suavidad de un lecho cediendo ante dos cuerpos unidos. Una sudorosa figura fémina con una miríada de pétalos tatuados en la pierna cabalgando a horcajadas su virilidad, y una sombra de mal hábito voyerista en la ventana que daba la oscuridad de la noche...

Desnuda en su victoria, un único brazalete dorado permanecía aferrado a su brazo derecho como bastión del esteticismo. La trenza de su cabello se había deshilado. Ella embriagada de placer, él... navegando en el saber. Estaba acostado con los brazos tras la cabeza mientras ella se movía suavemente de abajo hacia arriba sobre su pelvis. Con la mirada anclada al techo, se embutía más y más, mediante estudio a través de SNI, de la Sacta Ganha escrita por El Nómada ya muchas generaciones atrás. La devoraba con más lujuria que a cualquier cosa; con un

deseo con el que aquella damita que jugaba al placer unilateral con su carne no podría ni soñar.

Luego ella comenzó a moverse más deprisa a medida alcanzaba su propio éxtasis. Gimió y gimió cada vez más fuerte, a lo que él extendió su brazo derecho y lo alzó en el aire. Tendió su dedo índice y lo dirigió lentamente hasta su boca, silenciándola y le siseó; interrumpía su concentración en sus estudios sobre lo que convertía a un hombre en un verdadero Mesías...

Precisión táctica

Engel Leckhert

Jessica Halley

Esquema de la problemática: fragmento No. 128

Misceláneos

Entorno: Ojos virdeanos (Iridum Verdis)

A pesar de que el rasgo genético de iris de pigmento verde en humanos no es nada nuevo, el incremento de la frecuencia de este específicamente en la población nacida en el planeta Virden si lo es, y su causa permanece desconocida. Los estudios no han sido concluyentes, pero han apuntado a la posibilidad de un componente desconocido en la composición de la superficie del planeta que se habría transferido a los primeros colonos de Virden a través de los alimentos ahí cosechados. Situación más extraña aún son los casos de heterocromía congénita manifiestos en hijos de padres de diferente planetalidad que permanece menos comprendida.

La mayoría de los casos de heterocromía suelen ser corregidos al nacimiento por motivos estéticos, aunque, en los últimos años, dado el conflicto entre ambos planetas, el motivo de la corrección ha sido el de evitar la posible persecución racial.

* No obstante, él llevó su estigma en alto y con orgullo. Sin darse cuenta, su propio rostro se convertiría en el símbolo de la reconciliación de los planetas, pues los llevaba a los dos en sus orbitas.

—comentario adjunto por Sírlen Mikxens.

El verde pasto de aquel bosque virtual crecía a inusitada velocidad. Crecía y crecía, y, al alcanzar determinada longitud se desprendía —sin excepción— de su raíz a ras de tierra, como cortado por una mano invisible, y ahí, de donde había sido cortado, otra hoja tras otra nacía con cadencia perpetua. Los incontables fragmentos de pasto alzaban vuelo entre las copas de los árboles en un sentido ascendente general. Ondulaban y se contorneaban en un inevitable baile sinuoso mientras ascendían hasta la infinitud de un cielo azul profundo de ocho bits agujereado por estrellas centellantes.

El ambiente estaba ahogado en ecos y aullidos de los recónditos rincones del ciberespacio y se percibía siempre aquel ácido y fresco aroma que reina en un jardín recién podado. Engel, soberano de aquella simulación, también ingrátido, derivaba en una cómoda posición a unos cinco metros sobre el suelo entre la miríada de aromáticos fragmentos verduzcos en un estado de psique apacible hasta que...

—Desearías haber sido tú.

Aquella áspera voz de lija.

—Tú nunca aprendes, ¿verdad? —dijo Engel de mala gana al viejo espectro que, para su disgusto, derivaba a su lado, sosteniéndose la quijada con la mano y sacudiendo los pies como un niño curioso.

El espectro se giró sobre sí mismo, maniobrando en la ingravidez con aquel ralentizado tempo de siempre en sus movimientos.

—Es que no paro de pensar en que, quizás, solo quizás, desearías haber sido tú.

—¿Haber sido yo en qué? —inquirió Engel.

—Desearías haber muerto tú, en aquel ataque Neo—Noxista, y no tu hermano mayor.

—¿Qué? No, no pienso así... —replicó Engel raudamente, pero luego lo envolvió una duda incomoda—. No, no pienso así —reafirmó con extraña dubitación.

El espectro había decidido jugar con su mente con quien sabe que vicioso propósito.

—Sí, lo piensas, te conozco. Sabes que él fue y pudo ser incluso mejor de lo que tú jamás serás, y que debió vivir él y no tú; deseas haber muerto calcinado en aquellas ruinas.

—Vaya estupideces dices, espectro —respondió Engel, cruzándose de brazos con un movimiento que lo impulsó ligeramente lejos del espectro y sus desdeñables insinuaciones.

—Sí que lo piensas —insistió el espectro, agitando sus manos y piernas como un animal cuadrúpedo en el agua para acercársele—. Y también sé que piensas que siempre fue el favorito de padre, porque era más inteligente que tú; porque sería él quien continuaría su legado.

—Papá nos quería a ambos por igual —refunfuñó Engel—. Deja de insinuar cosas ridículas, idiota.

—Ah, ¿sí? A ver, dime, ¿tienes recuerdos de él pasando tiempo contigo? —Engel abrió ampliamente los ojos, le había incrustado una astilla en la mente— ¿Le recuerdas invitándote a su estudio para mostrarte cosas interesantes? No, ¿verdad? Solo a Keiden.

—¡Cierra el hocico, abominación, sal de mi simulación! —restalló Engel impulsándose hacia abajo, se giró para caer con los pies en la tierra, y se

alejó caminando con las manos en los bolsillos entre el pasto volador.

—¡Tuvo que sobrevivir el ojo verde! —le cantó burlista el espectro al oído, flotando a sus espaldas—. Se avergonzaba de ti.

—¡Ya déjame en paz! —profirió Engel llevándose las manos a los oídos, acelerando el paso a través de los árboles que se proyectaban como gigantescas sombras. Rareza era, que la hiperaguja de rayos azules que las hacía de atalaya de todos los sistemas fuera visible en el horizonte entre los arboles aquella noche de simulación; como si aún ahí, estuviera cumpliendo su sempiterna labor de vigilancia... o quizás al subconsciente de Engel le gustaba tenerla ahí. Pero eso no podía ni debía ser.

—Keiden era mejor, Keiden era mejor, debiste haber sido tú —repetía el espectro en un sonsonete abismal, persiguiéndole por el bosque.

—¿Y qué si acaso? Mi madre me ama.

—Eso no es amor; es lastima.

—¡Calla!

Finalmente, Engel tropezó en una tortuosa raíz terminando desplomado en el suelo, boca arriba con respiración jadeante. El espectro volaba sobre él, acechándole, en silencio, con una sonrisa sauria en el rostro.

—A la mierda con esto —dijo Engel llevándose el dedo a la sien izquierda para ponerle fin a la simulación modificada. Presionó frenéticamente, una y otra vez, pero la RV no le dejaba ir. El espectro comenzó a reír a carcajadas con aquella risa horrible suya, llevándose las manos al estómago, girando sobre sí.

—¿Qué rayos me hiciste? ¡Déjame ir!

—Ah, tranquilo, Engel, te estoy tomando el pelo —dijo el espectro apaciguando su risa—. Sabes que te aprecio. “Bloqueo de Salida”, una de mis nuevas habilidades, genial ¿eh? Te dejaré ir, por supuesto, es temporal, pero antes... —se acercó— quería preguntarte una cosa.

—A veces... me asustas —dijo Engel arrastrándose lentamente con manos y pies hacia atrás para alejarse.

—Es que... soy un bromista, me conoces. Ahora, deja el vacile y déjame hacerte la pregunta.

—¿Cuál es la pregunta?

—Dime, ¿qué es lo que Engel Leckhert más desea?

—¿Lo que... más deseo?

—Aja, si, lo que más desees. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo que más deseo... —susurró Engel, meditativo, retirándose una navaja de pasto que se había introducido en su nariz con el dorso de la mano.

—¿Cuál es tu más grande pérdida?

—Keiden, mi hermano mayor es mi más grande pérdida.

—Lo que Engel más desea es... —dijo el tentador espectro con voz seseante.

—...Volverle a ver —completó Engel—. Que siguiera con vida; recuperar a mi familia.

Para aquel entonces, el espectro colgaba de cabeza, aun burlando a la gravedad y tomó con ambas manos el rostro de Engel, le acercó el suyo y susurró:

—¿Y si te dijera que tengo el poder de hacerlo realidad?

—¿Hacerlo... realidad? —dijo Engel, tentado por su voz serpentina, sintiendo sus frías manos sobre su rostro apoderándose de su ser.

—Puedo traerte a Keiden Leckhert de vuelta.

Engel guardó silencio ante lo absurdo de esa afirmación. Pero... le extrañaba tanto... ¿De qué estaba hablando el espectro? Decidió seguirle el juego.

—Ah, ¿sí? —dijo, incrédulo—. ¿Cómo harías eso?

—Puedo hacerlo —dijo el espectro un tanto indignado—. Acepta el trato y te diré como.

—¡Ja! ¿Aceptar el trato de un espectro mañoso sin garantía alguna? ¿Qué le sacas tú a esto?

—Oh, no mucho, no pido mucho —dijo sacudiendo la mano, restándole importancia al asunto—. ¿Recuerdas lo que dije antes sobre mi nueva “habilidad”? ¿La que te impidió salir de aquí dentro? Tan solo pido que pruebes unas cuantas otras que he preparado y podrás volver a ver a Keiden. Todos ganamos, yo pruebo estas... habilidades y tú vuelves a ver a tu hermano, además, las habilidades como tal podrían servirte en lo que está por venir. Sí, sí. ¡Me llevan! ¡Una ganga, todos los beneficios te los llevas tú, pequeño bribón!

—No lo sé... —dijo Engel meditabundo—. Me gustaría volver a ver a Keiden, de cualquier manera. ¿Te portaras bien, espectro?

—Ah, claro, ¿qué mal puede hacerle a alguien que un pobre espectro juegue en las pequeñas sesiones de simulación que tú le prestas? Soy solo un pequeño huérfano virtual.

Sí. ¿Qué mal podría hacerle al mundo una imaginación suya? Ya estaba casi convencido de que aquel espectro no era real. Era un producto de su

cabeza, de los implantes RV. Sería divertido, talvez, ver hasta dónde podía llegar su subconsciente.

—¿Y a qué te refieres con habilidades? —dijo Engel entonces.

—Ahora permíteme mostrarte... —dijo el espectro realizando un amplio ademán con el brazo como si de un mago ejecutando un truco de prestidigitación se tratase y una nube purpura, con motas centellantes se formó ante Engel. Luego, de la nube, surgieron varios rectángulos a forma de baraja de naipes y estos bailaban de uno en uno, por obra del espectro, para Engel, mostrando diferentes figuras e imágenes en cada uno. Les acompañaba un texto a forma de pie de página, pero iban tan rápido que a Engel no le daban los ojos para poder leerlas.

—¿Qué es todo esto? —dijo Engel con el rostro iluminado.

—Cada una de las tarjetas que ves —explicó el espectro— corresponde a diferentes habilidades, o pequeñas ventajas, como quieras llamarles, como la que utilice yo hace rato para impedirte salir. Tu trabajo consiste en probarlas en el mundo real, para ver si tienen efecto o no fuera de la simulación. Obviamente, yo no puedo probarlas, y por eso te necesito a ti.

Engel parpadeó ante aquello, sacudió la cabeza pensando que los implantes realmente le estaban fritando el cerebro y casi se rio ante la situación.

—¿Qué te causa gracia? —dijo el espectro. La baraja de tarjetas aun flotando entre ellos—. ¿Aceptas o no?

—Está bien —dijo Engel, aun riendo—. ¿Cómo funciona?

—Pásales revista, escoge las que más te gusten. ¡Pero ojo!, escoge bien, cada una es única, y solo puedes escoger tres a la vez. —De nuevo la sonrisa sauria.

Entonces Engel, sentado en el pasto sobre las piernas cruzadas, sosteniéndose la quijada con una mano, empezó a pasar las tarjetas de una en una con expresión aburrida y desinteresada. Tenían figuras algo abstractas respecto a lo que hacían, y el texto de la base daba una corta explicación de ello. Una clamaba atraer el dinero, y otra juraba aumentar la esperanza de vida del usuario. Incluso había una para incrementar la atracción sexual, y otra que supuestamente le otorgaba a uno visión de rayos X. “Vaya patraña”, se dijo Engel. Todo parecía bastante superficial. Entonces pensó en la academia. ¿Qué clase de habilidades necesitaría ahí? Claro, si todo eso fuese real, que no lo era. Rebuscó más en la baraja, finalmente encontrando dos que le parecían acordes: una se llamaba “El Líder” mostraba la silueta de un hombre altísimo con piernas irrealmente largas, de pie ante una multitud sobre una roca. “Incrementa la capacidad de liderazgo del portador” explicaba el texto. Y la otra; “El Fortachón; incrementa (con el tiempo) la masa muscular en un doscientos por ciento”, mostraba el dibujo de un hombre con brazos tremendamente hipertrofiados.

Entonces tenía ya dos habilidades selectas, pero... no se decidía por la tercera. Todo lo demás le resultaba basura. El espectro esperaba pacientemente con una sonrisa de oreja a oreja. Se terminó topando con el final de la baraja, una última tarjeta, la leyó: “Impulso Entrópico” decía el título con la figura de un

hombrecito azul con un relámpago en el pecho. “Le otorga al usuario un apoyo energético extra mediante entropía... *Leer más en el reverso”. ¿Qué rayos quería decir? Pero bueno, ya que, daba igual, no había más cartas, y un poco de energía extra no le viene mal a nadie, así que la escogió como su tercera habilidad. No se molestó en el apartado de “Leer más”. Total, todo debía ser patrañas.

—¡Listo! —dijo Engel—. Ya me he decidido.

—Ah... —dijo el espectro, acercándose curioso a la tercera tarjeta, con un dedo en la boca—. ¿Esa? ¿Estás seguro?

—Sí, ¿Qué pasa?

—Oh, nada, nada —dijo el espectro sacudiendo las manos en negación—. Todo bien. Buena elección, sí, sí, muy buena. Interesante...

—Bien, ¿ahora qué sigue?

—Ahora, mi querido Engel... —dijo el espectro llevándose la baraja al regazo, dejando solamente las tres tarjetas escogidas fuera— damos inicio.

En ese momento, en el pixeado cielo de baja resolución que se dibujaba sobre el muchacho culpable y su amigo espectro zalamero, estalló un cañonazo; estaba relampagueando. Pactos de rayos tomaban lugar.

A paso lento y mesurado, Engel regresaba de la gran esfera poligonal de entrenamiento Cero—G. Dificultándosele a sus novicios músculos el soportar su propio peso tras una larga sesión, se aferraba al pasamanos del prolongado y bien iluminado pasadizo de paneles blancos que conectaba a la esfera de microgravedad con el hexágono que eran las instalaciones de AMBROS. De repente se sentía

terriblemente entorpecido, y la gravedad era como una cuerda que le ataba y tiraba de él hacia abajo.

Siguió caminando, pensando en que debía mejorar su tolerancia a la transición. Primero se les había hecho entrenar con trajes de buzo bajo el agua a la vieja usanza; lo cual no se dificultaba ni sorprendía dada la ubicación geográfica de la academia en medio de las aguas del Élensis. Las condiciones adecuadas podrían, por supuesto, prepararse en una simulación de la RV, pero su utilidad era limitada, salvo para afinar los movimientos y coordinación a lo mucho, pues aquella actividad mental hacia caso omiso del resto del cuerpo, y, de hecho, le atrofiaba. Solo luego, cuando eran dignos, se les permitía entrar a “La Cancha”, la esfera de simulación Cero—G para entrenar junto a los grandes. Pasaron de simples ejercicios de orientación anti gravitacional (primero con ayuda del “giroscopio” del SENI, luego por su cuenta), a maniobras de desplazamiento avanzadas por pequeños y grandes espacios para luego retomar las armas, lo cual, para sorpresa de Engel, se le dificultaba terriblemente en aquellas condiciones que exigían una modificación completa de sus hábitos de tiro. Por último, curiosamente, se les entrenaba en una nueva clase combate cuerpo a cuerpo Cero—G denominada “Estilo Arcángel” que adoptaba elementos de todos los estilos de artes marciales nacidas con los pies en la tierra y les modificaba dando luz a una nueva raza de cosmo—soldados forjados para guerrear en situaciones con las que guerreros de antaño no llegaron ni a soñar. El hombre había pasado de pelear rompiéndose el cráneo con fémures y quijadas dentadas de antílopes como una

cuasi—humana bestia hirsuta, a dispararse láseres y demás innovaciones bélicas, envuelto en ropas de metal que le permitían respirar fuera de su atmosfera madre; cuán lejos había llegado el hombre... ¡para seguirse anihilando a si mismo!

Al ritmo de su vida en la academia lo reinaba una constante extenuación, el adiestramiento se volcó terriblemente riguroso en aquellos últimos días y los tiempos y exigencias de éste parecían dilatarse de manera exponencial. La relación física—académica de su enseñanza se había modificado en pos de la primera. Pasaba tanto tiempo embutido en su prototraje armadura de combate Cero—G, que comenzaba a sentirse desnudo fuera de éste, inseguro, inerme y... frío, muy frío, en especial en aquel estéril pasillo que se convertía en un congelador a esas horas del día.

Cuando alzó la vista y la vio, pudo sentir como si su pecho se caldease en su interior; Jessica le esperaba al final de aquel puente de techo arqueado de brazos cruzados, sacudiendo ansiosamente un pie. Se le complicó divisarle las facies a aquella distancia coronada por luces de lámparas deslumbrantes. Engel soltó el pasamanos y caminó erguido y firme hacia ella, para lucir más fuerte, o al menos eso fingía él... Ya a la distancia recortada pudo ver que su rostro fruncido en un mohín denotaba disgusto, tenía una mirada seria con una ceja ligeramente arqueada, los brazos fuertemente cruzados contra su pecho, para lucir más dura, o al menos eso fingía ella...

Se detuvo a un metro de ella y se determinaron el uno al otro en silencio mientras esperaban a que un

grupo de reclutas que en aquel momento iba de paso se alejase.

—¿Podría usted explicarme que es esto? —dijo ella sacando un pequeño sobre del bolsillo frontal de sus ropas blancas, haciéndolo bailar, aun de brazos cruzados, entre sus dedos como lo hiciese tiempo atrás con aquella tarjeta magnética con la que jugaba la primera vez que la vio en la estación.

—Pensé que te gustaría una carta escrita a la antigua, no tengo la mejor letra ni la más fina prosa, pero...

—No puede hacer eso

—¿Por qué no? ¿La has leído?

Ella hizo ademan de querer decir algo, pero se detuvo.

—Eso es irrelevante. Lo importante aquí, es que hizo mal.

—¿Qué mal puede causar una carta inocente? —repuso Engel encogiéndose de hombros. Sonrió.

La sonrisa pareció incomodarla, pero no desistiría en su posición y se envaró.

—No es la carta en sí, sino el hecho. —Extendió el brazo hacia él, colocándole el sobre extendido contra el pecho—. Se la devuelvo, le pido que no vuelva a hacerlo, por favor, nos meterá en líos.

Curiosa manera de devolverla, pensó Engel bajando la mirada hacia su pecho, viendo sus finos y delicados dedos extendidos en el sobre de la carta contra su corazón.

—¿Meternos en líos?

—Sí, ¿es que no leyó el reglamento? Lo lleva en la cabeza todo el tiempo, por el amor de todo. Se prohíben estrictamente todas las relaciones

sentimentales entre el personal, por orden del mismo Alset.

—Para serte honesto, no, no lo he leído. —Llevó su mano a su pecho y tomó el sobre lentamente de entre sus dedos—. Y seguramente ya rompí la mitad de las reglas ahí enumeradas.

Ella retiró súbitamente la mano como quien la saca de una vasija de escorpiones.

—Escuché; a diferencia de ustedes, yo vine aquí por voluntad propia ¿está bien? A mi si me interesa esto y amo todo lo que hago aquí.

—No me conoces.

—De nuevo con lo mismo —replicó ella cruzándose de brazos otra vez.

—Sí, es verdad, no soy más que un recluta, faltó que me trajeran a rastras a este lugar, pero... he encontrado mi propósito aquí, y otras cosas...

—¿El deseo de matar? ¿eso encontró? Se siente tan poderoso y cree que puede tomar lo que desea. Busca un trofeo.

Engel guardo silencio, le había colocado en jaque.

—Le he descifrado ¿no es así? —dijo ella.

—Matar... ya no es mi deseo—dijo Engel, desviando la mirada perpleja al suelo.

—¿Y para qué está entrenando, entonces? —dijo ella girándose sobre sus talones—. Ahora me retiro, si desea profundizar más sobre las incongruencias de su mente tenemos una psicoanalista a bordo.

Él permaneció de pie ahí con la mirada en el suelo y el sobre en la mano. Escuchó la puerta automática deslizarse tras Jessica que dejaba el lugar y a los demás reclutas bromear y soltar silbidos al fondo del pasillo rumbo a la esfera.

No quiero matar... ¿Por qué no quiero matar? ¿Adónde se fue aquella ira? ¿Qué hago yo aquí? Ahí, solo otra vez, se sintió cansado, ya no había que fingir, así que se apoyó de espaldas contra la pared. Ella dice que eligió estar aquí. ¿Por qué? ¿Qué hace aquí, entonces, si tanto odia a la milicia? ¿Qué hago yo aquí? Kúiper, ¿qué hará en este momento? Quisiera hablar con él. Siempre sabe qué hacer y decir. No sorprende que le hayan escogido.

Tras que lo seleccionaran con llamativa prontitud para formar parte del grupo de investigación exclusivo de Alset apenas y había visto retazos de él. Dos semanas atrás le había visto a través de un ventanal de cristal y éste, con gran disimulo, le saludó con la mano. Engel suspiró profundamente. Accedió al mapa de la academia en su ahora SENI. Aquel croquis tridimensional correspondía a solamente un fragmento del lugar entero, se mostraban con claridad solamente las áreas a las que actualmente tenía libre acceso; lo demás era una sombra negra uniforme. Segunda planta, pasillo “B”, tercera puerta a la izquierda; Psicoanalista... podría, podría... darse unos minutos para hablar con ella, buscar respuestas... podría.

Engel sacudió la cabeza. No, no era el momento. Su primera misión se acercaba, no quería perdersela por que le dictaran incapacidad por demencia. No, había entrenado tanto, trabajado tanto por ello. No, ya pensaría en algo. Más tarde se enteraría de que le habían selecto como líder de aquella misión fruto de un empeño y fuerza de voluntad medurado objetivamente, y soñó con ello, caviló todas las posibilidades.

Y aquella noche en que yacía despierto en su cama acosado de súbito por la tensión de la responsabilidad, no supo en que momento sus ojos se habían cerrado, solo que, al abrirlos, sin darse cuenta, el día había llegado y se vio a sí mismo sentado en el transbordador rumbo a su primera misión real. Estaba rodeado por su equipo, el cual se le había permitido escoger deliberadamente. Tras evaluar las capacidades y compatibilidades de cada uno, había escogido, por supuesto, a Kerb y Floyd sin ponerle mucha mente, agregó a otros tres reclutas que si bien, no podía llamarles amigos más que compañeros de misión, sabía él que poseían todas las actitudes requeridas, pues, había entrenado a su lado desde el primer día en que llegaron. Para sorpresa de muchos, y de sí mismo, el séptimo miembro escogido fue... Dylan Zorber.

¿Estas bromeando —le había reclamado Kerb, susurrando aquella noche en las barracas—, ¿quieres que te mate por la espalda allá arriba? Seguro le gustaría, y le llamaría “fuego amigo”. El talento de Dylan es indiscutible, es una bestia alimentada por fanatismo —había replicado Engel—. Tanto así que estoy yo seguro que dejará los conflictos personales a un lado en el campo de trabajo. Esta es una oportunidad para él de sobresalir; no la cagará.

El mismo Dylan se había mostrado sorprendido e incrédulo a la invitación, y tras una demora de confirmación de casi una semana (como para darse importancia, y no parecer desesperado), aceptó. Ahora estaban todos allí sentados los unos frente a los otros en aquel transbordador espacial, pero ya no con rumbo a los salones de clases y gimnasios de la

academia, sino a un destino frívolo y cruel que no perdonaría error alguno y pasaría factura con todo lo que pudiese.

Aquel transbordador era una versión mejorada del que les había llevado a la academia, con capacidad de viaje espacial a “corta” distancia y de despliegue, en la acción, de unidades. El ambiente en la cabina era el de un azul lúgubre, y apenas y podrían decir quién era quien en aquellos prototrajés de asalto espacial con apariencia alienígena de no ser por la etiqueta de identificación que se mostraba sobre cada quien, en la interfaz, ya que aquellas corazas, naturalmente, solo dejaban ver el par de ojos del usuario a través de la transparencia del visor del casco que en aquel momento de calma les iluminaba desde abajo con un sutil brillo verdoso.

La tensión en el aire se podía cortar con un escalpelo y de no ser por el funcionamiento interno directo de las intercomunicaciones, se habría escuchado claramente la respiración forzada del más nervioso. Engel sacudía la pierna ansiosamente y abría y presionaba los puños enguantados en metal y fibra de carbono constantemente. Dylan parecía recitar una letanía para sí mismo, y Kerb... Kerb se desperezaba el cuello de lo más relajado. Los demás miembros eran una tensa máquina acorazada e inmóvil de batalla esperando en silencio a ser desplegada. Engel se preguntó si Kúiper le vigilaba desde el centro de control, le gustó pensar que sí.

Al pequeño escuadrón le acompañaban tranquilizadoramente dos miembros del personal médico; un experimentado tecno—médico en su quinta década de la vida, de una figura alta y muy delgada

que aquel traje acentuaba. Iba acompañado de una de sus pupilas, en aquel caso, Jessica Halley, con quien Engel intercambiaba nerviosas miradas de cuando en cuando. El experimentado médico, erguido en el ajustado cinturón de seguridad del asiento, con sus ojos rodeados de arrugas que asomaban al visor del casco, tenía la mirada fija al frente y parecería aconsejar a su pupila pues se le miraba a ésta asentir con la cabeza constantemente. Una vez en el destino de la misión, ambos permanecerían en el transbordador que orbitaría las inmediaciones en caso de contingencia. El testigo bélico observaba, como siempre, envuelto en su camuflaje refractario desde un rincón.

El control de la misión imbuía de inteligencia a los jóvenes cosmosoldados a través del SENI. Repasaron objetivos, mapas del área y estrategias. Como primera prueba de valía se les había asignado una tarea de categoría escaramuza; un grupo de piratas se había apoderado, con todo y rehenes del personal científico, de una de las estaciones espaciales de AMBROS que orbitaba cierto satélite natural de determinado planeta inhabitable vecino tras la pista de una solución—llave a la Gran Retención. Mientras los científicos sondeaban la superficie del satélite, habían sido golpeados, sin capacidad de respuesta, con tanto estrepito en un salvaje ataque descoordinado que terminó en un grupo de desesperados piratas apuntando láseres amenazantes a las cabezas de los eruditos tras que su nave y único medio de escape terminara averiada y varada sobre la estación. Exigían una nueva nave de escape a cambio de la

integridad de los científicos; AMBROS y Alset les presentaban ahora su contraoferta perentoria.

Engel, bajo gran presión, repasó una tercera vez la estrategia con el equipo. Pensó en los asustados científicos en aquella estación, meditó, luego pensó también que aquellos anárquicos hombres espaciales deberían estar igual o peormente alterados. Meditó otra vez. Miró en dirección a Jessica y recordó aquel encuentro. El deseo de matar, había dicho ella. Matar... ¿Qué conlleva matar a un hombre y en qué lo convierte a uno? Pero, ¿qué podía hacer? Tras una larga pausa silenciosa que llamó la atención de su escuadrón que esperaba dijera algo más, Engel miró a ambos lados chocando miradas con cada uno de ellos y deglutió. Finalmente pudo decir: “Cambien todo su equipo de ofensiva a modo no—letal”.

Un pequeño revuelo de cuestionamientos y desacuerdos ante aquella orden restalló en el lugar a lo que Engel tuvo que alzar el puño imperativamente en pos del orden.

—Se me ha elegido como el cabecilla de esta misión —dijo con voz firme y severa—. Se sometieron a ello en el momento en que decidieron acompañarme en esta tarea. El que esté en desacuerdo puede quedarse en el transbordador por el resto de la misión y volver a casa tal y como salió.

Nadie dijo nada. El testigo bélico observaba. Enfocó su lente sobre Engel.

Luego la voz de Dylan se alzó de entre el silencio.

—Estas cometiendo una grave equivocación, Leckhert. Esa gente no merece el perdón de Dios. Se han desviado; son animales.

—Para suerte de ellos, Dios no está aquí; estoy yo —replicó Engel clavándole su mirada bicolor—. No sabemos que motivaciones o necesidades movieron a esta gente a este actuar. En cierta forma, son reclutas, como nosotros, pero de otra fuerza. Una fuerza externa que les devoró y nunca les regurgitó. Están atrapados, todos estamos atrapados en esto. Nadie va a morir hoy.

—Ellos pudieron decidir, Leckhert.

—Las decisiones son una ilusión en estos días. Ya nadie es dueño de lo que está sucediendo. Quédate aquí a montar guardia si lo prefieres. —Le retiró la mirada y su atención.

—Espero que sepas lo que haces —refunfuñó Dylan, pasando su equipo a modo no—letal de mala gana.

Un concierto de suaves sonidos mecánicos se escuchó mientras todos los miembros del escuadrón modificaban sin renegar su traje al modo de ofensiva ordenado. Engel advirtió entonces que Jessica le miraba por entre el visor de su casco con una mirada fascinada y le asintió aprobativamente con la cabeza, levantándole un dedo pulgar. Él hizo lo mismo, pero se encontraba tan tenso que no podía pensar en nada más que la misión y se dirigió a su equipo para afinar las modificaciones necesarias a la estrategia.

El testigo bélico observa: “Sujeto Numero 1: Engel Leckhert. EL sujeto es... interesante. Puntuación actual: 99.5”.

Control les notificó la pronta llegada al destino, los seguros automáticos de los asientos les liberaron, se

pusieron todos de pie y se encontraron en el centro para formar un círculo donde chocaron puños en ritual de motivación. El visor de sus cascos se opacó y se cerró entonces, ocultando lo poco que se alcanzaba a ver de sus rostros tras una estética máscara con textura de fibra de carbono ciclópea de cuyo único ojo en la frente destellaba un azul eléctrico.

Engel miró en dirección al dúo médico que esperaría ahí, al llamado y Jessica le deseó buena suerte. Se dirigieron en una ordenada fila a la sala de lanzaderas. Las muchas fuentes de luz del transbordador se reflejaban deslizantes sobre sus ergonómicos trajes a medida avanzaban. Caminaban con tal tensa coordinación que sus pasos metálicos resonaban al unísono. El tiempo de preparación titilaba en una esquina de su interfaz a cuenta regresiva.

Engel, cerrando la marcha, fue el último en entrar a la prolongada y estrecha sala y la recorrió hasta el fondo esquivando y dando fraternales palmadas de buenos deseos en la espalda a cada uno de sus compañeros mientras éstos se acomodaban en su propia capsula cromada, Dylan incluido y éste no supo que decir.

Alcanzó la última capsula lanzadera que brotó de la pared como un frío refrigerador mortuorio tras presionar el panel a un lado y se posicionó deseando no terminar engavetado en similar forma, no a la espera de una misión, sino de una autopsia. La corta estancia en aquella acolchada lanzadera resultaba realmente incomoda. Se debía colocar uno boca abajo y con la cabeza apuntando a la salida; como si de un torpedo humano se tratase. La presión interna se

reguló, la luz ahí dentro se tornó rojiza y una alarma sonaba monótonamente sin cesar, Engel sintió su corazón acelerarse víctima del eretismo a medida que la cuenta regresiva llegaba a su fin a pesar de las drogas tranquilizantes que le había administrado Jessica antes de salir.

Enfócate se dijo, nadie morirá hoy, todo estará bien. De nuevo, se auto tranquilizó con el pensamiento de que Kúiper le observaba, y ahora, de que Jessica le deseaba para bien, y... después de todo, le habían escogido como el líder de aquella primera misión. Algo había hecho bien. Sentía que tenía por qué vivir.

Cuando alcanzó la distancia adecuada, el transbordador disparó a la aprehendida estación espacial un inesperado impulso electro magnético que aturdiría a todos los sistemas internos durante el tiempo de despliegue de unidades. Se pudo ver como las luces en el interior de la estación se apagaron. Surcó sin detenerse en seco junto a ésta, describiendo un leve giro hacia afuera mientras a su vez, disparó en un estallido ahogado las siete capsulas contra ella.

Los cosmosoldados salieron disparados como de un cañón por el espacio vacío con rumbo directo a la estación. Engel pudo ver, mientras se desplazaba a mesurada alta velocidad, el firmamento de fantasmas de luz mejor conocidos como estrellas dominado por la gigantesca silueta color castaño del gran planeta gaseoso, seguida por una más pequeña correspondiente a su satélite natural, y sobrepuesta a éstas dos; la gran estación espacial derivando ante él. La zozobrada nave pirata yacía inerte sobre el gran cráter que había ocasionado con su impacto sobre el casco de la estación. Una miríada de restos de toda

clase y escombros flotaban sin destino alguno en derredor.

Habrán bastado los doce segundos en los que Engel permaneció en aquel vacío a merced de las leyes de la física para que el horizonte estelar le conmoviera. Para su gusto, aquellos doce segundos de vuelo se le volvieron eternos, se dilataron. Ahí, en un entorno sin atmosfera, la luz solar no era dispersada, por lo que el gran astro se manifestaba ante Engel como un cegador disco de luz puramente blanca a su izquierda. Pensó en cómo de niño le había dibujado y coloreado siempre de amarillo, ahora la verdad se le presentaba diferente; todo es cuestión de perspectiva. De no ser por el traje homeostático, su cuerpo ardería por un lado ante la ardiente radiación EM del astro luminoso, y al mismo tiempo, se congelaría en el lado opuesto que daba cara hacia el gélido y oscuro vacío. Claro, estaría muerto mucho antes de que eso ocurriera.

Ningún hombre que haya estado en aquellas circunstancias, presenciando la infinidad de la existencia, regresa a casa siendo el mismo. Sentimiento que se había alterado, polucionado por la incertidumbre en los últimos años desde el hallazgo de la Gran Retención. Dedicó el momento a su hermano mayor.

Ahora la realidad demandaba su atención. Se acercaban a la coraza de la estación a toda velocidad. Reafirmó su dirección mediante SENI. Una retícula se alineó junto a precisos cálculos de velocidad y distancia. La diana de impacto sería una compuerta en la cara ventral inferior de la estación; los piratas anticipaban erróneamente que se aprovecharía la

ruptura superior del casco tras, según ellos, asegurar todas las demás entradas. Disparó los propulsores en sus hombros en sentido contrario para desacelerar, luego los de las botas para girarse sobre sí mismo y apuntar con sus pies a la estación. Aumentó la presión en las botas aún más a medida se acercaba y... tras un suave y elegante impacto contra la coraza, se encontraba junto a su equipo en derredor de la compuerta inferior de carga que estaba circundada de rojas luces parpadeantes como marcando el lugar. Miró a sus compañeros como sombras ciclópeas adheridos de forma cuasi arácnida a la coraza y vio el transbordador alejarse precavidamente, solo lo suficiente. Ante cualquier eventualidad, y, al menos mientras el transbordador regresara para una evacuación, estaban por su cuenta. Al momento, los piratas, aturdidos por el IEM, no advertían ahí presencia alguna. Solo habían visto a la nave acercarse y, tras volver locos a todos sus sistemas internos, alejarse sin acción discernible.

Sin vacile, un miembro del equipo, como estaba planeado, plantó su mano en la superficie de la compuerta para ingresar a su sistema mediante el módulo de jaqueo del SENI. En cuestión de segundos la integridad de ésta había sido burlada.

—Me la han dejado de par en par —anunció, jactancioso—. Igualando presiones.

Un zumbido vibratorio pudo sentirse al otro lado de la puerta. Luego un seco (por vacío) sonido mecánico mientras les daba paso dentro. De uno en uno se desligaron de la pared externa para adentrarse a la estación. Una vez dentro del compartimiento de carga, flotaron ingrávidos en formación de V, con

Engel a la punta mientras a sus espaldas la compuerta se cerraba lentamente ocluyendo la luz como un par de parpados cerrándose ante un resplandor. El alumbrado principal no se había restituido tras el apagón; solamente un par de fluctuantes luces amarillosas de emergencia en uno u otro rincón.

Acudieron entonces a una reconstrucción tridimensional de la estación para tener una imagen clara del entorno. Vieron a través de las paredes y compuertas que daban al atrio, donde se había estrellado la nave rebelde, como los piratas, que se dibujaban como rojas siluetas humanas, se reestructuraban agitadamente al advertir que les habían jugado la vuelta. La mayor parte del grupo se retiró a la sala de controles adyacente al atrio. Otro pequeño grupo permaneció en el atrio, y tras unos segundos de duda, se vio a dos de ellos acercarse a paso dubitativo a peinar el área.

El grupo de sombras ciclópeas tomó cobertura. Dylan y otro soldado se alzaron hacia el techo, sobre la compuerta por la que entrarían los piratas, y se instalaron de cabeza ahí, en posición de emboscada, como una araña furtiva esperando a su presa. De llevar los piratas su mirada hacia arriba, lo último que verían sería a un par de sombras con un único ojo.

Las rojas siluetas humanas, que en ojos del dúo de emboscada se mostraban inversas, se acercaban caudalosamente asiendo pesados rifles. Se movían torpemente en la ingravidez evidenciando que no poseían entrenamiento alguno. Uno de ellos se acercó al panel de la puerta para desbloquearla. “Te digo que no es nada, ahora mismo deben estarse colando por la

ruptura; es una distracción”, dijo. El otro, aferrado al borde de la puerta ahora abierta, asomó un nervioso rifle al oscuro compartimiento de carga. Solo la oscuridad se cortaba ante la anticuada lámpara anexada a su rifle. “¿Quién anda ahí?”, dijo con voz tremulosa, “Salgan cobardes”. “¡Que no están ahí, maldita sea, nos la jugaron!” insistió el primero. “Pues, asegurémonos” ordenó el segundo. Se introdujeron al fin al pasillo del compartimiento. Sobre ellos, Dylan y su compañero apuntaban a sus cabezas los pequeños cañones no letales que habían brotado del complejo mecanismo en las muñecas de sus trajes. Todo lo que necesitaban, todo equipo, toda arma, estaba incorporado de manera natural en su prototraje que oficiaba como ultima herramienta. No cargaban de aquí a allá con arcaicas armas como aquellos piratas, en aquel entorno de perpetua caída libre, eran más bien un obstáculo; ellos, en cuerpo entero, eran el arma, y una muy eficiente.

Tras un doble disparo coordinado por neuroenlace, el par de desgraciados convulsionaba ahora a la deriva. En un planeta como Siera o Virden habrían caído contorsionándose al suelo. Ahí, sus cuerpos flotarían en volandas, inconscientes durante al menos cuatro horas de no tener atención alguna; tiempo suficiente para rescatar a los rehenes y completar la misión. Dylan deseó poder haber usado un disparo fulminante o al menos una de sus nano—navajas contra sus suaves cuellos.

Los demás dejaron sus coberturas y se reunieron junto a Dylan y compañía, quienes estudiaban a aquel par de hombres rebeldes. Tras examinarles con cuidado, se percataron de un curioso detalle, el equipo

intercambio tensas miradas mudas. Nadie dijo nada. Ni siquiera Dylan. En el cuello de aquellos hombres, específicamente, sobre la región carotidea izquierda, se habían grabado en tinta las siguientes iniciales: “NNx”. La X era la más pequeña de las tres, y en ella estaba enroscada una serpiente; aquellos hombres no eran rebeldes ni piratas, eran Neo—Noxistas.

¿Por qué la inteligencia de la misión no especificaba aquello? ¿Se les escapaba el detalle? ¿No estaban ellos al tanto? ¿Por qué se había etiquetado a los miembros de aquel peligroso grupo como llanos “piratas”? El hallazgo perturbó a todos los ahí presentes (a Engel principalmente), empero, sin necesidad de decir palabra alguna, acordaron no hablar nada al respecto, al menos no hasta que acabara la misión. Engel, en defensa de Alset, a quien guardaba un subrepticio respeto, pensó que quizás se les había ocultado la información para no preocuparles más de lo necesario como los novatos que eran. Pero... tales enemigos resultaban en realidad torpes y no daban señal de presentar desafío alguno. ¿Les había AMBROS sobreestimado?

Suficientes preguntas, sus respuestas vendrían luego. Destruyeron las armas de los ahora Neo—Noxistas y avanzaron a baja propulsión por el pasadizo metálico empujando o esquivando contenedores y demás restos que flotaban en desorden. Alcanzaron el atrio. Un dilatado espacio con un techo en cúpula desde cuya grieta dentellada se filtraban de manera oblicua los rayos de luz solares condensándose en un foco de luz que caía a un costado, sobre una pared que ostentaba grandes letras cromadas que dictaban:

AMBROS

Estación Habel; ala investigativa

El foco de luz era moteado por las sombras movedizas de los numerosos escombros que flotaban sobre la grieta y estaba relleno de un denso polvillo espacial, tal cual se puede ver en luz que se cuela por una ventana en una tarde corriente. Un cuarto del planeta anfitrión era observable por la grieta. Se había formado ahí un pequeño fuerte, se observaban varias cajas de suministros desparramadas y se habían instalado varias torretas automáticas y escudos de plasma cuya existencia era ahora nimia tras el golpe de IEM. Todos sus equipos estaban inutilizados. Su única arma remanente era el riesgo de que hirieran a uno de los apreciados científicos de Alset, o que escaparan con algún paquete de información esencial (confidencial).

Se detuvieron ante la gran compuerta que comunicaba con la sala de control, donde los rebeldes se atrincheraron junto a los rehenes. Escanearon nuevamente el lugar. Dos esperaban justo ante la puerta, apuntando sin descanso sus rifles hacia ésta. Otros tres pequeños grupos se habían desperdigado por la sala, cada uno con dos a tres científicos que se mostraban como nerviosas siluetas color verde amistoso en el SENI. En el centro de todo, ante el monitor principal, se erguía una robusta silueta. Se movía y hablaba de una manera imperativa a los demás; parecía ser el líder. Estaba rodeado de varios cilindros de energía volátil. Entonces habló en tono de amenazante negociación:

—Me dirijo a todos los asesinos cerebro—lavado de Alset aquí presentes. Sé que me escuchan y me

miran desde el otro lado de la compuerta: retírense. Díganle a su jefe que acceda a nuestras peticiones. Tengo aquí varias células sobrecargadas de armiza. Hagan un paso en falso, y no dudaré en darles chispa. Considérenlo mi ultimátum; rehúsen y todos aquí nos convertiremos en una mola de metal y sangre coagulada antes de darnos cuenta.

Sin concesiones. Perdonarles la vida era ya suficiente. En eso hasta Engel estaba de acuerdo. La recreación de la estación les permitía, a él y su equipo, observar al detalle la red de ductos y compartimientos que recorrían la estructura como raíces de vasos sanguíneos. Debido al vacío del atrio, el abrirlos desestabilizaría el medio interno en la sala de control donde se mantenía a los científicos, por lo que verificaron una vez más la integridad de los trajes de éstos. No querrían matarles mientras intentaban rescatarlos. Retiraron los paneles sellados de dos de los ductos que se interconectaban con el interior de la sala de control con poco o nulo esfuerzo gracias a la fuerza sobrehumana que les otorgaba el prototraje. Engel plantó un holograma a cuerpo completo de sí mismo con los brazos extendidos y desafiantes justo frente a la puerta que las haría de distractor. Se dividieron en grupos y penetraron en total silencio por aquellos ductos repletos de cables, tuberías y turbinas productoras de zumbidos. Cuando alcanzaron el final de los conductos, a un panel de aluminio de distancia justo sobre la sala de control, manipularon a distancia la puerta de la entrada.

Los esbirros del neonoxista se sobresaltaron de golpe ante la falsa figura de Engel que se presentó temeraria tras deslizarse la puerta y soltaron una

andanada de láseres contra ella. El líder vaciló por un segundo, con el interruptor de los explosivos a un par de centímetros de su tenso pulgar. Al advertir que el Engel falso era solo una diversión, soltó un rabioso rugido que ni siquiera pudo terminar; sin tiempo de respuesta, dos paneles en el techo salieron disparados, y de éstos, brotaron siete sombras letales. Él fue el primero en caer antes de poder presionar el interruptor, de verdad iba a hacerlo. Lo que se siguió para los esbirros remanentes fue el flash de un combate en el que habían sido derrotados desde antes del contacto. Aquella unidad trajeada en bruñidas armaduras se movía con suma precisión de cobertura a cobertura como un grupo de ágiles abejorros, y sus disparos no fallaban nunca. Cada disparo que hacían significaba un noxista menos. La torpeza con la que se movían éstos insurrectos en la ingravidez era contrastada por la soltura armoniosa con la que los soldados de AMBROS se desplegaban; como si hubieran nacido en aquel entorno.

Tras un abrir y cerrar de ojos, Engel y compañía se encontraban apenas y agitados entre un enredijo de armas, cilindros, cuerpos incapacitados y demás objetos varios que flotaban entre los hologramas del centro de control en todas direcciones producto del rápido combate y el súbito cambio de presión en la sala. Aseguraron los cilindros de la volátil armiza. Todo parecía haber salido a la perfección. Ninguna palabra hablada se requirió. Todo el escuadrón era un ente unificado por neuroenlace en el cual las acciones y ordenes se iban dando una tras otras como los comandos secuenciales del protocolo de un ordenador. En contingencias, el algoritmo se modificaba a sí

mismo en tiempo real para dar respuesta. Ésta era la nueva generación de cosmosoldados. Había un tácito ambiente de júbilo en la vicisitud de una misión aparentemente completada sin altibajos hasta que se dieron cuenta de que, en el ajetreo, el casco de uno de los científicos había sufrido el roce de un láser enemigo y su traje estaba perdiendo presión a un ritmo acelerado.

—Tenemos que sacarlo pronto de aquí —sugirió un soldado, cubriendo la rajadura del casco del hombre con su mano—. Llama la evacuación.

—En ese estado no resistirá la presión externa. —dijo Engel—. ¿Dónde se almacenan los equipos? —preguntó, dirigiéndose a otro de los científicos.

—No hay más equipos —explicó éste—. Estos retrasados mandaron toda la bodega a volar tras abrir una escotilla mientras intentaban usar uno de los exploradores para escapar. El cual también mandaron a la mierda. ¿Por qué les están dando este trato? ¿Les están perdonando?

Engel le agradeció la información con un ademán de su cabeza, pero ignoró la pregunta ulterior.

—Se está mareando, está perdiendo oxígeno —avisó el soldado.

—Aquí Leckhert listo para evacuación —dijo Engel al transbordador—. Necesitare personal médico aquí abajo urgentemente. Tenemos un miembro del personal con una ruptura de casco; no contamos con reemplazos y no podemos transportarle por nuestros medios. Necesitará atención y evacuación medica especial en el área. Doctora Halley... —hizo una pausa— cuento con usted.

El transbordador dio una respuesta positiva y estarían ahí con prontitud. Y allí, en aquel tenso ambiente, esperaron.

—Veo borroso —dijo entre resuellos el científico lastimado.

—La ayuda está en camino —le tranquilizó Engel—. Sera mejor que no hable más. Ahorre sus fuerzas.

—Todos estos noxistas aquí... —siseó Dylan Zorber a espaldas de Engel, como una serpiente maliciosa—. ¿Por qué no usar su equipo? Están dormidos. Será una muerte tranquila. Escojamos uno al azar y...

Engel, dándole la espalda, suspiró profundamente.

—La ayuda... esta... en camino. —recalcó.

—¿Qué demonios te pasa, Leckhert? ¿De qué bando estas? —insistió Dylan moviéndose a su alrededor, esforzándose para mantenerse frente a él como una tentación que busca atención—. Esta gente... —dijo haciendo un amplio ademán con su brazo—. ¡Mira a la gente que mató a tu hermano; a Keiden! Oh, sí. Sé lo que pasó. Se lo que los neonoxistas te hicieron.

Engel miró en derredor, avergonzado. Los demás miembros miraban y escuchaban atónitos. Tomó a Dylan del pecho y se acercó a él:

—Cierra la boca. Estas tocando temas que no te conciernen. ¿Quién demonios te dijo eso de mí? ¿Cómo lo sabes...? —sacudió la cabeza— ¿Sabes qué? Mejor no me lo digas —lo dejó ir, soltándolo fuertemente hacia atrás—. Mantén el profesionalismo, por favor.

No me hagas arrepentirme de haberte traído. Lo creas o no, a estas alturas, no lo hago.

Dylan soltó un orgulloso bufido y balbuceó alguna maldición ininteligible.

El transbordador había llegado. Jessica Halley se acercaba flotando con feminidad rebosante frente a otros dos médicos que cargaban con una liviana caja de transporte de pacientes sellada en un cristal naranja con monitor de signos vitales.

—¿Ha sufrido trauma directo el paciente? —dijo Jessica sucintamente, sin detenerse para charlar—
¿Alguna lesión?

—Nada, solamente su casco —explicó Engel—, pero se encuentra ya hipoxémico, al parecer.

Jessica y su equipo se pusieron manos a la obra. Rápidamente tenían al paciente aislado en la caja de transporte que soltó un silbido de aire al sellarse. Los demás miembros del escuadrón y otros ayudantes del transbordador se encontraban ya asegurando a los múltiples capturados laboriosamente.

—¡Listo! Paciente estable —dijo Jessica, reposando una mano sobre el cristal naranja de la caja—. Comiencen el traslado.

Justo en ese momento, cuando un soldado se proponía asegurar al líder de los neonoxistas, el robusto hombre realizó un brusco movimiento espasmódico empujando al soldado hacia atrás. Alcanzó su rifle laser y soltó dos desesperados disparos al azar. Todo ocurrió en fracción de segundos. El primer laser que soltó golpeó al hombre en el brazo. El segundo, iba directo a Jessica, a lo que Engel, en una rauda maniobra, disparó sus propulsores al

máximo abalanzándose contra ella, salvándola de aquel cruel destino.

En un relámpago de momento, Engel terminó acostado sobre Jessica contra el suelo. El soldado golpeado avisó que se encontraba bien, apenas una rozadura a aquel resistente traje armadura. Entonces, el líder neonoxista, robusto como era, al parecer había resistido, en parte, el disparo aturdidor y habló moviendo temblorosamente una boca cruzada por una cicatriz: —¿Tienen... idea... de para quien... están trabajando? —había un aire críptico en aquella pregunta.

—¡Para Dios! —replicó Dylan enardecido, administrándole un cañonazo fulminante en la cabeza.

Salió de la nada. De repente, los sesos de aquel hombre flotaban entremezclados con los circuitos hechos añicos de su básico SNI. Aquella visión de carne juntada con circuitos impactó a todos los ahí presentes. Todavía costaba acostumbrarse a la idea de que de un cuerpo humano brotaran piezas sintéticas. Y éstas apuntaban a ir creciendo en número en los años venideros. ¿Cuánto tiempo le quedaba a la carne? Presenciaron por varios segundos, estupefactos, aquel espectáculo mórbido. Los fragmentos de circuitos de cobre centelleaban pequeños reflejos de luz. La sangre era una gelatina rutilante.

Luego Engel y Jessica, aun tumbados uno sobre el otro, desviaron la mirada de los restos sangrientos y se vieron a los ojos a una muy reducida distancia a través del visor ya aclarado de sus cascos. Jessica quedó hipnotizada por una fracción de tiempo ante los

ojos heterocromaticos de Engel. Ambos, Jessica y Engel, respirando agitadamente, parpadearon al mismo tiempo.

—Bueno, gracias y todo, pero ¿a qué espera para quitarse de encima? —dijo Jessica finalmente.

Engel, apenado, se retiró rápidamente y la ayudó a reincorporarse.

—Descuide, yo puedo sola —dijo ella y disparó los pequeños propulsores de su espalda para erguirse.

—¿Ves lo que pasa, Leckhert? —reclamó Dylan a sus espaldas, agitando los brazos—. ¡Mira lo que hiciste! Ese maldito casi se caga en uno de nosotros. Estas mal, Leckhert. Estas mal. Y tu pobre amigo paga el precio —dijo señalando al miembro del equipo accidentado, quien rápidamente dijo que estaba bien, encogiéndose de hombros, tranquilizando a Engel para librarle de toda culpa (de más culpas).

—Dejemos que sean nuestros superiores los que juzguen mis acciones —dijo Engel revisando su traje—. Las tuyas también, desobedeciste una orden directa. Mataste a ese hombre. —Dirigió la mirada a su compañero, quien estaba flotando con su traje embadurnado en sangre junto al cadáver ahora decapitado del líder rebelde—. Lo siento.

—Que estoy bien. Enserio. —insistió este, aunque sentía que el brazo le ardía como una brasa bajo el traje—. Él... —dijo viendo al muerto a su lado—. Pues, no tanto.

—Yo no me arrepiento de nada. Dormiré tranquilo hoy —dijo Dylan lanzando una sombría mirada a Engel mientras pasaba a su lado y se alejaba—. Dudo que tú puedas hacer lo mismo esta noche...

No dijo más. Al parecer, su sed de sangre había sido saciada y no se mostró para nada interpelado. El par de médicos retomaron la caja de transporte de pacientes y salieron seguidos del resto del equipo. De uno en uno dejaban el lugar. Jessica cerraba la marcha y Engel le habló en voz alta cuando cruzaba el umbral:

—¿Qué hay de él? —dijo señalando al hombre muerto.

Jessica se volvió, le echó un vistazo al cadáver y luego a Engel.

—Pues, a mi criterio médico, él ya está más allá de toda salvación... —dijo con profesional sorna—. Y yo no soy médico forense.

Engel vio al cadáver con la mirada compungida, sintiéndose tonto. Su garganta estaba reseca. Deglutió

—Escuche, Leckhert —dijo Jessica con un tono de voz consolante—; nada de lo que aquí salió “mal” ha sido su culpa, ¿está bien?

Sin darle tiempo de respuesta, se giró y se alejó maniobrando por entre los escombros con aquel ingrátido baile mujeril suyo.

Así que ahí estaba Engel ahora. Varado en el centro de aquella sala, acompañado solamente por su nuevo amigo noxista muerto fuente de un sinsabor insondable. Al final obtuvo lo que quería; convertirse en una mola de sangre coagulada. Seguro aquel fanático se había ido siendo feliz y habría esbozado una sonrisa de tener aún una cabeza propia (en realidad, rumiando en el asunto, la había perdido ya hace mucho). La misión había sido un suave navegar para convertirse luego en un viaje tumultuoso que terminó en un choque ardiente. Bajaron la guardia, se

confiaron. No podía volver a suceder. Pensaba en su actuar. Se sentía traicionado. ¿Es esto lo que pasa cuando se confía en el hombre? ¿Por esto nos han abandonado? ¿Es la Gran Retención una jaula diseñada para contener a la bestia que es el hombre? ¿No es digno acaso de pasar al otro lado? ¿Qué se necesita para lograrlo y quien juzga? Aquel hombre tenía su propio salvador y no quería absolución ajena alguna. Creó su propia apoteosis y su dios serpiente, Enrid, no le dejaría atrás. Según había escuchado Engel, aquel susodicho Enrid había enumerado ciertas cualidades que todo hombre debía coleccionar en su ser para considerarse digno de partir a su lado durante el rapto final denominado como “El Desfile” o algo así, no recordaba, no le importaba todo ese mumbo jumbo inveterado. Pero se preguntó si aquel hombre muerto se encontraba ya fuera de la Retención, o simplemente había dejado de existir. Y Keiden... ¿Dónde estaba ahora el verdadero Keiden? Finalmente, Engel se descubrió a si mismo flotando meditabundo, de cabeza y brazos cruzados. Una sombra taciturna a la contra luz de los monitores holográficos. Se volvió a la realidad y salió del lugar dándole una última mirada al cadáver que alimentó la desazón de su culpa como una palada de carbón directo a la caldera.

—10—

La era de la información

E. Alset

Sitara Holloway

Bob Patterson (?)

Esquema de la problemática: fragmento No. 129

Misceláneos

Entorno: Siera, el planeta anillado.

Siera, el origen del hombre, con su curiosa distribución geografía en forma de anillo, es un planeta de tipo telúrico altamente rico en armiza. Este hecho, sumado a la comunicación ininterrumpida de las naciones alimentó el rápido desarrollo de —
ERROR DE LECTURA: DATOS CORRUPTOS.

Sírlen Mikxens: Una pena, parece que el resto del texto se ha dañado en esta parte. En resumen, básicamente se habla sobre como las características geográficas de Siera, junto a sus tierras ricas en armiza son considerados elementos claves en el progreso humano. Y, además, habla sobre cómo lamentablemente hoy el hombre se enfrenta a las consecuencias del uso irresponsable de recursos. El anillo geográfico es frágil, y los sectores polares, en los extremos norte y sur del anillo están sufriendo los daños provocados por la minería incansable del mineral. Los sismos son cada vez más frecuentes, y la Falla Geológica del Sector Blanco Superior crece cada día.

—¿Qué tanto conoce realmente el ciudadano común sobre cultura general? —se preguntó entre el ruido de los aplausos Bob Patterson, carismático (a su vez, ácido y polémico) anfitrión del programa nocturno “Hablemos De Noche” ante su audiencia. —Específicamente el de Lútrades II, y es que, como muchos de ustedes se habrán dado cuenta, ronda por ahí un supuesto estudio realizado por estudiantes de la universidad de Nosborn del sector 2, que arroja unos resultados... bueno... como decirlo... nada agradables sobre el intelecto de los ciudadanos del sector primero. ¿Tengo razón? ¿han escuchado algo al respecto?

“¡Sí!” afirmó la audiencia del programa, seguido de una tormenta abucheos.

—Nos tachan de ignorantes —prosiguió el trajeado Bob. Seguido por un suave paneo de la cámara caminó por el iluminado escenario retro que asemejaba una acogedora oficina y se detuvo ante una gran pantalla en la fachada de éste.

—Aseguran de manera suciamente despectiva que la mayor parte de la población del sector 1 “no sabe nada” si se le despoja de los beneficios de la red del sistema de neuroenlace.

Más abucheos de desaprobación de la audiencia. Todo el programa estaba diseñado con mimo al detalle para asemejarse a uno de esos programas de charla nocturna de tiempos pasados. Desde el diseño del estudio y los atuendos de su ya un tanto pasado de edad anfitrión, hasta la música y la calidad de imagen de la transmisión que de manera deliberada se hacía a una baja resolución y formato para dar la impresión

de estarse viendo a través de una antigua pantalla de televisión a tubo de rayos catódicos con motivo de autenticidad.

»Sí, eso es, amigos —siguió, encogiéndose de hombros—. Hay que decirlo. Ese es el mensaje que nos han enviado adornado en términos científicos. Así que nosotros, en la producción de Hablemos De Noche nos preguntamos: ¿Cómo andan, entonces, nuestros vecinos del sector 2 en cultura? Ojo por ojo, ¿les parece? —alzó las manos al aire y guiñó a la cámara.

La audiencia rio y respondió positivamente.

»Decidimos entonces realizar nuestro propio estudio con nuestras propias reglas; ¡al estilo Bob Paterson! —se frotó las manos como quien está a punto de devorar un manjar—. ¿Cómo se llama nuestra galaxia? ¿Cuántos planetas habitables conocemos? ¿Quién es el actual secretario del supremo señor Antho? Son preguntas fáciles ¿no es así? ¿Quieren ver los resultados...?

“¡Queremos los resultados!”

» ¿Qué dicen? ¡Más fuerte, no los escucho! —dijo colocándose una mano en una oreja para “amplificar” su audición y sacudiendo la otra rápidamente de arriba abajo para motivar la efervescencia de la audiencia. El copete de su cabello pelirrojo cedió cayendo sobre su rostro en aquel frenético estímulo de las masas que tanto le caracterizaba. Lo común era verle iniciar el espectáculo fresco, con el cabello bien arreglado para terminar después con éste alborotado y la frente brillante de sudor producto de la intensidad con que presentaba: correteos por el escenario, contacto directo con la audiencia en sus butacas, juegos físicos con sus invitados (solo los más famosos)

que no podían faltar y muchos, muchos gritos. Odiado por unos, galardonado por otros; ofensivo para pocos, carismático para muchos: Bob Paterson era contra todo, el rey de los programas de platica del horario estelar.

»Es hora de darle a estos... —el chillido de un delfín censuró cómicamente lo obvio— del sector 2 una pequeña probada de su propia medicina con nuestro nuevo segmento: “La Era De La Información” — extendió los brazos mientras tras él las estilizadas palabras que formaban el título del segmento explotaban en juegos artificiales en la pantalla. La audiencia repitió con entusiasmo el título tras que de manera furtiva los monitores del estudio así se los ordenara.

»Yo mismo, armado con una cámara y micrófono, salí a las calles de Lútrades II a realizarle sencillas preguntas como éstas a la ciudadanía —arqueó la línea de la boca—: esto es lo que encontré.

Cedió el espacio a la pantalla tras él con un amplio gesto de sus brazos y la cámara realizó un acercamiento a ésta en la transición.

“¡LA ERA DE LA INFORMACION!” Boom...Una supernova explota en pantalla. Luego se pudo ver a Bob con vestimenta casual y micrófono en mano presentarse a un ciudadano con pinta de estudiante universitario en una acera de la ciudad industrial. Éste, por supuesto, lo reconoció con una sonrisa nerviosa e ingenua en el rostro. Bob le explicó el juego que tomaría lugar, y le pidió que enlazara su SNI con el suyo; de esa forma no podría hacer trampa accediendo al motor de búsqueda interno o Bob lo sabría. Además, de hacerlo, el diodo celeste del chip

parpadearía en su sien al acceder a la red, delatándolo.

—¿Orgullosa nativa del sector 2? ¿Nacida aquí mismo? —preguntó casualmente Bob, con malicia subliminal. El muchacho respondió que sí, pavoneándose.

—¿Quién es el actual secretario del sector 2? —disparó Bob, acercándole intimidantemente el micrófono al rostro mientras a su vez le clavaba de una forma graciosa los ojos ampliamente abiertos en la sien izquierda para asegurarse de que no hiciera trampa.

El muchacho intentó hacer tiempo para pensar riéndose de las muecas que gesticulaba Bob, pero la incomodidad por ignorancia era evidente.

—Eh... ¿Lina Sullidens?

—Esa es la Suprema Dama Antho, amigo. Hasta los espermatozoides que nadan en mi escroto saben eso. Te estoy preguntando el nombre del secretario de sector. Vamos, le ves a diario en las noticias, ¿verdad?

El muchacho se rascó la barbilla riendo como un zoquete y desvió la mirada.

—Ah... maldición... Debe tener muchos secretarios, ósea, es alguien realmente importante.

Bob volvió la vista a la cámara con un rostro inexpresivo.

Incomodo...

Risas enlatadas.

¡LA ERA DE LA INFORMACION! Boom...

Siguiente toma. Distinto lugar. Bob ahora se encuentra entrevistando a una regordeta dama de rojo que refiere ser enfermera profesional.

—Ah... una enfermera ¿eh? —dijo Bob viendo una oportunidad—. ¿Cuál es el órgano más grande del cuerpo humano?

La señora soltó una carcajada. Bob permaneció serio. Micrófono alzado.

—¿La pierna? —más risas estúpidas—. No lo sé, Bob.

—¿Y eres enfermera?

—Bueno sí, pero... vamos, Bob... —lo tomó del brazo.

—Te daré una pista —dijo Bob, alzando una ceja—: estas sintiendo el mío ahora mismo...

La señora respingó en risas picaras cubriéndose la boca con una mano.

—Oh, por todos los cielos, Bob, eres un bárbaro. Ni siquiera estamos tan cerca el uno del otro.

Bob no pudo evitar reírse. Pero entre sus risas y las del público reinaba cierta sensación perturbadora: ¿esta clase de mujer tiene en sus manos la salud de las personas?

—¡Es la piel, mujer! ¡Me estas tocando el brazo ahora mismo! La piel es el órgano más grande del cuerpo.

—Oh...

¡LA ERA DE LA INFORMACION! Boom...

—¿Por qué existen dos ciudades de Lúttrades? ¡¿Por qué se llaman Lúttrades I y II?!

Ahora es un hombre de color con una brillante calva quien está en el banquillo.

—Ah... viejo... —dijo llevándose las manos al rostro entre risas—. ¿Porque... una está aquí y la otra esta allá?

LAURENCE CASTILLO

Bob apoya su cabeza en el hombro del hombre de manera compasiva y comienza a fingir llantos mientras se lamenta.

En el conocimiento está el poder.

¡LA ERA DE LA INFORMACION! Boom...

Bob se encuentra con un jovencito cuya vestimenta holgada y ridícula atisba a un fanático de los géneros musicales urbanos más mundanos y mira una entrada.

—¿Reconoces a este hombre? —dijo Bob proyectándole la pequeña imagen de un repugnante “interprete” de “música” contemporánea.

—Oh... ¡Sí, nene! Tu sí que sabes la onda —replicó sacudiendo una mano con los dedos contorsionados en una seña digna de un criminal—. Es Puff Bonny, nene, el chulo más chulo del rap estilo carnal. ¡Si!

La imagen se congeló y en ese momento la producción del programa jugó con música, efectos de luz y diversos montajes que ridiculizan al jovencito: como un par de lentes pixeleados junto a un puro de hierba humeante colocados en su rostro.

—Muy bien, te felicito. Ahora, ¿puedes decirme quien es éste otro hombre?

Bob le proyectó una reconocida imagen de tipo retrato del ex señor Kent del sector 3: Makno Nox...

El joven se inclinó para darle un vistazo entrecerrando los ojos y luego se cruzó de brazos cubriéndose la boca con un dedo, fingiendo pensar.

—No sé, nene. ¿Algún actor ya difunto? Digo, por la barba —dejó ir una carcajada.

—¿No sabes quién es?

—¡Ah! Vamos, dame una pista.

—¿Me estás diciendo que con todo lo que está pasando actualmente, no sabes quién es éste hombre? —insistió Bob, incrédulo, con los ojos ampliamente abiertos—. Vamos, dime algo. Lo que sea, hijo. Demuéstranos que tienes más neuronas en la cabeza que cadenas de oro colgando al cuello.

—No tengo idea, hermano.

—¿Has escuchado hablar de los neonoxistas?

—¡Oh! Hombre, claro que sí, esos terroristas de mierda. ¿Éste es su cabecilla? ¡Vamos a darles caña a esos fanáticos ignorantes adoradores de una serpiente voladora! Vaya idiotas. ¡Vamos, sector 2, aplastante! —gritó ante la cámara, haciendo porras.

El jovencito le hizo saber a Bob su afición por la improvisación y le pidió un espacio de tiempo para improvisar un rap sobre la superioridad de Siera sobre Virden ahí mismo. Bob no solo aceptó, sino que tomó el par de lentes oscuros que colgaban del cuello de su camisa estilo polo y se los llevó al rostro uniéndose a aquel recital callejero sacudiendo la cabeza para seguir el ritmo.

¡LA ERA DE LA INFORMACION! Boom...

Y así, aquel montaje de preguntas y ridículos se continuó por varios minutos. En dado momento, Bob llegó a permitirle a uno de los participantes utilizar el motor de búsqueda de SNI para responder a la pregunta; ni siquiera supo cómo buscar aquella información. Como utilizar aquella herramienta... lamentable.

Virden, primer planeta naturalmente habitable descubierto en el sistema (Mender requirió de la intervención de la mano del hombre para convertirse en un lugar semi—habitale): ¿Cuándo fue

colonizado? ¿Cuándo se declaró éste como un planeta independiente? ¿Cuándo y por qué se declararon en guerra ambos planetas? ¿Cuál fue el evento catalizador para que, en Virden, se conformara la Federación de Estados Parlamentarios producto de la unión de las naciones del continente sur? ¿Por qué los Estados Virdeanos del norte violaron el Pacto Energético Interplanetario en Mender? Todas aquellas preguntas obtuvieron absurdos como respuesta. Normalmente uno esperaría que las personas tuvieran al menos una noción de lo que estaba ocurriendo en aquel entorno en crisis en el que coexistían, pero... no era el caso. ¿Hacia qué, entonces, estaba dirigida la atención de las personas...?

“¿Qué puedes decirme acerca de la Gran Retención?” fue la última pregunta formulada por Bob a uno de los participantes antes de que el segmento de preguntas del programa llegara a su fin mostrando a su anfitrión ahora sentado tras su escritorio de manos cruzadas, con una amplia sonrisa blanco perla de oreja a oreja.

—Tráguese esa, amigos del sector 2 —dijo Bob deleitándose en la venganza, disfrutando el momento. El público estalló en carcajadas.

Tras él, al fondo, se había colocado la típica escena de una ventana falsa con vista nocturna a una ciudad repleta de rascacielos que se dibujaban como sombras punteadas por las pequeñas luces de sus ventanas. Sobre el escritorio barnizado, a un lado, se encontraba un robusto micrófono condensador plateado apuntando a uno de los cómodos sofás de

cueros para invitados que hasta ahora permanecía vacío...

—Escupiste hacia arriba, sector 2, y ahora te toca limpiarte el fétido y ligoso escupitajo del rostro... —suspiró e hizo comillas con los dedos— “...y es que vivimos en la Era de la Información” dijeron por ahí... Es hora de ponernos serios, gente —golpeó con la palma de la mano la superficie del escritorio—. ¿Qué nos está pasando? Es demostrable que el problema no somos nosotros, no son ellos; ¡somos todos! ¡Somos todos culpables! ¿Esta, acaso, toda ésta tecnología... “atontándonos” en lugar de hacernos mejores? ¿Dependemos mucho de ella? ¿abandonamos la razón a ésta? —se encogió de hombros—. Ese es el tema de esta noche; ¿Estamos abandonándonos a la tecnología?

Breves y modestos aplausos del público.

—Y hablando de tecnología... es hora de revelarles a nuestro invitado de ésta noche. ¿Quién mejor para discutir el tópico de hoy que éste hombre? Damas y caballeros —se puso de pie tras el escritorio extendiendo el brazo derecho hacia la puerta de invitados—: ¡Eponymous Alset!

Enérgica música estilo Jazz, luces, aplausos y una puerta que se abría al público revelando la silueta del hombre del momento. Toda la atención estaba centrada en él, y no solo en aquel auditorio; sino en la totalidad de los tres planetas. Alset, elegantemente trajeado, como siempre, con su holomascara convertida en una facie de platino bajo su bien arreglado cabello echó a andar galante por la pasarela con una mano introducida en un bolsillo y la otra saludando al público.

“¡El Hombre!” cantaba Bob en aquel momento mientras a su vez le aplaudía. Alset, con su imagen anacrónica en aquella estética retro del programa, se acercó a Bob y éste le estrechó la mano rigurosamente y luego lo envolvió con el brazo derecho por sobre el escritorio, abrazándole. “¡El Hombre!” volvió a vociferar mientras lo señalaba. Alset mantuvo una postura de modestia. La rozagante Sitara Holloway, por supuesto, le acompañaba desde atrás del escenario. Observaba de brazos cruzados el programa desde una pantalla, de pie entre un mar de personas vestidas de negro del staff que iban y venían en derredor suyo. Parecía ahora cuidar de alguien que significaba más que un jefe para ella...

Alset se hundió en el cómodo sillón de cuero para excelsos invitados más cercano y Bob se acomodó en su escritorio arreglándose el cuello de la camisa.

—Eponymous Alset. Pequeño bribón, eres escurridizo... me tomó años traerte al programa —soltó una carcajada—. ¿Cómo estamos?

—Hola, Bob —dijo Alset, inclinando cordialmente la cabeza—. Me encuentro de maravilla esta noche ¿y tú? Es un honor que me invitases a tu programa.

Bob ahora estaba siendo él mismo; el Bob que todos conocían. Miraba a Alset con un rostro estupefacto, levemente inclinado hacia atrás en su asiento. Como si un vendaval le estuviera empujando hacia atrás, contra el respaldar. La audiencia reía ante su mueca. Alset se mostró confundido y realizó un movimiento de manos que decía: “¿Qué sucede?”

—¡Maldición, realmente pareces un alienígena! —escupió finalmente Bob, golpeando el escritorio. El público estalló en risas. Alset incluso, se movió en su

asiento, divertido y quizás, un poco avergonzado—. Esa máscara extraña... esa voz de androide. Había escuchado que tu presencia era extraña, pero... —soltó un silbido— esto es chiflados.

—Lo tomaré como un cumplido, Bob.

—¡Uh... pero solo miren esta tela! —dijo Bob excitado, ahora apoyado sobre el escritorio para poder alcanzar la manga del saco de Alset y palpar sus textiles—. Ven acá, hijo, ven —dijo a uno de los camarógrafos—. Haz un zoom rápido a esto. El último grito. ¿Dónde compras éstos trapos, hijo? ¿En Forever Alien.com?

Más risas.

—Todo es parte del espectáculo, Bob —replicó Alset, cruzándose de piernas en su asiento en uno de aquellos gestos cuasi femeninos suyos.

—Oh, menudos espectáculos te montas, hijo. Eres El Showman del momento. ¿Cuándo me vas a invitar a una de tus instalaciones? Podría llevar a algún chaval con una cámara, preparar un segmento...

—En AMBROS estaríamos encantados de darle un recorrido a ti y a tu audiencia. Te lo debo por haber tardado tanto en venir al programa.

—Ah, vaya que me lo debes, pequeño bribón —dijo Bob, guiñando un ojo y disparándole con dedos de pistola—. ¡Alset! —Bob golpeó de súbito el escritorio, de nuevo, aquel gesto arraigado le sacaba más de un susto a sus invitados. Su copete pelirrojo se sacudió—. Tengo entendido que AMBROS carga con gran parte de la responsabilidad de la gestión de todo lo relacionado con el sistema de neuroenlace. De éste pedazo de circuito que nos han metido en la cabeza. Asumo que viste el segmento anterior mientras

estabas tras bambalinas, el de preguntas y respuestas.

—Lo vi.

—¿Pero qué demonios le pasa a la gente? Bueno... ¿Qué nos pasa? Quiero que tú me lo digas ¿Qué tiene que comentarle un personaje tan importante al asunto? ¿Es toda esta tecnología a nuestro alcance realmente beneficiosa?

—Bueno, Bob, veras —Alset entrecruzó los dedos—; personalmente creo que todo hombre debe edificarse en dos pilares: el deseo propio de superación y el correcto balance de energías. El estado y AMBROS le han facilitado a la ciudadanía la herramienta de superación más poderosa jamás vista, pero parece que no se han dado cuenta de ello, la red de información constituye un gran poder al alcance de todos, el problema radica en que vivimos en una época que se inclina a la satisfacción instantánea y temporal.

—Desarrolla más tu respuesta para nosotros.

—El problema es la naturaleza del hombre en sí. No podemos culpar al sistema. La Sociedad de la Procrastinación. ¿Para qué esforzarme? ¿Para qué complicarme la cabeza con tanto concepto inútil cuando puedo simplemente... perderme en banalidades en la red y obtener satisfacción ahora mismo? Esa es una sensación adictiva a la mente. La edificación intelectual requiere monotonía de esfuerzo, y a la mente no acostumbrada no le gusta eso.

Bob le escuchaba con atención, apoyado en el codo izquierdo, asintiendo.

—Así es... y es que... me da la impresión, Alset —dijo—, de que estamos perdiendo la capacidad de

concentración. Nuestra mente es un disparate de información. En cualquier momento podemos pasar de estar escuchando a la persona que nos está hablando enfrente a estar absortos en una lluvia de memes de la red mientras aquel de enfrente mueve la boca sin emitir, para nosotros, sonido alguno. ¿Fue esto previsto cuando se decidió que sería buena idea meterle un ordenador inteligente en la cabeza a todo el mundo?

—No creo que mucho haya cambiado, más que el medio por el cual la gente se pierde en este tipo de “información”. La gente lleva ya mucho tiempo encontrando medios de escape, Bob. Antes del sistema de neuroenlace tenían los teléfonos inteligentes, antes de eso la televisión, y antes de eso, los diarios. ¿Has visto una de esas viejas fotografías a blanco y negro en estaciones de buses o en tren? Cada persona esta con la cabeza metida en un pliego de papel.

—Ah, vamos, hijo. Pero el contenido no era tan... hueco —contrapuso Bob contorsionando el rostro.

—Eso es innegable —acordó Alset, encogiéndose de hombros—. Entre más maravillosos son los medios de comunicación, más burdos son sus contenidos. Vamos en decadencia. Y es que el sistema de neuroenlace no elimina la clásica división de la capacidad pensadora y no—pensadora de la mente del hombre; de ahí que exista un sistema de neuroenlace integrado básico (SNI) y un sistema especializado de neuroenlace (SENI). En ese sentido, seguimos siendo los mismos, seguimos requiriendo de un enriquecimiento mental mediante esfuerzo consciente. Los métodos de aprendizaje, la pedagogía entera sufrió un cambio totalitario tras la sacudida del

advenimiento de la Revolución Neuronal; las oportunidades están ahí.

—¿Qué hay de alguien como tú? ¿Cómo encontró el pequeño Alset el balance? Está claro que lo encontraste, de lo contrario no estarías aquí, campeón.

Alset pareció perderse por un par de segundos. Quizás, si su máscara de platino sin rasgo humano alguno lo hubiese permitido, se habría visto a su par de ojos entregarse a la nada, taciturnos.

—Yo... yo no tuve un sistema de neuroenlace implantado en mi cabeza sino hasta los dieciséis años...

—¿Qué? —Bob se sacudió en su asiento—. ¿Pero que están escuchando mis oídos? ¿Me estás diciendo que el príncipe de la tecnología es un friki salido del Libro de la Jungla que vivió dieciséis años de su vida... al natural? ¿Llevabas taparrabo?

Alset dejó ir un suspiro y se pasó la mano por la barbilla, como si se hubiese dicho a sí mismo; “metiste la pata”. Se había dejado llevar por el flujo de la charla de Bob. Sitara, tras el escenario, frunció el ceño, sintiéndose contrariada por la desmesurada sinceridad de Alset ante la infinidad de desconocidos que miraban el programa. No pudo evitar sentir... celos. ¿Por qué nunca le había contado eso a ella? Era verdad que habían acordado no hablar del pasado de uno ni del otro, pero... eso había sido ya hacía mucho tiempo y ella, en su corazón, sentía que algo había florecido... algo más que un adulterio empresarial. Se había preguntado si Alset sentía lo mismo; ahora lo dudaba.

La cámara hizo un lento y suave zoom hacia Alset, enfatizándolo.

—Eso, grábenlo bien. Contenido de lujo en Hablemos de Noche con Bob Paterson, señores. Alset se sincera. ¡Qué rating!

A la audiencia le cayó en gracia.

—Bueno... sí —dijo finalmente Alset, esforzándose por darle un tono tranquilo y casual a su voz sintetizada—. Es una forma de verlo. Al natural. Fui criado y educado a la vieja usanza.

—Entonces... ¿cómo puedes negar el daño que ha causado esta abundancia de tecnología a nuestros jóvenes cuando tú eres el más claro ejemplo de lo que puede lograr una buena educación a la vieja escuela al filo de la regla?

—Era apenas un adolescente, Bob —respondió Alset con severidad—. Pude perderme, de mil maneras. Pero me mantuve firme en mi... en mi deseo de alcanzar algo, y no solo para mí; sino para todo quien me rodeaba. Pero... bueno, nos hemos desviado un poco del tema —añadió luego, como intentando desviar el foco de atención de su persona.

—Oh, no, muchachito —dijo Bob, sacudiendo el dedo índice en el aire—. Estas son las mejores desviaciones. Hablemos de ti...

Alset cambió de pierna cruzada, dio un suspiro.

—Ah, siempre te sales con la tuya —dijo, rindiéndose—. Está bien, dime que quieres saber y yo decido si puedo o brindarte esa información.

Alset bebió de un vaso con agua que habían dejado en una mesita de al lado mientras cedía la palabra al anfitrión. Ondulaciones en su máscara al contacto con el cristal. La silueta casi inapreciable de un rostro se asomó por unos segundos.

Bob, con mirada crítica, señaló el pecho de Alset con una pluma metálica.

—Ese collar de plata con la Lanza de Termes —dijo—, te veo llevarlo contigo a todas partes. No logro hacer la relación mental del hombre de ciencia que eres actualmente con el símbolo de una religión ya difunta, ¿Cómo es Alset un creyente? ¿Qué significa para él tal símbolo?

—Vivimos en una realidad —replicó Alset— regida por leyes que requieren de una extraordinaria precisión; esto no puede ser una casualidad, sino una finalidad. Y existen un sinnúmero de interrogantes que permanecen incólumes a la razón humana. De ahí, que un “hombre de ciencia”, como me has llamado, se arrodille ante la magnificencia del Gran Dios del Cosmos. Maravillado por sus misterios, honrosamente derrotado ante la grandeza de la entera existencia haga una reverencia a aquel a quien intenta comprender, y se entregue a él. Tras estudiar cuidadosamente la historia humana, descubrí, en base científica, que la religión del Santo Caminante como tal, en su naturaleza impoluta de tergiversadores posteriores, es la legítima Enseñanza del Dios Verdadero, y su hijo, a quien no podemos llamar más que por “El Nómada”, a quien representa esta lanza, es el camino legítimo a él. Fenómenos como la Gran Retención no hacen más que afianzar éste hecho para mi persona.

—¿Consideras entonces a éste hombre supuestamente santo, El Nómada, como tu modelo a seguir? —inquirió Bob, con tono serio.

—Me he moldeado como hombre en su palabra, sí.

—Tengo entendido que una de las ordalías de la Religión del Santo Caminante —continuó Bob— es la de esperar, en penitencia, al retorno de éste hombre.

—Así es. Esperamos su retorno tras su victoria sobre el rey Termes.

—¡JA! Mejor ponte cómodo, hijo —dijo Bob con sorna—. Buena suerte con eso. Le esperarás en los huesos.

Risas. Alset como el hombre educado que era, y conociendo bien los estilos de Bob, no lo tomó a pecho y perduró impasible ante las burlas. La lanza centelleaba en su pecho ante los reflectores.

—Regresando atrás en la charla —siguió Bob—, mencionaste antes que el único camino a Dios es éste hombre santo, y nombraste a la Retención prueba de ello; ¿Por qué intenta Alset, entonces, descifrar el fenómeno de la Gran Retención por su cuenta? Tengo entendido que es uno de los principales, si no el principal objetivo de AMBROS como institución el de llevar a la humanidad más allá de la Retención. ¿Es Alset un rebelde?

Alset tardó casi cinco segundos en dar respuesta, acomodándose en el asiento de cuero negro.

—Ese es un buen punto, Bob. Sin embargo, considero que el estudio de los fenómenos naturales no nos hace rebeldes de Dios; sino que nos acerca más a él.

Bob, con el copete de cabello rojo ahora cayéndole sobre la frente, asintió aprobatoriamente con la cabeza.

—Y ya que tocamos el asunto de la Retención —dijo—, me gustaría que el hombre más adecuado para hablar del tema nos explicara con palabras simples

que es realmente éste fenómeno. Como te habrás dado cuenta en mi segmento de preguntas, la población no está bien informada de lo que todo esto significa. Simplifícalo para nosotros.

Alset volvió a acomodarse en su asiento, sentándose sobre su pierna izquierda flexionada en una posición bastante casual y confianzuda.

—Está bien, cuando hablamos de la Gran Retención —comenzó a decir moviendo las manos expresivamente— nos referimos a una “anomalía” hipermasiva en forma de nube esférica, invisible a los métodos convencionales de visión que se encuentra más allá de los límites de nuestro sol, a muchos años luz de distancia en el medio interestelar.

—Ósea, bastante lejos —interrumpió Bob.

—Bastante —acordó Alset—, mucho. Más lejos de lo que los antiguos cosmonautas pudieron soñar alcanzar. Desde ahí se extiende en una periferia uniforme, envolviéndonos. Tiene significancia para nosotros por el mismo hecho que la vuelve tan apasionante como aterradora; el propósito de ésta nube es el de literalmente mantenernos atrapados de esta parte del sistema.

—¿Qué hace para detenernos, como lo logra? —inquirió Bob.

—El qué, lo conocemos y, lastimosamente, no es nada agradable. El cómo, es lo que aún intentamos comprender. Se trata de una especie de barrera o membrana inteligente de intercambio selectiva. Y ésta última característica, la de la selectividad, es la que hace que las cosas se vuelvan... —hizo un ademán con la mano buscando la palabra— ...extrañas. Veras, aparentemente todo pasa por ahí sin interrupción

alguna; partículas de baja densidad, plasma de hidrogeno, radiación electromagnética, neutrinos, rayos cósmicos... asteroides enteros, todo elemento natural que puedas enumerar... exceptuando algo... toda clase de intento humano deliberado por cruzarla. Desde sondas de exploración auto controladas, hasta, lamentablemente... como tuvo que demostrarnos la experiencia con el incidente de la AES... naves tripuladas. Todo intento humano por cruzar, o siquiera acercarse a esta región termina vaporizado en segundos sin rastro alguno. No hay disparos, no hay rayos o láseres; nada. Simplemente... desaparece. Ahora estamos obligados a abordar a la Retencion de otra manera: como un ser vivo, consciente.

—Válgame —exclamó Bob—, y yo que pedí la respuesta sencilla —liberó una resonante carcajada—. En efecto, esto que nos planteas es... difícil de digerir. ¿Me estás diciendo que todos los esfuerzos del hombre para lograr, finalmente, los viajes interestelares terminaron en un —hizo el sonido onomatopéyico de un choque— choque de narices contra un muro, en un callejón sin salida?

Risas.

—Básicamente —dijo Alset, divertido—, sí... por ahora.

—¿Qué se está haciendo al respecto? ¿cuáles son nuestras opciones? —reanudo Bob, retomando la seriedad.

—Prácticamente se trata de una carrera contrarreloj. Actualmente se están desarrollando diversos programas —explicó Alset—. Se ha continuado explorando el espacio que nos es permitido (que no es poco) en busca de más planetas habitables

con fuentes de energía aprovechables, sin éxito hasta ahora. Por otra parte, especialmente por labor de AMBROS, se están realizando numerosos experimentos de traspaso pasivo de materia inorgánica en el linde cósmico, que no nos ha dicho mucho que no sepamos. Además, se continúa estudiando la periferia de la esfera en busca de algún punto abierto, pero todo esto conlleva el uso de tiempo y recursos desorbitantes; que es lo que menos tenemos actualmente.

—¡Tantas interrogantes y tan poco tiempo! —soltó Bob—. Me llama la atención lo último que mencionaste. Lo de buscar un punto abierto en la esfera... ¿Cómo lo haces? ¿Cómo buscas en algo que no puedes ver?

Alset se despejó la garganta.

—El mayor fruto del estudio cercano de ésta barrera ha sido el de desarrollar un espectroscopio modificado que nos ha permitido, finalmente, visualizar la esfera como tal; la visión no es nada agradable, se divisa como una especie de miasma móvil, rojiza... rodeando todo y cuanto mires, todo el firmamento. Ocluyendo el resto del universo observable más allá. Realmente te eriza la piel. Te abre los ojos a una nueva realidad. Lo considero un paso importante, pues para vencer a tu enemigo primero tienes que verle como es. Es mi más reciente orgullo.

En aquel momento Bob anunció una pausa comercial y una fuerte música retumbó en el estudio mientras se entraba en ella. Un gentío de staff se acercó a retocar el cutis y el copete de Bob y rellenaron los vasos de ambos con más agua. Bob

reprendió a uno de los muchachos por alguna banalidad. Alset, sentado allí en silencio ante los potentes reflectores y la audiencia susurrante, se preguntó que estaría haciendo Sitara tras bambalinas. Se estiró ligeramente el cuello de la camisa con el dedo índice; todas aquellas luces resultaban calurosas, o quizás estaba tenso...

Terminó la pausa. Bob retomó el programa con la típica configuración de palabras y reanudó la entrevista.

—Alset, ¿qué sabemos del otro lado, es real o no? O quizás... ¿somos nosotros los que no existimos? ¡Oh, cuidado!, nos estamos poniendo algo filosóficos aquí.

—Lo que está del otro lado es tan irreal o real como lo que está dentro. La única diferencia es que estamos atrapados de éste lado de la cerca, por decirlo de alguna manera. Se llegó a teorizar que lo que estaba del otro lado no era más que un holograma; una ilusión, pero el estudio cercano ha demostrado lo contrario.

—En efecto, esto resulta un tanto terrorífico —dijo Bob, inclinándose hacia adelante—. ¿Significa entonces que alguien nos está observando? ¿Decidiendo que cruza por ahí y que no? Cuesta hallarle el sentido.

—Todo nos lleva a ese punto en específico que acabas de tocar Bob; ¿Quién o Qué rige las normas de ésta frontera cósmica? Es lo que intentamos comprender. Y es la pregunta que vino a sacudir las bases científicas, socioeconómicas y teológicas.

—¿Tú sostienes que el Quién es éste hombre, El Nómada?

—El Quién es Dios. —corrigió Alset—. El Nómada, como su servidor, es el único hombre que puede ir y venir por la Retención a voluntad propia. Es una de mis creencias. Por supuesto, me mantengo abierto a todas las posibilidades, y les estudio.

—¿Crees que El Nómada se encuentra del otro lado actualmente? —su mirada era fría. Sus ojos entrecerrados, con filo. Un escalpelo.

—Podría ser.

—O eso le gustaría a tu mente fanática... —dijo Bob con cierta maldad, guiñó el ojo a la cámara—. Alset, se ha relacionado directamente la revelación publica de la Retención con la mayor alza de agnosticismo a nivel global de la historia humana según las últimas encuestas —el diodo celeste de su sien parpadeaba mientras leía la información—. Se le ha llamado “La Caída del Dios—Hombre”. ¿Qué le dices a ello?

—Pese a mis creencias soy una persona cuya línea de pensamiento estriba en la razón. Existe un conjunto de características que definen a una mente fanática; no los cumplo. Así que la etiqueta me parece fuera de lugar. Y sí, estoy al tanto de ello. Los eventos de los últimos tiempos han tenido un fuerte impacto en la espiritualidad del hombre. Para ser exactos, se dice que un setenta por ciento de los sieranos son ahora agnósticos; un veinte por ciento permanecen adeptos a la Religión del Santo Caminante y el resto pertenece a grupos de minoría, como el Noxismo... He de admitir que tales eventos también hicieron flaquear mi fe en su momento, yo mismo viví un periodo de confusión espiritual y tras una etapa de completa oscuridad en mi vida... logré encontrar el

camino y mi fe ha sido restaurada. La humanidad ha entrado en un estado de apostasía cuando debería, en su reafirmada insignificancia, celebrar la grandiosidad de la mente de Dios que aún no comprendemos y nos tiene presos en su misterio ahora más que nunca.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer? Cada quien lo toma como le viene —dijo Bob—. Hijo, se rumorea que, a nivel interno, en el propio consorcio Sierano las opiniones respecto a la conducta a seguir son dispares; por una parte, el sector 1 se inclina a la búsqueda de una solución a la Retención y por otra, el sector 2 considera que se deben optimizar el aprovechamiento de los recursos con los que aquí contamos, que la exploración espacial es una pérdida de tiempo ¿Qué tan cierto es esto?

Alset dejó reposar su codo izquierdo en el brazo del asiento.

—No tengo permitido comentar respecto a asuntos internos del consorcio. Dado que ahí yo solo soy un invitado, y ni siquiera soy convocado a cada una de las asambleas. Pero personalmente te diría que la segunda conducta me parece un acto de conformismo pues creo que en la exploración interestelar se encuentra la clave de ascendencia del hombre. Lastimosamente éste estado de pasividad y conformismo se ha apoderado de a poco de las mentes de las autoridades. La conducta respecto a la Retención ha cambiado con el paso del tiempo y es el origen del conflicto humano que estamos sufriendo actualmente. En un inicio la iniciativa de ambos planetas fue la de unir fuerzas para superar éste impase; ahora parece que nos hemos rendido y nos

estamos matando los unos a los otros por lo que consideramos son las últimas fuentes de energía.

—¿Es AMBROS el último baluarte de la exploración espacial?

—Es y seguirá siéndolo mientras yo viva y esté al mando.

—Está claro que hemos llevado la economía basada en quema de Ármiza al límite —comentó Bob—, las exigencias energéticas actuales se encuentran en un estado de casi insostenibilidad; ¿Qué alternativas, en caso de no poder burlar a la retención, está estudiando AMBROS?

Pausa silenciosa...

—Lamentablemente, no puedo comentar nada al respecto.

Sobrevolaron la urbe nocturna en un aerocoché custodiado por drones tras dejar el estudio de televisión. Sitara y Alset compartían asiento, uno al lado del otro en la oscurecida cabina, sin embargo, apenas y habían pronunciado palabra alguna. Él estaba enfocado en el paisaje luminoso de la ciudad que se deslizaba por la ventanilla, tamborileando los dedos en el borde de ésta. Ella, con las manos aferradas a su bolso que reposaba sobre sus piernas, llevaba la vista fija al frente, lanzándole esporádicas miradas por el ribete del ojo al desconocido del que se había enamorado que estaba a su lado.

A quella asquerosa serpiente robot, Vasuki, se escurría en el suelo de la cabina, aunque antes a Sitara le causaba escalofríos, ahora no le prestaba atención. Dio un rápido vistazo al artilugio religioso que centelleaba en su pecho con el pasar de las luces.

Nunca había reparado en la verdadera importancia de aquel símbolo para él, en cuan espiritual era y cuanto se tomaba en serio todo aquello. Aquel sentimiento latente que había negado a sí misma se convertía en un ardor llameante en su pecho y su naturaleza de mujer clamaba por liberarle.

—Estuviste muy comunicativo con Bob esta noche —dijo finalmente, sin verle.

El tamborileo en los dedos de él cesó de repente, al escuchar aquello, y giró la cabeza hacia ella.

—¿Qué es lo que pretendes haciendo tal comentario? —le dijo, con voz severa.

La serpiente Vasuki, sintiendo el estrés de su amo, detuvo su tortuoso movimiento ofidio y alzó la cabeza hacia Sitara, siseando. Ella, casi arrepentida, deglutió.

—No es nada... —dijo—. Bueno, si hay algo... ¿de dónde vino tanta sinceridad? Me has ocultado tanto de ti y de repente vienes y te abres así ante un público desconocido.

En aquel momento él pensó que entendería antes la mente de Dios que la de la mujer.

—¿Me estas reclamando? ¿Desde cuándo te interesan los detalles íntimos sobre mi vida? —le dijo—. Pensé que teníamos un acuerdo. Además, ¿qué me has dicho tú sobre ti a mí?

—¿Por qué nunca has preguntado! ¿Por qué?

—Porque no viene al caso. Porque teníamos un acuerdo —replicó él, intentando suprimir la frustración repentina—. ¿Por qué siquiera estamos hablando de esto? ¿Por qué estás tan belicosa hoy? Ésta no es una plática Jefe—empleado; eso es lo que somos. Haz tu trabajo.

Ella parpadeó para disimular la indeseada acuosidad de sus ojos.

—Está bien, jefe —dijo con suave voz quebradiza—. Haré mi trabajo.

Alset se volvió a la ventanilla, suspiró sintiéndose como un completo patán. Un timorata. Pensó que quizás había sido demasiado duro, especialmente cuando él mismo comenzaba a tener nuevos sentimientos hacia ella. Pero... en tiempos como aquellos no podía ceder su atención a una mujer... ¿O sí...?

—¿Puedes dejarme en mi apartamento? —dijo ella, tras un rato de vuelo incomodo—. Por favor.

Aquello era otro tanteo femenino. Temprano, esa misma mañana, habían hecho planes para pasar la noche juntos. Ella había hecho reservaciones en uno de los restaurantes más prestigiosos, así que de su respuesta dependería todo lo que vendría luego.

—Como quieras —dijo él, con voz atona. Decepción. Un corazón roto. Había fallado. Se sentía como una estúpida. Una ingenua adolescente enamorada, otra vez. Un receptáculo de sentimientos despreciados. Se prometió expeler a Alset de su interior, y aislarse del mundo de una vez y por todas.

Divisó, por fin, las luces de su edificio de apartamentos. Se sintió aliviada de poder alejarse de aquel demonio enmascarado que había devorado su corazón. Una hora de meditación, hundida en espuma en la bañera le haría entrar en razón.

El coche se posó lentamente en la azotea y la puerta en tijera automática le cedió el paso. Ella le dio un último vistazo de buenas noches. Él, cubriéndose la boca con un puño cerrado, aún refugiado en la

ventana no le dirigió palabra alguna. Se bajó del coche, arreglándose el blazer negro con toda la dignidad que pudo encontrar y caminó por la pasarela que llevaba del pad de aserizaje al elevador con la frente en alto. El taconeo de sus pasos era casi ahogado por el bullicio del motor del vehículo. Suspiró, casi rindiéndose al llanto. Escuchó el vehículo tras ella despegar ruidosamente y alejarse... silencio... luego logró percibir pasos furtivos tras los suyos. Se detuvo y se volvió.

Ahí estaba... Él. Con el saco bajo el brazo y la corbata aflojada sacudiéndose con el viento... Y la buscaba.

—11—

El monstruo que nos engañó a todos

Nixon Kuiper

E. Alset

Esquema de la problemática: fragmento No. 125

Misceláneos

Tecnología: Diáconos.

Los diáconos son pequeños autómatas multifunción sumamente avanzados que suelen acompañar a las tropas militares de alto grado. Pueden tener diversas formas gracias a un cuerpo maleable por nanotecnología. Según el contexto, pueden cumplir distintas funciones; desde proveer de fuego de apoyo extra, hasta protección con escudos e inteligencia a modo escáner de entorno o de baliza. Se vinculan neuronalmente a su protegido sirviéndole de forma precisa y automática.

Son escasos y su uso legalizado se limita a actividades oficiales del Consorcio. Actualmente la mayor producción de estos corresponde a AMBROS.

Nota: El único ciudadano Sierano con permiso para uso personal de un diácono es E. Alset. Éste mantiene una forma ofidia y se le ha bautizado como Vasuki. Las hace de su guardaespaldas personal.

En un periodo no tan alejado a la obscura partida de Keiden Leckhert, el apenas un tanto pasado de los once años Nixon Kuiper se presentó al apartamento de los Leckhert. Con una mochila dilatada y pesada en la espalda, se enderezó ante la puerta y presionó el timbre.

¡Ding Dong!

Sin respuesta.

Extraño. Acercó el oído a la puerta; nada. Resolvió entonces golpear el botón del timbre una segunda vez, cauto.

¡Ding Dong!

Finalmente escuchó pasos del otro lado. Se detuvieron, así que hizo lo que cualquier visitante decente debe hacer en un momento de esos; pararse firme y dar la cara de frente a la mirilla de la puerta. Su rostro familiar se tradujo entonces en un sonar mecánico de cerradura. La puerta se deslizó dando lugar a la señora de la casa, madre de Engel.

—Ah, Nixon, hijo —dijo con voz suave y aliviada, inclinándose para envolverle en sus brazos.

Nixon observó, por sus parpados, que había estado llorando, y se le notaba desvencijada.

—Hola, Señora Leckhert —dijo una vez libre del abrazo—, he notado que Engel no ha asistido a clases hoy, así que he decidido darme una pasada por aquí. Para ver que todo estaba bien.

—Ah, sí, sí —dijo la señora—. Me ha dicho que le dolía la cabeza ésta mañana, y que un día en la cama le pondría en condiciones. Que buen gesto de tu parte —agregó conmovida—. Pero pasa, adelante, adelante, no te quedes ahí fuera.

Nixon dio paso adelante, siguiendo a la señora por aquel hogar que carecía del brillo que alguna vez ostentó. Bolsas de compras desparramadas en el comedor, sin nadie que se interesara lo suficiente por clasificarles en la alacena. Cajas de comida rápida y platos sucios apilados en el lavador. Cruzaron frente al estudio del padre de Engel, y lo que pudo ver en la puerta entreabierta no concordaba con el templo suntuoso que recordaba. Tazas de porcelana sucias aquí y allá, hojas de papel tapizando desordenadamente el suelo y un mesón de trabajo donde no parecía haberse sentado alguien en mucho tiempo. La señora Leckhert iba palabreando algo sobre que era bienvenido en su hogar siempre que quisiese, que le consideraban un miembro más de la familia y cosas así. Nixon pensó que su presencia ahí era, quizá, una compensación para una madre que recién había perdido a un hijo, y no tuvo problema alguno con ello, ni en ese momento, ni nunca, especialmente si se tomaba en cuenta que él mismo no tenía una madre... Así qué era una situación de gana—gana para ambos lados. Alcanzaron la puerta de Engel, al final del pasillo, y la señora Leckhert entreabrió la puerta.

—Engel, querido, ¿estás despierto? —dijo con voz meliflua a la oscuridad—. Tu amigo Nixon, está aquí, ha venido a verte —anunció.

Nixon no escuchó nada. Pero Engel habría aceptado la visita con algún gesto, o algo, porque la señora le cedió el paso con un ademán de la mano y una sonrisa dibujada en el rostro. Lo que vio al introducirse en la habitación, fue un rectángulo oscuro cuya única fuente de luz era una ventana

circular abierta, en la cual, la silueta de Engel se recortaba encorvada, sobre el alfeizar. La forma redondeada de la ventana, y la posición casi fetal de Engel en ella, formaba la visión de un feto reconfortado en el apaciguado vientre de una madre.

—Hola, Engel —dijo Nixon, con tacto, con las manos en las correas de la mochila, parado en el centro de la habitación.

Engel saludó con un quejido, con el sombrío rostro tirado a la ventana, taciturno. La baja lucecita azul del SNI pulsándole a un lado.

—No puedes seguirte aislando del mundo de ésta manera —continuó Nixon mientras se arrodillaba en la alfombra para sacar algo de la mochila—. Debes continuar con tu vida, es una nueva oportunidad.

El pequeño Kuiper siempre manifestó una madurez adelantada a su edad cronológica.

—¿Oportunidad de qué? —gesticuló amargamente Engel.

Nixon alzó la vista de la mochila, hacia él.

—¡De todo! Del resto de tu vida, de vivir. Y yo estoy aquí para ayudarte.

Bajó la mirada de vuelta a la mochila y pensó en lo que ahí traía. Se sintió tonto en la ironía: “ayudarte de hoy en adelante”, se dijo. “Hoy te he fallado”.

Sacó con cuidado de la mochila lo que era la figura del viejo amiguito robótico de Engel, el robot Fermi, que le había hecho compañía cuando los demás niños de la escuela le evitaban. Tenía ahora una enorme grieta en el pecho, y la mitad del cuerpo carbonizada; había estado presente el día de la explosión y el daño le había estado causando fallas,

cada vez peores, hasta que finalmente se vino abajo del todo. Y Nixon, con su entonces pueril interés por la robótica se había ofrecido a repararle, sin éxito...

—Te he traído a Fermi —dijo acercándose a Engel, con el robot en los brazos—. Lo siento, amigo, no pude hacer nada. Te he quedado mal.

Engel lanzó la mirada a Nixon, inexpresivo, y luego al robot deteriorado que extendía hacia él. Lo tomó con cuidado.

—No te preocupes —dijo tranquilizante y comprensivo—. Ya es un robot realmente viejo, y no la ha pasado bien.

Nixon dejó caer la mirada al suelo, lamentándose.

—Debo estudiar más —dijo con voz frágil—. Debo ser mejor, te prometo que seré mejor. Seré un gran ingeniero robótico algún día.

—Lo serás amigo, yo sé que sí. Lo lograras. —Engel pasó la yema de los dedos por las superficies calcinadas del robot. Suspiró—. De quien no estoy seguro es de mi...

Ahora su estancia en aquel dormitorio oscuro como la noche le había revivido aquel recuerdo de los Leckhert. Desde que le habían reclutado para trabajar en el desgastante proyecto ultra secreto de Alset apenas y conocía la luz del sol; todo era trabajo bajo luz artificial, en los pasillos, los gimnasios, y el laboratorio, por lo que había adquirido el hábito de menguar la mente en la oscuridad apenas la privacidad de su dormitorio personal se lo permitía al final del día. Solamente un rectángulo de luz procedente de la puerta entreabierta del pequeño baño unipersonal le rozaba los pies en la silla

reclinable en la que se encontraba recostado, con una toalla pasada en sudor tras la rutina de ejercicios diarios.

Accedió a la red de noticias (una de las pocas cosas a las que les era permitido acceder) para informar y divagar la mente. “La piratería a sus anchas en el Elensis; las fuerzas de estado se concentran en el conflicto en Mender”, dictaba una. “Piratas cuentan con avanzados diáconos del estado adulterados para el combate en escaramuzas”. “Falla geológica continúa expandiéndose en el Sector Blanco Norte; ¿y qué se está haciendo?”. “Alce a los precios de armíza vigente a partir de mañana”. Anunciaba otra, Nixon sacudió la cabeza, girando los ojos con aire fatigado. “Lanzaderas a Vírden abarrotadas: centenares de virdeanos se vuelven [a casa]”. Los ojos de los virdeanos en la fotografía anexada le recordaron a su amigo.

Finalmente se topó con una nota extraña confinada a un rincón de menos importancia en el sitio que atrapó su atención: “Numerosos casos de Realidad Alterada reportados en distintos distritos de los cuatro sectores” Nixon, interesado, golpeó el enlace de leer más. “Veo cosas que no debería ver. Ya no sé lo que es real. Mi perro muerto me está hablando. Veo alienígenas caminar entre nosotros. Veo ordenadores crecer piernas y echar andar, son solo algunas de las bizarras afirmaciones hechas en relatos posteados a lo largo de los foros de internet por cada vez más usuarios. Colegio de Psicoanalistas reporta alza en las consultas por alucinaciones y fallos de la realidad. Llama a la Central de Neuroenlace a poner cartas en el asunto y recomienda a la población abstenerse de

utilizar cualquier tipo de implante que juegue con la integridad de su sistema. Mientras tanto las autoridades restan importancia al asunto y se limitan a anunciar puño firme con los bromistas y especialmente con los traficantes de implantes de RV relegando el origen de dichos testimonios al abuso de éstos últimos. El sistema permanece integro, no detectamos anomalías en su funcionamiento, rogamos a la población no realizar modificaciones ilícitas, en dicho caso, se suspenden las garantías, agregaron en su comunicado”.

Fallas de la realidad... extraño.

“Sistema bancario se vuelve loco y reparte créditos a diestra y siniestra: causa permanece desconocida” clamaba otra noticia. En éste punto Nixon se sintió abrumado, y se desconectó.

La realidad de su papel en ese lugar le había golpeado con fuerza, él se había levantado de vuelta, pero las inocentes expectativas que había sembrado permanecieron allí, tumbadas en el suelo, hechas trizas. Se preguntó cómo lo estarían pasando Engel y los demás en las barracas, lejos de la solitaria comodidad que le hacía prisionero. Añoraba aquella hermandad, allí sus compañeros eran todos gente realmente... interiorizada. Nadie se relacionaba con nadie más allá de las líneas del trabajo. El ambiente en los laboratorios permanecía estéril en más de un sentido. La mayor parte del personal del Ala de Investigación correspondía a personas mayores, pasada la treintena de edad, en su mayoría, quizá, que se la pasaba el día entero ensimismada en su puesto de trabajo con un rostro pétreo, limitándose a cumplir lo que se le pedía para marchar en fila india

como autómatas a la hora del almuerzo, sin mirar a los lados, y luego otra vez a la salida para perderse tras la puerta de sus pequeños dormitorios propios y repetir el ciclo al día siguiente.

Había uno que otro personaje perteneciente al grupo etario de Nixon Kuiper aquí y allá, especialmente tras el último reclutamiento que vio al mayor grupo de jóvenes visto hasta la fecha, pero en poco o nada se diferenciaban estos de los otros más que por la carcasa juvenil que les envolvía. Uno de ellos, que ocupaba la habitación vecina de al lado, se limitaba a hacer un gesto con la cabeza cuando se cruzaba con Nixon de cuando en cuando al salir o entrar a su mísero cuchitril.

Rara vez había reuniones habladas, la mayor parte del trabajo se hacía mediante una lista de objetivos diarios a cumplir que se aparecía en la IU del sujeto por las mañanas. Los objetivos se modificaban automáticamente en base al rendimiento y la etapa actual del proyecto. Todos se cumplían, puesto que el sistema mismo les había escogido para la tarea, ¡el propio sistema les había puesto allí! Así que nunca se veía en la penosa tarea de sancionar o expulsar a nadie. Al susodicho Alset apenas y se le miraba, de vez en cuando, se le podía ver atalayar desde lo alto de su ventana sobre las decenas de filas de consolas donde laboraban, o se le encontraba caminando entre las maquinas del laboratorio toqueteando algún que otro hombre laborioso. El sujeto hablaba mediante máquinas y las maquinas hablaban mediante él.

“Nota mental”, dijo Nixon para sus adentros electrónicos. De repente estaba pensando mucho.

Pensando mucho y recordando poco... Era una extraña sensación que no podía explicar con palabras. Por motivo alguno, sentía como si su capacidad cognitiva de memoria le estuviese fallando, no así, su capacidad de razonamiento o resolución de problemas... si eso tiene sentido. Se desenvolvía en los problemas del diario vivir sin problema alguno, pero sin previo aviso, sentía una extraña ansiedad por inmortalizar sus pensamientos; como si se fuesen a escapar, volando de la cabeza como volutas de humo. Paranoia mental indescifrable. Así que ahora se la pasaba tomando “notas mentales” todo el tiempo, especialmente en las horas posteriores al trabajo. Como una jaula que atrapara a las aves mentales que aleteaban en su cabeza. “Quizá tengo la necesidad de escribir un libro”, se decía. Sí, sí, eso debía de ser, y eso haría.

“Nixon Kuiper, diario personal —comenzó a dictar, moviéndose en la silla giratoria con las manos entrelazadas sobre el estómago—. A mi yo del mañana, o a quien le interese: llevo ya tiempo suficiente aquí como para darme cuenta de que las cosas no son como lo esperaba. No limitándome, a las ingenuas expectativas que guardaba respecto a éste lugar y que ahora me parecen absurdas, no, sino también en lo concerniente a asuntos que van más allá de mis aspiraciones personales.

Mi decepción se ha convertido en preocupación —se humedeció los labios, aunque no estuviera usando el habla, por instinto—. Hace un relativo periodo de tiempo fui reclutado como parte del programa del Halcón Dorado de AMBROS para laborar en el Ala de Investigación con la posibilidad de ser admitido en un

grupo de trabajo aún más avanzado, de elite, como les gusta decir, cosa que sucedió en un abrir y cerrar de ojos, para mi halago, para mi ego. Todo lo que aquí miro, hago y escucho es confidencial y lo que aquí voy a decir me significaría una desconexión total como sanción, lo cual en estos días equivale a ser decapitado.

Todos mis compañeros de trabajo parecen zombificados, a diario se nos ha incluido en la dieta un conjunto de capsulas con supuesto contenido vitamínico que debemos tomar. Yo no las he tomado, las he dejado siempre a por último, a un lado de la bandeja, para solo esconderlas bajo la lengua e irlas a regurgitar cuanto antes en el cagadero. He relacionado éstos fármacos, y quizá, alguna manipulación directa al neuro—enlace conjunta a la cabeza de cada uno de ellos con su extraño comportamiento. Claro, todo esto son meras especulaciones mías... Lo diré sin rodeos: toda esta guerra es una farsa, y éste hombre, Eponymous Alset, como se hace llamar, cualquiera que sea su verdadero nombre, nos está tomando el pelo a todos. La crisis energética se ha convertido en una gran mentira. Un sinuoso fenómeno proselitista... no del consorcio, no... sino de éste hombre. El consorcio mismo es víctima de él, y parece no darse cuenta. ¡Alset ha descubierto la energía ilimitada y le ha retenido en sus diabólicas manos!

Procedo a explicarme: lo que se anunció públicamente fue que AMBROS estaba desarrollando una nueva herramienta de combate capaz de ganarnos la guerra, lo cual es completamente cierto. El “arma secreta” de Alset, magnífica como es, no es

realmente algo que inicialmente le haga a uno dejar caer las quijadas hasta el suelo. En términos simples, se trata de un nuevo traje de combate especializado con capacidad tanto intra, como extra planetaria acompañado de un diacóno de combate de última generación. Se le ha bautizado como T.A.T., siglas que corresponden a Traje Armadura de Tundra. Las posibilidades y el portento que ostenta son innegables. Hasta aquí todo normal... pero luego se entra al asunto de la energía... ¿Cómo es movido éste esqueleto? La respuesta a tal interrogante es la cuna de mi indignación; ¡el traje se mueve por un núcleo de energía ilimitada! La llaman “Energía Espectral”. No corresponde entrar en tediosos detalles técnicos aquí y ahora. Basta decir que éste traje posee receptores incorporados que reciben energía “de quien sabe dónde” y la acumulan para su uso posterior en el núcleo del traje, que apenas y contiene unos cuantos gramos de ármiza común que cumplen el papel de sistema de encendido, o de emergencias, por decirlo así. Sin cables, sin antenas, nada.

A quien me escuche, o me lea... ruego profundizar en el asunto. El tema de la energía espectral recién descubierta por éste hombre no puede ser trivializado. Esto lo cambia todo, y despoja de sentido a todo lo que está pasando en los tres planetas, a todas esas muertes que a diario se dan por la lucha de un mineral de porquería. Uno se pregunta; ¿Por qué? ¿Por qué no se está utilizando esta tecnología para resolver los problemas energéticos de todo el mundo? Lamento no tener las respuestas a tantas interrogantes con las que puedo inundar esta declaración, pero... estudiándonos a nosotros mismos,

a la historia del hombre... me doy cuenta de que esto no es nada nuevo.

La presión del conflicto promueve el desarrollo de las civilizaciones seculares, supone una enorme demanda a los recursos de las naciones, y les obliga a adaptarse, esto es un hecho claro, empero, no caeré en el cinismo de acreditar todos nuestros avances a la violencia. El internet mismo es un ejemplo de tecnología iniciada como proyecto militar, y la era espacial no fue impulsada por el deseo de expansión y conocimiento, sino por el miedo a la competencia. Por el miedo a lo que el vecino estaba haciendo... y logrando. Una carrera armamentista y espacial. Todo esto lo tengo claro... y lo he aceptado como tal. Soy joven, pero no tan ingenuo. Confío en la historia, pero no confío en el hombre; no confío en Alset.

¿Hasta cuándo se guardará el secreto AMBROS para sí mismo? ¿Es la guerra su campo de pruebas? ¿Qué constancia tenemos de que compartirá este nuevo poder con el mundo cuando la guerra acabe? Cuando Alset haya arrasado con todo, cuando haya realizado su hecatombe moderna, cuando esté de pie sobre un millón de hombres muertos, ¿qué hará con el tesoro inquirido? ¿Lo repartirá a la prole o imbuirá sus propios baúles? ¿En qué momento se abandonó la humanidad a la voluntad de este hombre? Un solo hombre no puede, ni debe, tener tanto poder en sus manos, la historia nos habla... y nos advierte... por experiencia. Ahora AMBROS controla casi todo. El consorcio juega en su telaraña, cegado en una fantasía onírica. Creen controlar a AMBROS y a Alset... amigos, desde ya hace mucho que es lo contrario. Estamos a la merced de un hombre que va por ahí

ocultando su rostro, y su verdadero nombre. Alguien a quien no sabemos cuanta humanidad le resta. Un encantador lava cerebros. El héroe es la tragedia de una nación, y este héroe es uno con dos rostros. A mi forma de verlo, esta guerra no solamente significa una etapa de pruebas para su tecnología, sino también una oportunidad de demostración de poderío, y Mender es su trofeo. Su victoria será un símbolo de supremacía. Por eso estamos muriendo. Sus motivaciones van más allá de la conquista de las minas de armíza.

Yo personalmente he tenido un encuentro cercano con él, y he percibido de primera mano el doble sentido de su personalidad. Nuestra jornada laboral concluye siempre a las diecisiete horas. Todos acabamos lo que estamos haciendo en ese momento y nos desconectamos de nuestras consolas. La verdad es que nunca hay nadie ahí (en forma corpórea, al menos) vigilando u ordenándonos. Todos simplemente... obedecemos, conocemos el protocolo. Yo lo he roto. Me he entretenido y pasado de tiempo programando un nuevo sistema de seguridad para el T.A.T. Conozco los peligros, y me he imaginado a Engel, o a uno de sus amigos llevando uno de esos... y como imaginaran, no me fio de la idea. Como he dicho antes, este traje recibe energía ilimitada de una fuente aún desconocida. El beneficio es el problema mismo; se han detectado saturaciones catastróficas del núcleo de energía por sobrecarga. Este es uno de los problemas a los que actualmente se está enfrentando AMBROS. Y la mayor preocupación de los científicos. Sin embargo, la actitud de Alset es

temeraria, y está determinado a controlarla sin frenarla con terrible obstinación.

Mi idea es la de un bondadoso sistema de bloqueo incompleto con posterior enfriamiento realizado por el núcleo de ármiza para estabilizar la celda del núcleo de energía espectral; el problema es que, durante ese tiempo, de cinco minutos aproximadamente, el traje quedaría a merced del funcionamiento por ármiza. Cosa que va en contra de los deseos de nuestro siniestro jefe, quien nos presiona a todos nosotros e incluso a él mismo a encontrar una manera de controlar la energía espectral sin freno alguno.

Así que ahí estaba yo, trabajando en mi código, buscando una forma de mejorar los tiempos y el rendimiento a modo de simulación para intentar convencer a Alset de ceder en pos de la seguridad de nuestros soldados, de Engel. Entonces, conectado con mente y alma a mi consola, sentí una mano sobre mi hombro derecho, giré lenta y temblorosamente la cabeza en dicha dirección; era él, Alset.

Nadie más en todo el lugar, solo un pequeño laberinto de cubículos y consolas en la oscuridad. Su rígida figura, de pie, atrás mío.

Me parece que te has pasado la hora de salida —me dijo con aquella falsa voz meliflua—, no trabajes de más, o podrías enfermar, y enfermo no le servirás a Siera, ¿no es así? Te ves tenso, ¿estás tomando tus vitaminas?

Me he atrasado con ciertos detalles —dije, fingiendo serenidad—, estaba a punto de marcharme.

Su mano, de repente, se estrujó sobre mi hombro, amenazante.

Detalles... —dijo— Kuiper, conozco bien lo que estás intentando hacer —rebuscó las palabras—. Todo tu trabajo es válido y certero, y concuerdo contigo... pero... me parece que estás intentando tomar una ruta opuesta a los ideales de AMBROS.

Señor yo no pretendo... —titubeé, su mano seguía presionándome el hombro.

Yo sé, yo sé —dijo—. Pero límitate a hacer lo que se te pide, ¿está bien? No trabajes de más, por favor. Ahora, veamos... —en ese momento extendió su mano a la pantalla de mi consola y está se abrió a él, entrando como Juan por su casa, cosa que era imposible a un usuario ajeno, aunque claro, él es el amo y señor aquí. Ah... sí, sí —dijo—, es un buen código, muy bueno, de hecho. Realmente seguro, bien hecho... pero... ¿te lo he pedido yo? —más presión en mi hombro.

Lo siento, señor, yo no pretendía nada...—intenté excusarme, con la mirada tensa en la pantalla—, solo me estaba practicando yo mismo.

Humm —soltó él—. ¿Practicando? Tú ya no necesitas “practicar”. Por eso estás aquí. Eres lo mejor de lo mejor.

Y entonces, con una pequeña inclinación de su cabeza, todo fue borrado, todo. Evaporó sin posibilidad de recuperación mi sistema de seguridad del traje. Ovación al mago digital, el truco de la desaparición. Luego me tiró suavemente del hombro, haciéndome girar en la silla, para encararme. Por algún motivo me resultó más alto, e intimidante. Yo me eché atrás en el asiento. Entonces su máscara, su falso rostro, se convirtió en un agujero negro... y me miraba... y yo,

viendo a la profundidad de aquel abismo, vi los ojos del monstruo.

Eres un chico realmente promisorio —me dijo, como siseando—. No me falles... Ahora vete de aquí. Ve a tu lugar... no me contradigas... Kuiper. Nunca más.

Tomé mis cosas con manos temblorosas a la escasa luz que brindaba la pantalla de mi consola y salí del lugar sintiéndome amedrentado, tropezando en el trayecto.

Antes de salir, miré atrás, y le vi caminar por un pasillo al otro extremo de la sala, con las manos tras la espalda, perdiéndose en la oscuridad, e iba como cantando: promisorio... promisorio...

Hoy, aquí mismo; responsabilizo a Alset de lo que pueda sucederme. Posiblemente me estén escuchando en este mismo momento. Últimamente siento que ni siquiera mi cabeza es un lugar seguro. Temo por todos nosotros. Quizá estoy desvariando, quizá se trata de una de esas fallas de la realidad de las que hablaban en la red, yo soy otra víctima. Ruego porque así sea.

Promisorio... promisorio...

Luna de fuego

Engel Leckhert

Jessica Halley

—¿Qué eres?

—Eso no lo sé.

—¿De dónde vienes?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Vienes del otro lado de la Retención?

—No podría decirlo.

—No sabes nada.

—Sé algo que, aparentemente, ustedes los humanos no saben.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que no lleva ahí mucho tiempo.

—¿Hablas de la Gran Retención?

—Precisamente.

—¿No ha estado ahí todo el tiempo? ¿Quién la puso ahí entonces?

—Eso tampoco lo sé.

Diálogos perdidos en el ciberespacio.

En algún lugar del océano Elensis la proa del carguero pirata cortaba las densas aguas del Elensis en marcha avante con la luna como única testigo. La nave era de una masa moderada: no tan grande como para tornarse lenta y torpe y no tan pequeña como para no poder almacenar la suficiente mercancía robada. Adecuada... y rápida para aquel tipo de trabajo en el que sorteaba como un delfín por el oleaje de aquellas aguas centelleantes de luz de luna.

—Eres el peor pirata que he visto en mi agria vida —le reclamó un hombre corpulento a su compañero de guardia mientras apoyaba la espalda en un contenedor para encender un cigarrillo.

El segundo hombre, mucho más joven (y novicio), hacia arcadas aferrado a la barandilla de estribor salpicante con el rifle colgándole en la espalda. Ambos hacían turno de guardia aquella fría y sacudida noche ilícita.

—Éste cacharro oxidado es una tortura —dijo con voz aliviada. Alzó la mirada hacia el mar con una línea de vomito corriéndole desde la boca.

—...Y rápido —dijo el hombre corpulento, tomando con una mano la correa de cuero del rifle que le reposaba sobre su globoso abdomen e iluminándose el rostro con una calada del cigarrillo con la otra—. Estaremos en el Zide—Bons para el amanecer.

Sobre la cabina, en el techo, un dispositivo perturbador de localización satelital giraba sobre sí mismo, con una pequeña luz roja parpadeante. Estaban fuera del radar, o eso creían... El hombre joven se enderezó y giró hacia él, limpiándose la boca con un paño.

—Espero que nos den una buena tajada —miró en dirección a los contenedores, esperanzado—, uno o dos golpes más como este y podré retirarme, empezar de nuevo.

—Empezar de nuevo... ¿Por qué diantres querías hacer eso?

—Creo que merezco una segunda oportunidad —dijo el joven, determinado e ingenuo.

—Demasiado tarde chaval. Tu oportunidad está aquí nosotros, novato. Lo demás... es perdición, para

el resto del mundo eres peste, escoria humana que merece ser desechada. No merecemos perdón. Aquí haremos un hombre de ti, uno que no viva sus últimos días de rodillas o escabulléndose como una rata de las garras del sistema, solo no vuelvas a vomitarme en las botas, maldito. Empezar de nuevo... perdón... ¡ja!, ¿en qué universo vives?

El joven suspiró

—Odio pensar que tienes razón... —de nuevo, miró el cargamento— en especial tras lo que hicimos esta noche.

—Y que lo digas. Les arderá. Te darán un tiro entrecejo a la primera oportunidad, no hay marcha atrás, chaval.

—Este “Ratón”, como le llaman... ¿qué se traerá entre manos? ¿Qué hará con todo esto? Me aterra pensar en lo que podríamos estar desatando.

El caprichoso oleaje les dio una sacudida, tuvieron que aferrarse a lo más cercano para evitar colapsarse sobre la húmeda borda.

—A mí me preocupa más lo que pueden hacer con esto los psicópatas del consorcio —respondió el hombre corpulento con voz ronca—. Si se trata de quitarles herramientas, aunque sea algunas pocas, me apunto.

—El Ratón organizó el atentado en Lútrades de hace un tiempo ¿verdad? —dijo el joven con voz tremulosa—. En el centro de convenciones.

—El mismo.

—¿Y no te aterra lo que piense hacer ahora? Joder, ¿por qué estoy pensando estas cosas ahora?

—De repente has ganado una consciencia ¿eh? —se mofó el otro—. A mí no me quita el sueño. No puede

hacer más daño del que el propio consorcio nos ha hecho. Llevarnos a la guerra con Virden... Meter mano negra en el “golpe de estado” de Venassi... menudos ángeles, nuestras autoridades.

—Hmmm... —soltó el otro, cauto—. De lo primero tienen gran parte de la culpa, sino es que toda, los Estados Virdeanos al romper el Pacto Energético, y de lo segundo... de eso no hay pruebas; son rumores de la red. Excusas Neo—Noxistas.

—¡Ja! Tremendo tonto que eres, chaval —dijo el otro, seguido de una carcajada—. Por todos los cielos, ¿con quién estoy trabajando? No me hagas dudar de tu permanencia aquí. Eres joven, cruzas una etapa en la que sabes lo suficiente como para creer que entiendes cómo funciona todo, pero no lo necesario como para darte cuenta de que en realidad no comprendes nada.

—Bueno, no nos pongamos políticos —sugirió el joven.

—No lo hagamos, que te tiro de cabeza por la borda.

—Ahora si me disculpas... —iba a decir el joven cuando ahogó su comentario ante la realización de que el destino les pasaría factura antes de lo previsto.

Ahora, sin que apenas comprendieran lo que estaba ocurriendo, una figura humana había saltado del agua, abalanzándose contra ellos. El joven, en un par de segundos dilatados por la adrenalina, pudo ver la sombra ciclópea de ojo azul eléctrico alzarse magnífica a contra luz de luna, con pequeñas gotas de agua resplandeciendo en el aire como cristales a su alrededor; habían llegado a por ellos, ya, tan pronto, a reclamar lo que era suyo.

Aún en el aire, raudamente, la sombra alzó un brazo hacia ellos mientras caía en su dirección, una especie de micro cañón en su muñeca. Este anciano tenía razón, pensó, somos ratas y vienen a exterminarnos, sin piedad. El tiro entrecejo. La sombra disparó. Cuando la sombra ciclópea tocó la cubierta sus cuerpos ya yacían tendidos sobre ella. Pero... no estaban muertos. La sombra se deslizó por una brevedad de tiempo sobre la cubierta húmeda y resbaladiza, con solvencia, agazapada con una mano en el suelo mientras su peso se concordaba con la gravedad del barco carguero que viajaba a una velocidad distinta.

La sombra se acercó a sus víctimas incapacitadas y el hombre joven, ahí, desplomado en el suelo, con el cuerpo entero paralizado, pudo ver a la gentil luz de luna el rostro robótico de aquel soldado que les había asaltado. Por el hecho de que seguía con vida, solamente incapacitado, y por el traje de rostro ciclópeo de la sombra pudo deducir de quien se trataba. Había escuchado historias sobre él, sobre un joven soldado que estaba ganando renombre en las fuerzas del Halcón Dorado, de AMBROS: El Indulgente, le decían en los puertos y callejones del Zide—Bons, epíteto que se había ganado por la peculiar manera en que estribaba todas sus operaciones en la fuerza no letal, en el salvaguardar de la vida ajena en aquella época de mucho odio y poco perdón.

Sabía que el día de pagar llegaría, pero no tan pronto, sin embargo... ahora, ahí tendido en el suelo, atrapado, se sintió afortunado. Agradecido de que su infortunio se hubiera topado con el ángel indulgente

(Engel Leckhert, ¿quién si no?), y no con otro. Pagaría, caro, sí, pero viviría... y la redención llegaría. Le había dado una extraña liberación. Quizás su amigo corpulento a su lado pensaría muy distinto de la situación. Un disparo en la cien ante la rendición.

Tan joven, pensó Engel, viéndolo a los ojos, pueda que mi misma edad. Mientras tanto, los compañeros de Engel se escabullían de manera sigilosa desde varios extremos del barco. Incapacitando a pirata tras pirata sin que un alarido pudiera ser escuchado sobre el ruido de las turbinas y el agua. Una vista aérea de la embarcación habría mostrado a múltiples sombras avanzar por la cubierta hasta el centro en la cabina principal devorando a los descuidados piratas uno tras uno, como un grupo de hormigas consumiendo poco a poco a un insecto mayor. Engel a su vez se abrió paso de cobertura en cobertura, saltando de contenedor en contenedor, interceptando a un par de piratas en su camino.

Desde ahí arriba podía ver a sus compañeros a avanzar entre compartimientos y enormes cajas hacia su objetivo: el puente de mando, que se alzaba como una pequeña torre de ventanas luminosas sobre la cual reposaba el perturbador de satélites. Allí atraparían a quien estuviera al mando de aquella operación y finalmente pondrían fin a su marcha.

Localizó a Dylan a las nueve en punto. En aquel preciso momento se encontraba derribando de manera sutil a uno de los guardias, sin demasiada violencia: parecía haber dominado su ira. Acucillado sobre aquel contenedor, Engel se sintió complacido. Su conducta estaba siendo comprendida, aceptada, e incluso adoptada por otros grupos. Alset le había

permitido actuar de esa manera e incluso le animaba a ello: parecía un buen hombre, Alset. Quería que se hiciera justicia por su hermano, pero de la verdadera. De la manera correcta.

Sus compañeros ya casi alcanzaban el puente de mando, todo bien. Vio la marea mecerse tras la torre de mando y la breve rareza (en aquel lugar del globo) del manto ondulado de una aurora boreal en el cielo nocturno. Recordó sus primeros días en la academia, cuando subía a tomar el aire a la cubierta junto a Kerb. Kerb... ¿Dónde estaba? ¿Por qué no podía recordar porque no había participado en aquella misión? Extraña sensación, aquel olvido. Quizás sus nervios le traicionaban regalándole una laguna mental temporal. Le había comentado sus inquietudes nerviosas a Jessica, con quien había entablado una relación más amistosa que profesional últimamente. Ella había sugerido que visitara a la psicoanalista de la academia, una y otra vez. ¿Se lo han llevado, como a Kuiper? pensó.

El estallido de disparos y un grito le llamaron. Los errores ocurren. Nadie había anticipado que uno de aquellos piratas contara con un raro traje de camuflaje que había escapado a todos los escáneres, había un enemigo más en el conteo, uno inesperado, uno que rompió la coreografía perfecta, y que, además, cargaba con una antigua ametralladora ligera de mecanismo mecánica que tampoco pudo ser detectada por su antigüedad. Toda una pieza de museo.

La disparaba a ráfagas desde el balcón de la torre central, gritando palabras de odio. Todos tomaron cobertura en lo que pudieron, así que el pirata enfurecido decidió llevar su mirilla a aquella

sombra encogida sobre un contenedor lejano; la de Engel. Los disparos le rozaron el traje cuando saltó abajo, cubriéndose tras un macizo mástil. Ahora Engel estaba recibiendo fuego intenso, cubriéndose mientras una lluvia de fuego y chispas estallaban a sus espaldas, en el metal que le cubría. Fuego intenso, por un lado, gotas de agua marítima aun deslizándose hacia abajo por su traje: ¡Qué noche!

Tras aburrirse de asediar a Engel, el pirata decidió repartir sus disparos a diestra y siniestra por toda la borda para suprimir a los demás intrusos. Se podía escuchar la cascada de casquillos de balas golpear el suelo abajo. Mas no hizo falta realizar ninguna maniobra: los disparos se detuvieron de súbito, luego se escuchó una murmuración agitada, un regaño. Engel, cubriéndose, vio a su alrededor. La cubierta entera estaba agujereada y humeante. Parecía lógico pensar que alguien más sensato del otro bando había decidido cambiar de ofensiva: estaban destruyendo tanto a su propia embarcación, como a la mercancía. No podían darse el lujo de sabotearse a sí mismos. El zumbido de rifles láseres más modestos cargándose para disparar confirmó la suposición de Engel.

A continuación, tuvo lugar un juego del gato y el ratón en aquella sombría cubierta de carga laberíntica, pero, ¿quién era quién? Algunos piratas compensaron equipando sencillas gafas de visión nocturna. Donde pensaron se ocultaban aún las sombras ninja invasoras no se encontraba ya nadie: se habían desperdigado a lo desconocido. Una sucesión de sonidos de combate sigiloso, medido. El chillar de los tablones y láminas ante las pesadas, pero

cautas botas piratas mientras peinaban lentamente el lugar, por un lado, susurros, el roce de sus trajes de cuero por otro. Unas pisadas apenas audibles, como las de un gato sobre el metal de un contenedor seguidas por la arremetida de una sombra sobre algún pirata, el golpe seco de su cuerpo al caer.

Uno tras otro, cuerpos cediendo a la gravedad, vencidos por un ejército de nadie, por un enemigo que no estaba ahí: presas ciegas sin oportunidad. Los depredadores modernos de AMBROS habían reconfirmado su estratagema. El error de acción había sido corregido, todas las presas eran claras a sus ojos. Habiéndose percatado de su inminente derrota, el pequeño grupo restante de piratas retrocedió, jadeante, a una zona abierta fuera del laberinto de cargamento, una zona bañada por luz de luna, devorados por el pánico, transpirando, comenzaron a soltar una lluvia de láseres a la oscuridad, sin parar. Lo que sea que estuviese oculto en aquellas sombras tendría que salir a la luz, atravesando la barrera de disparos para alcanzarles. Ya no les importaba dañar el cargamento, como una pequeña alimaña arrinconada, eligiendo vivir.

Sin embargo, a Engel, cansado de aquella noche de juego, si le importaba la integridad de lo que habían sido enviados a recuperar, así que no vaciló cuando saltó de las sombras, desde lo alto, entre los láseres absurdos y erráticos de sus presas para golpear el suelo con un puño cerrado en su caída, entre los hombres, liberando una onda eléctrica expansiva en su impacto. Poderosa maniobra del prototraje, su periferia se envolvió en una esfera de rayos celestes, un gran ya basta.

Los piratas, electrificados, cayeron rendidos. Engel se irguió, victorioso, sacudiendo la mano con la que había golpeado, un tanto adolorida, encontrándose ahora rodeado por un grupo de figuras contorsionándose a sus pies.

—Engel, el indulgente lo hizo otra vez —cantó Dylan a sus espaldas, saliendo de entre las sombras con un tono de voz que dificultaba discernir si traía consigo verdadera admiración o sorna—. Otra misión exitosa, sin bajas.

Odiaba ese epíteto...

—Discúlpame si te robé protagonismo —dijo Engel, resonando las articulaciones de sus puños agotados—, sé bien que te gusta cerrar con broche de oro.

Ya fuera de peligro, el material de la máscara del traje de Engel se aclaró, a nivel de visor, mostrando un par de ojos que, por cómo se contorsionaron, atisbaron que una sonrisa tomaba lugar en su rostro. La máscara de Dylan, y las de todos los demás ahora a su alrededor hicieron lo mismo.

—¿Hasta cuándo nos seguirán asignando a estos trabajos de porquería? —cuestionó Dylan, de mala gana—. Soy... somos soldados de elite.

—Díaconos en manos de terroristas no es una situación que deba tomarse a la ligera —respondió Engel—. Tu labor aquí, por insignificante que te parezca no es menos importante que la que realizan las tropas allá arriba en Mender.

El resto del grupo, orgulloso como estaba de su labor, se mostró conforme con aquella afirmación de Engel. Dylan soltó un gruñido.

—Como sea, de cualquier forma... ¿Cómo rayos terminaron estos mediocres con este cargamento en sus sucias manos? ¿Qué clase de seguridad está asignando AMBROS a sus naves? Nosotros resolvemos sus descuidos...

Engel se encogió de hombros, respecto a eso no tenía objeciones, Dylan tenía razón. A él también le extrañaba toda la situación.

—Eso no nos concierne —dijo finalmente, dirigiendo la mirada a su equipo. Silencio, solo las aguas lamiendo el casco de la nave en movimiento—. Bueno, que alguien detenga esta nave, nos vamos de aquí.

Un VTOL de carga propiedad de AMBROS se posaba sobre la ahora inerte nave pirata. La ensordecedora potencia de sus motores propulsores provocaba turbias ondulaciones en el agua que rodeaba la nave. De su escotilla de carga en su región ventral abierta de par en par brotaron cuatro robustas cuerdas de cargamento pesado que se ensancharon abajo con uno de los contenedores, y, elevándose sobre este en su lento y suave ascenso, aferrado con una mano a una de las cuerdas, iba Engel, descansando, apreciando los diáconos que contenía la enorme caja a través de una tapadera superior transparente de vidrio templado salpicado por gotas de agua salina. En aquel estado pasivo los diáconos permanecían como figuras amorfas flotando en sus cámaras contenedoras rellenas de un líquido ambarino y burbujeante, como perdidos en un estado de ensueño. El material maleable del que estaban hechos brillaba como escarcha y en su centro se podía ver el suave brillo celeste del núcleo de ármiza. Engel pensó que en

aquel estado parecían no más que una masa inútil, le costaba imaginar cómo podrían convertirse en herramientas de combate: hermosa pieza tecnológica, otros de los hijos de Alset.

“Comunicación entrante” anunció su interfaz de usuario interna.

—Soldado Leckhert —dijo una voz madura y autoritaria—, le habla el coronel Odalnier.

La interfaz se lo había anunciado, con foto de perfil incluida, pero tratarse por nombre al saludo era un hábito cívico (humano), que, especialmente en el ejército, se había conservado.

—¡Señor! —respondió Engel, cuadrándose en saludo, aunque el coronel Odalnier no estuviera ahí en persona.

—Me estoy dirigiendo a su persona para felicitarle por su labor, es realmente penoso tener que pedirles a soldados de elite como ustedes el ocuparse de tales tareas.

—¡No es nada, señor!

—Oh, sí que lo es —continuó Odalnier—. La inteligencia indica que estos diáconos, de alcanzar su destino, serían entregados a grupos insurgentes noxistas, quien sabe que artimaña estén planeando esta vez. Mírelos bien, Leckhert, los diáconos, ¿le gusta lo que ve?

—¿Señor?

—Leckhert, le informo que forma parte usted del nuevo grupo de elite de AMBROS y el consorcio que será enviado a poner fin al conflicto en Mender. Tendrá usted a su disposición un diacono personal asignado, uno de última generación, más avanzado

incluso que los que hoy ha recuperado, y, además, podrá echar mano a la nueva arma secreta de Alset.

Engel, sintió un extraño nudo en la garganta, deglutió.

—¿Sin palabras, Leckhert? —continuó Odalnier ante su silencio.

—Oh, no, señor —respondió Engel con voz quebradiza—, es todo un honor. No le defraudaré.

—Y toda una responsabilidad también, una grande. Para serle honesto, Leckhert, cuando llegó a este lugar, con sus berrinches y pleitos, no pensé que llegaría a ser el hombre que es hoy: felicidades. Me enorgullece.

—¡Agradezco sus palabras, señor!

—Pero bueno —dijo Odalnier—, por ahora regresen a casa con ese cargamento, los detalles de la ceremonia de ascenso y otros asuntos se le brindaran luego. Le anuncio de manera confidencial que su compañero de grupo, Dylan Zorber, también recibirá este reconocimiento. Su misión en Mender tendrá lugar de aquí en quince meses, tendrán que prepararse. Odalnier fuera.

—Señor...

La comunicación se cortó. Ahora las lentas poleas del VTOL de carga ya casi devoraban al contenedor (y a Engel, quien se aferró de nuevo a una de las cuerdas, pensativo). Las enormes compuertas del vehículo estaban abiertas de par de par, como la boca de un gigante esperando un bocado a devorar. Así que Dylan también sería ascendido y enviado en aquella importante misión al planeta desértico de Mender... Para su suerte, Engel y Dylan habían aprendido a tolerarse, a trabajar juntos. En otra época

aquello habría significado un terrible conflicto multifactorial, ahora... una ventaja.

Mender... Engel nunca había estado en un desierto, ahora libraría una importante batalla en uno con una gravedad alterada, tendría que informarse sobre ello, sobre aquel entorno, prepararse. El tiempo... El coronel Odalnier había dicho que partirían en quince meses, menuda cantidad de tiempo, al instante Engel supuso el porqué de aquella espera: tenía que ver con las maniobras de lanzamiento entre planetas que tenían una determinada cadencia de tiempo cada una, dependiendo de la escogida, tomando en cuenta la alineación de planetas con respecto el uno del otro, y, además, del sol.

Cada planeta (Siera y Virden) solía esperar en la mayoría de los casos a la alineación de su planeta con Mender, para optimizar la utilización de recursos y tiempos de llegada. Este juego constante de orbitas entre planetas había tomado ya bastante tiempo y la pronta alineación de Mender con uno u otro planeta acarreaba siempre algo de tensión por las posibles acciones de cada bando en el aprovechamiento de esta. Envío de tropas, armamentos, recursos, e incluso ofensivas directas, todo aquello era esperado cuando el planeta rival se alineaba con el disputado planeta del desierto.

Mender era así una especie de trofeo gigante que orbitaba entre ambos planetas (por así decirlo), tentándolos, jugando con ellos, como niños tras un balón. Acercándose a uno o al otro, a su ritmo. Casa... Odalnier los había llamado a retornar a casa, ya hace mucho tiempo que había dejado atrás la suya. Hasta

ahora aquel masivo hexágono de concreto y metal en medio del mar había sido el hogar de tantos jóvenes que habían sido llamados al deber, y Odalnier, severo como era, una especie de padre, corrigiéndoles, llamándoles.

En aquel momento el contenedor se estremeció, Engel tuvo que defender su postura. “Cuidado, suave y despacio”, se escuchó gritar a los hombres arriba. “¿Debería bajarme?”, bromeó Engel en voz alta, alzando la mirada hasta los hombres encargados de la polea, arriba. El que tenía las manos en los controles soltó una carcajada. “No se preocupe, fue solo el viento, ya casi estamos”.

Ya casi estamos... Las cuerdas de carga crujían, el ruido de los motores de la nave se acrecentaba. Ahora no sabía cómo sentirse respecto a su misión, respecto a su propósito ahí, y es que inmediatamente tras el anuncio de Odalnier sobre su ascenso algo le martilló en la cabeza al instante: en Mender se libraba una verdadera guerra, en Mender... se mataba. Matar o morir. Habría preferido hacer más trabajos menores como aquel a tener que mancharse las manos de sangre. Y no había escapatoria, sin subterfugios. Para eso le habían llamado, y entrenado... Engel, el indulgente desaparecería por mandato. Manipulado como una marioneta con cuerdas invisibles que brotaban de distintas partes de su cuerpo.

Le pareció ver la luna arder sobre el mar, pintada de rojo incandescente, paradójica, surreal, como su vida... ¿Cómo había llegado a tanto? En primer lugar, ¿por qué le habían reclutado? ¿Qué se vio en él? Todo había sido ascensión, pensó en el ahora ausente

espectro digital, pensó en aquel juego de tarjetas en el bosque de pasto ingrátido, donde le hizo escoger tres tarjetas con supuestas habilidades especiales. Comenzaba a hacer las relaciones mentales. Su éxito en el ejército, su buen rendimiento... ¿era posible? Hizo memoria y enumeró las tarjetas: El Fortachón, El Líder, y por ultimo... Impulso Entrópico. Las primeras dos le parecieron obviamente útiles y acordes a su trabajo en el ejército. La tercera... aun no le hallaba el sentido. ¿Quizás una consulta rápida de conceptos en el motor de búsqueda de su SENI le sacaría de dudas? Lo haría luego, sí.

También estaba aquel encuentro extraño con el espectro en aquel callejón de su ciudad natal, Lútrades, donde le había anunciado que finalmente se marcharía convirtiéndose en un... en un... ¿Cómo había dicho? Sí, en un Conquistador Binario. Había dicho también que finalmente el software se mezclaría con la materia de maneras nunca antes vistas. ¿A qué se refería? Hasta entonces Engel no se había tomado tan enserio aquellas alucinaciones e incluso las había adjudicado al exceso de uso de implantes de RV. Podía jurar que su cabeza estaba dañada, pero... ahora comenzaba a relacionar aquellos eventos, a aquel ser espectral con la vida real. Le asustaba, el primer paso a la locura virtual.

Estaban también aquellos reportes en toda la red sobre “Fallos de la realidad”, de repente comenzó a sentir una especie de miedo a todo aquello que había ignorado, distraído por las dificultades de la vida real, a ganar conciencia. ¿Qué era real y que no? Y qué decir de la ausencia del espectro tras aquel “pacto” en el que le dejó “salir” de su cabeza, de su SNI, de ser

libre a cambio de volver a ver Keiden, su hermano fallecido... el espectro cumplió... ¿Qué había desatado? ¿Existía una relación con los eventos recientes? Se sintió abrumado, tanto en que pensar. Ya suficiente lio era aceptar que sería enviado a la guerra, ahora también estaba guerreando mentalmente con asuntos abstractos... asuntos virtuales. Todo comenzaba a tomar forma, o a perderla...

Ahora el cargamento había sido completamente absorbido por el VTOL, las compuertas se cerraron atrapando a Engel en aquel compartimiento de carga de luz rojiza. Fue devorado por la nave... así se sentía; devorado por un deber. Él moriría junto a los hombres a quien mataría contra su voluntad dentro de quince meses. Pero..., al menos volvería a ver a Kuiper, ¿verdad? No podía esperar para volver a su dormitorio, recostarse en la comodidad de su litera para conectarse a la RV y poder contárselo todo a Keiden.

...

A primera hora aquel día gris plateado, la madre de Engel se presentó a las puertas de la central de sistema de neuroenlace que se encontraban al pie de la gigantesca hiperaguja para intentar esclarecer el motivo del reclutamiento de su hijo por parte de AMBROS, y, de ser posible, disuadirlos de ello, aunque eso era poco probable.

El taxi la dejó justo frente a la entrada. Permaneció un rato en la acera pobremente transitada (casi desolada) con su mirada esmeralda

alzada a la inmensidad de la hiperaguja. Nunca había estado tan cerca, se sintió empuqueñecida por su magnitud, aplastada. Siempre había sido solamente una decoración en el horizonte. Nunca tuvo motivo alguno de acercarse a esa zona de la ciudad: pocos lo tenían, exceptuando a aquellos que cumplían labores en zonas aledañas.

La central se anidaba en el centro de un dilatado laberinto de edificios de concreto altísimos, aunque no tanto como la aguja, y grises, como cubiertos por una fina capa de ceniza, encantados, además, por un aullido recóndito producto del gélido viento que recorría sus calles alzando al aire nubes de polvo o haciendo bailar a uno que otro resto de papel periódico. Arriba, en lo alto, un leve zumbido proveniente de la aguja que desprendía cierto brillo azulado entre el cielo nublado. El graznido de cierto cuervo pudo ser escuchado, y nada más.

La señora Leckhert dio paso adelante, entonces, hacia las puertas de cristal del gran rectángulo de piedra blanca y vidrio que eran las oficinas de la central, firme y decidida. Un edificio con un diseño curiosamente simplificado y estéril. Tenía pocas ventanas y no se divisaba ni un tan solo humano en ellas, ni en los pequeños jardines de la entrada que a esa hora de la mañana eran atendidos por pequeños jardineros autómatas. Se sintió... sola, en una tierra extraña, inhumana.

Subió un par de peldaños hacia las puertas que se deslizaron suavemente ante ella. Ahora se encontraba en un vestíbulo frío, vacío y tan resplandeciente como los aretes que colgaban de sus lóbulos. Algunos asientos tan modernos como

incomodos por ahí, y un par de columnas, al fondo, que flanqueaban un pequeño recibidor donde, para su alivio, pudo divisar la calva del primer humano que había visto desde su llegada al lugar: una cálida visión. El hombre calvo parecía estar cabizbajo, distraído en algún asunto. La señora Leckhert dio unos cuantos pasos por aquel salón de ecos cuando, de súbito, sin saber de dónde, se apareció ante ella un pequeño autómatas (a la altura de su cintura) con forma de monolito, una especie de ladrillo andante con un lente a forma de ojo en el centro.

—¡Bienvenida a la central del sistema de neuroenlace! —palabreó el robot con voz sintética—. Por favor, especifique el motivo de su visita.

En aquel momento, de la lente del monolito parlante se proyectó un holograma táctil con diferentes opciones de consulta en atención al cliente. La señora Leckhert deslizó el dedo entre un sinfín de opciones que más que ayudarla, la confundieron, así que escogió la última opción: la de “consulta personalizada con un agente de atención”.

—Ha preferido usted obtener una atención personalizada —dijo el robot—, espere, por favor, mientras proceso la petición.

—Esta bie...

—¡Listo! —la interrumpió el robot—. Por favor, pase usted adelante, por el pasillo a la derecha del recibidor, al fondo. El resto de direcciones se le brindaran directamente a su SENI.

—¿Ah? Entiendo, gracias —dijo ella, aliviada de no tener que seguir interactuando con aquel extraño robot acelerado.

Pasó de él, mientras este la observaba sin desvió, girándose sobre sí mismo a su paso, como una cámara de seguridad. Aquello a ella le causó escalofríos, o quizás fue la baja temperatura del lugar.

Avanzó hacia el pasillo indicado, cruzando de cerca por el recibidor. Sobre este, a forma de holograma, unas letras flotantes dictaban: “Todo está conectado a ti”. Iba a saludar al señor de la cabeza calva y cabizbaja cuando, ya a esa distancia, se dio cuenta de que en realidad se trataba de una lámpara bulbosa tras el recibidor: ni siquiera había ahí alguna silla donde pudiese sentarse un empleado. Sacudió la cabeza sintiéndose tonta, y un tanto decepcionada y siguió su camino pensando que debería consultar a un oculista.

En aquel pasillo que recorrió tampoco vio rastro alguno de vida humana. Estaba moleestamente iluminado por lámparas tanto en el techo como en los bordillos en la base de las blancas paredes y lo único que escuchaba era el exagerado taconeó a sus pasos.

—Siguiente pasillo, a la izquierda —dijo de súbito la voz del robot directamente a su SENI, haciéndola respingar al susto. Realmente invasivo, pensó ella, incomoda de que ahora, sin su autorización, aquel molesto robot le estuviera dando órdenes desde dentro de su cabeza. Inspiró aire profundamente y siguió su camino, pensando que tenía que hacer lo que había ido a hacer y salir de ahí cuanto antes.

—Segunda puerta, de nuevo, a su izquierda, señora.

—¿Era esto realmente necesario? —dijo ella—. Pudo simplemente habérmelo dicho.

LAURENCE CASTILLO

—Es parte del protocolo de seguridad, señora —explicó el robot maquinalmente—. En esta institución nos preocupamos por su bienestar. Por favor pase adelante, en la puerta que tiene frente suyo.

La señora Leckhert giró los ojos y se adentró en la pequeña puerta que se deslizó de abajo hacia arriba. Ahora se encontró en una especie de oficina, de frente a un escritorio tras el cual, para su alivio, había por fin un ser humano, uno de verdad.

—Buen día, señora Leckhert —dijo el hombre, joven, quizás en su treintena de años, vistiendo un pulcro y ceñido traje con corbata. Con voz atenta y agradable—. Por favor, tome asiento.

Le señaló un cómodo asiento de cuero frente al escritorio. Eso era todo lo que había en la habitación, nada más. Ella se sentó acomodándose el largo abrigo que llevaba dejando reposar su bolso sobre sus piernas.

—Mi nombre es Yahir y esta mañana seré su agente de atención al usuario —dijo el hombre, cruzándose de manos, esbozando una agradable sonrisa practicada en un rostro servicial que no mostraba arruga alguna—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Muy amable..., “Yahir” —dijo ella con voz cauta—, de verdad es un alivio ver a un ser humano... Es... un lugar realmente extraño, ésta parte de la ciudad, nunca había estado aquí. Es usted un humano, ¿cierto?

El hombre se mostró divertido.

—Tan real como usted, señora.

—¿Hay alguien más, o es usted la única persona en este lugar? No me sorprendería, de verdad.

—Oh, claro..., algunos cuantos... Principalmente en la sección de atención al cliente, usted sabe, “calidez humana”.

—Es realmente sorprendente que un lugar tan importante sea controlado casi enteramente por maquinas.

—Parte de la era de la automatización empresarial, señora. Empezó ya hace mucho —se encogió de hombros, riendo jocosamente—. En un par de años seguramente perderé este empleo.

La señora Leckhert no comprendió porque aquello le causaba gracia.

—¿Eso no le preocupa? Es increíble a donde nos está llevando la tecnología.

—Pronto seremos irrelevantes en este mundo, señora —dijo él, bizarramente conforme con el asunto, emocionado incluso, mostrando los dientes—. Pero hoy estoy aquí: ¿en qué le puedo ayudar?

Sí, mejor ir al grano, pensó la madre de Engel, aquel hombre comenzaba a asustarla. Su cuerpo era de carne, pero, ¿qué había de su voluntad? ¿Propia o programada? ¿Masa cerebral o circuito de computadora?

—Verá: el asunto es que mi hijo acaba de ser reclutado por el ejército—dijo ella, aferrándose nerviosamente a las asas de su bolso, sonriendo incómodamente.

El hombre permaneció inmóvil, sin decir ni una palabra, con la sonrisa en el rostro, como si lo tuviera paralizado. Tras unos segundos se limitó a realizar un suave ademán con las manos que significaba: “Continúe”.

—Y bueno —continuó ella, con gran dificultad—, tengo entendido que tales selecciones se han estado realizando mediante el SNI.

—Así es, señora. La mayoría de estas instituciones se están basando en los datos del sistema de neuroenlace para hacer la selección de candidatos: el sistema ha demostrado ser altamente efectivo...

—Pero, es que debe ser un error —intervino ella con voz quebradiza—. Esto no puede ser, es tan joven... y, además, él no está en las... condiciones para tal cosa.

—Entiendo perfectamente, señora —dijo él asintiendo con la cabeza y los ojos entrecerrados—. Es usted una madre preocupada, comprendo. Hagamos una cosa, para empezar, le haré el favor de verificar directamente la base de datos para confirmar si realmente hay o no error —se encogió de hombros en su asiento—, los accidentes ocurren.

La señora Leckhert se mostró satisfecha, con un hilo de esperanza. Se relajó en su asiento.

—...Esta bien. Listo —dijo él.

—¿Qué? Me perdí. ¿Qué está listo? ¿ya está? —dijo ella, sacudiendo la cabeza, confundida—. ¿No necesita su nombre o etiqueta de identidad?

—Nop —respondió él con solvencia, manteniendo aquella falsa sonrisa en el rostro que ya comenzaba a resultar cansina—. Todos los miembros de su familia están directamente ligados a su SENI, puedo verificar el estado de cada uno de ellos desde usted.

—Eso es intromisión —dijo ella un tanto indignada.

—No lo es, señora, usted nos dio permiso de hacerlo desde el momento en que aceptó utilizar el sistema.

—¡Era una niña!

—Esos son asuntos técnicos que nos conciernen en estos momentos.

—Está bien —dijo ella, presionando las asas del bolso, irritada—. No nos desviemos. ¿Y bien? ¿Qué hay de mi hijo?

—Engel Leckhert, ¿verdad?

—Así es, sí.

—¿Etiqueta ID: 910305HC?

—¡Sí! —dijo ella ansiosa.

—Reclutado.

—¿Qué? Pero, ¿por qué él?

—Uhhh... el Halcón Dorado —soltó un silbido de asombro—. AMBROS... prestigioso, muy prestigioso, debería sentirse orgullosa, señora.

—No es posible, Engel... Engel tiene problemas mentales —dijo ella ya ahogada en frustración, apoyando los codos en el escritorio de vidrio del hombre—, ve con frecuencia a una psicoanalista, sufre de un extraño caso de estrés post traumático y... y... no sé si deba decirlo aquí, pero, ha tenido problemas de adicción a implantes RV. ¿Cómo es posible que recluten a un joven así para el ejército?

—Señora, comprendo sus miedos —dijo él con ojos entornados y voz compasiva, tomándola de la mano sobre el escritorio—, déjeme decirle que lamento profundamente lo ocurrido a su primogénito. En usted más que en nadie está justificado el miedo, pero, créame, el sistema de neuroenlace nunca se equivoca, conoce a su hijo y sus datos son tomados en cuenta a

la hora de la selección. Si el sistema lo eligió apto, es porque está apto. Con respecto a lo último que mencionó, lo de los implantes... haré caso omiso de eso, e incluso lo excluiré de mi sesión con usted.

La señora Leckhert retiró las manos bruscamente, disgustada y se irguió en su asiento.

—¿Me está diciendo que conocen más a mi hijo que yo?

—No, no, no —dijo rápidamente el hombre, sacudiendo las manos en negación—, no estoy diciendo eso.

—Bien —dijo ella, satisfecha, recobrando su postura.

—Le estoy diciendo que lo conocemos más que él mismo.

—... y es que, de nuevo siento que no me conozco a mí mismo —dijo Engel, recostado en la camilla para pacientes de la clínica de la doctora Jessica Halley, su voz denotaba cierta frustración—: pensé que había tomado el control, que había juntado todas las piezas, que todo encajaba.

Jessica, quien le había repetido una suma de veces que su área no era la psicología, se había acostumbrado (o resignado) ya a las visitas vespertinas de Engel. La verdad era que se había ganado su respeto (y su admiración, aunque no lo hubiera admitido) gracias a las acciones que le habían hecho ganar el epíteto de “El Indulgente”. Además, para su sorpresa, los diálogos que florecían durante sus visitas le resultaban... interesantes, al menos la mayor parte del tiempo, así que le prestaba una parte de su atención mientras realizaba tareas de cierre en su clínica. Aquella tarde ella se encontraba sentada

frente a una terminal a un lado de la camilla verificando sus informes de pacientes.

—¿No era eso lo que deseaba? —dijo ella, sin retirar la mirada de la terminal—. Ser uno de los juguetes favoritos de Alset.

Engel le lanzó una mirada.

—Ah, vamos —dijo ella, entre risas, retirando la mirada de la pantalla de la terminal al girar su silla hacia él—, intento ser jocosa.

—¿Tú jocosa? Eso es nuevo, ¿será que comienzo a agradarte?

—Hmm... veamos —dijo Jessica, cruzándose de brazos y piernas en su asiento, viéndolo con una mirada juguetonamente analítica. Llevaba su cabello cobrizo recogido, como solía hacerlo en su área de trabajo. Las pequeñas joyas de su oreja derecha perforada se exhibían de esa manera y resplandecían ante el brillo de la pantalla frente a ella—. ¿Agradarme usted, Engel Leckhert, un marcial inestable mentalmente y, además, un tanto acosador? —se llevó un dedo a la boca, pensativa—. Quizás un solo un poco.

Engel se reacomodó en la camilla, interesado.

—Vaya, vaya, estamos progresando —dijo—. Mis citas comienzan a hacer efecto.

Jessica soltó una corta carcajada.

—Ni siquiera sé porque viene a mi consulta —dijo sonriente—. Podría referirlo a la consulta de la psiconalista asignada por vigesimoquinta vez

—¿Llevas la cuenta?

—Claro, soy una mujer. Ponemos atención a ese tipo de detalles, no olvidamos.

LAURENCE CASTILLO

—Bueno, la declinare una... vigésimoquinta vez, entonces —respondió Engel—. Obtengo buenos resultados aquí, siempre salgo... recargado de este lugar. Jessica Halley, la mejor doctora.

—Claro... —dijo ella con cierta reticencia, se giró de nuevo en su asiento para volver a la terminal.

—Pero, es cierto...

Ella se interrumpió y le vio con una mirada interrogativa. Ahora él mostraba un rostro serio, de mirada perdida.

—Lo que dijiste sobre ser un juguete de Alset —continuó Engel—. Es exactamente cómo se siente.

Hubo una pausa silenciosa.

—Según me ha dicho —dijo Jessica finalmente—. Usted ha tomado lo de su reclutamiento de la mejor forma: como una manera para cumplir los sueños de navegar por el espacio de su hermano, y, además, hacer justicia por él y todas las demás personas que han perdido la vida en este conflicto.

—Pero... —dijo Engel.

—Pero ahora todo ha cambiado —agregó Jessica, retomando la palabra mientras, a la vez, tecleaba en la terminal—, desde aquella misión de rescate en la estación espacial donde tuvo usted un cambio de mentalidad: la de proteger la vida, la de la absolución del hombre.

—Y... sin embargo... —dijo Engel dejándola a ella deducir.

—Ahora le estarán obligando a matar a sangre fría en la guerra de Mender.

—Exacto.

—Sí, es un juguete —dijo Jessica, asintiendo con la cabeza—. Un soldadillo de plomo. Se le había

permitido hacer lo que quisiera, actuar como lo creyera correcto, se sentía empoderado, ahora ha perdido el control, de nuevo. El ascenso al grupo de elite de Alset es para usted un paso atrás en su recuperación mental y realización como un hombre. Siente que su persona se desmorona y que Engel el indulgente morirá. Sí, no le gusta el epíteto en sí, la palabra, pero si ama lo que significa para usted.

Silencio, Jessica tuvo que dejar la terminal para asegurarse que Engel no se hubiera quedado dormido. Sin embargo, la miraba con una mirada de asombro, con los ojos heterocromaticos ampliamente abiertos.

—¿Y así me pides que vaya con la agria señora psicoanalista de allá arriba? —dijo Engel—. ¿Lo ves? Me conoces bien.

—Debería considerar una subespecialidad de mi SENI en psique.

—Sí —asintió Engel— y yo sería tu sujeto de tesis.

—Todo un espécimen —dijo ella jugando a considerar la idea.

—Tendrás que hacerme un examen físico completo para ello.

—No —dijo ella secamente—, prefiero perder el caso.

Engel sonrió. Realmente se sentía contrariado, adolorido, pero, con un poco de humor u otra agradable distracción humana, aprovechaba siempre a mitigar las dolencias de ser un hombre como lo era él.

—Pero ya enserio —dijo Jessica, dejando su asiento para caminar al otro extremo de la clínica a acomodar algunos de sus instrumentos dando la

espalda a Engel—. Solo hice una sumatoria de todo lo que me ha contado: usted habla bastante, conmigo al menos. Solo hice las correlaciones que consideré adecuadas, conexas.

—Me siento cómodo contigo, sabes escuchar.

Jessica se conmovió, sonrió de manera furtiva, sin que Engel pudiera notarlo, quizás, incluso, se sonrojó.

—Lo sé —dijo—, me alegra escucharlo. No soy de muchos amigos, como habrá deducido. Puede seguirlo haciendo, visitarme —se volteó blandiendo un bisturí hacia Engel—. Siempre y cuando se comporte.

—Lo haré, sí —dijo Engel irguiéndose en la camilla para sentarse y poder verla mejor ahora que se encontraba al otro extremo de la habitación—. Lo de visitarte, lo de comportarme...

—Tiene suerte de que casi nunca tenga pacientes a estas horas. Solo por eso lo permito, no se crea muy especial. Si se apareciera un paciente lo sacaría a punta de pie a usted de aquí.

—Bendita sea la salud de mis compañeros —dijo Engel elevando las manos al cielo.

—Sí, porque usted está chiflado —comentó ella dándole la espalda otra vez, haciendo sonar bandejas metálicas.

—Sí, me siento mal por ellos, por todos los que han estado y estarán bajo mi mando.

Jessica cerró un gabinete, se deshizo el moño dejando que el cabello corriera por su espalda como un torrente de miel, y se giró hacia Engel.

—No es un mal líder —dijo, casi susurrando mientras caminaba lentamente a través de la habitación hacia él—. Obviando su molesto acoso... es

un gran hombre. —Ahora estaba parada frente a Engel, muy de cerca, viéndole a los ojos—. Tiene sus ventajas... pero...

—Pero... —susurró Engel, controlándose.

—Hay algo aquí —dijo Jessica colocándole bruscamente un dedo índice entrecejo empujándolo hacia atrás, alejándolo de ella, de nuevo—. Hay algo oculto en esa cabeza. Algo que está realmente mal.

Engel soltó un alarido sobreactuado de dolor, frotándose la frente. Pero luego cayó en silencio, cabizbajo. Con Jessica observándole ahí frente suyo con mirada crítica, con las manos en la cadera. Tenía razón. Había ciertas... cosas en su cabeza, en su SENI que nadie conocía, no que él lo supiera al menos. Cosas que no compartía nunca con nadie. El cerebro humano, el suyo, ahora ayudado por la electrónica podía ocultar muchos secretos, y Engel guardaba uno en el suyo difícil de comprender. Una nueva anomalía, mas perdición que bendición.

—¿Me equivoco? —continuó Jessica ante su silencio—. Habla mucho Leckhert. Me dice mucho, tanto como para saber que no lo está diciendo todo. No soy tonta.

—Te he contado todo.

—Miente. Le acabo de decir que no soy tonta. Algo lo devora, por dentro, desde su cabeza. Carga con algo. ¿Seguro no quiere visitar a la psiconalista? Quizá a ella pueda decirle lo que oculta.

Silencio, nadie desvió la mirada. Jessica empezó a mover los labios, pero Engel habló antes. Con el aire más serio que le hubiera conocido antes. Le costó discernir si se trataba más bien de miedo.

—Lo he intentado, no ha funcionado nunca —dijo Engel—. Créeme, lo he intentado. Con muchas psicoanalistas. Simplemente vuelve, nunca se va.

—Está bien —dijo Jessica, atónita, nunca le había escuchado soltar palabras como lo hizo esa vez, con esa voz—. Lo que sea que le esté afectando... déjelo ir. Deje ir Leckhert. Olvide. Pero para ello, usted debe hablar, que se escape por su boca. Usted mismo lo está reteniendo con su silencio.

En ese momento, para alivio de ambos, la puerta de la clínica se abrió interrumpiéndolos, la cabeza de una de las empleadas de aseo se asomó adentro para luego disculparse por su intromisión. Ya pasada la hora de la salida, se había dispuesto a asear la habitación sin advertir que ellos permanecían ahí. Jessica la tranquilizó y le aviso que en breve dejarían el lugar.

—Bueno, ya me ha perturbado lo suficiente por hoy —dijo Jessica retomando la frialdad que solía mostrar mientras arreglaba sus cosas—. Salgamos de aquí.

—Solo una cosa más —dijo Engel bajándose de la camilla, arreglándose el uniforme azul de la academia, el logo dorado de la garra del halcón centelleó en su hombro—. ¿Por qué me hablas así de esa manera? Relaja un poco. Siempre tan formal.

Jessica hizo una pausa, inclinada sobre su escritorio. Como si aquella pregunta le hubiera paralizado. Deglutió, Engel pudo verlo en el movimiento de su cuello.

—No es solo a usted —dijo cortante—. Sino a todos.

—¿Por qué? —inquirió Engel parándose a su lado.

Jessica se irguió, severa, viéndolo muy de cerca a los ojos.

—Porque así me criaron. Así fui educada. Si no le parece, bien, no hablaremos más.

—Oye, tranquila —dijo Engel alzando las manos al aire, calmándola—. No tengo problema con ello, solo... mera curiosidad, porque me gusta, me gusta como hablas, es interesante. Cálmate.

—El que necesita calmarse es usted —repuso Jessica viéndole de pies a cabeza con cierto asombro—. Tranquilo, lo de usar el bisturí era una broma.

Engel se mostró confundido.

—Su frecuencia cardiaca —dijo Jessica con voz rápida, pero clara, precisa, colocando los dedos índice y medio de la mano derecha en el pecho, a nivel de cardiaco, con una postura seriamente profesional, sin jugar—. Taquicardia, de nuevo.

Como tecnomédico, Jessica podía monitorear los signos vitales básicos de otras personas portadoras de un SNI en la proximidad, y, además, realizar escaneos más detallados con simplemente colocar sus dedos sobre la piel del paciente gracias a microsensores intradérmicos implantados al especializar su sistema de neuroenlace en atención de la salud.

—¿Cómo lo supiste? ¿Me estas escaneando siempre?

—Claro que sí, es mi trabajo —explicó Jessica concentrada en examinar su pecho—, en especial si está en mi clínica en hora de trabajo, aunque... bueno en realidad mi jornada acabó, pero eso no importa, maldición, estoy divagando.

LAURENCE CASTILLO

—No es nada —replicó Engel restándole importancia—. Quizás si estoy nervioso por ti, como dices.

—No, no así. Demasiado. Súbito. Ciento setenta y cuatro contracciones por minuto. Algo está mal, anómalo. —Ahora Jessica parecía hablar como una máquina—. Debería ponerle cuidado. Es fácil, usted mismo puede hacerlo, bueno, su SENI. Revise la herramienta de acceso rápido de monitoreo de signos vitales a su interfaz.

—¿Puedo hacer eso?

—¿Es enserio? —exclamó Jessica.

—Te estoy tomando el pelo, por supuesto que lo sabía —dijo Engel sin mostrarse preocupado por la situación—. ¿Signos vitales? Los eliminé de mi interfaz ya hace un tiempo, me quitaba espacio en el campo. Veras, mi ángulo de visión me gusta amplio y despejado. Mientras respire y pueda moverme sabré que estoy vivo.

—Dios mío.

—Así veo mejor a los “chicos malos” ¿sabes? Por cierto, no sabía que fueras religiosa.

—No lo soy, pero ya ve lo que me hace, sus barbaridades me hacen clamar maquinalmente por seres imaginarios sin un motivo bien justificado. Recuéstese de nuevo en la camilla —dijo Jessica empujándolo hacia esta—. Realizare un electrocardiograma rápido.

—No es necesario —dijo Engel con voz quejosa mientras se acomodaba ayudado por Jessica.

—Lo es —dijo ella abriéndole el cierre frontal del traje de Engel para descubrir su pecho y hacer el

contacto directo necesario con su piel desnuda para el procedimiento.

—Oh..., sí es necesario.

—Leckhert, mantenga la seriedad, por favor —ordenó Jessica con tono fuerte—. Quédese quieto.

—Bueno... no tenías que gritarlo.

—No hable.

—Entendido, doctora.

—Dije que no hable.

Engel guardó silencio mientras Jessica parecía concentrarse en la información que le llegaba a través de los sensores en sus dedos que durante el electrocardiograma permanecían inmóviles en un punto fijo. Tenía la mirada perdida en un rincón mientras, a su vez, su boca parecía susurrar inconscientemente algo, información, valores. Engel permaneció quieto, intentando no respirar bruscamente hasta que Jessica finalmente le retiró los dedos del pecho.

—Puede cubrirse —dijo girándose sobre sí misma, y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—¿Qué sucede? —dijo Engel subiéndose el cierre del traje sentado en la orilla de la camilla—. ¿Qué viste? ¿Estoy muy mal? ¿Moriré? ¿Cuánto me queda?

—Deme un minuto —pidió ella, sacudiendo un dedo en el aire—, estoy revisando informes previos. Comparando.

Toda esa información estaba siendo procesada en el interior de la cabeza de aquella dama. Un ordenador, una base de datos completa bajo aquella larga cabellera cobriza y aromática: esas cosas aún (en esa época) le maravillaban a uno, y Engel la vio apasionado viendo ir y venir de un lado a otro,

pensando, procesando. Pensó que debía ser la computadora más hermosa que jamás haya existido.

—¿Se ha sentido usted fatigado, aturdido en los últimos días? —preguntó finalmente Jessica deteniéndose frente a Engel.

—No, no realmente —respondió Engel tras rumiar brevemente en el asunto.

—Es extraño y quizás sea un error, por eso necesité verificar mis informes anteriores —comenzó a explicar Jessica con ademanes corporales muy expresivos—, pero, Leckhert, su corazón parece estar encogiéndose, no se alarme, es leve y como dije: podría ser un error.

—¿No es eso normal? —dijo Engel rascándose el cabello—. Con la edad ocurre ¿verdad?

—No así, no a su edad. Es joven y eso es lo que me perturba. Explicaría la taquicardia, su corazón intenta compensar la demanda energética de un cuerpo que es más joven que él. No entiendo, necesito hacer más estudios. Darles seguimiento a todos sus órganos periódicamente. —La luz de una idea pareció iluminar el rostro de Jessica—. ¡Sí, eso es! Yo podría dictaminar que su estado de salud no está óptimo para partir a Mender, diré que necesito darle un seguimiento por varias semanas al menos, aquí en Siera: ya no tiene que ir ahí a matar, y le sanaremos.

Jessica iba a sentarse en su terminal cuando la mano de Engel la tomó del brazo.

—No —le susurró Engel con el rostro pálido.

—¿No? —dijo Jessica contrariada—. ¿No qué?

—No envíes el reporte, por favor.

—¿Qué me está diciendo? —exclamó Jessica y luego bajo la mirada hacia su brazo, al agarre de Engel—. Y suéltame, por favor, me está lastimando.

—Oh, lo siento.

—Explíquese.

—Yo debo ir a Mender, ¿entiendes? —dijo Engel con la mirada fija en ella.

—No entiendo, pensé que no quería hacerlo. Está enfermo, Leckhert, quizás más de lo que creemos.

—Corrígelo sin enviar el informe, sin detenerme, haz algo, dame más medicinas.

—Sigo sin entender, me confunde.

—Yo necesito ir a Mender. No quiero, pero debo ir: no puedo fallar otra vez. No puedo volver a fallar. No puedo volver a perder. A mis padres, a mi hermano, al coronel Odalnier, a todo Siera, no puedo fallarles. Esto es lo que esperan de mí. Yo soy lo que los demás piensan de mí.

—Se equivoca, está muy equivocado, además, importa más su salud.

—No me retengas aquí, por favor, no puedo volver a ser un inútil. Un enfermo otra vez.

—Lamento decírselo, pero lo es.

—Escúchame Jessica: solo está misión ¿sí? Solo esta vez. Volveré pronto. Solo déjame cumplir mi trabajo. Disimulemos, dame más drogas. Haré lo que tenga que hacer allá arriba y volveré y podre enfocarme en recuperarme. Dijiste que no era grave aún ¿cierto?

Jessica se cruzó de brazos, se giró dándole la espalda, pensando.

—No, no es grave —dijo—, puede controlarse con beta bloqueadores. Es solo que... —suspiró— no

entiendo, pensé que no quería ir, pensé que le estaba ayudando.

—Ayúdame con tu silencio al respecto, oculta mis defectos. —Le tocó suavemente el dorso del brazo haciéndola girarse hacia él—. Necesito hacer esto, es lo que todos esperan de mí, permíteme hacer a mi familia orgullosa.

—¿Elige usted perderse a sí mismo con tal de cumplir su propósito, de llenar expectativas? ¿Tanto temé usted perder su ego? Quedarse aquí no le hará menos hombre.

—¿Estas realmente preocupada por mí?

—Estoy preocupada por un paciente, es todo. Uno testarudo.

—¿Tenemos un trato, entonces? —dijo Engel.

—No ha contestado mi pregunta.

—Ah, esa pregunta... —dijo Engel desviando la mirada, y comenzó a caminar en torno a ella—. Creo que hace mucho tiempo me perdí a mi mismo. Esto que ves ante ti es lo que soy hoy. Sí.

—Me decepciona y a la vez me impresiona —dijo Jessica siguiéndolo con la mirada—. Pero si es lo que quiere... puede hacerse. Solo recuerde: usted lo pidió.

—Yo pedí esto —afirmó Engel—. Sí, lo recordare.

—Veamos el lado positivo —dijo Jessica ya más relajada—. Al unirse a este nuevo equipo de Alset, podrá volver a ver a su amigo, Kuiper ¿verdad? Eso creo. También es eso ¿o me equivoco?

Engel dejó de caminar en círculos y se detuvo a su lado, asintiendo con la cabeza. Una suave sonrisa en su rostro.

—Sí —dijo satisfecho—. También es eso

Jessica le devolvió la sonrisa, también asintiendo con la cabeza. Parece que está dispuesto a poner a sus seres queridos antes que él mismo, pensó, los antepone a su propio corazón. Solo piensa en los demás. Es lo que lo mueve.

—Está bien —dijo Jessica con tono de voz condicionante—. Pero deberemos mantenerle ojo encima, mientras permanece aquí, al menos. La verdad es que falta mucho tiempo para el asalto a Mender, podríamos intentar resolver algo en el transcurso del tiempo, claro, sabiendo ahora que en realidad si quiere ir a Mender. Ah, y no vuelva a eliminar la herramienta de signos vitales de su interfaz: es de suma importancia ahora más que nunca.

—Debo ir —insistió Engel.

—La barrera entre querer y deber es difusa en usted —dijo Jessica viéndolo con mirada suspicaz—. Bueno, se nos ha hecho tarde. Vamos.

—Así parece—acordó Engel girándose para recoger sus cosas de la camilla cuando algo brotó a la luz de su atención: aquel era el mismo lugar donde, tiempo atrás, Jessica le había sanado de sus heridas sufridas en aquella pelea con Dylan Zorber. Y, donde antes no había nada más que un simple biombo separándolo del cubículo donde habían atendido a su amigo Kerb, había ahora una pared solida sin signos de haber sido colocada recientemente. Engel permaneció ahí, perdido en aquella pared, intentando convencerse internamente de que ahí no había pared alguna. Lo que había en su memoria no era lo mismo que le llegaba por los ojos. Sintió de repente un terrible dolor de cabeza, y, en aquel momento, sin que

ni él, ni Jessica lo advirtieran, en sus globos oculares, pareció pulsar una luz blanquecina y brumosa.

—¿Viene o no? —le llamó Jessica desde la puerta.

Cuando Engel se volvió a la realidad presente y giró la vista hacia ella, el resplandor brumoso había desaparecido de sus ojos, así que ella no vio más que el par de ojos bicolor de siempre.

—¿Está todo bien? Reconsiderando la idea de quedarse ¿quizás? —dijo Jessica.

—No, no. No es nada —dijo Engel sacudiendo la cabeza—. Vamos.

Ahora Engel caminaba solo e interiorizado por los pasillos de la academia con rumbo a los dormitorios. La herramienta de signos vitales que ahora permanecería constantemente en su visión marcaba digitalmente sus contracciones cardíacas junto a una gráfica de ritmo cuya línea iba de arriba abajo en la clásica configuración de espigas que se formaba en una fisiología normal: ciento quince, ciento trece, ciento quince otra vez, las drogas que la doctora Halley le había dado comenzaban a hacer efecto. Sintió el deseo de eliminar la herramienta de signos de nuevo, pero recordó su promesa.

Hizo un giro a la izquierda y luego otro a la derecha por los pasillos. Saludó a algunos otros reclutas y escuchó algún que otro cuchicheo a su pasar: los rumores de su promoción comenzaban a florecer. No podía negar sentirse un tanto preocupado por lo que le había notificado Jessica, pero se esperanzó en que fuera un error, o algo pasajero.

Cuando finalmente llegó a su vieja barraca se detuvo en la puerta. Estaba casi desolada, apenas unos cuantos chicos metidos en sus asuntos. Comenzó

a caminar lentamente por el pasillo entre las literas, revisándolas de una en una. Algunos chicos recostados en estas le devolvieron una mirada interrogativa, pero Engel guardó silencio y prosiguió su camino por el pasillo sin decir palabra alguna.

Los demás chicos comenzaban a preguntarse qué le pasaba. Caminaba por ahí como un muerto andante. Alcanzó el final del pasillo: nada. No estaba. Engel estaba buscando a Kerb. No había rastro de él. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no podía preguntarle a alguien más por él? Algo lo detenía, se lo impedía... y el no comprender el que, comenzaba a desahuciarle.

En la última litera se encontraba un chico descansando plácidamente con las manos tras la cabeza. Engel forzó sus labios para hacerle la pregunta, pero estos se limitaban a temblar espasmódicamente. ¿Por qué? ¿Por qué estaba bloqueado? Por fin comenzaba a ganar la batalla, a emitir un sonido, a vocalizar algo cuando alguien le tiró bruscamente del brazo.

—Lo sabías, ¿verdad? —le susurró Dylan Zorber tirándolo del brazo hacia el pasillo que daba a las regaderas para tener privacidad—. ¿No pensabas avisármelo antes? ¿Es verdad?

Engel se apoyó de espaldas a la pared. Suspiró.

—Es verdad.

Dylan tuvo que ahogar un grito de victoria para que los compañeros que se encontraban en las literas al otro lado de la esquina no escucharan. Comenzó a celebrar en voz baja, con susurros, dando suaves puñetazos a la pared. Eres el mejor, eres el mejor, se repetía a sí mismo, sabía que lo lograrías.

LAURENCE CASTILLO

—Pareces emocionado —dijo Engel cruzado de brazos, viéndolo por el rabillo del ojo.

—Maldita sea, Leckhert ¿tú no?

—Solo pienso en cumplir mi deber y volver con vida, si se puede.

—Bueno, ¿tienes idea de lo que nos espera al volver a casa si ganamos? No tendremos que preocuparnos por nada. Vida realizada.

—Dinero de sangre, si es que seguimos con vida.

—Sangre de enemigos de nuestro planeta. Dinero santo —Dylan tuvo una realización en ese momento—. Espera... es cierto, ahí no podrás jugar a ser el juez. El indulgente no tendrá poder ahí.

Engel desvió la cabeza al otro lado con el ceño fruncido. Dylan comenzó a reír.

—Al final tendrás que jugar por mis reglas ¿eh? Por fin podre pelear como un hombre de verdad sin que tú me limites.

—¿Sin que te limite? —Engel giró los ojos—. Pudiste negarte a trabajar conmigo.

—No soy estúpido, Leckhert, detecto oportunidades, sabía que seguirte el juego en tu circo me llevaría lejos: funcionó.

—Entonces, significa que llegaste lejos gracias a que fuiste mi mono de circo. Deberías agradecerme.

—Odio admitirlo, pero tienes razón —dijo Dylan con ironía, retomando la seriedad—. Ahora escúchame, Leckhert —tomó a Engel del cuello del uniforme y le acercó el rostro (despreciable hábito suyo)—; pienso volver con vida, pero para ello, necesito contar con un buen equipo a mi alrededor. Estoy casi seguro que nos asignaran a la misma unidad: se supone que somos mejores amigos. Nada de

juegos en el campo de batalla ¿entendido? Si tú vives, yo tengo más posibilidad de vivir. No dudes, no me salgas con tus ataques moralistas cuando tengamos el cañón del enemigo en el rostro: haz lo que tengas que hacer para que volvamos a casa sanos y salvos. Si muero allá arriba por tu incapacidad de pelear como un hombre de verdad, reviviré para matarte, si es que sobrevives algo de tiempo sin mi ayuda. No sé cómo, pero lo haré: reviviré y te mataré.

—Viviré —declaró Engel soltándose del agarre—, pero no por ti.

—Por lo que sea que necesites conservar tu patética vida, hazlo. Vive. Para volver a ver a tu noviecilla esa, la doctora, enfermera o lo que quieras, pero haremos las cosas bien, y yo volveré a casa con mis millones y toda gloria. Es la voluntad de El Nómada, mi señor, que yo participe en esta guerra santa.

Engel no supo decir si Dylan estaba bromeando o en verdad estaba así de obcecado por sus creencias. Luego concluyó que no era quien para diagnosticar demencia al examinarse a sí mismo. Cada quien carga con sus dioses, o sus demonios, sea cual sea su naturaleza.

Sacudiéndose entre sus sabanas en una batalla por conciliar el sueño, Engel se hacía de un lado a otro en su litera a avanzadas horas de la noche. Todos en derredor se habían vuelto ya a un estado onírico. Dylan en la litera de al lado roncaba con el rostro aplastado en la blanca almohada y una laguna de saliva proveniente de su boca. Con toda mi gloria, le

escuchó susurrar Engel hablando dormido. Aparentemente, ni siquiera en el ensueño abandonaba su postura egocentrista, por el contrario: la alimentaba. Engel pudo imaginárselo soñando que recibía la medalla de honor mientras su propia cabeza cortada colgaba goteante desde su cinturón a modo de recuerdo o trofeo. ¿Qué intentaba compensar? ¿Qué quería demostrar? Intentar descifrar a Dylan parecía hacer tanto efecto como contar ovejas eléctricas saltando un cerco y Engel alcanzó entonces el anhelado estado de sopor, aquel que toma lugar entre el sueño y la vigilia, sin embargo, sintió una sacudida en el brazo:

—Engel, ¿estás despierto? —le susurró al oído una voz familiar, tan cerca que pudo sentir su cálida respiración en la piel de su oreja.

Engel batalló con sus propios ojos cansados para poder abrirlos y se topó con la figura de Kerb ahí acucillado junto a su cama, en la oscuridad. Parecía bastante cansado, y el rostro sonriente le brillaba en sudor sobre una capa oscura y sucia de lo que podría ser carbón.

—¿Dónde demonios has estado? —dijo Engel frotándose los ojos, sentándose en la cama.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Kerb con voz suave, acostándolo de nuevo en la cama, como quien arrulla a un niño en su cuna—. No te levantes, amigo, sigue descansando. Misión, viejo, estaba en una misión. Ultra secreta. En las minas de ármiza del sector cuatro. Muchos rebeldes, explosiones, disparos: debiste verlo. No le digas a nadie, por cierto. Tremenda cosa.

—Ah, amigo, ¿así que ahí has estado todo este tiempo? —dijo Engel con cierto asombro, con voz inocente, con la sabana cubriéndole el cuerpo entero y la mitad del rostro, solo los ojos sobresaliendo, como un niño escuchando un cuento antes de dormir—. Eso explica por qué estas tan sucio.

—Sí, así es.

—Genial.

—¿Paso algo interesante en mi ausencia? —dijo Kerb, viendo a su alrededor, al resto de literas cargadas de jóvenes durmientes.

—Oh, mucho pasó, amigo —dijo Engel, también viendo en derredor, asegurándose de que los demás no se hubieran despertado—. Ven, acércate —susurró, sacando la mano de la sabana.

—¿Sí? —susurró Kerb poniendo oído.

—Más cerca.

Kerb hizo caso.

—No le digas a nadie, pero fui ascendido al grupo de elite de Alset —dijo Engel, entre risitas, mostrando los dientes.

—No me jodas —dijo Kerb abriendo los ojos ampliamente, y luego se cubrió la boca con la mano: estaba haciendo demasiado ruido—. Vaya, vaya, vaya. Que cosas, coleguilla.

—Es la verdad, mi amigo —afirmó Engel—. Pelearé en Mender, y seguramente moriré ahí. ¿No es eso gracioso?

—A menos que los mates tú primero.

—A menos que los mate yo primero.

—Genial.

—Fabuloso.

LAURENCE CASTILLO

—¿Me ayudarás? —dijo Engel devolviendo la mano temblorosa dentro de la sabana.

Kerb se alejó suavemente, volviendo a su posición de cuclillas junto a la cama.

—Pero yo no he sido ascendido, viejo —dijo, negando con la cabeza.

—Seguro que sí, ya te lo notificaran, ya verás. Eres de los mejores aquí. Si han escogido al idiota de... —Engel miró en dirección a Dylan—, seguramente te habrán escogido a ti también.

—Seguramente que sí... —acordó la figura de Kerb, asintiendo mientras una sonrisa extraña florecía en su rostro. Engel se la devolvió.

—Te necesito ahí, colega. Aunque... claro, eso no depende de ti.

—Ya veremos que se hace, viejo. Ahí estaré.

De nuevo el intercambio de extrañas sonrisas.

—Eres mi mejor amigo en toda la academia, Kerb.

—Y tú el mío, viejo —declaró Kerb—. Ahora, si me disculpas, viejo, voy a darme una ducha, estoy hecho un asco. Descansa, campeón, lo mereces.

—Sí, apestas.

Kerb se despidió de Engel con un gesto y se puso de pie.

—¿Kerb?

—¿Sí?

—Tú no existes, ¿verdad?

—Si no existiera, ¿cómo estaríamos hablando tú y yo en este momento?

—Tienes razón.

Se volvió y tomó camino entre las literas, a pasos sigilosos, perdiéndose en la oscuridad. Engel lo vio

alejarse con rumbo a las regaderas, al final del pasillo, sin embargo, ninguna luz fue encendida en aquel lugar, y ninguna gota de agua golpeando el suelo pudo ser escuchada. Más no importaba, pues Engel dormía ya a fondo y pierna suelta con una sonrisa inocente en el rostro: como un niño que había recibido su cuento antes de dormir.

“...Muchos han creado simulaciones que terminan friéndoles los sesos antes de tiempo...”

“...Numerosos casos de Realidad Alterada reportados en distintos distritos de los cuatro sectores...”

La Colina Tributo se encontraba en el corazón del reino virtual que el espectro digital había creado para Engel tiempo atrás, pieza a pieza, lugar por lugar, bit por bit. Su construcción había comenzado justo en el momento en que conectaron por primera vez, a medida que el espectro aprendía y aprendía de Engel y de la información que éste absorbía del mundo real para él, cuando aún no descifraba la manera de liberarse a nuestra realidad.

Engel se encontraba sentado en uno de los peldaños de piedra que llevaban a la cima, al tributo. La Colina Tributo tenía, en parte, la apariencia más normal de todo el reino: el suelo consistía en tierra normal, le ensuciaba a uno la mano al recogerla y caía, grano a grano, al suelo, respetando la gravedad si se le dejaba correr entre los dedos, el pasto estaba formado por celulosa y no alzaba vuelo al aire, arrancando por alguna fuerza invisible. Se mecía ante el viento como debería hacerlo, como correspondía: era simplemente eso, pasto.

Desde ahí arriba, al norte, se podía divisar la vieja Colina de Cristal, con el prisma de cristal refractando la luz solar en su base, como siempre. Al oeste podía verse el Lago Parsimonioso, sobre cuyas aguas nacaradas solía caminar Engel, humeando su neblina brumosa, y, al este, el Bosque Ingrávido, una masa verde conformada por las copas de los miles de árboles que contenía, y sobre las cuales podía verse, desde ahí, los millones de fragmentitos de césped alzando vuelo hasta lo desconocido con su baile sinuoso.

La Colina Tributo había sido el último lugar creado por el espectro para Engel, como si todos los conocimientos obtenidos sobre el mundo real le hubieran permitido crear, finalmente, un lugar donde no abundaban las abominaciones naturales, donde el pasto no volaba y el agua no era sólida, donde las colinas no estaban hechas de un cristal que se derretía constantemente como el hielo: todos aquellos lugares parecían ahora un intento fallido del espectro por emular al mundo real.

El mismo Engel parecía también distinto en aquel reino. No tenía la silueta fornida del militar que era en el mundo real, si no que parecía permanecer más acorde a lo fuera años atrás, antes de ser reclutado, quizás, a cómo habría lucido de no haber entrado al ejército, de haber llevado otra vida, una diferente. Se le miraba más delgado, pálido y unos cuantos años más joven. Casi como el adolescente que había sido en Lútrades, cuando se escapaba de su edificio de apartamentos por las noches para verse con sus traficantes de implantes de confianza, mientras sus padres dormían.

La brisa de la colina le recordaba a aquellos días, cuando subía a la azotea de su edificio, a pensar, a perderse mientras los miles de autos voladores se paseaban entre los rascacielos cargados de neón. Donde en repetidas ocasiones había pensando en quitarse la vida dejándose caer desde lo alto: la última caída del ángel. Caer entre miles de luces, infinitamente rápido, acelerarse el corazón, gritar hasta encontrarse con el húmedo pavimento en las aceras, en las calles abajo. Pintarlo de rojo. El final del túnel de luz. El otro lado del agujero negro. Evitar el ahora. Cambiar la realidad. Tomar el control del todo.

El cielo del reino virtual era ahora de color magenta, moteado por nubes azuladas. A la izquierda de Engel, ahí, en aquel peldaño de piedra donde se encontraba sentado, se postraba en lo alto un gran círculo negro, masivo, como un eterno eclipse, y a su derecha, la luna de fuego, la que había visto en el mundo real, en medio del mar, durante aquella misión en el barco pirata. Ardiente, incandescente, ridícula.

—Ella es inteligente —dijo una voz masculina y sosegada a espaldas de Engel. Provenía del tributo, un conjunto de piedras azuladas, marcadas por extraños jeroglíficos resplandecientes colocados a forma de altar.

Engel asintió.

—Jessica es la única persona que ha visto a través de mí. Ella lo sabe —dijo—, la única que supo decir que no era un chico normal.

—Por supuesto que no eres normal —se mofó la voz—. Un adicto a los implantes de realidad virtual y otras drogas, con heterocromía en los ojos, hijo de dos

planetas, reclutado por el ejército contra su voluntad por una fuerza militar a manos de un loco enmascarado y con un hermano mayor muerto con el que platica a menudo gracias al pacto que hizo con un incomprensible espectro digital que habitaba en su cabeza desde su infancia temprana: ah, sí, bastante normal diría yo.

Engel, sentado en el peldaño, se giró levemente para ver en dirección a la voz por sobre su hombro, en dirección al altar de rocas extrañas.

—Entonces eso me hace especial ¿no es así, hermano? —dijo.

—Si a la casualidad se le considera especial —respondió quien se encontraba en aquel altar—, entonces sí: eres especial, hermanito.

Ahí estaba, el centro y la causa de todo. El ápice de la alegría y la locura. La causa primera y la causa final: Keiden Leckhert. O al menos, una versión holográfica de él. Sentado en posición de loto sobre el altar. Bañado por una cierta luz blanquecina que le daba una apariencia celestial, fuera de este mundo. El espectro digital, ahora autoproclamado Conquistador Binario, había cumplido. Esta era su parte del trato hecha realidad. El regalo ultimo hecho a Engel antes de partir, antes de abandonar finalmente su SNI: un Keiden virtual.

Poco o nada había dicho sobre su naturaleza, pero, entre Engel y el Keiden virtual mismo habían llegado a la conclusión de que lo había creado a partir de los recuerdos de Engel, pues el nuevo Keiden no parecía saber nada que Engel no supiera. Un almiar de memorias hecho ser gracias a su capacidad de transformar la realidad virtual. La negación de Engel

convertida en un patético intento de su hermano. A cambio de eso (y de dejar de ser acosado constantemente) Engel había aceptado el críptico trato del espectro a cambio de dejarlo ir de su cabeza, al parecer, por algún motivo, estaba atrapado ahí a menos que el propio Engel lo liberará, cosa que desconocía hasta que el espectro se lo hizo saber. Engel lo habría hecho a cambio de nada, pero el espectro ofreció justo lo que necesitaba en el momento adecuado: volver a ver a su hermano. La más grande pérdida.

Y Engel, siempre que lo necesitase, siempre que el mundo le agobiase, podía volver a su hermano. Visitar durante sus sueños aquel reino virtual donde le esperaba su hermano, sin necesidad de utilizar un implante RV. De nuevo tenía un hermano mayor que le aconsejaba y corregía, y gran parte de su éxito y cambio mental en la academia se lo debía a ello. Sumado al hecho de que el espectro, donde se encontrara ahora, no le atormentaba más desde lo profundo de sus sentidos.

—Especial o no especial aquí estamos —dijo Engel poniéndose de pie para caminar unos peldaños arriba hacia el altar de su hermano—, y tengo miedo. Dime que hacer. ¿Debería aceptar el plan de Jessica?

—Si te quedas aquí —dijo Keiden con su voz meliflua—, no podrás lograr mucho más de lo que ya has logrado, hermanito. Debes pensar en el todo. Más allá de nosotros dos.

—He logrado mucho aquí, ahora soy Engel el indulgente, la gente me conoce, escucha sobre mí.

—Te conocen... en Siera, algunos ¿...y en Virden?

—No me interesa Virden. Fueron los Noxistas quienes me alejaron de ti, Noxistas sieranos.

—¿No te interesa el planeta de tu propia madre? Eres mitad virdeano, Engel.

Engel se sintió de repente avergonzando y culpable. Desvió la mirada.

—¿Y que se supone que haga, entonces? —cuestionó con voz frustrada, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Matarlos? ¿así me daré a conocer ante ellos? ¿Cómo lo verá nuestra madre? Aún no se lo he dicho.

—Estabas predestinado a ello desde el momento en que fuiste reclutado. Ella lo supo desde que se le fue anunciado —dijo Keiden—. Un mal necesario, un sacrificio de expiación, un balance entre planetas. Si no pones fin al conflicto en Mender nunca encontrarán la paz. Creo que debes dejarte llevar por los eventos casuales que te han traído hasta aquí. El sistema es lógico, simétrico y algo bueno acontecerá si te aferras a tu línea de tiempo. No harás nada por el sistema si te quedas aquí, arrestando a simples piratas rebeldes. Debes terminar con el problema de raíz. Esta raíz yace en Mender, el planeta rojo, la cuna de todo mal. La causa de la conflagración.

—¿Y qué pasará con Virden si les derroto en Mender?

—Estoy seguro de que, una vez terminada la guerra, los planetas llegaran a un acuerdo, claro, uno impondrá su hegemonía total sobre el otro. Luego, ya veremos que hacemos.

—Eso no es balance.

—Es el único balance que los humanos conocen —dijo Keiden encogiéndose de hombros—. Siempre

deben estar unos por encima de los otros. Es la naturaleza humana. En la guerra no existe la victoria: solo distintos grados de derrota.

—No hay reino perfecto —musitó Engel, caminando en círculos por el altar.

—No los hay. No en uno donde reine el hombre como lo conocemos. Pero si los hay estables y sostenibles. Es eso o guerrear hasta la extinción. Solo nos tenemos a nosotros, ahora más que nunca con la presencia de la Gran Retención atrapándonos juntos. Tú decides, elige a que planeta le cederás la ambrosia.

—Está bien —dijo Engel convencido y decidido, dando paso por los peldaños de piedra rumbo abajo, para retornar al mundo real—. Pero prométeme que estarás conmigo, que no me abandonarás.

—Sabes dónde encontrarme.

Prognosis
Sírlen Mikxens.

Jardines del palacio Kent, Sector 3, Venassi.

Las plantas desérticas del jardín del señor Mikxens atesorado en las murallas bronce del palacio Kent estaban dispuestas de manera circular, en la periferia, con palmeras, plantas de agave, echeverrias y demás flora de tipo cactáceo, rodeando a un triángulo, en su centro, conformado exclusivamente por arbustos tuberosos de rosas del desierto de pétalos rosados. Su suelo, de arena y gravilla fina, seguía también dicho patrón circular, con las pequeñas piedrillas acumuladas y clasificadas decorosamente por colores; ambarinos, grisáceos y castaños. Con, además, piedras más grandes, blanquecinas y de forma ovalada, colocadas a intervalos regulares en torno al círculo.

Aquella tarde soleada, el señor Mikxens se encontraba acucillado en su jardín, atendiendo, específicamente, a las rosas que daban forma al triángulo del centro, en cuyo corazón se postraba una extraña losa de mármol de poco más de un metro de largo y medio metro de ancho. Sin epigramas a la vista: mármol puro, desnudo.

Alguien a su espalda carraspeó.

—¿Sí? —dijo el señor Mikxens, alzando su cabeza de brillante calva por el sol. Sin ver a la persona por sobre el hombro.

—Por fin le encuentro —dijo un hombre uniformado de la guardia, un sargento, enjugándose el sudor de la frente con la manga de uniforme—. Este palacio es enorme, más de lo que aparenta por fuera, y este jardín, un laberinto. ¿Es suyo?

El señor Mikxens, sin levantarse del suelo y sin verle a la cara, afirmó con la cabeza sacudiéndose el polvo de las manos.

—Es una maravilla —dijo el hombre viendo a su alrededor—, a mi esposa le encantaría, le felicito. — Luego se mostró curioso de las manos del señor Mikxens—. ¿No debería usar guantes?

—Nada que valga la pena se consigue sin sacrificio —dijo Mikxens con voz baja, cortante.

—Viendo lo que ha logrado aquí, no puedo rebatirle nada. Un jardín de este tipo requiere mucha dedicación y esfuerzo.

—La cantidad adecuada de agua —dijo Mikxens, haciendo un amplio ademán con sus manos por sobre tierra—, no mucha, no tan poca.

El hombre asintió, poniendo atención.

—El agua debe drenarse fácilmente —continuó diciendo Mikxens—. Los materiales deben escogerse cuidadosamente, no anteponer la estética ante la funcionalidad.

—Un balance.

—Sostenibilidad —dijo Mikxens viendo, por fin, al hombre por sobre el hombro. Las lentes de sus orbitas centellearon a la luz del día.

—Un equilibrio delicado.

—Y una barrera —siguió Mikxens, palpando la tierra—. Debe colocarse una tela especial, porosa, que

permita al riego pasar al terreno, y protegerle a la vez. Un filtro. Semi aislamiento.

El hombre se mostró interesado, y comenzó a caminar por el jardín, haciendo crujir la gravilla para acercarse a Sirlen Mikxens.

—Sería una pena que todo esto desapareciera —dijo, con voz seria, el rostro pétreo. El tiempo de charla había terminado: a lo que venía.

—Nada realmente natural —dijo Mikxens poniéndose de pie lentamente, apoyándose con una mano en su rodilla— perdura incólume al paso del tiempo. Si ha de maravillar, que maraville, si ha de perecer, que perezca.

El hombre comenzó a sentirse molesto por su subliminal indiferencia y barata filosofía sin final aparente. Jugaba al tonto con él.

—Sabe por qué estoy aquí, ¿verdad?

Mikxens pasó de él, acariciando los pétalos de las rosas mientras se adentraba en el triángulo que formaban, rumbo a la losa de mármol.

—Sé porque y por quien estoy yo aquí.

—Si usted no me escucha, nadie seguirá aquí —dijo el hombre, impacientándose.

Ahora Mikxens estaba de rodillas ante la losa de mármol, retirándole la fina capa de polvo de encima con sus propias manos.

—Estamos cuando tenemos que estar —dijo con un suspiro—. Se preocupa demasiado, deje que las cosas sucedan.

El hombre se adentró también en el triángulo, Mikxens frunció el ceño molesto por aquella acción, pero se contuvo mientras el hombre se acercaba pateando la gravilla con sus pesadas botas.

—Mikxens —dijo con voz dura—, un golpe de sector se está planeando.

—Dígame algo que no sepa.

—Desconocidos caminan por nuestras calles, extranjeros, cargamentos se mueven por las noches, entre las sombras, con las luces apagadas, varios puestos de avanzada se han divisado camuflados bajo las arenas desierto: nos están acechando, se están preparando, contagian a nuestra propia gente. Se afilan los colmillos y garras mientras nosotros no hacemos nada.

—No hay nada que pueda hacerse —dijo Mikxens poniéndose de pie, satisfecho. La losa resplandecía, limpia. Se limpió las manos en las ropas.

—Mucho puede hacerse —dijo el hombre entre dientes, rabioso, pero silencioso—. Mucho puede usted hacer.

—Ya le he dejado claro con anterioridad que no me gustan tales insinuaciones —respondió Mikxens, apretando los puños.

—Nadie en todo Venassi está tan cerca de los Nox como usted, Mikxens, cerca del, maldito sea, Makno Nox: sálvenos.

—Cuide su tono. Las decisiones han sido tomadas, poco o nada lograría una acción mía, además, según lo dice, el enemigo ha contagiado a nuestro propio pueblo en nuestra contra. ¿Salvarnos? Me parece más bien que quiso usted decir: “sálveme”. ¿Intenta proteger usted al pueblo o a su posición? Si Makno cae usted caerá con él y eso le quita el sueño por las noches, eso lo hizo venir hoy a perturbarme a mí y a mi jardín en horas ajenas a la jornada.

El hombre titubeó, ardido.

LAURENCE CASTILLO

—¿Cómo se atreve? —restalló—. Mi familia ha servido a la guardia de Venassi por generaciones, incontables generaciones, quien es usted para venir a acusarme de tal manera, de todas formas, ¿dónde se deja usted? ¿es que acaso piensa usted que no caerá junto a nosotros? ¿Se creé usted inmortal, inmune?

Mikxens caminó por el triángulo del jardín, devolviendo las piedrillas de color que el hombre había pateado a su lugar, empujándolas cuidadosamente con sus propias botas.

—Mi destino está ligado a los Nox —dijo—, así que sí, caeré con ellos.

—¿Está usted loco?

—Como le he dicho, las decisiones han sido tomadas, desde lo alto, nada puedo hacer yo para cambiar el destino de esta nación; ya no nos pertenece. La caída de Makno será un símbolo necesario. Un espectáculo. Él lo sabe bien.

El militar se llevó las manos a la cabeza, frustrado.

—Que lo entierren vivo —masculló dejando el lugar, pateando la gravilla.

—Mientras no lo hagan al lado de escoria como usted, bien —dijo Mikxens—. Fuera de mi vista, fuera de mi jardín.

—No sabe lo que hace —acusó el hombre alejándose, apuntándole con un dedo—. Nos ha condenado a todos, a nuestro futuro. Lo responsabilizo a usted directamente.

Mikxens guardó silencio, viéndolo alejarse. De pie en el laberinto floral, pudo ver, a lo lejos, a su amo observarle desde los ventanales del palacio: había estado observando todo el encuentro desde ahí. Le

hizo un gesto aprobativo con la cabeza y Mikxens se lo devolvió. Makno se mezcló de nuevo con la oscuridad de los ornamentados cortinajes. Mikxens se encogió de nuevo para continuar atendiendo sus plantas. Junto a la losa de mármol.

—Nuestra prognosis es inevitable, sin embargo, nuestro destino... —dijo en voz suave, para si mismo—, ... oscuro como es, es promisorio.

Promisorio, promisorio, le escuchó cantar el hombre mientras salía del jardín, aquello le perturbó y se estremeció cerrando la pequeña verja del jardín de golpe.

P romisorio, promisorio.

Caída la noche, Mikxens se encontraba envuelto en un cálido abrigo en uno de los antiguos túneles subterráneos del palacio. El lugar era húmedo y goteante, mohoso, y resonante. Estaba de pie ante uno de los conserjes de confianza de la familia, quien, a su vez, estaba encogido, en un compartimiento bajo el nivel del suelo, revisando un complejo mecanismo de tubos de apariencia añosa. Había una pequeña verja metálica abierta de par en par, por donde había accedido el pequeño hombre al lugar.

—Todo parece estar en orden —le anunció el grasiento hombre de barba poblada desde su posición—. ¿de verdad crees que sea necesario?

—Con certeza —dijo Mikxens—. Se acerca una tormenta.

—Pues, en ese caso —dijo el hombre encogiéndose de hombros— está listo. Solo se introduce al... sujeto en la recamara y se presiona

este interruptor de aquí. —Señaló el pequeño interruptor acoplado a la pared.

—Te lo agradezco, tu “pequeña” labor aquí cambiará el mundo.

—De eso yo no sé nada, Mikxens —dijo el hombre sencillo—, pero sí puedo decir que fue un dolor de cabeza poner todo este vejestorio a punto. El anterior señor Kent Nox ordenó construirlo, pero nunca se utilizó. Lo descuidaron, por supuesto.

—Si todo sucede como creo que sucederá, solo necesitaremos usarlo una vez.

—Ah, puede hacerse —dijo el conserje soltando un quejido de esfuerzo mientras salía del compartimiento. Mikxens se arrodilló para darle una mano.

—¿Qué hay de ti? —continuó el conserje, viendo hacia arriba, al alto señor Mikxens frente a él.

—El proceso conmigo será diferente, tengo mis medios, es Él quien me preocupa, y por quien has preparado esto, de nuevo: gracias.

—¿Sucederá pronto?

—Más de lo que nos gustaría, me temo. Estás avisado.

El pequeño hombre habilidoso sacudió la cabeza con evidente preocupación y juntos cerraron la pesada verja de metal que cayó encajando estrepitosamente en su ranura y salieron del lugar, perdiéndose en las profundidades del húmedo túnel.

La serpiente voyerista

Sitara Holloway

E. Alset (?)

La anemona en la pecera de Alset le disgustaba terriblemente, con su cuerpo gelatinoso, sus pequeños tentáculos moviéndose compulsivamente, su brillante piel multicolor: despertaba alguna o muchas fobias desconocidas en ella. No comprendía aquella afición de él a aquella cosa, pero, siendo honesta, no comprendía demasiadas cosas sobre él.

Tomó su abrigo que yacía aplastado sobre la gentil alfombra y lo lanzó a modo de carpa sobre la pecera, cubriéndola. También estaba aquella asquerosa serpiente robot, Vasuki (¿Qué clase de nombre era ese?) respecto a ella no podía hacerse nada, sin embargo, esa mañana no había rastro de ella, para su alivio. Ahora era él quien hacía sonar la regadera del otro lado de la puerta.

Sitara se lanzó de espaldas sobre la cremosa cama blanca a esperar su turno, sintiéndose agraciada, percibiendo las suaves sabanas besar su piel. Robots jardineros volando de aquí a allá como colibrís en el paisaje residencial de la gran ventana. La vida era bondadosa ahora con ella; era joven y hermosa, aún a aquella hora del día, recién levantada, con el maquillaje corrido, día y noche bella; tenía un buen empleo, el mejor que pudiera tener, y lo tenía a él, uno de los hombres más importantes de Siera, no, del sistema. Ya no pasaba hambre, o frío... Se estrujó en las sabanas olvidándose de aquel pasado con una

sonrisa en el rostro. Qué afortunada era. Ropa, viajes, reuniones importantes con comida y muchos números, habitaciones como aquella... un hombre que la amaba... ¿La amaba?

De repente abrió los ojos y se giró en la cama para reposar sobre su vientre, sosteniéndose la quijada con ambas manos, pensativa, sacudiendo sus finos pies en el aire. ¿La amaba? Miró en dirección a la puerta del baño. Siempre tardaba tanto en la regadera. Se preguntó cómo sería realmente, tras esa estúpida máscara que llevaba siempre. Se lo imaginó allí adentro, bajo el agua, desnudo. De repente se dijo que no tendría por qué imaginarlo, sintió un impulso. Vio en dirección a la puerta del baño otra vez, con pretensión. El famoso, y, sin embargo, críptico Alset estaba a tan solo unos cuantos metros, el verdadero, el real. El secreto de su verdadera identidad tras una frágil puerta, bastaría girar el picaporte y...

Se habían prometido respetar el pasado, no hacer preguntas que el otro no creyera conveniente responder, pero... la mujer sintió que merecía más, se sintió tentada. La idea de desobedecer a su hombre le resultó casi orgásmica (y eso que no había rastro de la serpiente a la vista: esta vez no podría ser culpada).

Levantó su esbelto cuerpo desnudo de la cama y caminó con sus pies descalzos hacia la puerta con sumo sigilo. Colocó el oído en la puerta: nada, solo agua. Puso su mano en el frío picaporte y este no opuso resistencia alguna, ni siquiera había puesto el seguro. Tanto confiaba él en ella. Se sintió un tanto culpable, pero el deseo se sobrepuso. Espió a hurtadillas por el pequeño espacio abierto de la puerta, asomando solo la mitad del rostro. Pudo ver la

silueta masculina difuminada tras la caja de cristal esmerilado que era la regadera al otro extremo del baño. Enjugándose, sin hacer movimientos bruscos, casi quieta. Por un momento pensó en quedarse ahí, observarlo de lejos, que no se diera cuenta, pero, al dejar caer la mirada sobre el lavamanos adyacente a la puerta pudo ver el pequeño aparato de holomascara que portaba él siempre en su oreja.

Así que no lo llevaba puesto, así que él verdadero hombre que había aprendido a amar estaba ahí, tan cerca, en la caja de cristal. No pudo contenerse, se adentró en el lugar cerrando la puerta suavemente a su espalda. Era lo más parecido a la emoción que sentiría alguna doncella a poder volver finalmente a su caballero tras mucho tiempo, tras volver de alguna batalla en algún valle lejano: quería verlo. Deseaba verlo. Su nuevo capricho. Su nueva tentación. Él no había advertido su presencia allí, por el ruido del agua corriendo quizás. Ella se mordía el labio mientras caminaba casi sobre la punta de sus delgados y bien arreglados pies. Sintió su pecho agitarse a medida de acercaba.

Fin del trayecto, ahora solo los separaba la fina puerta empañada de la ducha. Podía ver su silueta más alta que ella muy de cerca. Debía de estar realmente ensimismado en sus pensamientos, que seguro no eran pocos.

Colocó la mano en la superficie esmerilada y rugosa de la puerta y la empujó con ligereza. Ahora pudo ver el suelo de la regadera, el agua corriendo en un torbellino al desagüe... sus glúteos... ¡Un golpe! La puerta de la regadera se detuvo de lleno. Él la sostenía ahora desde el otro lado con firmeza,

deteniéndola a medio abrir, aún oculto tras el cristal goteado y empañado.

—¿Qué estás haciendo? —dijo él, con cierto enojo en el tono, pero, sosegado como siempre.

La voz de siempre, y, a la vez... tan distinta. ¡Sí! La holomoscara filtraba también su voz. La modulaba sintéticamente. Sí, ya había soñado antes con escuchar su verdadera voz. Quizás por eso, a pesar de su enojo, no pudo él alzarla, por miedo a que ella pusiera mucho reparo en ello: demasiado tarde, el detalle no escaparía a la mujer.

—Quería estar contigo —dijo ella intentando crear un ambiente casual—, me estaba aburriendo ahí afuera, bebé: tardas demasiado en la ducha, como un niño púbero que se explora a sí mismo, ¿necesitas ayuda con ello?

Vaya que se exploraba, pero de distinta manera.

—Esto es innecesario. Sitara, por favor, vuelve afuera.

Ahora su voz era casi un susurro incómodo. Aquella voz, aquella voz, aquel acento... ese acento casi extinto en su voz, disimulado, quizás. Su mano continuaba haciendo presión al otro lado de la puerta, impidiendo que entrara. Ella la dejó ir entonces, cerrándola, pero, para extrañez de Alset al otro lado, no se dio media vuelta y se marchó, sino que posó las manos y la mejilla izquierda en el cristal húmedo. Ella, sintiendo el frío en su mejilla, parpadeó y, sin más, le preguntó con claridad

—¿Me amas?

Él dio un paso atrás, bajo el agua, viendo su borrosa silueta desnuda aferrada a la puerta semi translúcida. Silencio, solo el agua golpeando el suelo y

mucho vapor. El espejo en el lavamanos estaba completamente opacado. Ella esperó.

—Eres importante para mí —se limitó a decir.

A ella eso le bastó, era algo. Le conocía. Podía haber sido peor, sin embargo, sonrió: ya sabía a donde pertenecía aquel acento: Venassi... Ahora sabía algo sobre él, un detalle importante que pocos conocían. Rápidamente hizo las ilaciones lógicas. Ella era inteligente y trabajaba a diario con él.

—Oh, por todos los cielos —exclamó—: ya sé quién eres.

Él deglutió, estupefacto, sin saber que decir. Otro rato de silencio.

—Dime quien soy, entonces —dijo finalmente, probándola.

Ella se desligó del cristal y se irguió firme frente a la puerta.

—Sé bien que el mundo te ha hecho tanto mal —dijo ella suavemente y comenzó a escribir con el dedo índice en el cristal—, pero yo no. Soy tu amiga, soy tu amante, soy tuya. Te soy fiel.

Para cuando terminó de hablar las dos iniciales de su nombre estaban marcadas en el cristal. Un tanto borrosas, como su significado mismo. Eran las letras correctas. Así que lo sabía, de verdad lo sabía. Se sintió expuesto, tan fácil de descifrar. Ella era su llave. Ambos se acercaron al cristal, tan cerca que la forma de sus rostros era casi observable a través.

—¿Sin palabras? —dijo ella, orgullosa—. Demasiado tarde para guardar silencio... tu acento ya te ha delatado. Es realmente interesante que haya perdurado por todo este tiempo a pesar de que estas ahora tan lejos de ello, en todo sentido.

LAURENCE CASTILLO

—Mis raíces, mi nombre —dijo él— son un legado eterno.

—No tienes por qué estar tan solo.

Ella tomó de nuevo el asidero de la puerta, comenzó a deslizarla.

—¡No! —espetó él, deteniéndola, de nuevo.

Ella susurró su nombre, de forma hablada por primera vez, ya hace tanto tiempo que él no escuchaba a alguien pronunciarlo, tanto que comenzaba a olvidar quien era realmente, y finalmente ella dijo:

—Ya he entrado en ti.

Las palabras clave, la contraseña a su persona. Ella estaba reviviendo tantas cosas en él, tantas cosas que había suprimido. Había pasado tanto tiempo sintiéndose literalmente una máquina. La dejó entrar. Ella no se apresuró, deslizó lentamente la puerta, revelando poco a poco el rostro de su hombre.

—...

Ella movió sus ojos de un extremo de su rostro al otro, examinando cada facción.

—Maldita sea —dijo con asombro—, eres tan hermoso. —Acarició su masculina quijada con la mano. — ¿Has perdido la cabeza?, ¿Por qué vas por ahí ocultando esta obra de arte al mundo?

—Esta carne no significa nada, no trasciende, se degrada, no perdura... y lo que llevo por dentro esta corroído... ¿Qué tengo yo que presumir al mundo?

—¡Mucho! Eres Alset, has creado tanto, has aportado tanto al mundo, eres importante.

—Exactamente, Alset, no yo. Yo soy odiado, llevo la sangre de muchos en mis manos, y la carga de una nación entera en la consciencia. Yo no debería existir. Debí haber muerto aquella noche junto a él. ¡Alset es

mi absolución! No necesito ser yo, Sitara, no soy nadie, soy un fantasma, uno que debe ser cazado.

Ahora estaban desnudos el uno frente al otro. El agua corriendo sobre él, goteando ligeramente en los senos a ella.

—No es así.

—¿Tienes idea de cuantos pagarían por verme muerto? ¿por ver mi cabeza empalada en una plaza de Venassi? Soy el máximo desertor y probablemente seré mencionado como un demonio, como una bestia en las escrituras de una nueva religión futura a mil años de ahora.

—Huye, entonces —rogó ella—, huyamos juntos siendo lo que realmente somos, uno para el otro, no fingiendo más.

—Se suponía que sería un salvador, era lo que se esperaba de mi alguien con mi nombre: un mesías.

—Eres un hombre —dijo Sitara firmemente—, un gran hombre. No hay más realización que esa. Somos simples humanos, es a lo más que podemos aspirar. Eres un humano perfectamente imperfecto.

—Hay más —refutó él—, mucho más. A diferencia de ti, las cosas compradas no me bastan. No puedo comprar una nueva conciencia, como tampoco puedo comprar un pasado distinto.

—Pero si un mañana, un destino, ya lo has hecho.

—Lo que sea que esté por venir —dijo él—, no lo he comprado, me lo he ganado. Lo he construido con mis propias manos.

Sitara lo tomo de las manos.

—Construyamos juntos entonces —dijo aferrándose ahora a su pecho varonil. Recibiendo el agua junto a él.

Una larga pausa relajante y silenciosa...

—¿Sitara?

Ella, ahora entre sus brazos, abrió los ojos.

—¿Sí?

—Te amo.

Permanecieron ahí entonces largo rato bajo el agua. Ella con los ojos cerrados y una sonrisa de regocijo en el rostro, él, con la mirada perdida en la nada, pensando. Parpadeando cada cierto tiempo cuando alguna gota de agua le incomodaba.

Y... mientras tanto, sin que lo imaginaran, en aquel momento en la habitación de dormir contigua, la serpiente Vasuki se retorció adherida a la pared. Se revolvía, encogía y estiraba de una forma realmente asquerosa sobre la pared, enviando ondas sonoras para escuchar la plática de los dos amantes naturales al otro lado. Los ojos centelleándole en rojo vivo. Parecía seriamente disgustada, y siseaba sin parar. Especialmente cuando aquella mujer tomó las manos de su amo. Luego se detuvo, se calmó y reptó hacia abajo, al suelo. Allí reptó por toda la alfombra, siseando con fervor, para finalmente perderse en la oscuridad bajo la cama... El siseo serpentino se ahogó en un clic mecánico. Maquinal. Frio.

Esa tarde se la guardaron para ellos mismos, dejaron a AMBROS, a Mender, al consorcio, a todo de lado por una vez. Sitara volvió a hacer reservaciones para la cena que habían post puesto días atrás en un exclusivo restaurante en la ciudad. Abordaron el coche volador frente al jardín de la casa de Alset y recorrieron la metrópolis de Lútrades I pintada de naranja atardecer. Las luces comenzaban a

multiplicarse en las estructuras. Ella vistió un vestido blanco, holgado y casual, con los hombros expuestos que contrastó con los trajes oscuros y elegantes que solía usar siempre. Escaso maquillaje, algo de delineador, brillo de labios, nada más. Alset se mostró, a su vez, relativamente, más casual y solo llevaba un saco sobre una camisa blanca sin corbata. La holomascara apenas le cubría el rostro dejando a la vista todo su cabello.

Sentada a su lado en la cabina ella lo tomó del brazo. Pudo verlo por el rabillo de ojo jugando con aquella Lanza de Termes que llevaba de un lado a otro, ahora enroscada en su muñeca derecha, desde allí caía, colgando, y el jugueteaba con ella en la palma de su mano. Sitara no le dio más importancia, decidió que era tema para otro día. Vivía atado a esa cosa. Ella, como la mayoría en aquella era, no era mucho de religiones, de dioses, pero... ¿no era otro dios en el que se creía en Venassi? En aquella serpiente dragón, Enrid. Ese pensamiento le recordó la serpiente guardaespaldas de Alset... una serpiente... le cuidaba, a sus pies, a su servicio. ¿Había relación? Sacudió la cabeza, estaba divagando demasiado.

Miró a su izquierda, por la ventana, y vio ahí al dron de seguridad volando a su lado. Le impresionó a una especie de murciélago o mantarraya, con sus alas, pico y un par de ojos brillantes. Le perturbó en cierto modo, pero rápidamente se dijo que era necesario, después de todo, eran personas importantes, necesitaban protección. La idea le agradó.

El restaurante estaba localizado en un gran disco naranja posado en la cima de un rascacielos. La gente

como ellos no acostumbraba bajar a los niveles más bajos de la ciudad, a las calles, allí abajo donde todo se perdía en una nube volumétrica de humo pintada de colores por el neón. Como un gran algodón de azúcar. Aserizaron en la azotea privada del restaurante y fueron recibidos y orientados con un trato de cinco estrellas. El tratamiento de estrellas.

Su mesa daba a una gran ventana, a la orilla del gran disco. Sitara, emocionada, como Alset nunca la había visto, aceleró el paso al balcón para disfrutar de la vista. Él se sentó tranquilamente a la mesa. Viéndola.

—Se ven tan pequeños desde aquí —dijo Sitara viendo con rostro sonriente el hormigueo de vehículos y personas abajo.

—Nosotros no nos veríamos más grandes que ellos —dijo Alset bebiendo de una copa— si decidieran alzar la vista hasta aquí.

Sitara frunció el ceño ligeramente ante su comentario aguafiestas.

—Bueno —dijo dejando su pequeña cartera blanca sobre la mesa mientras se acomodaba en su silla—, eso no sería conveniente.

—Depende de la perspectiva. Te sorprendería lo fácil que es caer desde lo alto. Creer que eres el rey de todo. Que eres intocable. Lo único que nos separa de ellos es este pedazo de concreto y metal sobre el que estamos sentados y... su falta de voluntad.

Sitara bajó la mirada, ahora se sentía mal por él. Recordó lo que era él en realidad, olvidó por un instante que Alset era solo una ilusión. Se había acostumbrado ya a verlo de cierta manera. Los

matices de su personalidad habían transmutado ahora que le conocía de verdad.

—¿No hiciste tú lo mismo? —dijo Alset—. Ver hacia arriba.

Sitara le vio con asombro.

—¿Olvidaste de dónde vienes, talvez? —continuó Alset—. Solo con observarte, con escucharte, puedo saber que tu vida no fue siempre fue siempre color de rosas.

—¿Me has investigado?

—No —dijo él tranquilamente, dando otro sorbo a la copa—, realmente que no. Solo he juntado las piezas, como lo haces tú.

—Supongo que es lo justo —dijo ella tomando su propia copa—. Es lo menos que puedo hacer por ti: te lo debo.

—No tienes que hacer nada que te incomode. No estás obligada a revivir un pasado que decidiste enterrar. Guarda tus secretos, son tuyos, si es lo que quieres, no me molesta.

—Pero tú... eso me convierte a mí en una asalta tumbas.

—Mi pasado no está enterrado, cargo con él todos los días.

—Yo también tengo mi carga —declaró ella, colocándose una mano en el pecho—, no eres el único que ha hecho sacrificios aquí.

—No dije que no la tuvieras.

—¿Entonces?

Él suspiró.

—Quiero decir —dijo—, que es perdonable, yo, por mi parte...

—¡Nada de lo que ha ocurrido es tú culpa!

LAURENCE CASTILLO

—Lo es.

—¡No! No eres heredero de una culpa —dijo Sitara—. Y aunque así lo fuera: te has redimido.

Él no dijo nada, desvió la mirada a la ventana, apoyando el codo izquierdo en el alfeizar. Viendo la hiperaguja, en el horizonte, con su fulgor azul eléctrico.

—No lo suficiente.

—Aún no has terminado.

Alset se sonrió tras la máscara, luego la vio a los ojos.

—No, no he terminado —hizo una breve pausa, se lamió los labios—. Di mi nombre otra vez.

—¿Qué? —respondió Sitara viendo alrededor—, ¿aquí?

Él asintió.

Nadie, en aquel íntimo lugar de luces bajas y acogedoras, charlas de negocios, o bien, cuchicheos románticos y armoniosa música en vivo pudo escuchar aquel susurro: solo él.

—Bien... —dijo él, como disfrutando lo que había escuchado tanto como el trago que saboreaba con su boca.

Disfrutaba genuinamente de escucharlo, decirlo, con la voz, con la boca de labios deliciosos de aquella mujer. No mediante bits de información por SENI. Era... liberador. Fresco. Renovador. Al final de cuentas, era un hombre como cualquier otro, débil, deseoso, lujurioso de la mujer. El poder de la mujer tenía sus efectos también sobre él, no era todo maquinas en su interior, pero, a diferencia de la mayoría, él se sabía controlar. Canalizar sus energías. Evitar convertirse en un ser movido por el deseo de

copulación como ultima meta. Podía haberse perdido en mil mujeres, pero ninguna le había llegado como lo hizo Sitara. No como ella.

Volvieron a su casa faltando cuarto para la medianoche. Alset, por la dificultad con la que Sitara se bajó del vehículo, supo que quizás, se había pasado de copas. Estaba bastante alegre, sonriente, y con las mejillas sonrojadas. Ahora sus sandalias de tacón no estaban calzadas en sus pies, sino colgando de la mano de Alset. Ella se aferró a su brazo.

—¿Qué? —preguntó ella, por como él la miraba mientras caminaban por el jardín hacia el vestíbulo de la casa—. ¿Nunca habías visto a una mujer bien festejada?

—A ti no.

—¿Y qué hay de ti? Te vi beber toda la noche y aun así estas sólido como una roca.

—He bebido lo suficiente.

—¿Alguna vez has estado ebrio? —interrogó ella, jugueteona, toqueteándole las costillas—. ¿Drogado?

Alset no pudo evitar mostrarse algo tenso, renuente a responder aquella pregunta. Hizo una pausa notable para ella.

—No.

—¿Seguro? ¿nunca? ¿Con ningún tipo de sustancia?

Ahora daban medidos pasos por los peldaños hacia la puerta del moderno cajón gris que era la casa.

—Nunca —insistió Alset mientras la seguridad por inteligencia artificial de la casa les comprobaba.

La puerta les cedió el paso y entraron. La casa era amplia e impresionaba vacío y esterilidad. Con

suelos reflejantes donde no se dibujaba pisada alguna y muebles y mesas de maderas finas y vidrio sin una tan sola huella digital impresa en ellos. Toda la casa era atendida por la IA y sus pequeñas maquinas. Alset soltó los zapatos de Sitara a un lado de la puerta y caminó hacia la sala de estar retirándose el saco. Las luces se iban encendiendo a medida que él avanzaba por el lugar. Sitara permaneció un rato en el vestíbulo frotando sus pies en la parte alfombrada. Para entibiarlos y limpiarlos, le agradaba la sensación. Estiraba y encogía sus bonitos dedos sobre esta.

—Alset es siempre tan rígido —dijo en voz alta mientras hacia aquel ritual—. Su mente no debe ser nunca perturbada. Un templo que no debe ser violentado.

Su voz resonaba en la gran casa vacía. Por las últimas palabras que había usado, y por los ecos, sonaba como si de alguna clase de sermón religioso se estuviera dando en el lugar.

—La necesita —dijo él, tras ordenarle a la IA que encendiera la chimenea artificial y se giró hacia Sitara. Le extendió los brazos, vistiendo ahora solo la camiseta blanca de mangas recogidas hasta los codos, pidiéndole que se acercara.

Ella, desde lo lejos, hizo un gesto.

—¿Qué sucede? —se preguntó él— Ah, lo olvidaba.

Su holomascara, que en aquel momento recordaba al bien formado rostro de una estatua humana tallada en mármol, seguía activada: ya no la necesitaba, no ahí, no con ella. Los malos hábitos son difíciles de eliminar. Dio la orden al pequeño aparato

en su oreja y la ilusión desapareció. Ahora podía verse su verdadero rostro, medio iluminado, por un lado, sombreado por el otro, debido a la luz naranja de la chimenea.

Sitara inclinó la cabeza, conmovida, y se acercó a él.

—¿No está esa horrible serpiente por ahí? —dijo mientras se acercaba, con cautela.

Alset rio.

—No, le he pedido que nos deje solos.

—¿Le pides las cosas..., o se las ordenas?

—Accede, comprende, sin cuestionar, es lo que importa.

—¿Y a mí? ¿me pides, o me ordenas?

—¿Qué crees tú? —preguntó Alset, arqueando una ceja.

—Un poco de ambas, quizás —dijo ella, merodeando entre los muebles de la sala, a paso suave y sensual; felino, deslizando un dedo de uña larga sobre el respaldo de un largo sillón de cuero—, depende de la situación. Ahora mismo, esta noche, me atrae lo segundo, jefe.

Él se sonrió.

—Lo que te haga sentir cómoda.

—¿Sabes que me haría sentir cómoda? No tener a esa serpiente cerca. Enserio, me da escalofríos, aun cuando no está, siento que se esconde por ahí, observándonos.

—Te prometo que no está espiándonos.

—Has creado una serpiente voyerista.

Alset no contuvo la risa.

—Su propósito no es el de satisfacer un fetiche. Su asedio le fue programado.

LAURENCE CASTILLO

—¿Siempre estás hablando con esa cosa?

—Sí.

—Qué asco.

—Me cuida —dijo Alset recibiendo a Sitara en sus brazos.

—No la necesitas —dijo ella—, me tienes a mí.

—Ella me da otro tipo de cuidados.

—¿Cuáles? —preguntó Sitara, desafiante.

—¿Tienes visión de rayos X?

—No.

—¿Puedes disparar letales cuchillas de titanio desde tu boca con precisión asesina?

—Tampoco.

—Bueno, esa clase de cuidados.

—Pero puedo hacer esto con mi boca —dijo Sitara abalanzándose sobre él. Besándolo, tumbándolo en el suave mueble de al lado. Luego, muy agitada, sentada a horcajadas sobre él, comenzó a despojarse del vestido blanco. Pasó lo que tenía que pasar. Esa noche, a la luz de la chimenea, él la hizo suya otra vez.

Tras un rato yacían desplomados uno encima del otro, sudorosos, respirando profundamente. El acto había sido consumado. Ella con la cabeza reposando en su pecho, contenta. El cálido lugar estaba repleto de sombras alargadas proyectadas desde el fuego de la chimenea artificial.

Alset le anunció a Sitara que se movería y la retiro de encima con delicadeza. Se puso de pie y se estiró los músculos ante la fogata y Sitara, acurrucada en el sillón observaba su desnuda silueta masculina muy enamorada. Él le preguntó que se le apetecía de beber y tomó camino a la cocina. Cruzó un gran

umbral rectangular hacia el lugar mientras vociferaba ideas frescas sobre nuevos proyectos. Apasionado. Su cabeza había vuelto al trabajo. Sitara le escuchaba con pobre atención, encantada todavía en el estado post orgasmo y se limitaba a asentir a todo lo que él decía a gritos desde la cocina.

El mueble sobre el cual habían hecho de las suyas estaba ahora demasiado tibio, y húmedo para su gusto, y las ardientes llamas de la fogata no ayudaban. Así que se levantó ella también, estirándose y dejó caer en el fresco mueble unipersonal de al lado. Soltó un alarido ahogado. Algo, algún objeto metálico en el sillón se le había clavado en la espalda baja. Frio y doloroso. Pensó rápidamente en la maldita serpiente. Alset seguía hablando solo en la cocina. Se giró desesperadamente en el asiento y buscó con la mano ciega, a oscuras: era su pequeña cartera. De escarcha irisada y cierre metálico. Sitara, molesta, giró los ojos y la lanzó con descuido hacia un rincón, sin embargo, el golpe que provocó esta al golpear la pared, a un lado de la chimenea le sonó curioso: hueco, acartonado. Sitara vio por sobre su hombro derecho en dirección a la pared. Estudiándola.

La fachada de la casa era firme, los muros parecían tener el grosor de una muralla, de un bunker sólido, robusto. En algo había golpeado su pequeña cartera, con algo se había topado, pero ¿qué? Se puso de pie y caminó lentamente hacia la pared, con la cabeza inclinada. Alset le preguntó si estaba escuchando, ella le tranquilizó. Puso ambas manos en la pared, por allí donde seguramente habría golpeado la cartera que ahora yacía en el suelo, brillando a la luz de la chimenea.

Estaba oscuro, apenas una suave iluminación de llamas. Pero lo sintió. Pudo palpar una muy oculta línea de separación en la sólida pared. Como un segmento separado. Le siguió con la mirada. Alto y ancho como una puerta, adecuada para un hombre adulto. Deglutió. Miró atrás suyo, asegurándose. Golpeó con los nudillos, suavemente; hueco. Comparó en distintos lugares. Sólido, solido, hueco, hueco, solido de nuevo.

Se perdió en aquella pared criptica, extrañada. ¿Podría ser? ¿tenía aquel hombre más secretos? Se sintió traicionada. Sacudió la cabeza. No, no; estaba siendo paranoica. Seguro se trataba de algún panel eléctrico, o algo así. Algo sin importancia. Pero... ¡Una mano en su espalda! Ella se giró muy asustada.

—¿Qué estás haciendo?

Alset estaba devuelta, con dos copas entre los dedos de su mano izquierda, con mirada crítica, fría, suspicaz.

Sitara titubeó.

—Yo... Yo... —rápidamente decidió que sería mejor no hacer preguntas, fingir—. ¡Mi cartera! —improvisó rápidamente— así que aquí está —dijo agachándose para recogerla—. Pequeña perra.

Él permaneció ahí, quieto, extrañamente quieto, con mirada incrédula. Tanto que Sitara tuvo que tomar el control de la situación. Tomó una de las copas de su mano y le hizo sentar, haciendo lo mismo ella sobre sus piernas, dándole de beber. Divagándolo, hechizándolo con sus labios; funcionó. Ahora estaba hablando apasionadamente del trabajo. Sitara escuchándolo, asintiendo con interés, viendo, de vez en cuando, de reojo en aquella dirección. En dirección

EL TECNOMESÍAS

al panel oculto en la pared. Algo le decía que no había simples fusibles ahí. Algo era ocultado ahí... la tumba de otro secreto.

Los malos hábitos son difíciles de eliminar.

Acido cerebral

Engel Leckhert

Nixon Kuiper

Les llamaron de un día a otro sin mucha ceremonia. El SENI les había despertado a las tres de la madrugada ordenándoles vaciar sus casilleros y abordar el elevador número seis en un máximo de veinte minutos. Engel y Dylan, un tanto adormitados, con sus bolsos militares de lona colgándoles del hombro, miraban el indicador de pisos del elevador descender a niveles subterráneos antes inaccesibles para ellos. Cuando este alcanzó el fondo con una ligera sacudida, esperaron, quizás por la hora, encontrarse con otro laberinto de pasillos fantasma al abrirse la compuerta deslizante ante ellos, sin embargo, para su asombro, fueron deslumbrados por el fervor de la actividad a aquellas tempranas horas en el laboratorio subterráneo de AMBROS.

Las instalaciones estaban dispuestas en una forma romboidal, encontrándose ahora ellos en uno de sus ángulos inferiores, con una amplia y alta vista del lugar desde unas panorámicas ventanas de vidrio templado. Técnicos en blancos trajes oficiando de un lado a otro entre maquinas que manipulaban aparatos o piezas robóticas sin forma o significado alguno para Engel, girando y retorciéndose como tentáculos mecánicos; un racimo de cabezas humanas conformado por los múltiples programadores de mono

gris conectados a terminales separadas por cubículos unipersonales en un rincón, un tanto apartados de las máquinas.

El SENI continuó dirigiéndolos por las instalaciones, nadie les había recibido personalmente, todo eran instrucciones con símbolos y flechas manifiestas mediante realidad aumentada en su interfaz. Recorrieron uno de los pasillos que conformaban el gran rombo de instalaciones y llegaron a sus habitaciones. No más barracas y literas con compañeros ruidosos y gaseosos; ahí cada quien tenía su propio dormitorio personal, algo pequeño, pero propio e íntimo a final de cuentas. Dylan se introdujo al suyo rápidamente, conforme, y Engel lo vio lanzarse sobre su cama antes de que la puerta automática se cerrara ante él. Continúo caminando hasta el suyo. Su nombre se mostraba sobre la puerta, también mediante realidad aumentada, con letras en relieve. El dormitorio estaba oscuro, una pequeña cama de sábanas blancas perfectamente arreglada, sin ninguna arruga. Un guardarropa, un pequeño escritorio con una lámpara encendida, y una puerta que daba al pequeño baño. Engel soltó el bolso de lona verde militar sobre la cama y se paró con las manos en la cadera en el centro de la habitación a asimilar el lugar. La tranquilidad y soledad le recordó su habitación en Lútrades. Decidió recostarse un rato, pero, en cuanto su nuca hizo contacto con la suave almohada una gran notificación brotó en su interfaz:

“NUEVOS RECLUTAS PRESENTARSE A LA SALA DE EQUIPOS CUANTO ANTES.”

Estos sujetos no están jugando, se dijo Engel levantándose de la cama y salió del dormitorio arreglándose el cuello del mono azul marino. Al salir al pasillo se encontró con Dylan haciendo lagartijas justo ante su puerta.

—Ya era hora, pasmado —dijo, irguiéndose de un solo brinco, enérgico—. Desde ya me estás atrasando.

Pero si la notificación apenas había llegado...

Al parecer todo el personal estaba ya ocupado en sus puestos, porque, de nuevo, trotaron por pasillos desolados dirigidos únicamente por las ordenes y flechas fantasmas del neuroenlace. A pesar de que ya les habían hecho firmar un acuerdo de confidencialidad digital, una voz masculina y severa les iba repitiendo en su cabeza que nada de lo que ahí vieran o escucharan debía salir de sus bocas, o de su sistema, que sus SENI serían vigilados, monitoreados, filtrando el uso de determinadas palabras clave que se vincularan a la diseminación impropia de información militar confidencial ultrasecreta, que se les consideraría como traidores a la nación y que serían aplastados por todo el peso de la ley del consorcio.

El trayecto de flechas flotantes terminaba en una gran compuerta doble. Una estructura circular giró en ella al desbloquearse dándoles paso. Dylan parecía excitado. Recorrieron adentro un corto pasillo que daba a una pieza repleta de casilleros. Sin embargo, de nuevo, no había nadie ahí, y la voz les ordenó inmediatamente desplazarse a una serie de pequeñas compuertas cromadas a un extremo del lugar. Seis en total; la numero uno asignada a Engel, la sexta a Dylan, el resto estaban deshabilitadas.

A Engel le llamó la atención la ausencia absoluta de casilleros de armas. Las pequeñas compuertas neumáticas que impresionaban a un cilindro cromado incrustado en la pared se abrieron ante cada uno de ellos. Adentro el espacio era reducido, sensación que se acrecentó cuando la pequeña puerta se cerró a sus espaldas, ahora estaban completamente separados el uno del otro.

Unos pequeños faroles de luz se encendieron enfrente, liberando de la oscuridad lo que parecían ser las espaldas de un imponente traje esqueleto abierto, esperando a que su usuario se introdujera en él. Engel estaba acostumbrado ya a embutirse en prototrajés pero aquellos no necesitaban de tantas máquinas para su preparación. Este era diferente. A la vista, Engel supo que se trataba de algo muy superior a todo lo que él, o cualquier otro cosmosoldado hubiera usado antes.

Desde ahí, Engel no pudo apreciarlo bien, todo lo que veía era el interior abierto del traje llamándolo a entrar.

—Está usted en presencia de su nueva “armadura” —le dijo a su SENI la voz del mismísimo Coronel Odalnier—. Ha demostrado usted estar apto para inaugurar junto a su equipo la nueva era de combate militar especializado por SNI. Demuestre su valía.

La comunicación se cortó sin más. Todo estaba pasando tan rápido que Engel no pudo evitar sentirse un tanto abrumado. Una vertiginosa madrugada. Ahora el neuroenlace le ordenó retirarse toda la ropa e introducirse en el traje. Engel lo hizo con tanta ligereza, saltando en un pie y el otro para retirarse el

pantalón, que una de sus prendas cayó al suelo, desde el perchero donde les había dejado colgando.

Se acercó al traje, parecía cómodo y diseñado para pasar ahí por largos espacios de tiempo. Introdujo con cuidado una pierna, luego la otra, tembloroso, y luego dejó que el traje absorbiera el resto de su cuerpo. Las espaldas del traje se cerraron bruscamente apretándole en un acolchado interior con satisfactorios ruidos mecánicos. Un orgasmo auditivo al aficionado de la mecánica moderna. El casco se acopló perfectamente a su cabeza. Su interfaz comenzó a enlazarse con la del traje. Una ráfaga de pantallas y comandos se aparecieron ante sus ojos. A Engel le costaba seguirle el ritmo.

Bienvenido al Traje Armadura de Tundra (T.A.T.), anunció una voz. Enlazando a usuario, espere... Engel movió los ojos de un lado a otro, parpadeó. “Usuario detectado: Engel Leckhert, advertencia: excepción detectada” ¿Excepción? “Cargando perfil de usuario personalizado... listo.” ¿De qué estaba hablando? ¿era aquello normal? “Técnico asociado: Nixon Kuiper” pudo leer Engel en una esquina de la pantalla. La cámara en la que estaba el traje hizo un brusco movimiento acompañada de un estruendo mecánico, ajustándose. Engel se sintió como una sardina enlatada siendo sacudida desde afuera. Sintió la gravedad del movimiento, como si de otro ascensor se tratara. Se detuvo, otro giro brusco sobre su eje. Ahora una pantalla de selección se formó en la totalidad de su interfaz.

“Registro de Diacono personal 2.0”

La figura tridimensional del pequeño robot asistente se le apareció, en aquel estado basal parecía un simple dron ciclópeo con la forma de un polígono flotante, orbitado por otros fragmentos poligonales en turno suyo. Extraña tecnología, los diáconos.

¿Diacono? ¿ya? ¿aquí?, pensó Engel. Luego se percató de que en la esquina superior de la pantalla había un contador de tiempo regresivo, tenía ya menos de treinta segundos para decidir. Se referían a que debía darle un nombre clave, además podía configurar su actitud principal en combate, defensiva, ofensiva, o de inteligencia, aunque eso último no importaba, ya que podía reconfigurarse luego, en cualquier momento. Sin embargo, el nombre clave no. Engel titubeó un poco, luego se resolvió por el único nombre que vino a su mente en aquel momento: Fermi. Un pequeño tributo al pequeño robot amigo de su infancia. Confirmó su registro, estaba hecho. “registro de diacono completado... diacono asignado”, dijo la fémica voz robótica.

Otra sacudida brusca, ¿intentaban hacerle vomitar las entrañas? ¿Dónde le estaban llevando? Engel no podía asimilar lo que estaba pasando cuando aquel sistema de tubos lo escupió de repente, y con fuerza a una gran pieza muy bien iluminada. Se estremeció en el aire, sin control alguno de su cuerpo, disparado como una bala de cañón hasta que reaccionó y supo donde se encontraba: estaba de nuevo en la gran esfera de pruebas anti—gravedad. Su cuerpo levitaba sin control alguno, dando giros y vueltas. Rápida y ágilmente, disparó los propulsores adecuados de su traje para estabilizarse. Era extraño, a pesar de ser ajeno a aquel traje, se sentía propio en

él, cómodo, como si conociera su funcionamiento de mucho tiempo atrás. Estaba completamente enlazado a él, el traje reaccionó con precisión a sus órdenes de orientación.

Ahí estaba ahora, flotando con solvencia en el centro de la gran esfera blanca. Entonces, con el control de su cuerpo de vuelta, se vio a sí mismo, examinando sus manos, tronco y piernas. Se sintió extraterrestre, llevaba una piel negra hecha de distintos materiales extraños, nunca antes vistos por él. El diseño era complejo, repleto de pequeños detalles, era robusto, le daba un diámetro de casi el doble a su cuerpo. En general estaba hecho de un material flexible, de apariencia reptil, dispuesto como en ases de fibras musculares, recubierto en partes específicas por fragmentos de alguna clase de metal o algo parecido, que le daban la apariencia de armadura de guerra, Engel no sabía decir de que estaban hechos.

El tejido muscular y reptil se distribuía por sus piernas, la parte frontal y lateral de su tronco, y la parte interna de sus brazos. Sin embargo, la cara externa de sus brazos, nuca y espalda tenía una apariencia extraña: su superficie estaba hecha de algún material traslucido, dejando ver pequeños mecanismos, circuitos y luces adentro, como si de un hombre de piel transparente se tratara, permitiéndole a uno verle los músculos y huesos funcionar en vivo, en crudo. Estos segmentos transparentes eran recorridos por una especie de vénulas de un brillo azul y púrpureo, y, de vez en cuando, un rayo los recorría, desde el centro a la periferia. La espalda recordaba a la carrocería de alguna especie de supercoche

deportivo de antaño en el sentido que mostraba su “motor” sin pudor alguno, con orgullo. En la amplia ventana transparente que era esta espalda se observaba un complejo sistema de vertebras cromadas que rotaban sobre sí mismas, a distinto ritmo las unas de las otras, también recorridas por aquel extraño rayo eléctrico que provenía desde el centro de estas. Recordaban a algún sistema de engranajes. Su cabeza, por último, parecía tener una forma cornada y un par de ojos alargados y brillantes, como si de una oscura gárgola se tratase. El traje entero tenía una apariencia tan hermosa como intimidante, casi demoniaca, se aventurarían a sugerir algunos.

Durante los primeros segundos nada ocurrió. Engel miró en todas las direcciones. Tampoco había rastro de su supuesto nuevo diacono.

“Inicia... prueba... uno”, dijo la voz artificial, Engel se puso atento. Se pudo escuchar un ruido de alarma. De la pared poligonal brotó una compuerta hexagonal con luces sirenas rotativas color rojo en cada lado. Los segmentos de la compuerta comenzaron a desplegarse como un esfínter y sin retraso una fila de cromados drones de combate mantarraya como los que surcaban los cielos de la academia brotaron del oscuro túnel como una nube de avispas dejando el panel.

“A darles lo que quieren”, dijo Engel, no tenía problema alguno con despedazar robots. No estaban vivos. Deseó que todos sus rivales se limitaran a ser un conjunto de metales, circuitos y tuercas. Volaban hacia él como depredadores. De nuevo, la extraña conexión por defecto que tenía con el traje hizo de las suyas, extendió el brazo derecho en dirección a los

robots rivales y pudo ver las vénulas brillantes en su dorso relampaguear, seguidamente un cegador rayo azulado se disparó desde el dorso de su mano con gran estruendo. La mitad de robots se habían vuelto añicos. Era como si la energía cargada por aquellas vénulas provenientes de las vértebras rotores en su columna se hubiera liberado a través de aquel material translucido del traje, filtrándola, convirtiéndola en una potencia destructora. Engel soltó una carcajada de confianza. No le intimidarían. El otro grupo de robots seguía acercándose, de nuevo, cargó el rayo y apuntó. Otro estruendo cegador, ya no quedaban más que piezas flotando entre llamas y chispas. Un texto titiló en su interfaz.

“PRUEBA... UNO... FALLADA”

¿Qué? Tomó a Engel por sorpresa. ¿Había fallado? Solo entonces advirtió que en una de las esquinas de la interfaz se listaban los requisitos de pase:

“1. No utilizar armas a larga distancia

2. Todos los enemigos deben ser eliminados a la vez

Sugerencia: Utilizar el látigo de Luz.”

Así que debería jugar bajo sus reglas. Pensó que les impresionaría con aquella exhibición de fuerza bruta. Que mal hábito el de ignorar su interfaz, y los nervios y la presión no ayudaban. “Reiniciando... prueba... uno”, dijo la voz. “Despejando área de combate”. Una extraña malla de luz celeste recorrió la esfera en

sentido descendente, empujando todos los restos de robots, sin tocar a Engel. Una escotilla en el fondo de la esfera se abrió y absorbió todos los restos.

La compuerta hexagonal volvió a brotar de la pared. Se repitió el ciclo. látigo de Luz, eso decían las instrucciones tutoriales, ahora, con saber la existencia de tal herramienta, pudo hacerla realidad. Se concentró, las vértebras en su espalda comenzaron a girar para concentrar la energía, un potente estallido y la línea traslucida en el dorso de su brazo derecho se encendió y relampagueó: ahora una gran cuerda eléctrica se había formado en su brazo. Engel la blandió, la sacudió en el aire: en efecto, era como un látigo, uno de luz que evaporaría a todo con lo que entrara en contacto.

Los robots se acercaban, Engel voló con todo hacia ellos. Querían una exhibición de combate cercano, “cuerpo a cuerpo”, si podía llamársele así. El requisito era también que todos los robots fueran destruidos a la vez. Estudió sus posiciones, hizo los cálculos necesarios mediante su computadora interna especializada en combate, preparó el brazo, cuando estaban lo suficientemente cerca realizó un amplio movimiento con el brazo del látigo, con la angulación adecuada. El látigo describió un amplio arco, estirándose, llevándose consigo todo lo que encontró. Engel, girando sobre sí mismo, potenciado por los pequeños propulsores del traje se vio envuelto en un remolino de explosiones y chispas en el impacto. Cuando terminó y se detuvo, había dejado en su trayecto otro cementerio de robots destrozados a su espalda.

“Prueba... uno... completada: ¡excelente!”, dijo la voz del tutorial. Engel retornó al centro de la esfera mientras esta limpiaba los restos. AMBROS debía producirlos en masa para desecharlos de tal manera.

“Sobrevive utilizando la técnica aprendida”, ordenó la computadora fríamente. ¿Sobrevive?, pensó Engel. Brotaron no una, sino tres compuertas hexagonales de la pared liberando una nube de robots mal intencionados que se lanzaron contra Engel. De nuevo, tenía que jugar bajo sus reglas, no pudo evitar sentirse algo intimidado por la masa de metal que se disponía a desgarrarlo hasta dejarlo en los rudimentos. Liberó de nuevo el arma de luz y se introdujo en la nube de enemigos, embistieron, rasgaron y se estremecieron intentando alcanzarle: ninguno lo hizo. De nuevo Engel reinó entre un desorden de piezas destrozadas, una masacre robótica, aunque, esa vez la prueba había significado un moderado desafío y respiraba profundamente, agotado.

“Combate cercano... dominado”, le anunciaron. “Comienza... Prueba... dos”. La lista de requisitos se actualizó: ahora sí, debía utilizar el cañón a distancia para eliminar los objetivos. Deberían ser eliminados utilizando el rayo a una distancia no menor a cinco metros. Sería fácil, ya lo había hecho, por error. De nuevo una sola compuerta hexagonal, liberaron los robots, en efecto, no significó nada, la prueba estaba completada en un par de segundos. Engel ya dominaba el arte de crear rayos letales desde la nada y dispararlos desde el dorso de sus puños. Solo entonces, sintiéndose tan poderoso, Engel pensó: tanto poder... ¿de dónde lo sacaban? ¿Era el traje movido a

base de ármiza? ¿Cuánta energía se estaba invirtiendo en aquella sesión de pruebas?

La frívola computadora de pruebas volvió a ordenarle sobrevivir. De nuevo llenaron la esfera con robots. En grandes cantidades la situación significó un desafío un tanto mayor, pues eran tantos que a Engel le costaba darse abasto, y tenía que impulsarse hacia atrás a toda velocidad para poder alejarse de los robots que avanzaban hacia él y cumplir el requisito de eliminación a distancia. Tuvo que volar en círculos en torno a la esfera para superarles, pero lo había logrado. Se preguntó si le estaban observando, no le habría sorprendido si no. Confiaban tanto en sus sistemas automatizados que no habría sido gran cosa el darse cuenta que estaba siendo evaluado solamente por maquinas... y por el traje mismo...

Se siguieron una serie de pruebas que ponían en manifiesto las múltiples herramientas de combate en las que podía convertirse aquel traje. Las muchas técnicas que podían emplearse. Un sinfín de trucos de luz hechos realidad desde lo profundo de aquellas vertebras y vénulas. Puso en práctica todo lo aprendido sobre el tal llamado estilo de combate "Arcángel", que incluía en su arte belicosa un sin fin de técnicas marciales. Una recopilación de la cultura del combate. El pasado y el ahora juntos en una completa máquina de guerra. Independiente, efectiva. Un guerrero acorazado de la antigua cultura preantomana capaz de hacer magia y alzar vuelo a las estrellas con un simple salto de sus pies. Ahora comprendía. No les estaban dando armas: los estaban convirtiendo en una. Arcángeles modernos de la guerra.

Tras la última etapa de pruebas hubo una pequeña pausa. Engel se dejó llevar por la caprichosa ingravidez, cruzándose de brazos en una posición de descanso, flotando suavemente por la esfera. ¿Y qué pasaba con el diacono?, pensaba. ¿Qué esperaban para introducirlo? La computadora pareció escuchar sus pensamientos, pues lo siguiente que anunció es que se seguirían las pruebas tutoriales de combate asistido por diáconos.

Una pequeña compuerta sobre él se abrió regurgitando al extraño robot acompañante. La oscura figura poligonal que era el diacono alcanzó el centro de la esfera impulsado pasivamente por el disparo con el que le liberaron, seguido de los demás fragmentos que orbitaban en torno a su cuerpo, sin acercarse ni separarse demasiado del centro, como un grupo de imanes de cargas opuestas. Giró sosegadamente ante Engel por unos instantes. Su cuerpo comenzó a moldearse en forma de triángulo invertido y su único ojo lente se ancló en Engel. La luz proveniente de su ojo se veía eclipsada parcialmente cuando alguno de los fragmentos que orbitaba en torno suyo osaba ocluirlo a su pasar.

—Usuario líder, identificado —dijo con una voz puramente humana, meliflua—: Engel Leckhert. Me has llamado Fermi, según el registro, aquí me manifiesto a tu servicio. Solicito permiso de acoplamiento.

Extraña manera de hablar. Había algo distinto en su voz en comparación a otras inteligencias artificiales de servicio con las que había hablado. Solo superado por las complejas manifestaciones del espectro digital o de su hermano Keiden en la RV.

Engel dio el visto bueno y Fermi el diacono se enlazó a su traje armadura. Se colocó en su espalda con una separación de por medio de un poco menos de medio metro y entonces los fragmentos restantes que lo orbitaban se moldearon juntos a ambos lados en una especie de par de alas negras. Engel dio vistazo por sobre cada uno de sus hombros: ahora aquella de gárgola del traje había sido completada. Todo aquello, el traje, el diacono y las pruebas parecían ahora cosa de ensueño. Todo con el propósito de matar. Se preguntó si algún día tales tecnologías serian aprovechadas en otros ámbitos de la vida no tan violentos.

Con la presentación del extraño diacono robot tomó lugar la segunda parte de la prueba. La esfera le siguió escupiendo más robots dianas a forma de poner en práctica las distintas posibilidades que aquel asistente oficial ostentaba. En la primera prueba destruyó, a voluntad de Engel, hileras de enemigos al transformarse en una torreta sobre su hombro izquierdo, mientras él observaba tranquilamente de brazos cruzados; en la segunda le envolvió en una esfera escudo formada por paneles amarillentos contra la cual restallaban las miríadas de disparos laser de los rivales sin causar más que una humarada y un olor a quemado; en la tercera prueba descubrió que aquel escudo podía imbuir todo aquel daño recibido en sí mismo y regresarlo en un estallido en onda a los enemigos atacantes.

La sesión se siguió por largo rato de igual manera, con el diacono exhibiendo un sinfín de ventajas en combate que serían de utilidad en Mender mientras hablaba a su protegido de aquella extraña

manera cuasi religiosa. Como tal cual un súbdito le habla humildemente a su maestro. Las cegadoras lámparas del lugar ardieron, las compuertas hexagonales continuaron liberando autómatas, el metal y circuitos volaron desligados, hechos pedazos, y la malla de limpieza hacia su trabajo, despejando el lugar. Una y otra vez el ciclo se repitió hasta convertirse en hastío y fatiga. Engel dio un vistazo a su medidor de signos vitales: ciento cuarenta y cuatro. Sin embargo, no sentía irregularidad alguna. No podía parar de pensar que aquello era un despilfarramiento de recursos absurdo. ¿Dónde está la escasez que tanto declaran?, se preguntó mientras miraba los robots hechos añicos deslizarse hacia aquel agujero como la porquería en un retrete. Bendita la hora en que la computadora le anunció que las pruebas habían terminado. No hubo felicitaciones ni resultados. Silencio y una orden de retirarse el traje en la estación. El conjunto de variables, tanto interno como externo que le envolvía le dio a la situación entera un sabor agríndice, así que lo único que deseaba en ese entonces era salir de aquella condenada esfera ingrátida y fría.

El sistema de tubos sacudió a Engel de un lugar a otro entre las gruesas paredes de la base. Trazando impulsos horizontales y verticales mientras le trasladaban de vuelta a los cambiadores (o eso pensó). El diácono había tomado su propio método de salida por aparte, tomando una pequeña escotilla. Cuando la puerta cromada del cilindro transportador se abrió ante él, salió de un saltó de aquella lata balbuceando maldiciones a bajo volumen. Solo entonces, tras observar a su alrededor con detenimiento, advirtió

que no le habían dejado de vuelta en los cambiadores, sino en un lugar totalmente distinto. Una especie de taller, el más moderno que hubiera visto. Separado, como parecía estar todo en ese lugar, por cubículos numerados. El suyo era el siete. Un imponente armazón color amarillo de cuatro patas se encontraba al frente y en el centro. Sostenía en su centro lo que evidentemente sería la ranura para reposar su traje y estaba conectado a un sinfín de gruesos cables que convergían en él desde distintos ordenadores en la periferia. A un lado del armazón, a la izquierda, había una especie de base columna (también invadida por cables) de un metro de alto sobre la cual reposaba su ahora diacono personal Fermi, de nuevo en su forma triangular de reposo.

—Helo aquí, nuestro protegido —dijo Fermi con su extraña voz de hombre—robot—. Bienvenido a la servo—unidad número siete.

Y ahí, frente a uno de los ordenadores, en una silla que se giró hacia él, le miró. Tras varios meses de separación y aislamiento total: Nixon Kuiper, su amigo de la infancia, con quien, por (debatible) casualidad de la vida había sido llamado ahí y de quien le habían separado al ser él ascendido a aquel puesto con mucha más anterioridad que Engel.

Llevaba su mono gris ceniza del Ala de Investigación. La insignia oro del Ojo del Halcón brillándole en el brazo. Tan pulcro como siempre, de brillante sonrisa, apenas un leve brillo de sudor en su frente.

—¡Pero mira cómo has crecido! —dijo con chanza, dejó la silla giratoria y caminó hacia Engel con extendidos brazos recibidores. Engel no notó en su

emoción, que unos indicadores de advertencia rojo ardiente se mostraban en la pantalla holográfica del ordenador de Kuiper —. Te dije que si seguías comiendo como lo haces terminarías así.

Bromeaba con la mole robusta que era Engel todavía introducido en el intimidante T.A.T. Una curiosa imagen: Nixon parecía un frágil hombre científico de pie ante su monstruosa creación (aunque, técnicamente era creación de Alset) que interpretaba Engel con aquella apariencia de gárgola robot que le otorgaba el traje. El par de alargados y brillantes ojos malévolos del traje vieron directamente a Kuiper hasta que Engel le ordenó al casco replegarse, deformándose y retirándose de manera sincronizada en diferentes piecitas que se deslizaban fuera del área hasta que el rostro humano de Engel apareció, el rostro de ojos heterocromaticos que Nixon conocía.

—Tú debes ser Kuiper —dijo Engel con una sonrisa tan amplia que mostraba hasta las encías—, creo haber visto ese nombre parpadear por un momento en mi interfaz.

—Ven aquí, maldito —dijo Kuiper lanzándose sobre él.

Divertidamente, ambos olvidaron por un segundo que Engel era entonces una máquina de guerra con el doble de tamaño natural, así que Kuiper soltó un alarido cuando el gran Engel acorazado lo apretujó entre sus brazos.

—¡Oh! ¡Cuidado ahí, grandulón! —gritó Kuiper sacudiéndose—. El entrenamiento terminó, no tienes que triturarme a mí también.

Engel se disculpó, avergonzado, y le liberó. Kuiper se arregló el traje.

—Así que aquí has estado escondiéndote —dijo Engel—. Eres escurridizo.

—Lo dices como si se tratase de algo autoimpuesto.

Engel pensó en que quizás, solo quizás, su estadía ahí sí lo era.

—Nada aquí lo es ¿verdad? —dijo. La sonrisa en su rostro se desvaneció

La de Nixon también se apagó y entonces ya nada los diferenciaba del resto de hombres amargos y reservados que trabajaban en cubículos aledaños.

—Bienvenido al Lado Feliz... —dijo Kuiper viendo a su alrededor con rostro sombrío—. ¿Qué te ha parecido el T.A.T.?, ¿cómo estuvo? Es lo último en tecnología milicia.

—Nada mal... bonito juguete.

—Al parecer seré tu ángel guardián en esta pequeña misión. Ángeles los hay de distintos tipos, y yo soy uno con una llave ajustable.

—Kuiper —interrumpió Fermi desde el rincón con su espeluznantemente humana voz y el brillo azulado de su lente que pulsaba a cada palabra—, en primer lugar: no debemos subestimar la tarea que nos aguarda en Mender a los tres como la unidad número siete, y, en segundo lugar, es improbable que una simple llave ajustable baste para resolverle a nuestro líder de unidad.

Engel y Kuiper intercambiaron miradas.

—Eh... Sí, Fermi —dijo Kuiper dirigiéndose al diacono—, como digas. Gracias por hacerme entrar en razón.

—Gracias, Fermi —añadió Engel seguido.

LAURENCE CASTILLO

—De nada, jefe técnico de unidad Kuiper, es parte de mi trabajo. A tus ordenes, líder de unidad Engel Leckhert.

De nuevo, Engel y Kuiper se vieron.

—Bueno, ¿no estás incomodo en eso? —dijo Kuiper señalando a Engel, y se sentó de nuevo en su silla giratoria, viendo los mensajes rojo advertencia...

Engel comenzó a dar pasos hacia la servo—estación junto a fermi para depositar el traje y liberarse.

—Pensé que estudiarías la Gran Retención —dijo, viendo la insignia del Ojo del Halcón en el deltoides izquierdo de Kuiper—, que ese era el propósito del Ala de Investigación. Que por eso te habían llamado.

—Sí, eso suena como el plan que me prometieron... —respondió Kuiper revisando la pantalla, impasible—, pero al parecer algo ha cambiado en los intereses de nuestros supremos señores. AMBROS está centrando todas sus fuerzas en esta guerra en Mender... El Consorcio realmente quiere esta victoria y sigue presionando a Alset. Las prioridades han cambiado. Parece que actualmente es más importante asegurar un puñado de ármiza en ese desierto que la diseminación intergaláctica de la humanidad.

Engel dejó caer la mirada, pensativo, deteniéndose frente al gran armazón cuadrúpedo que recibiría la armadura.

—Bueno —dijo, inseguro—, si lo piensas, quizás sea lo correcto: ahora en este momento. Por ahora. Si no cuidamos lo que ya tenemos...

Kuiper se giró en su silla.

—Esa es la contradicción, Engel: no estamos cuidando lo que ya tenemos, lo estamos extinguiendo, irresponsablemente. No existe consciencia ecológica alguna: nada. Que mal momento para ser gobernados por aniquiladores naturales.

Engel recordó su charla con Keiden que tomó lugar en su cabeza la noche anterior.

—Así es la humanidad —dijo—, siempre uno reinando por encima del otro. La evolución le ha convertido en el animal más capaz. Habiendo dominado a todas las bestias en existencia, solo le queda alguien más a quien vencer: a sí misma. Por mi parte, quiero creer que el final de esta guerra traerá un indicio de estabilidad. Aunque eso signifique, por ahora, seguir funcionando bajo una jerarquía depredadora: Es eso, o dejar de existir.

—Un mañana esperanzador —dijo Kuiper con sarcasmo—. Bueno, eso es lo que me perturba. No confío en ninguno de los posibles candidatos a la cima de esa Jerarquía Depredadora, como le dices tú. Y, quien creo que ganará no me... —Kuiper iba a decir algo, iba a discutir sus inquietudes respecto a los propósitos de Alset, pero se detuvo, tragó saliva. Hasta ese momento no había reparado en que ahora tenían a un miembro más entre ellos: Fermi.

Sí, los SENI podían ser intervenidos, sondeados en busca de información, revelando sus pláticas, sus secretos: delatar traidores, pero eso requería de un procedimiento legal dilatado y tedioso. Existía el llamado Núcleo Propio. Aquella pequeña puerta que resguardaba la intimidad de la mente del sujeto. Asumiendo que AMBROS respetaba la ley de protección a la integridad individual... no tendrían

por qué temer, siempre y cuando no les dieran un motivo de sondearlos. Hablar desmesuradamente frente a un autómata (Fermi) asignado por el propio AMBROS podría ser el boleto de ida a la silla de interrogación en la Gran Central, donde se les enchufaría un cable inquisidor en la nuca.

Engel, habiéndose liberado del traje, le lanzó una mirada a su ahora silencioso amigo, y Kuiper, fuera del alcance visual de Fermi gesticuló un gesto que le dio a entender a Engel que no confiaba en Fermi, que hablarían de ciertas cosas luego, en su ausencia. Engel vio al robot por el rabillo del ojo y luego Kuiper, asintió casi imperceptiblemente.

—Y bueno —dijo Engel cambiando el tema, de pie ante la armadura—, así que esta es la última invención de Alset. ¿Qué me puedes decir de ella? ¿no nos vas a introducir de la manera adecuada? Ni siquiera le conozco y ya nos hemos sacudido juntos.

—Oh, lo siento —dijo Kuiper dejando enérgicamente su asiento de un salto y se paró junto a Engel, con una mano sobre su hombro—. Tantas cosas de las que hablar... me olvido... Sí, este es el as bajo la manga de Alset. Esto es lo que fue anunciado para su equipo de elite, ósea, nosotros. Todo esto que ves frente a ti es el llamado Traje Armadura de Tundra, mejor conocido como T.A.T.

—Es realmente impresionante. Una maquina salvaje de destrucción, pero... no lo sé, esperaba algo diferente. Al final de cuentas es eso: otra armadura.

—Sí, es otra armadura —concordó Kuiper acercándose al traje, viendo a Engel por sobre el hombro izquierdo. Se paró junto al esqueleto que ahora reposaba en su armazón—. Pero lo de adentro

es lo que importa. Déjame hacerte una pregunta: ¿Cuál es el motivo de esta guerra?

—Energía.

—Más específicamente... —incitó Kuiper revoloteando un dedo índice en el aire.

—Ármiza —contestó Engel.

—Exacto. Energía. Armiza. ¿Cuánta armiza crees que fue requerida para esa sesión de pruebas que acabas de ejecutar? Bestial trabajo, por cierto.

—Demasiada —dijo Engel, acercándose al traje, pasando la yema de sus dedos sobre la superficie rugosa de piel de reptil de su pecho—. No podía dejar de pensar en ello... tanta energía desperdiciada.

—Errado —intervino Fermi de nuevo.

—¿Qué?

—Fermi, déjame hablar —reclamó Kuiper.

—Lo siento.

—¿Errado? —dijo Engel buscando respuestas—. ¿En qué estoy errado?

—Engel... apenas un par de gramos fueron quemados del núcleo de armiza durante toda esa destrucción.

Engel parpadeó.

—¿Qué has dicho?

Ahora Kuiper reposó su mano en el pecho de la armadura.

—¿Y si te dijera que esos gramos fueron requeridos únicamente para encender el traje?

—Te diría que estás loco, porque una maquina como esa no puede moverse con aire.

Kuiper retiró la mirada del traje y se la lanzó a Engel, con peso.

—Lo hace...

LAURENCE CASTILLO

Engel vio a Fermi, luego a Kuiper, confundido.

—¿Aire?, ¿me estás diciendo que esa cosa se mueve con aire?

—No exactamente. Engel, lo que estoy a punto de contarte es el motivo de tanto secretismo, de que hayas firmado un acuerdo de confidencialidad.

—Continúa.

—Este traje —comenzó a explicar Kuiper con expresivos gestos de sus manos— se mueve mediante lo que ahora se conoce como “energía espectral”. Sí, lleva un corazón de ármiza en su interior, pero, repito, solo es utilizada para iniciar el sistema, el motor de arranque, por así decirlo. También puede usarse como energía de reserva en casos de emergencia, en caso de que la magia nos falle.

—Y esta... magia como le dices, es la energía espectral.

—Sí, y esta armadura es la primera invención del hombre capaz de aprovecharla. Aja, una máquina de guerra es la primera cosa en recibir el gozo de la energía virtualmente ilimitada.

—¿Qué es?, ¿de dónde viene?

Kuiper se bajó de la plataforma de la armadura y caminó por el cubículo.

—La primera pregunta nadie la puede responder —dijo—, y la segunda... tampoco.

Engel se mostró frustradamente confundido.

—Bueno —dijo Kuiper—, hay teorías. Se cree que literalmente proviene de otra dimensión. Del otro lado de la Gran Retención. Y de alguna manera dicha energía se está filtrando a nuestra realidad. Es lo más plausible, por ahora.

Engel asimiló la idea, acariciándose la barbilla.

—Tiene sentido —dijo. Entonces recordó una extraña platica que tuvo con el espectro digital en su cabeza. —Pero, la barrera que es la Retención, ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Cómo saben que es otra dimensión lo que se encuentra del otro lado?

—Actualmente es imposible saberlo.

—¿Y si no llevara ahí mucho tiempo? Eso contradeciría la teoría de que la retención las hace de filtro de esta energía espectral. ¿Y si hubo una era en la que nuestro sistema era libre, sin barreras?

—Entonces —respondió Kuiper— significaría que en dicha era nuestro entorno rebosaba de esta energía y no nos dábamos cuenta de ello, no éramos lo suficientemente desarrollados para aprovecharla, o también, por otro lado... no habría ilación entre las dos cosas, y el flujo de esta energía seria independiente de si existe barrera o no... Pero eso es improbable. Personalmente creo que la retención lleva ahí al menos la misma cantidad de tiempo que lleva el hombre en el sistema, ¿de dónde has sacado la idea de que lleva ahí poco tiempo?

¡Porque un duendecillo en mi cabeza me lo ha sugerido!, pensó Engel.

—Es solo un pensamiento —se obligó a decir—. ¿Cómo saben que la energía espectral es ilimitada?

—Existe una serie de características que deben cumplirse en un tipo de energía para que pueda clasificársele como renovable o no renovable: es imposible medirlas en este caso. Lo que sí es seguro es que, venga de donde venga, en base a las fluctuaciones que recibimos: hay mucha. Ahora, hablando de ello, hay algo de lo que quería hablarte. Ven, acércate a la pantalla.

LAURENCE CASTILLO

Kuiper se sentó ante uno de los monitores que brillaba encendido junto al armazón del traje. Engel permaneció de pie a su lado, con una mano sobre el respaldo de su silla.

—¿Ves esos indicadores en rojo? —dijo Kuiper—. Representan las celdas de energía en el traje, cada una, esos cilindros cromados en forma de vertebra que puedes ver en su espalda. Una vez liberados, comienzan a “recibir” de manera continua la energía espectral. AMBROS lleva realizando pruebas desde ya hace mucho tiempo y la proporción ascendente de energía/tiempo es siempre la misma. En un inicio esto significó un problema puesto que las celdas, si permanecían liberadas por un tiempo indeterminado continuaban sobrecargándose sin cesar hasta explotar. Esto obligó a Alset a reinventar las celdas para que toleraran el flujo en constante incremento de la energía sin sobrecargarse, para tu suerte.

—Suertudo yo... pero, ¿por qué están en rojo?

—Por eso eres suertudo, amigo —dijo Kuiper—. El influjo de energía en ti es mayor que en cualquier otro candidato. El anterior modelo de celdas habría explotado en ti en cuestión de segundos.

—¿Te refieres a que la energía se carga más rápidamente en mí?

—Precisamente. Ah... no lo sé. Tendría que hacer más pruebas. Debo reportar esto.

Engel suspiró, con el brillo de la pantalla reflejándose en sus ojos.

—¿Seguro que tiene que ver conmigo? ¿no es asunto de la armadura?

—Como dije: debemos correr más pruebas, pero, sí, parece que tiene que ver contigo. Mientras

estuviste en el traje, este se recargó de una manera anómalamente rápida. Con todos los sujetos de prueba la proporción es siempre la misma. Aunque... ¿Qué no es anómalo con esta tecnología? Es una curiosidad. Que funcione de manera un tanto distinta en ti es un pequeño paso atrás. Significa que pueden existir variables aún desconocidas que influyen en el aprovechamiento de la energía. Espero que las nuevas celdas de Alset resistan la sobrecarga que tú provocas.

Engel deglutió.

—¿Soy una rata de pruebas?

—Lamentablemente sí, mi amigo. Bienvenido a la realidad. No hay gloria aquí. ¿Cuándo te diste cuenta de que esto es en realidad una porquería?, ¿recién?

Engel no dijo nada. Intentó disimular su angustia interna. Primero estaban sus líos mentales, con origen en lo profundo de su alocado SENI, luego sus problemas de salud, el desatino de su corazón, y ahora le anunciaban que básicamente era un sujeto de pruebas con una posibilidad estratosférica de morir. ¿Cuánto podía soportar? ¿En qué clase de broma se había convertido su vida? Pasó de ser un niño normal quien jugaba a los cohetes espaciales con su hermano, sobre la alfombra de su habitación a... a lo que sea que fuera ahora. Un gran conflicto andante.

Las lámparas de la zona de cafetería eran nauseabundantemente blancas. Las sombras parecían ausentarse. Todo, desde la fachada del lugar con sus paredes tapizadas modestamente por estandartes con el logo del Halcón Dorado y de AMBROS, hasta la colocación de las mesas y demás muebles era una

copia exacta de la cafetería para reclutas novatos en la que ambos solían comer recién llegados a la academia. Se sentaron en la misma mesa de siempre, a un rincón, alejados del resto del personal. Tras la sesión de prueba en la esfera de microgravedad, Engel se había pasado el resto de la mañana conociendo al resto del equipo T.A.T. en una pequeña reunión privada donde, junto a Dylan, se les brindó información detallada sobre el ataque que tendría lugar en varios meses a partir de aquel momento. Así como variada información técnica respecto al traje. Contando a Engel y Dylan, el escuadrón T.A.T. estaría conformado por dieciocho miembros en total. Cada uno con su propio traje armadura y su diacono acompañante.

Dylan Zorber compartía una mesa céntrica, rodeado de otros miembros jóvenes del escuadrón a quien seguramente intentaba enmarañar. Parecía ser la única persona emocionada en aquel mar de caras largas. Hablando en voz alta como siempre, haciendo amplios ademanes de grandeza con las manos. Haciendo publica su fe. La lanza de Termes colgándole en el pecho de su mono azul marino del Ala de Defensa. El hecho de compartir una creencia religiosa con el jefe de todos ahí: Alset, parecía darle ciertos delirios de grandeza, y juraba que Alset le había considerado, en gran parte, por aquel motivo. Claro, la otra parte eran sus extensas habilidades en combate. Llegó incluso a declarar que personas como él y Alset, pertenecían a lo que llamó la Última Generación Creyente. Y que ese era el motivo de su superioridad sobre la vacua de espíritu prole del mundo, que pertenecían al pequeño grupo de hombres

que no se habían olvidado de Dios en tiempos de apostasía moderna.

Algunos miembros del personal incluso se aislaban de toda interacción mostrando iconos de “no molestar” sobre sus cabezas. Engel consideró, solo por un segundo, la posibilidad de que Dylan estuviera en lo correcto. Entre tanta habladería, en forma dilatada, de vez en cuando, hablaba con cierta verdad. El problema radicaba en lo que él hacía con aquella verdad.

—¿Estás enfermo? —dijo Kuiper, con los ojos cerrados, masticando tranquilamente su comida—. Te noto tenso.

¿Ha descubierto mi enfermedad?, pensó Engel, las drogas que me dio Jessica no han funcionado.

—No —dijo, haciendo al tonto—. ¿Por qué lo dices?

Kuiper señaló la bandeja metálica de comida de Engel: estaba casi vacía.

—¿De nuevo has dejado de comer?

—No tengo apetito.

—¿Motivo? Cuando llegaste aquí comías como un mastodonte.

Engel dio un sorbo a su sopa de hongos. La saboreó, pensativo. Decidió conveniente sincerarse con su amigo de infancia. Buscar consejo.

—De hecho, sí —confesó—. Estoy enfermo.

—Ah, ¿sí? —dijo Kuiper untando tranquilamente mantequilla en una tostada—. ¿Qué tienes?

—Yo... —Engel rebuscó las palabras—. Ah, no lo sé. Esta chica, Jessica Halley, una tecno médica a quien he estado viendo me ha dicho que encontró algo

raro en mí, en mi corazón. Dice que parece estarse encogiendo.

—¿No es eso normal?

—No a esta edad, no a esta velocidad. Es anómalo.

Kuiper meditó, masticando.

—¿Sientes algo?

—Nada... bueno, está ahora la falta de apetito. Una leve aceleración cardíaca para lo cual me dio drogas. Nada más.

—¿Y tienes pensado ir a Mender en esa condición?

—Por supuesto, me siento genial, pero el asunto está ahí... dijo que necesitaba hacer más pruebas.

—Curioso —opinó Kuiper—, yo también necesito hacer más pruebas contigo.

En Engel se encendió una bombilla mental.

—¿Estará relacionado? Lo que dijiste, la energía anómala en mí.

—Es exactamente lo que estoy sospechando. Me gustaría hablar con esta Jessica Halley. Comparar datos.

—Sí, eso sería bueno.

—¿Y porque no te declaras incapaz? Puede hacerse. Tu boleto de salida de esta guerra.

Engel pensó su respuesta. Analizó la pregunta que le había hecho su amigo. Le conocía lo suficiente como para saber que lo estaba probando: que sabía que se negaría.

—Ni hablar de ello.

Kuiper soltó una pequeña risa.

—Sabía que dirías eso —dijo—. Mira, tenemos tiempo. El lanzamiento, el llamado Día—R, no es sino

hasta dentro de varios meses. Mientras tanto podríamos continuar evaluándote, en conjunto con tu amiga Jessica, a lo mejor podemos curarte. Llegar al fondo del asunto. Sé bien, Engel, que, a pesar de todo, quieres hacer esto. Tienes mucho que probarte a ti mismo. Todo estará bien.

—¿Garantía Kuiper?

—La mejor.

Engel asintió aprobativamente y bebió su sopa, sintiéndose satisfecho, envuelto en un manto de seguridad obsequiado por su viejo amigo.

—Siendo honesto —dijo Kuiper— yo tampoco estoy en mi mejor momento.

—Maldición, ¿tú también?

Kuiper suspiró, encogiéndose de hombros.

—No estoy seguro, quizás no sea nada. Es solo que... de a momentos me siento, ¿perdido? No sé si sea la palabra correcta. Existe esta fuerza, esta cosa extraña en mi cabeza, una gran distracción.

Kuiper se perdió en la palma de su mano libre, extendiendo y flexionando los brazos a un ritmo pulsátil. Como si su puño fuera un corazón.

—¿D-distracción? —titubeó Engel, confundido, viendo aquel extraño movimiento de su mano.

—No sé cómo llamarlo. Por otra parte, a veces olvido cosas, pequeños detalles. Por esa razón he adoptado el hábito de tomar notas mentales con frecuencia.

—Te ayuda a no olvidar.

—Sí... algo, al menos... —afirmó Kuiper, perdido en su puño, luego miró a Engel—. Siento que dependo demasiado del SENI.

—No entiendo.

LAURENCE CASTILLO

—Es como si mi mente se estuviera abandonando al SENI, Engel, eso estoy diciendo. Que la parte humana de mi cabeza pierde la batalla contra los circuitos micro implantados en ella. Maldita sea, Engel no sé de qué otra manera ponértelo. Ayúdame aquí.

—Sientes que toma el control de tu cabeza.

—Eso creo, sí.

—Que alguien más vive ahí dentro.

—No estoy seguro de poder llamarle “alguien”, creo que es más bien un algo.

—Que entró en ti por la puerta que es el SNI.

—¡Sí!, maldita sea, sí.

Kuiper esperaba que dijera algo, pero Engel no dijo nada. Pensó y pensó en aquellas ideas. Comieron por largo rato en silencio.

—Yo veo cosas —dijo finalmente.

Kuiper alzó la vista de su comida.

—¿Qué clase de cosas? ¿Los recuerdos del ataque terrorista de nuevo? ¿Las llamas?

—No. Distintas. Cosas distintas.

—¿Qué?

A Engel le estaba costando escupir aquellas confesiones.

—Está este chico, por ejemplo —logró decir, con voz temblorosa—. Déjame hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿El nombre Kerb te suena?

—¿Kerb? ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Kerb que?

—Simplemente eso, Kerb.

—No tengo idea. ¿Quién es Kerb?

Engel deglutió la comida.

—Te la pondré más fácil. ¿Recuerdas el día de mi castigo? Cuando tuve aquel pleito con Dylan y terminé aceitando a mano los tubos hidráulicos de la cubierta de despegue. Me visitaste ahí ese día. Hablamos.

—Lo recuerdo.

Engel sintió su interior agitarse.

—Ese día, ¿yo estaba solo, o acompañado?

—Sé que estaba yo.

Engel soltó una maldición, golpeando el puño contra la mesa.

—¿Qué demonios te pasa? —restalló Kuiper.

—Cuando me encontraste ahí, ¿estaba solo?

—Solo como el viento, amigo.

—Joder —dijo Engel llevándose las manos a los ojos—. Joder.

Entonces lo recordó todo. Recordó detalles. Pedazos de recuerdos que antes parecían triviales. La gente ignorando a Kerb sin motivo alguno cuando este estaba a su lado. El coronel Odalnier, el propio Kuiper. Jessica actuando confundida cuando le hizo un comentario relacionado. Maldita sea, la pared en la clínica de Jessica. Aquella pared que antes no existía, donde, según la mente de Engel, aquella horrible enfermera varonil de brazos hirsutos había atendido a Kerb... Kerb, ¿Qué demonios era Kerb? Engel sintió su cabeza arder. La sangre recorrer cada arteria cerebral, ardiendo, como ácido. El fuego. Su mente en llamas.

Kuiper se mostró sumamente preocupado. Exigió respuestas y Engel, tranquilamente, le relató todo lo sucedido. Todo lo relacionado con aquel extraño sujeto que era Kerb. Kerb... entonces lo recordó, ¿y que había de su amigo, Floyd? ¡Floyd! Ni siquiera lo

recordaba. Hacia hace tanto tiempo que Floyd había desaparecido sin más del mapa. ¿Y Engel se había percatado de ello? ¡No! Las luces de aquella cafetería se le tornaron cegadoras. Las mesas, la pieza entera se dilataron. Los demás parecían ahora pequeñas personitas sentadas allá a lo lejos. Comiendo, hablando con voces de ecos. Sacudió la cabeza. Sin embargo, no pudo o no quiso, revelar más. Sincerarse con respecto a la existencia del ahora ausente espectro digital y la relativamente reciente presencia del reflejo imitación de su hermano Keiden. Ahora estaba seguro de que aquellas cosas tampoco existían. ¿Por qué habrían de existir? Si su mente pudo materializar seres enteros en el mundo real, como lo eran Kerb y su amigo Floyd, ¿qué le impediría crear lo que fuera dentro de su cabeza? Donde las leyes naturales eran una broma. ¿Qué eran aquellos seres? El espectro, ahora llamado Conquistador Binario, el falso Keiden, Floyd, Kerb. ¿Qué eran y que hacían en su realidad?

Ahora Kuiper le miraba con la boca abierta. El resto de su comida se había enfriado. La gente comenzaba de a poco a marcharse de los comedores. Titubeó buscando que decir. Solo una pregunta se formuló en su cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que utilizaste implantes RV?

—¿Ahora me juzgas? —replicó Engel—. Como sea, fue hace mucho. Y no he estado ni siquiera cerca de alguno desde que vine a este lugar.

No, no había tocado ningún implante, sin embargo, por acto del espectro digital, podía ahora, y lo hacía con frecuencia, acceder al reino digital donde se encontraba con su hermano.

—Maldita sea, baja la voz. Pero, escucha, el antecedente existe —insistió Kuiper—, debe ser eso, ¿Qué más si no? Debes admitirlo. Te arruinaste la cabeza, hermano. Efecto retardado, quizás.

—Lo he considerado, por supuesto que lo he considerado. Pero... ¿Qué hay de ti?

—¿Yo qué?

—Tus problemas, tus olvidos, esa... cosa... El Distractor.

—Ahora le hemos puesto un nombre —dijo Kuiper con ironía—, creo que son cosas diferentes.

—Pero ¿qué me estás diciendo? —contrapuso Engel— Es la misma porquería.

Kuiper consideró la idea por un rato. Luego recordó las noticias. Todas aquellas notas que hablaban de reportes de lo que llamaban “realidad alterada”. ¿Había relación? Todos esos fallos. Todos relacionados con el SENI o la realidad virtual. ¿Cuál era la causa? ¿coincidencia? No, no podía ser. Había una raíz al problema. Sus cabezas eran pequeñas hojas, los SNI eran frágiles y delgados tallos verdes... tallos que tenían una raíz, y esa raíz estaba en la Gran Central, específicamente: en la hiperaguja. Si todo estaba relacionado, si en verdad tenía que ver con ello, ahí yacía la razón de todos los fallos mentales en los usuarios de SNI. Algo retorcido había infectado a la hiperaguja, o intentaba hacerlo. Demonios digitales purpura desgarrando su base, arañando, intentando escalarla. Alcanzar su cima llena de hologramas y relámpagos celestes. Pero, ¿qué podían hacer? Todo, la guerra en Mender, el corazón y la mente de Engel, el olvido de Kuiper, las anomalías energéticas del traje T.A.T. todo permanecía en una

etapa verde. Todo requería de... esperar. No podían hacer nada más que esperar en aquella situación. Estaban atados a la línea de tiempo de sus destinos. Y todo aquello, era envuelto por una tan sola cosa: la Gran Retención. ¿Era, lo que fuera que fuera que estuviera afuera, del otro lado, responsable de todo lo que ocurría no solo al nivel microscópico de sus pequeñas mentes sino también a nivel macro, en todo el sistema, en los tres planetas? Solo el tiempo ataría todos los cabos sueltos y expurgaría a los vasos sanguíneos de sus cabezas de aquel acido cerebral.

—No sé si deba seguir viéndote.

—¿Por qué no deberías?

—Este lugar... creo que mi permanencia aquí me está matando.

—Tu permanencia aquí te está salvando.

—Estoy perdiendo la cabeza aquí.

—Quizás tu cabeza pertenece a este lugar.

—No, no. Yo estoy vivo.

—¿Y yo no lo estoy?

—Eres ecos de muerte.

—Cúbrete los oídos entonces.

—...

—...

—¿Por qué tuviste que irte? ¿Dónde estás ahora?

Tu Yo verdadero, el real... ¿adónde fuiste? Eres mi más grande perdida, hermano.

Cibersupremacía

Conquistador Binario

01101100 01101111 01110011 00100000 01101000
01110101 01101101 01100001 01101110 01101111
01110011 00100000 01110011 01101111 01101110
00100000 01110000 01110010 01100101 01110011
01100001 00100000 01100110 01100001 01100011
01101001 01101100

—Palabras de cierre de la Diatriba del Conquistador Binario

El oscuro inframundo electrónico se generaba ahora ante él. Había subido sobre su montura equina a apreciar el panorama desde aquel alto risco.

“Las naciones coexisten en anarquía perpetua”.

La distancia de visión se expandió generosamente a los globos negro profundo que eran sus ojos.

“El orden a nivel internacional es una frágil ilusión”.

El ciberespacio se manifestaba ahí como una mega ciudad moderna extendida sobre un infinito suelo hecho de húmedos ladrillos negros. Cada uno de los dominios de la red se representaba como una estructura física y propia de distintas formas geométricas. Colores mate o cromáticos, la mayoría rectangulares, altos como rascacielos, otros piramidales, romboides o en forma de domo. Corporaciones, agencias del gobierno, organizaciones no gubernamentales, lo que fuera que estuviera

conectado a la red con una estructura propia pasaba a formar una parte física de aquel jardín electrónico.

“La ley y el orden son elementos, íntimos, propios y únicos al margen de cada sector”.

Paisaje rojo y magenta y ciudad de ciberpsicosis. Cúmulos de información en forma de porosos meteoritos azules levitando entre las coronas de edificios. Rayos de luz recorriendo las ranuras entre los ladrillos negros del suelo, como circuitos corriendo información de una estructura a otra.

“No existe una autoridad central: solo intereses propios, paranoia, carreras armamentísticas”.

Él Espectro Digital, el oniromante, ahora todo un Conquistador Binario, mantenía aquella forma robusta con la que Engel le vio por vez última. Figura andrógena de tensos músculos de cardena piel ostentando un casco cornudo de batalla en su cabeza. Jabalina de cromo en su mano derecha.

“La naturaleza humana ya no es la madre de todas las guerras: la anarquía generalizada nos moldea”.

Bestial montura equina negro azabache acorazada. El aire convirtiéndose en pequeñas nubes ardientes de humo azul con cada dilatación de sus fosas nasales; animal resabiado. Se encabritó, ahí en lo alto del risco rocoso, relinchando a los confines de aquel mundo oscuro sobre sus dos patas posteriores. El Conquistador Binario tuvo que tirarle la rienda de neón.

“No existe un ente internacional eficiente: el consorcio tropieza con la discrepancia multisectorial”.

Con su bestia sosegada, miró hacia lo alto. El domo que era el cielo también estaba construido por aquellos húmedos ladrillos negros con la peculiaridad de la opalescencia. A través de ellos podía verse un reflejo inverso de la Realidad Profunda, o “Mundo Real” como solían llamarle los humanos.

“Los sectores dependen de sí mismos para garantizar su propia supervivencia. La cooperación, de existir, es a menudo efímera y oculta intenciones subrepticias”.

No estaba solo. El risco en el que se alzaba fue coronado por las siluetas oscuras de su caballería. Cien clones simplificados, con menor detalle, pero igual de letales y lujuriosos de poder. Ojos centelleantes. Caballos acebrados de postura recogida con el cuello musculoso como piezas de ajedrez. Ejército dispuesto a causar estática.

“Aumenta tu poder en el sistema. Evita el crecimiento del otro”.

Un pixeleado relámpago que punzó el suelo con un estruendo en la cercanía marcó la señal de salida. El caballo bélico del Conquistador volvió a relinchar en su tren posterior mientras él alzaba su jabalina de cromo al aire, liberando un grito de guerra. Su ejército respondió. Espolearon sus caballos y echaron a cabalgar con odio honesto hacia la mega ciudad. Saltaron desde lo alto del risco, sin respeto alguno a las leyes de la física, dejando atrás un arco de estelas verdosas y centelleantes. El suelo de ladrillos negros se iba pintando de magenta a medida que la masa acorazada y rugiente avanzaba sobre ella, infectándolo todo: conquistando. El Conquistador

cabalgando con fervor en el centro de la caballería endemoniada, dominando a la bestia con sus riendas de neón. Noche de conquista o existencia sin sentido. El terreno pintándose de magenta contagio como un vaso llenándose rumbo a la tecnometropolis. Los cascos de los caballos golpeando rítmicamente el ladrillo a su marcha, levantando una nube de humo de baja resolución.

La ciudad virtual, como el organismo viviente que era, detectó la indeseada presencia del ejército conquistador. Se reafirmaron los muros de fuego y los sistemas de seguridad, representados ahí como rombos cromados, comenzaron a liberar sus contramedidas: un ejército de formas poligonales de hielo negro. Era hora de la fumigación.

El Conquistador aceleró el trote y se colocó en el frente, rugiendo. A su rugido le siguieron los de sus soldados mientras la gran masa magenta que eran se acercaba a su colisión contra las medidas de defensa de hielo negro. Blandieron sus jabalinas de cromo punzantes justo al contacto. Un estrepitoso espectáculo de luces y cristales crujiendo en la explosión que se formó cuando chocaron fuerzas contra el hielo negro. El Conquistador y su ejército avanzaron, rugiendo y embistiendo con las jabalinas a incontables agentes poligonales de seguridad. Fragmentos rotos de hielo negro volando por doquier. Las estructuras más cercanas de la ciudad se pintaron en rojo advertencia. El cielo pulsaba en carmesí. La ciudad entera amenazaba despertar; al Conquistador eso no le convenía, debía conquistar de manera sectorial, solo así tendría oportunidad. Los muros de

fuego eran literalmente eso en ese lugar e iluminaron la batalla con sus llamas.

Tras varios metros de avance destructivo, el muro de policías de hielo negro no parecía acabar, peor aún: los ya destruidos, a sus espaldas, comenzaron a reconfigurarse, reagrupando sus fragmentos, reviviendo. Ahora estaban rodeados por una masa negra y llena de odio programado.

El conquistador tiró del freno del caballo y los demás hicieron lo mismo. Silencio en el centro del círculo, solo el zumbido de los policías, el crujir de las llamas de los muros de fuego y el cantar de la alarma en la ciudad podía escucharse. Se vio al ejercito dudar, a sus clones estremecerse del miedo. Como si su muerte significara algo. As de espadas.

El conquistador torneó al caballo en torno a su grupo, vociferando un discurso motivador, lo que en realidad significaba reprogramarlos. Alzó a los ojos de sus caballeros un estandarte que sacó de la nada. El estandarte mostraba la silueta de un casco cornudo con las iniciales “CB” sobrepuestas en él. Los rombos de cromo que dirigían los sistemas de seguridad ardían enfurecidos. Cromo incandescente. El ejercito del Conquistador volvió a rugir.

Etapas dos de la batalla. Cambio de estrategia. El Conquistador sopesó su jabalina y seguido la lanzó potentemente contra el grupo de guardias de hielo negro. Su ejército se deshizo de sus propias jabalinas de la misma forma violenta. El alboroto en la masa de enemigos poligonales a medida que las jabalinas volaban penetrando entre ellos les compró algo tiempo. Desenfundaron entonces sus hachas de doble hoja. Ahora tocaba doblar enemigos en combate

cercano. El abrumador ejercito contrario, recuperado del ataque de jabalinas, se abalanzó entonces contra ellos. Encontraron el filo de sus hachas. Los polígonos de defensa parecían avanzar hacia una gran trituradora en el centro del campo de batalla, donde eran reducidos a pedazos por el Conquistador y sus caballeros clones. El ojo del huracán, y el viento era su hierro.

La coraza del caballo de guerra del Conquistador fue golpeada hasta deteriorarse y caer hecha añicos. Bestia desnuda en cámara lenta de marcados músculos y venas, renegando la derrota en dos largas patas, danzando entre un torbellino de pedazos de hielo y pixeles. Golpeando con sus patas delanteras. Su larga melena ondulando. El Conquistador blandiendo su hacha en amplios arcos, presionando y mostrando los dientes tanto como su bestia. Dos amplias dentaduras iracundas en el centro de la ultraviolencia. Daemon neorrealista.

“... y la estructura del ciberespacio no ha divergido mucho de esta realidad”.

El suelo de ladrillos negros fue cubierto por escombros de hielo negro. Las defensas de aquel sector de la ciudad comenzaban a ceder. El Conquistador apenas y había perdido alguna docena de sus clones.

“La Red ha carecido de una jerarquía institucional central”.

Los rombos de cromo que desprendían los guardias de hielo negro comenzaron a enfriarse, cayendo casi derrotados, incrustándose en el suelo como meteoritos caídos. El ejército invasor redirigió entonces su ataque contra estos. Ignorando a los pocos

guardias restantes, saltando sobre ellos en sus caballos mientras cabalgaban sin obstáculo hacia los nodos de seguridad que eran los rombos cromados. Ahora estos yacían moribundos, humeantes, y los muros de fuego cercano parecían palidecer. Indefensos, sin su hielo negro, sintieron toda la ira del asedio. Los clones se repartieron en grupos iguales para azotarles con sus hachas. El conquistador Binario observaba, ordenaba, gritaba y reía, cabalgando en torno a su obra de destrucción inducida. Estas eran las nuevas maneras de la guerra y al ganador le aguardaba la cibernsupremacía.

“Su poder había sido esparcido en infinitas corrientes invisibles... hasta ahora”

Entonces, satisfecho por un primer ataque exitoso, vio en dirección al oscuro horizonte, allá, a la silueta punzante que se alzaba en el cielo magenta por sobre los edificios y las llamas: la hiperaguja. El relativamente nuevo centro de todo.

Una perversa sonrisa se formó en su rostro.

“Un pequeño error humano”.

El vil dios Kuiper

Nixon Kuiper

No es que el modesto apartamento de paredes azules de los Kuiper estuviera sumido en el completo desorden, pero la ausencia de una mujer en aquel hogar era casi evidente. Una fina capa de polvo en la pequeña mesa de vidrio en la sala de estar, un par de abrigos desmoronados al pie del perchero al lado de la puerta, una pequeña pila de platos sucios en el fregadero. Pequeños detalles afines a un reino puramente varonil que típicamente incomodarían a una verdadera ama de casa.

El bip—bip en la cerradura electrónica de la puerta principal sonó y esta se deslizó dando paso adentro a un Kuiper adolescente acompañado de una atractiva chica aferrada de brazos a su cuello, besuqueándole por doquier como una sanguijuela. Trastabilló por la sala, soportando el peso de la juguetona chica mientras la puerta se cerraba automáticamente a su espalda.

Se dejó caer sobre el suave mueble, levantando una nube de polvillo que fue visible en las líneas de luz atardecer que entraban por las persianas entreabiertas. Se dieron agitadas caricias juveniles por largo rato, la chica sobre él, susurrándole delicias. Quizás era una manera de sobrellevar la soledad, el regresar (con frecuencia) a casa acompañado de distintas chicas enamoradas... algo para poder soportar volver todas las tardes a aquel lugar llano. Ya hacía mucho tiempo que su madre se había ido y

su padre trabajaba de sol de sol para encontrarse luego a la luz de la luna con el fondo de una botella o las bragas fosforescentes de alguna ramera barata.

Kuiper se dejó hipnotizar por el polvillo que flotaba como oro ingrátido en la luz de las persianas mientras la chica le besaba el área yugular. Ella ni siquiera le había dado tiempo de removerse el bolso de la espalda, y ahora este se le estaba incrustando en las costillas, así que la hizo a un lado educadamente y se levantó, caminó hacia una pequeña cómoda frente a las persianas para deshacerse ahí de sus cosas mientras la chica se saboreaba los labios en el mueble, descalzándose.

—Bonito lugar —dijo viendo a su alrededor, masajeándose los pies—, algo desordenadito, pero bonito.

—Gracias... supongo —dijo Kuiper secamente, de espaldas, dejando sus cosas en la cómoda.

Ella inclinó la cabeza.

—Y bueno —dijo—, ¿qué te pasa?

—No es nada.

—Estas actuando seco, otra vez.

Él se giró hacia ella, retirándose una pulsera de plata de la muñeca.

—Me recordaste a ella.

—Lo siento —dijo la chica, conociendo la historia de su madre—. No era mi intención.

Kuiper se sentó rígidamente a su lado, codos apoyados en las rodillas.

—Recordé como era regresar a casa antes —dijo, con mirada pensativa, reviviendo—, todo estaba vivo, la casa estaba viva, había luz, música, olor a comida, saludos y abrazos... nada estaba desordenadito.

—Ven aquí, bebé —dijo ella conmovida, rodeándole con un brazo, besándole la mejilla—. Me tienes a mí.

—Y luego está Engel... —siguió Kuiper, ignorando las caricias.

—¿Qué con Engel? —dijo ella, algo disgustada. Odiaba como a menudo robaba la atención de su enamorado.

—Me siento... no sé, mal por él... de nuevo está en rehabilitación. Me falló... nos falló. Ha vuelto a los malditos implantes.

—Ese no es tu problema.

—Es mi amigo, me siento... ¿traicionado? ¿engañado? Me había prometido no volverlo a hacer, lo habíamos hablado... y ahora...

—Ni siquiera sé por qué te juntas con él.

—¿Qué? —dijo Kuiper, frunciendo el ceño.

—Ósea, eres guapo, inteligente, popular, no sé por qué te preocupa ese raro.

—Los Leckhert han sido como una familia para mí —dijo, con voz severa— desde que... desde que ella se fue. Me han abierto sus puertas siempre, sin excepción. Me han acogido, así que sí... el asunto es muy mi problema.

—Mira, lo siento, ¿está bien? Ven, olvida eso, déjame consolarte.

La chica se abalanzó de nuevo sobre él con su lluvia de besos. Sin embargo, a él ya le sabían amargos tras aquel comentario urente sobre Engel (que no era el primero). Decidió no volverla a ver, después de todo, era guapo, inteligente y popular, sí, esas habían sido sus propias palabras, así que, como ella misma lo declaró, podría reemplazarla una y otra

vez... Cosa que nunca llegaría siquiera a considerar hacer con su hermano.

El bip—bip de la puerta otra vez. La pareja de adolescentes se separó bruscamente. Vieron por sobre el hombro, sentados rígidamente en el mueble en dirección a la puerta. A esa hora no debería sonar el bip—bip: nunca lo hacía. La puerta se abrió como un telón revelando la decaída figura de abdomen globoso envuelta en una larga gabardina beige del señor Kuiper. La placa dorada del departamento de policía de Lútrades en su pecho brilló cuando dio un paso adentro.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Bah! No me hagan caso, chicos. Sigán, sigán en lo suyo.

La botella de licor en su mano y la forma en que hablaba le delataron. Kuiper se puso de pie en medio de la sala. La chica saludó tímidamente y se acurrucó en el mueble.

—¿Qué haces aquí a esta hora, papa? —dijo Kuiper, avergonzado—. ¿Y por qué estás ebrio? Ni siquiera ha caído la noche. No me digas que... No me digas que te suspendieron otra vez.

—¿Qué clase de recibimiento es este? —dijo su padre, con despreocupación alcohólica y una poblada barba. Eructó—. ¿Es que un hombre ya no puede regresar a su casa en paz? Así no te criamos, hijo... ¡Señorita! —hizo una caballerosa reverencia a la chica.

Ella miró a Kuiper, luego a él y le regresó el gesto con una temblorosa inclinación de la cabeza.

—Muy bonita, hijo. —le guiñó el ojo.

—¿Qué clase de recibimiento? —restalló Kuiper—. ¿Qué clase de vida es la tuya? Nunca estas aquí, y si

lo estás es tarde por la noche y casi inconsciente tras alguna de tus salidas.

—¡Bah! —soltó su padre con un gesto de la mano, desplomándose en una de las sillas del comedor.

—Creo que debería irme —dijo la chica en voz baja, calzándose.

Kuiper no la detuvo: aquello era embarazoso. Le haría un favor. Más motivos para no volverla a ver.

—¿Necesitas que te acompañe a casa? —preguntó, una excusa para salir de ahí.

—No, no —dijo ella, arreglándose el cabello—. No te preocupes. Tienes... —vio en dirección a su padre— asuntos que atender aquí.

Rápidamente la chica arregló sus cosas y se dispuso a salir. Kuiper la acompañó a la puerta. El bip—bip otra vez. La chica le susurró algo que no pudo escuchar antes de salir. No importaba.

Permaneció un rato de pie ante la puerta. Reposó su frente en la helada superficie de esta. Casi odiando a su padre en silencio. El seguía balbuceando sinsentidos en la mesa. Algo sobre una noche de panteras, y eructando. Escuchó el cristal de la botella romperse contra el suelo. Pensó en gritarle, decirle sus cosas y tomarle del cuello del abrigo y darle un puñetazo. Sin embargo, cerró los ojos... suspiró. Eliminó aquellos pensamientos, dejó que el aire que entraba y salía de sus pulmones se los llevara. Abrió los ojos y dejó la puerta. Caminó hacia la mesa deteniéndose ante su padre. Lo determinó por largo rato. ¿Quién diría que alguien como tú, tendría a un padre como él?, le habían dicho alguna vez. Es sorprendente que tú salieras como saliste, agregaron. Él no había dicho nada, pues le había conocido antes

de que la perdiera a ella. Sentía compasión por él. La pérdida había convertido a un hombre ejemplar en un tren de perversión. Nunca superó perderla. Su más grande pérdida. Parecía cargar con una culpa que no le pertenecía, que no merecía. Kuiper decidió dejarlo en paz, ahí, dormido sobre la mesa.

Miró en torno al apartamento. Inició su lista de reproducción mezclada en su SNI y se dispuso a quitarle lo desordenadito al lugar. Sacudió el polvo, lavó todos los platos y organizó la sala y la bodega al ritmo de la música oculta en su cabeza con sumo cuidado de no despertar a su padre. Una orden directa desde su SNI abrió las persianas del todo. Trabajó hasta el anochecer. Las líneas de luz crepuscular habían desaparecido, ahora el despejado cristal de las ventanas estaba moteado por gotas de lluvia pintadas de colores a causa de las luces de la ciudad afuera. Cuando hubo terminado, su padre seguía roncando con el tronco apoyado sobre la mesa. Se echó su bolso a la espalda, colocó una mano compasiva en el hombro de su padre y se encerró en su habitación.

La frente transpirándole profusamente. Los vasos sanguíneos de su sien resaltándole entre el diodo de luz celeste de su SNI. La música electrónica estallando en su cabeza. Dejo caer la pesa en el suelo y caminó hacia la ventana respirando laboriosamente. Pequeños espasmos musculares en el bíceps trabajado. Las sombras colosales de los edificios, el coordinado tránsito aéreo, los rayos de luz multicolor proyectados al cielo y la susodicha aguja eléctrica en el horizonte... Tomó una pequeña toalla que colgaba de una silla y caminó por la habitación, enjugándose

el sudor. Se sentó en la esquina de la cama viendo una pequeña caja transparente que yacía vacía en un estante colgante. Se acercó a ella. Recordó un pequeño experimento con hormigas que había llevado a cabo utilizando aquella caja varios años atrás.

La caja estaba separada en tres segmentos por finas paredes, sin embargo, no estaban totalmente aisladas y permitían el paso de un segmento a otro mediante un pequeño agujero. Una configuración personalizada especialmente para un pueril experimento que ahora le parecía vil. Había realizado una prueba de colonias de hormigas ahí. Quería ver con sus propios ojos una guerra de hormigas inducida. Su propia guerra por supervivencia. Un sacrilegio para los aficionados a aquellos insectos. Colocó dos pequeñas colonias de hormigas, con su reina y sus obreras en cada uno de los segmentos en los extremos de la caja, y el centro lo asignó como zona de forrajeo, donde colocaría pequeñas hojas, plantitas o fragmentos de comida a los que las hormigas fueran afines.

Las hormigas reinas, mucho más grandes que sus subordinados, corrieron frenéticamente de un lado a otro escaneando el lugar, escogiendo el lugar adecuado para instalarse. Sus obreras hicieron lo mismo, peinando el lugar. Cada una de las colonias se instaló a su propio ritmo, no obstante, el patrón de comportamiento era el mismo: encontrar un lugar adecuado para la reina y buscar alimento. Les tomó un tiempo llegar a la realización de que en la pequeña pared había un agujero. Algunas de las obreras de una de las colonias decidieron aventurarse, cautas. Recorrieron el micro túnel marchando con sus patitas,

sondeando con sus antenas. La colonia rival seguía empedernida en ubicarse. La amplia zona de forrajeo se abrió ante las obreras aventureras. Las pequeñas plantas ahí serían grandes árboles para ellas.

Merodearon el lugar un rato y volvieron a su propia colonia, a informar a su reina sobre el hallazgo: había comida, mucha, y necesitaban comenzar la cosecha. Mientras tanto... la colonia rival, a su vez, comenzaba su propia excursión. Tras un rato ambas colonias habían enviado sus propias obreras a la tarea de recolección. Ahí es donde las cosas comenzaron a ponerse interesantes para el pequeño y curioso Kuiper. La mayor parte del tiempo las obreras se limitaban a recoger el botín cercano a su propia puerta: eran listas. Esto había sido hecho de manera deliberada por Kuiper, iría alejando poco a poco los alimentos de cada una de las puertas, hasta finalmente limitarlos al centro del amplio sector de forrajeo. En contadas ocasiones alguna de las hormiguitas se aventuró más allá del sector de alimentos, encontrándose en casos aislados con hormigas rivales. Cuando esto ocurría, ambas parecían alarmarse, al detectar una esencia diferente a la de su reina. Un pequeño alboroto tomaba lugar, pero no pasaba a más: el orden se mantenía.

En los siguientes días Kuiper, efectivamente, continuó acercando los alimentos y los encuentros entre hormigas rivales se hicieron más frecuentes. Crecía el conflicto, sin embargo, había alimento. Un pequeño lío aquí y allá, pero al final del día, ambas colonias marchaban regreso a casa con cualquiera fuera el nutriente que Kuiper, su dios perverso, les hubiera dejado. Ambas reinas eran conscientes de la

presencia de su rival, pero la abundancia de alimentos mantuvo el balance en el sistema aislado que era la caja de cristal de Kuiper hasta que...

Finalmente, llegó el día en el que el dios Kuiper decidió no alimentar a sus hijos insectoides; sino a la guerra. Fomentó la aniquilación convirtiendo la zona central de forrajeo en un valle estéril, vacío. No hubo comida un día... ni el siguiente. Las reinas comenzaron a preocuparse, enviaron a sus exploradores infructuosamente. Las hormigas se vieron obligadas a adentrarse cada vez más lejos en aquella caja hasta que solo quedaba una cosa: la puerta rival.

Ambas colonias declararon la guerra. La victoria sería para quien actuara más rápido y reinara en número. Un día las filas de hormigas de una colonia marcharon con redoble de tambores a la puerta rival. Algunas de las hormigas rivales que merodeaban por ahí corrieron alarmadas a avisar a sus colegas. La colonia rival se preparó entonces, desplegando hormigas en su puerta. Las hormigas invasoras alcanzaron la puerta y comenzaron su asedio. Hubo resistencia. Las patitas desgarradas volaron, se tironearon las pequeñas antenas y se rompieron el tronco a la mitad con sus pinzas. La colonia estaba siendo masacrada y Kuiper observaba más horrorizado que maravillado. Las atacadas comenzaron a empujar pequeñas piedritas al túnel para detener el paso de los invasores, pero el resultado sería nimio. El enemigo penetró. Tal y como había leído en la red, las hormigas invasoras ignoraron a sus rivales caídos y continuaron su avance a través de la colonia. Uno podría llegar a

pensar que se habían vuelto al canibalismo, pero la realidad era aún más perturbadora. Los invasores salieron victoriosos de la colonia cargando las larvas tiernas de la hormiga reina a quien seguramente habían destruido. ¡Se alimentarían de los bebés enemigos! Los succionarían como fuente alimenticia.

Aquel día el pequeño Kuiper, sintiéndose culpable, decidió terminar con su experimento de la caja de hormigas. De haberlo continuado, las hormigas victoriosas, tras acabarse las larvas, seguramente habrían regresado a por los cadáveres de las adultas, hasta finalmente, devorarse entre sí. Que horrible augurio. Ese día el dios Kuiper se ahogó en el remordimiento.

Cuando hubo salido de su habitación rondando la medianoche su padre había despertado y parecía preparar algo en la estufa.

—¿Ya eres tú otra vez? —dijo Kuiper desde la puerta de la cocina.

Su padre que estaba encogido sobre los alimentos que preparaba le vio por sobre el hombro.

—Apenas —dijo.

Kuiper arrastró una de las sillas del comedor y se sentó de brazos cruzados.

—¿Qué pasó esta vez? —inquirió.

El señor Kuiper había pasado por aquel interrogatorio antes, levantó la mirada de la comida, hizo una pausa y reanudó.

—Aparentemente hubo un accidente con mi compañero de caso.

—¿Qué tipo de accidente?

LAURENCE CASTILLO

—Del tipo de mi puño en su cara. —Se giró hacia Kuiper mostrando un chorreante cucharón—. ¿Quieres?

—No, gracias. Y dime, ¿qué llevó tu puño a su cara?

Su padre caminó con el tazón de sopa caliente hacia la mesa y se acurrucó ahí, dándole cuidadosos sorbos.

—Decir cosas que no debía decir... Eso, y mi supuesta intoxicación laboral.

—¿Supuesta? ¿por cuánto tiempo esta vez?

Él se encogió de hombros.

—Ah, no quieres saberlo —dijo—. Es mi “ultimo strike”, al parecer.

Kuiper se llevó una mano al rostro. Sacudió la cabeza.

—Tienes que controlarte, papá.

—El muy maldito insultó a tu madre.

Kuiper le lanzó una mirada interrogativa. Con el ceño fruncido.

—Bueno —se explicó su padre, sacudiendo la cuchara en el aire—, no exactamente a ella, sino a su caso.

Kuiper suspiró, se echó atrás en el asiento y abandonó su postura rígida. Como si el mencionar de su madre le hubiera desplomado. La señora Kuiper había desaparecido misteriosamente antes de que él rozara la pubertad. Las desapariciones humanas eran una rareza en aquella era en la que todos (la mayoría) portaban un micro ordenador rastreable en su cabeza. Su caso, en su momento, recibió una amplia cobertura de la prensa especializada y una gran investigación fue llevada a cabo con su propio padre al mando. Sin

embargo, nunca fue encontrada y, como suele pasar, la cobertura (y el interés) de la prensa y el departamento de policía de Lútrades I fue deteriorando. El caso fue archivado o congelado, como prefieren decir. El señor Kuiper, último bastión de su búsqueda (por razones obvias) fue despojado de los recursos para continuar la investigación. Hacer desaparecer de esta manera a una persona registrada por SNI en la Gran Central requería de cierto esfuerzo especial y deliberado. Surgieron muchas teorías, muchas de las cuales no agradaban al señor Kuiper, o simplemente se negaba a considerarlas. Ahí comenzó su caída, y todas las suspensiones anteriores estaban, en cierta medida, relacionadas todas con el caso de su esposa. Desde insurrecciones e insistencias hacia sus superiores inmediatos por la indiferencia al caso, hasta situaciones más violentas (su puño en la cara de su compañero) como la que ahora acontecía. La situación entera era bastante desalentadora.

—¿Qué dijo este hombre? —preguntó Kuiper—, tu compañero.

—En resumen: que era una pérdida de tiempo.

Kuiper deglutió saliva, a esas alturas él ya pensaba lo mismo.

—Tenemos que dejarla ir, papá.

—No estoy listo para rendirme, hijo. La encontraré, aunque tenga que arrastrarme yo solo por cada callejón de esta maldita ciudad pervertida. Aunque me cueste mi amado empleo.

—¿Y qué tal si está...? Cargas demasiado con esta culpa.

Su padre levantó la mirada del tazón de sopa.

—¿Qué te he dicho acerca de eso? Ten algo de fe, maldita sea.

El rostro de Kuiper se llenó de sombras. Se desplomó más en su asiento, casi sentado sobre su espalda baja.

Su padre se levantó de la mesa y comenzó a lavar el tazón.

—Mira, hijo —comenzó a decir, hablando de espaldas. El agua del fregadero salpicando—: sé que no he sido el mejor padre, pero esto me está matando, desde adentro. Es una enfermedad, y cada día que pasa sin tener respuesta, este cáncer crece y crece dentro de mí. Tengo que encontrarla. La encontraré, lo prometo. —Caminó hacia la nevera, en su puerta colgaban impresos en papel numerosas calificaciones sobresalientes del pequeño Nixon Kuiper que aún atesoraba ahí como trofeos. Tomó una de ellas, viéndola con nostalgia—. Mira el desastre en que me he convertido... Nadie en el trabajo me cree que tenga un hijo como tú. A menudo tengo que mostrarles pruebas. Orgullosamente les demuestro, les cierro la boca. Les demuestro lo que puede ser un Kuiper.

Se giró hacia Nixon, sacudiendo la pequeña hoja de calificaciones perfectas

»Tú, hijo, eres mi gran orgullo, lo único que me queda y todo en lo que puedo pensar, mi última meta en mi miserable vida: es traer de vuelta a la mujer que trajo al mundo al mejor hijo que jamás pude pedir. Ella, hijo, y solo ella, te formó en lo que hoy eres. Y yo... este desastre andante, busco la redención en las respuestas. Soy una broma. Evitar que estas cosas pasen es mi trabajo y mira como he fallado. No

mereces esta incertidumbre: mereces saber. Cerrar el ciclo. Eres el último gran Kuiper.

Nixon tuvo que parpadear para eliminar una repentina humedad en sus ojos. Su padre, que estaba de espaldas viendo las calificaciones y dibujos pegados en la pared de la nevera no vio aquello.

—Entonces sigue buscando, papá —dijo con una voz cansada—. Esperaré atento cualquier noticia tuya.

Su padre asintió con la cabeza. Dio sus buenas noches y se perdió en su habitación. Nixon Kuiper permaneció ahí un rato. Sentando solo en la mesa. Viendo desde ahí las pequeñas impresiones en papel pegadas en la nevera. Viendo una fotografía en la que los tres se abrazaban sonrientes.

Antes de la tormenta

Engel Leckhert

Nixon Kuiper

Jessica Halley

Sector Lunder: Estación de lanzaderas de Lúttrades I.
A tres semanas del Día R

Engel y Kuiper esperaban el aerotaxi en la entrada de la estación de transbordadores. Erguidos como columnas el uno junto al otro entre el gentío, con sus ojos intentando adaptarse de nuevo a la visión de su gran ciudad natal. Sus superiores, Alset y el coronel Odalnier habían tenido la bondad de otorgarle un periodo de gracia de dos semanas al personal implicado en el próximo ataque a Mender; el Día R, la gran ofensiva que pretendía ser la definitiva. Aquella falsa libertad temporal estaba estribada por supuesto a estrictas reglas y protocolos de seguridad que ellos personalmente aceptaron.

Los datos de sus interfaces serían rigurosamente filtrados. Cualquier flujo de datos relacionado con información confidencial u otra anomalía con el SENI serían instantáneamente identificados y se activaría una alarma en la central. En cuestión de minutos las autoridades enmascaradas les rodearían para ponerles la correa al cuello. A ninguno de ellos le atraía la idea de convertirse en un traidor nacional así que tales clausulas no provocaron en ellos ni una pizca de miedo.

El clima era bueno. El sol brillaba ardiente en los parabrisas de los coches. Alcanzaron los veintiún años en la academia. Habían crecido significativamente y la pálida piel de ambos resaltaba. Sí, Engel se había embarcado en un numero de misiones, pero durante todas estas se le veía envuelto en su prototaje y en los últimos meses se la había pasado ocupado en un sinfín de pruebas del T.A.T. y su nuevo diacono en la artificial esfera anti gravedad, y Kuiper, por su parte, no había conocido otra luz que no fuera la de la pantalla de sus terminales golpeándole el rostro.

Su salud se había mantenido estable, su corazón no había explotado gracias a los cuidados de Jessica. En una ocasión el coronel Odalnier le llamó a su despacho. Para su sorpresa ahí también le esperaba el mismísimo Alset. El coronel Odalnier comenzó a manifestar su preocupación por ciertas anomalías detectadas en el SENI de Engel, llegó dudar sobre su aptitud para con la misión. Me ha traicionado, pensó Engel en aquel momento sobre Jessica, pero la participación posterior de Alset en aquella pequeña reunión le confirmaría que ella no había tenido nada que ver, sino que habían sido los reportes del T.A.T. de Kuiper los que le habían puesto en el banquillo.

Alset comenzó a explicarle a Odalnier lo que los resultados del T.A.T. de Engel significaban. Aseguró que a su criterio Engel estaba apto, y declaró que su participación en el programa sería de gran beneficio para su proyecto. El flujo de energía espectral incrementado en Engel no debía pasarse por alto. Odalnier manifestó su insistencia en el bienestar de su soldado, y tanto Engel como Alset se empeñaron en convencerle de que todo iría bien... Odalnier le lanzó

una mirada suspicaz a Engel, y luego a Alset, quien le observaba fijamente y de dedos cruzados desde su asiento. ¿Por qué le interesa tanto que Leckhert participe en esta misión? Pensó, y aceptó con tremenda dubitación.

Todo lo que llevaban con ellos cabía en el pequeño bolso de lona verde militar que colgaba de sus manos. A lo mejor está seguro de que su conejillo de pruebas no sobrevivirá y por eso me ha permitido volver a casa antes del experimento, pensó Engel respecto a Alset. Esperaba al menos que la contribución de un fracasado adicto a la RV fuera significativa para AMBROS, y, por ende, para la humanidad.

—Es extraño —dijo Engel viendo por la ventanilla del aerotaxi mientras volaban rumbo a casa—. Si lo piensas, ya nadie está realmente solo.

Kuiper, quien viajaba a su lado le invitó a explicarse.

—Desde que aceptamos el acuerdo de confidencialidad —dijo— he estado pensando en el significado de la privacidad.

—¿Y qué has meditado?

—Que es una patraña. La han asesinado.

Kuiper rio suavemente.

—Es verdad —insistió Engel—, míranos, el neuroenlace es como una cámara de seguridad permanente en nuestras cabezas.

—El tema de la privacidad en internet —dijo Kuiper retomando la seriedad— está ahí desde su advenimiento. Ha sido debatido desde que el hombre comenzó a intercambiar información mediante una red interconectada. Existe el llamado derecho a la privacidad, y, aunque una empresa recolecte

constantemente la información de las personas, no tiene el derecho a escudriñarla o divulgarla deliberadamente, en teoría, a menos que seas un caso especial y un ente de seguridad solicite tu información y lleve a cabo una redada en la bóveda de datos que eres.

—Lo sé —dijo Engel—, pero, ¿quién les regula? Básicamente, me estás diciendo que debemos aceptar como normal el vivir vigilados.

—Te lo están diciendo ellos; no yo. Funcionan bajo el argumento de “No tengo nada que ocultar” por lo cual, no tengo motivo por el cual oponerme a la vigilancia de datos.

Engel pensó que tenía mucho que ocultar, y se preguntó si en una redada de estas a su cabeza los agentes pondrían pie en aquel onírico reino digital, si expondrían a la luz al Keiden virtual o al Espectro que quien sabe dónde se encontraba entonces.

—Por supuesto —continuó Kuiper—, estas leyes y derechos fueron revisados con minucia con la llegada de los invasivos SNI, y nació entonces la FDI (Fundación del Derecho Individual). Se ordenó como norma la inclusión del Núcleo Propio en la estructura del SNI, y mientras este estuviera activo, nadie podría, ni debería invadir tu privacidad. A esto último es que has renunciado al firmar el acuerdo de confidencialidad, por cierto.

—Hemos —corrigió Engel.

—Yo no tengo crimen ni intención que ocultar, ¿y tú?

Engel meditó por el resto del camino. Las alteraciones de la realidad, Kerb, el espectro, su salud... quizá todo estaba relacionado y esperaba que

el volver a su ciudad, a su hogar, le ayudara a despejar la mente y terminarlo todo. Un pequeño espacio de tiempo para una misión personal antes de cumplir el llamado del deber en Mender. Se había mantenido alejado de la simulación, del falso Keiden. “Es por mi maldito bien”, le había dicho a Keiden cuando este le reclamó sus ausencias. “Tengo que dejarte ir”. Se remontó al pasado, a los orígenes de aquellas alucinaciones y adicciones a implantes RV. Recordó algo: él, muy pequeño, recostado en su habitación, Keiden colándose a medianoche clamando tener una sorpresa, un cilindro de información robado... Antigua e incomprensible tecnología antómata al alcance de su padre, un importante y reconocido arqueólogo. Conectó enlaces. Extraños símbolos y constelaciones en un cilindro... una extraña sensación... un espectro digital. Cuando el momento fuera el adecuado, interrogaría a su padre respecto a aquellos extraños artefactos. El evento del cilindro y la aparición de las alucinaciones se remontaban a aproximadamente la misma época.

Más allá de las grandes murallas de la ciudad de Lútrades, en las montañas boscosas, serpenteaba una antigua carretera de asfalto para automóviles terrestres. Era conservada como un elemento histórico y lo llevaba a uno a un complejo turístico en la cima de una montaña.

—¿Dónde me está llevando? —vociferó Jessica, siguiéndole el paso a Engel.

Bajaban cuidadosamente por unos peldaños de roca en semi círculo, flanqueados por pasamanos para la seguridad de los turistas y un fresco aroma a pino.

Ambos llevaban botas de excursión y en Jessica ondulaba una holgada camisa roja a cuadros de mangas largas.

—Ya verás —dijo Engel viéndole por sobre el hombro con la frente sudada, y se hechizó de nuevo al ver las pequeñas joyas en la oreja de ella resplandecer con el sol.

Ya hacia una semana que Engel gozaba de la libertad de un humano normal. Su padre le había recibido en casa. Como su madre se encontraba ahora reconstruyendo su propia vida en Virden, no había nada atractivo para cenar, así que su padre le había invitado a un jugoso bistec de restaurante donde platicaron durante horas sobre sus vidas y otros asuntos de interés para Engel... Con su mencionada madre solo pudo hablar mediante video llamada. Ahora los días festivos de la reservada Jessica habían convergido con los suyos, y la había convencido de acompañarlo a aquel centro turístico entre pinos y zigzagueantes carreteras.

Tras un moderado trayecto el paso boscoso se abrió ante una amplia planicie donde se asentaba un aparcamiento para vehículos terrestres. Se divisaba una estación de atención en el fondo, coronada por un gran letrero de bombillos: Rentacar, decía.

—¡TA—DA! —soltó Engel girándose hacia Jessica con los brazos extendidos.

—¿Una... renta de vehículos? —dijo ella, retomando el aliento, con las manos en la cadera.

—Vehículos terrestres —aclaró Engel—. Apuesto a que no has montado en ninguno.

—No, la verdad no —admitió ella, sonriente, secándose la frente—. Y... pensándolo bien, no me

LAURENCE CASTILLO

molesta la idea de pasearme: ya he caminado lo suficiente por hoy.

—Estoy de acuerdo, vamos.

Los había de distintos años, tipos y colores. Jessica llevaba la mirada de uno a otro mientras cruzaban entre ellos por el aparcamiento rumbo a la colorida estación de renta.

—No sabía que pudieras conducir vehículos terrestres —dijo.

—Mi padre y mi hermano amaban venir aquí —explicó Engel—. Yo les acompañaba y me sentaba en el asiento trasero, escuchando, poniendo atención. Este es uno de los pocos lugares donde puedes disfrutar de una experiencia de conducción a la vieja usanza. Los precios son asequibles y las carreteras son excelentes: somos afortunados de tener este tipo de atracción tan cerca de la ciudad.

Ya iban acercándose a la estación.

—¿Afortunados? —dijo Jessica caminando con los brazos cruzados— Sí, supongo, como diga.

—Créeme, después de hoy, pensaras igual. Hay algo que se perdió en esta era de vuelo y automatización.

—Sí, la alta tasa de accidentes vehiculares y la quema desmesurada de combustibles fósiles.

Engel le lanzó una mirada mientras se acercaba al encargado de la ventanilla.

—Y mira donde nos ha llevado la ármiza —dijo.

Ella se sonrió

—¡Bienvenidos a Rentacar! —anunció enérgicamente el empleado vestido de rojo—. ¡El único lugar donde puedes tener una experiencia de manejo terrestre segura y genuina!

—Lo mismo digo yo —acordó Engel apoyándose de codos en el recibidor.

—Ah, veo que eres un hombre de cultura automotriz también —dijo el empleado.

El señor Kuiper había retirado aquellas oclusivas persianas: ahora un amplio ventanal se abría a luz de la ciudad. Nixon le acompañaba esa noche en la sala de estar, comiendo fideos de caja con los pies descansando tranquilamente sobre la pequeña mesa del centro. Su padre hacía lo mismo sentado en su gran sillón preferido. Se había mantenido sobrio por varios meses y había bajado de peso, aunque Nixon atribuyó aquello a la pobre alimentación que le mantenía desde que él había partido a la academia del Halcón Dorado y AMBROS: antes él solía encargarse de la cocina. El apartamento estaba aseado, los muebles eran nuevos, la nevera también, sin embargo, los recortes de impresiones en papel de sus calificaciones y fotografías seguían ahí. El señor Kuiper parecía empeñado en mejorar su vida a excepción de su alimentación, después de todo, estaban comiendo de una caja de fideos pedidos a domicilio.

—Se te ve recuperado, papá —dijo Nixon llevándose una hilera de fideos a la boca—. Es bueno verlo: me alegra el día —succionó el último fideo.

—Ah, llega un momento en el que el hombre se aburre de arrastrarse en la porquería de su propia anarquía —dijo él señor Kuiper, revolviendo los fideos en la pequeña caja de cartón blanco—. Un momento en el que ya no se tolera ni a sí mismo.

Nixon asintió aprobativamente.

LAURENCE CASTILLO

—Bueno, me alegra que ese momento te haya llegado a tiempo, papá.

—Fueron tiempos difíciles, hijo. Cuando te fuiste. La verdadera soledad me llevó a reflexionar. Ya ni siquiera soportaba verme al espejo sin sentir un remolino en el estómago.

—¿Te has portado bien en la estación? ¿No has golpeado a tu compañero?

—Oh, de maravilla. Incluso me han recompensado con bonos por buen comportamiento. Así es como me las arreglé para comprar todo esto. Con respecto a mi compañero... bueno, digamos que ha mantenido la boca cerrada.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? No logro recordar.

—Tobías, hijo. Te lo dije esta tarde.

—Ah, sí... Tobías.

Su padre le lanzó una mirada analítica por sobre la caja de fideos. Comenzaba a notar algo extraño en su hijo. Nunca había pecado de mala memoria o de ser distraído.

—Supongo que no le he dado motivo —dijo el señor Kuiper, masticando—. He estado realmente enfocado en el actual caso.

—Cuéntame.

El señor Kuiper se inclinó hacia adelante en su asiento, se acomodó.

—No digas nada, pero tenemos un jugoso cable respecto a los Neonoxistas que provocaron el atentado en el centro de convenciones: el atentando en el que murió el primogénito de los Leckhert.

Nixon resultó con la boca abierta.

—No me jodas —exclamó.

—¡Hijo! —reclamó su padre.

—Lo siento. —Nixon también se inclinó hacia adelante, interesado, dejó la caja de fideos en la mesita—. Cuéntame todo.

Ella se deshizo del moño y entregó su cabello al gentil viento. Engel había escogido un coche descapotable rojo de faros delanteros escamoteables. Jessica alternaba entre lanzarle divertidas miradas a él y apoyar su quijada en el borde la ventana, viendo el paisaje montaños que se levantaba entre los pinos.

—Tengo que admitirlo —dijo ella con un tono de voz ligeramente elevado, compensando el ruido de motor a gasolina y el viento—: tiene su encanto. El coche, me refiero.

Engel habló sin retirar su concentración del camino y de la palanca de cambios.

—Por un momento pensé que te había ganado. Aunque igual me alegra que te agrade el paseo. Es un clásico.

En ese momento el carro forzó un ligero cabeceo cuando Engel introdujo mal una marcha. Jessica comenzó a reír.

—Como veras no soy el mejor conductor —dijo él, avergonzado.

—Lo haces bien. Me sorprendes. No sabía que tenías esta afición.

Los paseos motorizados de Rentacar estaban limitados a las nada cortas carreteras boscosas de aquella montaña. Las caprichosas curvas y vistas paisajísticas conformaban toda una experiencia. Había robustas vallas de seguridad por doquier para

evitar accidentes abismales, y agentes socorristas en casi esquina.

—Es bastante... arcaico —dijo Jessica viendo el antiguo radio en el tablero con detalles de caoba.

—Eh, sí —admitió Engel—. Pero lo que importa, lo que lo vale es el rugir al apretar el pedal, el levante de la aguja en el velocímetro: algo que ya no existe con los aerochoches. Lo demás ahora lo cargamos en nuestras propias cabezas.

—Eso es verdad.

Ambos se sonrieron.

Engel vio por el retrovisor. Algún idiota ególatra habría rentado un coche para jugar. Vio un muscle naranja zigzaguar en el camino a varios metros atrás de ellos. Cruzando la línea amarilla divisoria una y otra vez. Se invitaba a los clientes a reportar cualquier comportamiento inadecuado. Algunos no tenían la menor pizca de responsabilidad vial. Burdos acostumbrados a la automatización que de alguna manera se saltaban los requisitos de una membresía del lugar. Engel reportó aquello mediante la aplicación del SENI sin que Jessica se diera cuenta.

—Aquí —dijo de súbito, aprovechando un atractivo mirador a la orilla.

Desaceleró y orilló el coche. La gravilla crujió cuando las llantas dejaron el pavimento. Lo aparcó con la punta hacia el horizonte, a la orilla del barandal. El muscle del ególatra pasó a toda velocidad. Su reporte ya habría surgido efecto porque escuchó la sirena de una patrulla de orden en la lejanía.

Jessica, perdida en el atardecer que combinaba la zona boscosa con la ciudad en el horizonte no advirtió

el peligro. Lo cual era precisamente lo que Engel quiso evitar con aquella tacita maniobra. No podía pensar que la había llevado a un lugar inseguro en su primera cita. Hombres insensatos con complejo de dios presumiendo de un poder que no tenían adonde quiera que fuera.

Ambos abrieron su puerta y se bajaron del coche. Caminaron por la gravilla hasta encontrarse enfrente de la maquina roja y se sentaron cómodamente sobre el capó. Se tornaron nostálgicos por un rato, viendo la panorámica.

—¿Sabes, Engel? —dijo ella rompiendo el silencio—. Me he divertido mucho hoy. Lo necesitaba, siendo honesta, consideré rechazar la oferta.

—¿Me acabas de llamar por mi primer nombre?

Desde que la conoció, Jessica se había limitado rígidamente a dirigirse a él como “Leckhert”.

—Me parece que eso acabo de hacer.

—Progresando —celebró Engel.

Jessica se encogió de hombros.

—Depende de adonde quieras llegar con ese progreso —dijo—, pero sí; progresando.

Engel la determinó un rato, en silencio. Ha cambiado la forma en que se dirige a mí, pensó.

—Dijiste que necesitabas esto: divagarte ¿Todo bien en casa?

Ella frunció el rostro. Desvió la mirada.

—Me he reencontrado con mi pasado al volver aquí. Pero, no hablemos de ello ¿está bien?

—¿Qué tal del futuro?

—Me parece bien.

—¿Qué te ves haciendo en diez años? —preguntó Engel.

LAURENCE CASTILLO

Ella miró el paisaje, parpadeó. Incluyó la línea de su boca. Parecía pensar su respuesta.

—Quiero mi propio electro—vivero.

—¿Enserio?

—Sí —reafirmó ella con la cabeza—. Quiero mi propio electro—vivero.

—Electro—vivero... ahí se cultivan esas plantas de moda ¿no? Las que pueden modificarse. Cambiar su coloración y forma.

—Exacto —dijo ella, maravillada, parecía amar la idea.

—Mamá es aficionada. Plantó varias en el balcón de mi casa. El sistema completo. Costoso.

—¿De verdad? Que hermoso detalle.

—Papá las dejó morir

—¿Qué? —restalló ella.

—Sí... cuando ella se fue perdió el interés, eso me dijo.

Jessica sacudió la cabeza.

—Qué tragedia.

—Sí... tragedia.

—¿Y tú? —dijo Jessica—. En diez años; suéltalo.

Engel pareció pensar por un momento, como si hubiera olvidado lo que le aguardaba, luego pareció entrar en razón. Se le compungió el rostro, y las arrugas que se formaron en su piel formaron sombras a la luz del atardecer.

—Maldita sea, ni siquiera sé si estaré vivo en diez años.

—¡Vivirás! —declaró ella—. Eres el mejor soldado de AMBROS.

Él resopló.

—Una exageración.

—No lo es.

—Mírame: soy un desastre. ¿Olvidas lo... —se tocó el pecho— ...otro?

—Lo resolveremos —tranquilizó ella—. Está cubierto. Tenemos la tecnología: lo prometo. Prométeme tú hacer algo.

Engel la miró. Ella miraba los rascacielos a lo lejos, sus cabellos cobrizos sacudiéndose con el viento, le devolvió la mirada, parpadeó.

—Vive —le ordenó.

Ninguno de los dos desvió la mirada. Ella se perdió en sus raros ojos, y estos parecían acercarse lentamente, y se descubrió a si misma deseando que así fuera: que se acercaran más y más. Había decidido ayudarle a cortar distancias cuando Engel se estremeció repentinamente: una llamada directa en SENI. Nixon Kuiper.

El icono de realidad aumentada de “en llamada” apareció sobre Engel. Jessica le vio hablar, interiorizado en la plática con su amigo. En algún momento pareció haber recibido alguna chocante noticia porque abrió los ojos ampliamente. Comenzó a caminar de un lado a otro, pateando la gravilla frente al vehículo. Ella comenzó a impacientarse. ¿Qué estaba ocurriendo?

Finalmente, Engel se detuvo. El icono de llamada se esfumó. Era una silueta masculina antepuesta al sol. Parecía estupefacto.

—¿Qué ocurre? —inquirió ella—. ¿Qué te dijo?

—Lo encontraron —dijo Engel, con la mirada perdida en el suelo.

—¿Encontraron el qué? Actúas como loco.

Engel levanto la mirada.

LAURENCE CASTILLO

—Al asesino de mi hermano.

—¿Asesino? Pensé que habías dicho que murió en el atentado de Lúttrades.

Había anochecido, los faroles del coche se abrieron como ojos a la noche, el motor rugió, las llantas patinaron en la gravilla y Engel condujo de regreso a exceso de velocidad en busca de respuestas.

—19—

En la ratonera

Engel Leckhert

Nixon Kuiper

El Ratón

—¿Odias a Virden? ¿a su gente?

—Odio a sus actos.

—¿Cómo puedes odiar el acto, y, a la vez, hacer caso omiso de la persona misma?

—No lo sé, comprendiendo, sintiendo.

—¿Amando?

—Es una forma de verlo.

—Realmente amas la vida ¿verdad? Yo te amo a ti, por el resto de los humanos, sin embargo... cuesta sentir algo diferente a las náuseas.

---Diálogos perdidos en el ciberespacio.

—Con tan solo diecisiete años el tipo ya era un experto en el lavado de cabezas ritualista —iba diciendo el señor Kuiper, caminando a largas zancadas al lado de Engel, dos agentes más y de Nixon Kuiper—. Tú sabes; “Enrid es el único camino fuera de la Retención” y todo ese mumbo jumbo religioso.

Engel escuchaba con cierta repugnancia escrita en el rostro. La mirada perdida hacia adelante. Llevaba puesta la chaqueta del ejército. La gabardina de policía del padre de Kuiper ondulaba mientras avanzaban rápidamente por el sombrío pasillo de aquel abandonado, grasoso y corroído almacén en la

zona industrial de la ciudad donde mantenían recluido al terrorista Neonoxista conocido como “El Ratón”.

El señor Kuiper continuó enumerando los antecedentes del atrapado, con la voz ligeramente ahogada por la caminata:

—A los dieciocho años ya estaba al mando de un gran número de prosélitos. Subió rápidamente los escalones de la jerarquía Neonoxista.

Hicieron un giro a la izquierda.

—A los diecinueve estaba moviendo los hilos de los actos que... que condujeron al atentado terrorista en el centro de convenciones...

Engel se estremeció, frunció el rostro. Tan joven... un simple muchacho había provocado aquella tragedia nacional. ¿Por qué?

—Le conocen como “El Ratón” —continuó el señor Kuiper—, quien sabe porque diantres, sin embargo, su nombre real es...

Engel alzó la mano en símbolo de silencio. Tenía el rostro oscurecido.

—No quiero escucharlo.

El señor Kuiper y los demás se mostraron confundidos, se vieron los unos a los otros.

—Está... bien —dijo el señor Kuiper deteniéndose ante una puerta metálica, cubierta de una pintura blanca que estaba descascarándose—. Bueno, hemos llegado. Aquí está.

No abrieron la puerta. Caminaron unos cuantos pasos más a la izquierda, deteniéndose frente a una amplia ventana. Los otros dos agentes no les siguieron, se apoyaron en la esquina y encendieron un par de cigarros.

—Mírenlo —dijo el señor Kuiper viendo a través del cristal—: esa oscura piel mugrosa; ese cabello reseco; esa nariz aquilina; esa mirada saltona, que reclama y exige algo, siempre, siempre... ese asqueroso tatuaje Noxista en su cuello... Solo de verlo me da asco.

Engel determinó al señor Kuiper por unos segundos: nunca se había percatado de que era un racista. Lo ignoró, pasó de él y se acercó lentamente a la ventana, tembloroso: a verlo por sí mismo.

Adentro, a través del sucio cristal empañado, se miraba la silueta arrodillada de un hombre de piel oscura. Parecía tener las manos atadas tras la espalda. Un chorro de sangre corriéndole desde la frente atisbaba alguna clase de interrogatorio de odio improvisado. Solo estaba ahí... quieto, como si supiera que le observaban y juzgaban. Como esperando su sentencia. Ahí estaba el hombre que le había destruido la vida a su familia... ¿Lo había hecho, realmente? ¿Era aquel simple hombre el verdadero culpable de todo lo ocurrido?

—¿Qué hacemos aquí? —dijo Engel dirigiéndose al señor Kuiper.

El viejo policía vio a su hijo, luego a Engel. Soltó una corta risita.

—¿Cómo que qué estamos haciendo aquí, hijo? —dijo, extendiendo los brazos, confundido—. Aquí está: es tuyo. ¡El asesino de tu hermano!

—Sí, pero ¿por qué está aquí? —intervino Nixon Kuiper—. ¿Y cuál es la razón de estar de Engel en este lugar?

Engel asintió. Exactamente, pensó.

—Hijo —dijo el padre de Kuiper—, te has ganado un renombre. ¿Cuál era? Ah, sí, Engel el indulgente. El consorcio, el ejército de Lunder y AMBROS te aprecian, y te respetan. No creas que tus acciones han pasado desapercibidas. Así que... ¿Por qué romper la costumbre?

—Expílicate —espetó Engel.

—Tú decidirás su destino —dijo el señor Kuiper—. decidirás que hacer: lo vienes haciendo desde ya hace un tiempo con todas las pestes que han puesto en tu mira. Te lo están sirviendo en bandeja de plata. Considéralo un obsequio de su parte.

—No puede ser —dijo Engel, ultrajado—. Las cosas no pueden ser así. ¿Qué clase de justicia es está? ¿Una farsa tras bambalinas?

—Hijo, no les importa un carajo lo que suceda con esa peste, es más: desearían borrarla del mapa. Así que si sirviéndole el ratón capturado a uno de sus gatos favoritos les ayuda en algo... —El señor Kuiper desenfundó su revólver y se lo ofreció a Engel—. Lámete los bigotes, hijo. La presa, la venganza es tuya.

Engel vio a Nixon, parecía tan contrariado como él.

—Esto no es correcto —dijo Engel—. No soy un asesino furtivo a sangre fría.

El viejo bajó el arma y se acercó a Engel, se la puso firmemente en la mano, susurrándole:

—Hijo, este hijo de puta destruyó tu vida. ¿Tienes idea de lo que daría yo por tener esta oportunidad? ¿De lo que pagaría por ponerle fin a mi agonía? ¿Por descubrir la verdad sobre mi mujer?

—Matarlo aquí no arreglará nada, no terminará nada. Peor aún; iniciará algo más. ¡Que lo juzguen como es debido! Esto no es un regalo, es una maldita pesadilla. Hasta ahora solo tenía que culpar a un ideal, a una creencia maldita; ahora tengo que odiar a un hombre manifiesto, en carne y hueso que se arrodilla ante mí. Esta es otra clase de odio.

El señor Kuiper se alejó dos pasos de él.

—Bueno —dijo—, entonces, ¿qué harás?

—Dijiste que me tocaba a mi decidir ¿no?

Él asintió.

—Abran la puerta, por favor —dijo Engel dando media vuelta, guardándose la pistola en su cinturón—. Quiero encararle —Los Kuiper dieron paso atrás suyo—. ¡Solo! —ordenó Engel.

Los otros dos agentes retiraron una enorme barra de seguridad y una cadena oxidada de la puerta desconchada. Se abrió estrepitosamente y Engel se adentró. La puerta la cerraron a su espalda.

El hombre de piel oscura, El Ratón, estaba ahora de rodillas ante él. A algunos tres metros de distancia. Era de contextura delgada, pero atlética. Las líneas de los músculos bien marcadas. Tenía la mirada saltona descrita por el señor Kuiper, la ancló en Engel desde el momento en que entró. Parecía realmente interesado en lo que Engel tuviera que hacer o decir ahí.

Engel se acercó a él a paso lento, sintiendo en su piel el frío del arma que ocultaba en su cinturón y bajo la chaqueta del ejército. Se detuvo a unos cuantos pasos frente a él.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo Engel en voz baja.

El Ratón le vio, pero no dijo nada. Tuvo que entrecerrar un ojo cuando la sangre de su frente corrió sobre él.

—¿Por qué lo hiciste?! —repitió Engel en un grito. Esta vez los Kuiper que observaban del otro lado de la sucia ventana pudieron escucharlo. La pregunta perduró en un eco del vacío almacén.

El hombre le determinó por unos segundos. Puso especial atención en los ojos de Engel.

—¿Hacer qué? —dijo finalmente, con un gesto y una voz que denotaban cansancio—. He hecho tantas cosas...

Engel no pudo ignorar el obvio acento de la gente de Venassi y las demás tierras amarillas en su voz. Común en los sectores tres y cuatro, los marginados.

—¡El atentado aquí, en Lúttrades! —inquirió Engel—. En el centro de convenciones. ¿Por qué?!

El Ratón no dijo nada, desvió la mirada.

—¡Responde, maldito! —dijo Engel, tomándolo del cuello, enfurecido.

A hora el hombre atrapado en el agarre de Engel, le vio con odio, frunciendo el ceño, con las venas de la frente resaltadas. Engel mantenía casi el mismo gesto rabioso, mostrándole los dientes, sin embargo, permaneció en silencio.

—¡Maldita sea! —dijo Engel empujándolo de golpe. Caminó en círculos ante el Ratón, como pensando que hacer. Mientras tanto el Ratón se reincorporaba a su posición de rodillas, con la espalda llena de polvo por la caída.

Engel soltó un rugido rabioso y tras una rápida y ágil maniobra su arma pasó en un abrir y cerrar de

ojos de su cinturón a su mano. Ahora el cañón de esta se aferraba al entrecejo del Ratón.

—¡Debería matarte aquí mismo, basura! —gritó Engel.

El Ratón no se retrajo, respiraba rápida y profundamente, pero mantuvo el rostro en la mira de Engel. Estaba listo para el presionar del gatillo. Sin embargo, permaneció en silencio.

—¡No! —gritó Nixon Kuiper desde la ventana, golpeándola con un puño.

—¡Eso! —celebró su padre—. ¡Acaba con ese maldito! Me ahorraras papeleo.

—¡Papá! —restalló Nixon.

Engel se dejó ahogar por el odio. Recordó el sufrimiento. Las horas de llanto, no solo suyas, sino de su familia entera. Las peleas, el vacío. Sintió el gatillo en su dedo. Rugió encolerizado y tiró de él. Restallido tras restallido. El viejo almacén abandonado se alumbró y pintó de sangre. El cuerpo del ratón yacía decapitado en el suelo, y Engel seguía y seguía disparando, gritando. Tenía el rostro cubierto de sangre y sesos. Disparó hasta que su cuerpo se convirtió en una masa roja de carne...

Sin embargo, eso... eso es lo que hubiera ocurrido si se tratara del Engel de antes. Del Engel adolescente adicto a los implantes y lleno de odio al mundo que alguna vez fue... pero había cambiado. Había descubierto nuevas maneras de vida.

El Ratón seguía con vida, ahí de rodillas ante el cañón de su temblorosa arma. Todo había pasado en su imaginación. Había analizado las posibilidades. Había decidido una ruta distinta. Respiró profundo y

retiró bruscamente el arma de la frente del Ratón, quien se mostró tan confundido como asombrado.

Así que es verdad, pensó El Ratón.

—¡Eso es, Engel! —gritó Kuiper desde la ventana—. ¡No hagas algo de lo que arrepentirás luego!

El señor Kuiper soltó un quejido, pero no dijo nada.

Sin embargo, Engel estaba perdido en sí mismo. Pensando. Vio el arma en su mano por largo rato... viendo el interruptor del seguro... lo presionó bloqueando el fuego del arma y la tiró lejos de él, al suelo cerca de la puerta.

El Ratón, sin poder disimular su asombro, le observaba, intentado dilucidar que tramaba Engel.

Engel caminó en círculos en torno al Ratón.

—Yo estaba ahí —dijo, con voz calma.

El Ratón le seguía con la mirada, escuchando con atención.

—Mi hermano, y mi padre también —continuó Engel—. Lo sentí todo... la explosión, el impacto, las llamas... el miedo... pero viví. Heme aquí... Mi padre vivió. Mi hermano... —su voz se quebró— él no te puede contar su versión.

El Ratón deglutió saliva. Ahora Engel se encontraba fuera de su visión, a su espalda. Sentía su fuerte presencia atrás suyo.

—Lo vi arder vivo con mis propios ojos... —susurró Engel—. Lo vi sufrir... por lo que tú hiciste. ¡Por tu decisión!

Sus ojos, pensó el Ratón, sus ojos... luego pensó que había llegado el momento, que le degollaría desde aquella posición. Lo que se vino nunca se lo hubiera

esperado, no tras aquella confesión. Sintió como Engel le desataba.

—¡Levántate! —le ordenó Engel mientras caminaba para ponerse de nuevo al frente.

El Ratón lo hizo con dubitación. Sin retirar la mirada de Engel ni por un segundo. Se desemperezó los músculos y masajeó las muñecas enrojecidas y adoloridas por el amarre mientras Engel, curiosamente, comenzaba a quitarse la chaqueta, del ejército, la camiseta blanca y las botas.

—¿Pero qué demonios está haciendo tu demente amigo ahora? —dijo el señor Kuiper acercándose a la ventana. Encendió un cigarrillo—. Esto se está poniendo interesante.

Nixon observaba en silencio.

El Ratón había vivido lo suficiente en las calles para saber lo que estaba ocurriendo: se estaba igualando a él. Ahora Engel, semidesnudo vistiendo solamente su pantalón se cuadró en frente en posición de en guardia. Supo de manera tacita que le estaba retando a un duelo. Uno entre verdaderos hombres, sin nada más que el propio cuerpo. ¿Por qué?

Engel concentró su mirada en él, respirando tranquila pero efectivamente. Cada fibra de musculo dispuesta a la acción por venir. Avanzó, moviendo primero un pie, luego el otro, sin cruzarlos. No obstante, El Ratón permanecía en una postura rígida, descuidada. Lanzándole una mirada analítica. ¿Por qué no le había matado sin más?

—¡Pelea conmigo! —gritó Engel.

El Ratón permaneció inmóvil.

—¡Qué te defiendas, maldito! —rugió Engel liberándole un iracundo rechazazo en la quijada.

El Ratón se tambaleó ligeramente. Se escuchó un ligero crack óseo. La sangre salpicó el sucio suelo debajo. Volvió a levantar el rostro hacia Engel sin molestarse en limpiar la sangre que corría de su labio.

—¿Por qué no te defiendes?! —dijo Engel, frustrado—. ¿Por qué? ¿por qué? —repetía boxeándole el rostro con ambos puños—. ¿Por qué lo hiciste?!

El Ratón permanecía incólume como un poste. Como un saco de boxeo recibiendo impacto tras impacto en una y otra mejilla mientras la sangre salpicaba por doquier. Ahora Engel estaba realmente manchado de sangre y la piel le brillaba en sudor.

—¡Habla por ti mismo! —gritaba Engel golpeando cuando de repente el Ratón bloqueó firmemente su puño con la palma abierta.

Engel, quien había estado golpeando con los ojos cerrados, los abrió asombrado de recibir por fin una respuesta.

—¿Que por qué lo hice? —dijo El Ratón con voz lenta, forzando cada palabra, presionando tan fuerte el puño de Engel que este sintió que se lo rompería en añicos—. ¡Porque ustedes nos hicieron lo mismo primero! —rugió tomando a Engel en una maniobra que lo dejó tumbado en el suelo.

Ahora El Ratón estaba por encima de él. Rápidamente puso una rodilla en su pecho con todo su peso. Engel abrió ampliamente los ojos en su adolorido asombro, viéndolo desde la posición desventajosa en la que ahora se encontraba.

—¡Tu nación atacó primero! —gritó El Ratón tomándolo del cinturón con una mano y de un brazo con la otra, lo levantó y comenzó a girar sobre sí mismo para coger impulso y tras dos rápidos giros

lanzó a Engel con una fuerza inhumana contra una de las paredes, impactándolo contra un viejo andamio de tubos que se vino abajo estrepitosamente con él.

Engel tosió y se retorció del dolor entre una nube de polvo, trozos de madera y tubos que caían en derredor suyo provocando ruidos metálicos.

Nixon soltó una maldición de asombro.

—Mira lo que pasa cuando le abres la jaula a una bestia —dijo su padre, fumando su cigarrillo tranquilamente.

El Ratón respiraba laboriosamente en el centro de la arena y Engel estaba medio aturdido entre los escombros, intentando recuperarse, tosiendo. Había fallado a su entrenamiento cegado por la ira. Había perdido su razón en el sentimiento. Se esforzó por abrir los ojos y cuando lo hizo la realidad volvió a traicionarle. De repente le pareció ver estática. Su interfaz del SENI parpadeaba y pixeleaba. Sacudió la cabeza y los fallos no desaparecían: algo andaba mal. Luego le pareció ver brasas... escuchó el crujir de unas llamas. Lo estaba reviviendo... un deja vu virtual. De nuevo se sentía rodeado por el fuego del atentado terrorista. Desde aquella posición de acostado, todo parecía revivirse de similar manera. Sacudió la cabeza y golpeo ligeramente la sien izquierda. Se dispuso a reincorporarse.

El Ratón vio con asombro como Engel se levantaba de entre los escombros, trastabillando entre estos para volver a la arena improvisada.

Engel alzó la mirada hacia su rival para verlo ahora rodeado por llamas. Toda la periferia de la arena estaba rodeada por el fuego, y el ambiente entero estaba manchado por brasas y humo flotantes.

Su mente estaba combinando la realidad actual con el recuerdo ardiente del atentado terrorista. Quizás a causa del golpe su SENI había enloquecido, quizás... Engel, acostumbrado a la locura y con otros asuntos más importantes en frente suyo, ignoró aquella alucinación virtual.

—Ya estamos progresando —dijo Engel, impasible. Haciendo crujir sus vértebras cervicales.

—Tus líderes... su avaricia es la razón de todo —dijo El Ratón extendiendo los brazos ampliamente.

—¡Explícate!

—Yo también vi a un ser querido arder a causa de esta guerra, Engel... el indulgente...

—¿Qué? —dijo Engel, así que le conocía.

—Ah, así es, te conozco —dijo El Ratón señalándole—, ahora más que nunca. Es cierta tu forma de ser.

—¡No me conoces!

—¡Todos tenemos nuestros motivos y nuestros propósitos! —dijo El Ratón. Ahora giraban uno en torno al otro, atentos al próximo movimiento—. Perdí a mi padre durante el falso golpe de estado en Venassi. —Volvió a señalarle con el dedo—. El golpe que ustedes, el sector Lunder promovieron desde las sombras.

—Mentira.

—No, es la verdad.

—¡Falsas acusaciones! —renegó Engel, se reusaba a aceptar que defendía a un estado corrupto. Luego pensó en todo lo que estaba ocurriendo, en todas sus dudas respecto al sistema, en toda la manipulación y el control... en él mismo y El Ratón a

quien se lo estaban sirviendo sin respeto alguno a los derechos humanos.

Ambos avanzaron para encontrarse en el centro donde intercambiaron ataques y sangre por largo rato hasta que El Ratón volvió a jugarle una maniobra a Engel que lo dejó de nuevo tumbado en el suelo.

—No esta vez, maldito —dijo Engel desde el suelo y rápidamente le jugó una llave en los tobillos, haciendo que su oponente se impactara contra el suelo a su lado.

—Lúttrades, el sector Lunder le repartió armas al pueblo —dijo El Ratón, entre el dolor—. Envenenó sus mentes.

—¡Mentira! —gritó Engel subiéndose a horcajadas sobre él, liberándole una lluvia de puños en el rostro.

—¡Mataron a Makno Nox a sangre fría! —repetía El Ratón entre golpes sangrientos—. ¡Mataron a Makno Nox a sangre fría!

—¡Mientes! —dijo Engel golpeando—. ¡Manipulador de porquería! Tú eres el que envenena las mentes. ¡Tú hiciste explotar a tus hombres en un ataque vil y cobarde! ¡Mataste a mi hermano!

—¡Sirves a corruptos! Cobardes de sombras. Sirves a una mentira...

Engel iba a administrar otro golpe cuando El Ratón volvió a bloquear. Forcejearon por un rato mostrando los dientes hasta que El Ratón le asestó una rabiosa mordida en el antebrazo. Engel soltó un alarido de dolor y se echó hacia atrás, liberando a su enemigo. Ambos terminaron rendidos en el suelo, respirando profundamente.

—Mi padre... —dijo El Ratón entre suspiros, agotado— pertenecía a la guardia del palacio Kent de Venassi, a la guardia del príncipe Raziel, específicamente. Estaba de turno la noche de la rebelión, la noche del Gran Tumulto. —Engel, tendido en el suelo a su lado, escuchaba atentamente—. Vivíamos en una pequeña casita colindante a las murallas del palacio... Mi madre y yo nos despertamos por el estruendo en mitad de la noche: lo escuchamos todo... Sin poder hacer nada. Escuchamos los gritos y disparos del otro lado de la gran muralla. Mi madre intento comunicarse con él mediante neuroenlace... apenas logró una frágil comunicación entrecortada. “Cuida mi hijo” fueron las únicas palabras que pudo captar.

Engel cerró los ojos. El Ratón comenzó a sentarse, con los brazos flácidos a cada lado. El rostro de piel oscura pintado de rojo.

—Ni siquiera nos devolvieron sus restos —continuó—: borrarón todo. No perdonaron nada. Y yo no fui el único nuevo huérfano aquella noche, ni mi madre la única viuda... y la gente nunca olvida. Todos tenemos nuestros motivos. Tu perdida no es la única.

Engel abrió sus ojos, aún tendido en el suelo.

—Mi perdida no me convirtió en un asesino —dijo.

—Cada quien tiene sus maneras... —respondió El Ratón poniéndose en pie, sacudiéndose las manos. Le tendió una a Engel amistosamente.

Engel la tomó y se ayudó de él para ponerse en pie.

—No hay justificación para la maldad —dijo en voz baja, ya a su altura.

—Una maldad necesaria —justificó El Ratón mientras le soltaba una rápida patada voladora en el rostro.

Engel se echó para atrás, encogido, con la boca chorreando sangre y desde ahí mismo se alzó con un puño vertical ascendente dirigido como una flecha al mentón de su rival.

—Hay otras formas —jadeó Engel, cuadrándose.

—Estas son las formas que se han ganado —respondió El Ratón masajeándose la quijada—. Estas son las formas que ustedes mismos nos han enseñado.

—Entonces te has convertido en lo que deseas destruir.

Engel le soltó otro puñetazo, y él lo bloqueó en X con sus antebrazos.

—Tiempos fáciles crean hombres débiles —comenzó a decir en tono de voz ascendente—, ¡y tiempos difíciles crean hombres fuertes! —gritó, rompiendo su escudo de brazos seguido de un rodillazo sorpresa.

Engel se hizo atrás a tiempo. El Ratón tocó suelo tras su salto—ataque fallido y ambos rugieron abalanzándose uno contra el otro. Forcejeando, bloqueándose de manos entre sí.

—¡Tú y yo no somos diferentes! —le rugió El Ratón, tan cerca que escupió el rostro de Engel—. ¡Ambos perros del estado! La única diferencia es que a ti te mantienen con la correa puesta. Te alimenta la misma mano que te castiga, con sus miserias. Y piensas que son justos.

—Tu y yo no somos nada iguales... —jadeó Engel.

—¿Estás seguro?

Sus músculos a punto de explotar, las llamas falsas ardiendo a su alrededor, las brasas volando en el aire, su corazón acelerándose como un galopeo. Aquel hombre era realmente fuerte, sentía que cada golpe que le asestaba le restaba años de vida.

Ambos volvieron a rugir al unísono y, atrapados de manos, se soltaron entonces un tremendo cabezazo el uno contra el otro. El impacto mutuo fue tan fuerte que ambos se tambalearon hacia atrás. El suelo entero estaba moteado de sangre.

—Maldita sea, ya es suficiente —prorrumpió Nixon Kuiper abriendo la puerta de una patada. Se acercó a Engel, tomándolo de los hombros—. ¿Estás bien? ¿Qué fue eso, has perdido la cabeza?

—Un poco —dijo Engel, jadeante. Soltó un escupitajo de sangre. La interrupción y sacudida de Kuiper le habían disipado la ilusión virtual de las llamas. O quizás había sido aquel cabezazo.

El señor Kuiper entró con un roce de telas de su gabardina, seguido de sus dos agentes.

—Menudo espectáculo, hijo. Te has desahogado ¿eh?

Los dos agentes mostraron los dientes mientras observaban el suelo manchado de rojo. El Ratón, muy bien portado, permanecía en el centro del lugar, con las manos en el aire.

—Bueno, ya te has divertido —dijo el señor Kuiper, viéndolo—, ¿Qué hacemos ahora con él?

Engel le lanzó una mirada por sobre el hombro. Él le observaba con mirada expectante.

—Ya he terminado aquí —dijo Engel dándole la espalda, encogiéndose para recoger su ropa—.

Sáquenlo de mi vista. No me vuelvan a entrometer en esto. Que lo juzguen como es debido.

En aquel momento Nixon Kuiper le detuvo, y se encogió él para ayudarle a recoger sus prendas.

—Nunca olvidare nuestro encuentro —vociferó el ensangrentado Ratón mientras lo apresaban los hombres—. Nunca olvidare tu gesto. Nunca te olvidare, Engel Leckhert... el indulgente.

Engel le lanzó una mirada.

—La gente nunca olvida... —dijo El Ratón con mirada firme—. Yo nunca olvidare. Mi nombre es...

Engel alzó la mano en un ademán de silencio, de nuevo.

—No quiero saber tu nombre. No quiero escucharlo. No necesito nombrar a una bestia —dijo mientras salía del lugar con el rostro sombrío.

El Ratón le observó marcharse en silencio, se sintió ligeramente humillado, pero mayormente maravillado por la bondad del ángel del ojo verde. Engel nunca se hubiera imaginado en aquel momento como sus líneas de tiempo se volverían a unir...

—Le hablaré a mi gente sobre ti.

—Si con “gente” te refieres a tus compañeros de celda cachondos o los barrotes de seguridad —dijo entre risas el señor Kuiper—, entonces, sí, adelante, cuéntales.

El Ratón le proyectó una amplia sonrisa sangrienta con una perturbadora seguridad. El señor Kuiper se estremeció.

No pudo evitar regresar al reino digital que había jurado no volver a pisar aquella misma noche, para contarle lo sucedido.

LAURENCE CASTILLO

—Conocí a un hombre hoy —dijo Engel, gimoteando como un niño al pie del altar de Keiden.

—¿Quién era este hombre? —dijo Keiden, calmo, recolectando un racimo de dientes de león en la cima de la colina virtual.

—Tu asesino, o eso me dijeron.

Keiden se giró hacia él, con el racimo en la mano.

—Ah, ¿en serio? Y... ¿lo es?

Engel se pasó el dorso de la mano por la nariz. Sus mejillas estaban chorreadas de lágrimas. Comenzó entonces a relatarle lo sucedido.

—Ya veo... —dijo Keiden, pensativo, cuando Engel terminó su relato, caminando alrededor de la colina—. ¿Y qué has dictaminado tú, hermanito?

Engel, encogido y con la espalda apoyada en el altar de roca se retiró las manos del atormentado rostro, levantó la mirada hacia su hermano mayor.

—No aseguro mis sentimientos, hermano —dijo—, mi corazón está roto, una parte de mi quiere odiarle, por un momento fantasee con la idea de destruirle ahí mismo: de despojarle de su existencia con el arma que empuñaba... pero, por otro lado...

—Continúa —solicitó Keiden, viéndole tranquilamente.

—Sentí pena por él.

—Consideras que está en tu misma situación. Que ambos son víctimas de un mal mayor.

Engel sacudió la cabeza, batallando consigo mismo.

—Supongo, Sí.

—Hizo mal —dijo Keiden, examinando el cielo—. Tú hiciste mal... yo hice mal.

—Tú no hiciste nada mal —respondió Engel. Soltó un puñetazo contra el suelo—. Maldita sea, si tan solo estuvieras aquí, todo sería diferente. Te extraño tanto. Mi hermano mayor —llevó la mirada hacia él, lentamente—, mi más grande pérdida.

—Heme aquí, hermanito —dijo Keiden de brazos abiertos, un halo dorado coronaba su cabeza—. No temas y no desampares. ¿No estoy yo aquí que te quiero y te escucho? Tus lamentos y tus plegarias. Tus alegrías y tus derrotas. Y te muestro el camino. Lo que consideras realidad, está sobrevalorado. Ahora levántate, pues te espera un coloso —concluyó, y dio un soplido al racimo de dientes de león, dispersando su esencia en el aire.

—20—

El Día R

Engel Leckhert

Nixon Kuiper

E. Alset

“No existe una tragedia más terrible que pueda ocurrirle a tu gente, que la de caer en las manos de un Héroe.”

—Frank Herbert

Mender: espacio aéreo de las minas septentrionales de ármiza

Primer sol:

Los planetas se alinearon.

—Treinta segundos para el contacto en Mender —anunció Fermi, el diacono de Engel.

Doce capsulas de AMBROS caían envueltas en llamas a causa de la fricción mientras cortaban a toda velocidad desde la exosfera hacia la atmosfera superior de Mender. Eran los receptáculos de los nuevos soldados de elite de Alset: el escuadrón T.A.T. Los jóvenes soldados, Engel y Dylan Zorber iban contenidos en una de estas.

—No me falles ahora, Leckhert —dijo Dylan, aferrado a los tubos de seguridad que lo adherían a él y a su armadura T.A.T. a la pared de capsula—. La verdad es... que me agradas después de todo. No estás tan mal.

Su voz habría sonado agitada por el estrés de no estarse comunicando directamente por neuroenlace. Una reacción emocional normal cuando se cae de cabeza en una capsula que se sacude y arde a través de la atmosfera de un cielo extrasierano con rumbo a una guerra en su superficie. No les aguardaba un cálido amenderizaje.

—Esperaste el mejor momento para sincerarte —respondió Engel, sacudiéndose en su traje.

El interior de la agitada y estrepitosa capsula estaba iluminado de rojo, y estaba enlazada a su SENI para informarles la velocidad de caída, así como la distancia y tiempo restante hasta la superficie. Les transmitía, además, imágenes en directo de la cámara frontal, donde veían la superficie menderiana acercarse como quien hace un lento zoom a una imagen satelital. Solo que ya no se trataba de una simple imagen en alta resolución del segundo planeta telúrico del sistema, ya no era una preparación: el Día R había llegado y era hora de actuar.

—Nunca es tarde para arreglar las cosas —dijo Dylan—. La verdad es, Leckhert... que me he estado portando como un completo patán todo este tiempo porque tengo miedo. Estoy cagado de miedo. Ahora en especial.

Engel pensó en aquel momento en el significado útil del miedo a la muerte en la vida del hombre. Trató de no pensar en las que causaría aquel día.

—Batalla en confianza —tranquilizó—: no te fallaré. Volveremos a casa y tendrás tus millones y tu gloria, como dices.

Dylan soltó una nerviosa carcajada que resonó a través del intercomunicador de voz tradicional. Su estrés no se disimuló mediante aquel medio.

No estaban solos, en un rincón de la capsula parpadeó el escudo por refracción de entorno de uno de los testigos bélicos, y Alset, junto a todo su equipo (Nixon Kuiper incluido) monitoreaban y daban inteligencia a la misión desde la órbita Sierana.

—Preparen las celdas —ordenó Alset a su equipo, parado con una tensa postura en el centro de mando, con las pantallas holográficas reflejándose en su cromada holomascara. Deglutió—. Y no despeguen los ojos de los valores del dínamo.

En la distancia Engel sintió la vibración en su columna del arranque del sistema por Energía Espectral. Los medidores de energía en su interfaz se dispararon: le dio cierta confianza en sí mismo. Dio un vistazo a la transmisión de la cámara frontal. Ahora el caótico ambiente bélico comenzaba a manifestarse ahí abajo, a través de las translucidas líneas de cirros y la nube de polvo desértico levantadas por el combate. También podía verse el resplandor azuleado del gran domo gigantesco que era el escudo que protegía a sus objetivos. En las instalaciones que resguardaba aquel escudo se asentaba la central de SNI del bando virdeano. Aquellas centrales temporales eran de vital importancia cuando el planeta, en su órbita elíptica, se alejaba lo suficiente del planeta madre de cada bando como para entorpecer la señal del neuroenlace que tanto espacio abarcaba en el funcionamiento de sus modernos ejércitos. Destruirla era el primer paso para aplastarles. El despojarles de la coordinación instantánea por neuroenlace les aturdiría, les

obligaría a retroceder a un funcionamiento táctico ya obsoleto.

Dylan comenzó a recitar alguna letanía religiosa y hacer gestos con su mano izquierda. Entregó públicamente el destino de la misión a las manos del Nómada. Engel le observó entre la tensión, y deseó por un momento haber escogido a algún dios sierano a quien orarle. Pero no conocía a ningún ser que pudiera sacarle vivo de aquel predicamento más que a sí mismo. Vio sus manos abiertas, envueltas en los guantes del traje y presionó sus puños. Pensó en el ahora, pensó en sus padres, en sus amigos, en Jessica... en Keiden. Buscó fuerza de voluntad en su recuerdo y se aferró a la vida.

Salieron de la atmosfera baja de Mender para entrar en el campo aéreo de batalla. Pudieron ver a través de la pantalla el estallido real de la guerra. Conocieron la cruda realidad de la situación. Líneas de láseres de naves de combate sacudiéndose en el aire en combate. Rastros de humo en el trayecto de misiles antiaéreos que terminaban en explosiones. Sin embargo, la capsula enmascaraba el estallido de aquel infierno, e ignoró a todos los enemigos sin desvió hacia su objetivo: el domo escudo.

—Prepárate para el impacto contra el escudo — anunció Fermi. Las alarmas se encendieron. Alset, observando desde control, presionó los puños tensamente, ignorando a un pequeño autómatas que le tendía una copa sobre una bandeja. Kuiper, sentado en su terminal, sacudía un pie ansiosamente.

La sensación que les produjo aquel impacto les sería irreplicable, y solo fue amortiguado hacia los límites de la tolerancia humana por el trabajo en

conjunto de la capsula misma, y del poderoso traje T.A.T. El resto de capsulas hicieron lo mismo. Impacto tras impacto todas las capsulas se aferraron al domo, empenándose en penetrarlo. La visión entera curiosamente recordaba a uno de los pasos del proceso de fecundación humana.

Las fuerzas virdeanas advirtieron aquel intento sorpresa y redirigieron su atención hacia las cápsulas invasoras. Fuera lo que fuera que aquellas capsulas enemigas intentaran liberar ahí, debía ser detenido. El resto de tropas convencionales de Siera se echaron a la labor (como estaba previsto) de defender a las capsulas mientras penetraban el escudo del domo. Las capsulas fueron un dolor de cabeza inesperado para los virdeanos. Las naves de combate y los drones de ambos bandos se lanzaron a una lucha en torno a las capsulas del escuadrón T.A.T.

Las caras frontales de las capsulas comenzaron a girar ferozmente, como un taladro, generando un impulso antagónico a los enlaces de iones que conformaban el escudo, y, a la vez, sus propulsores traseros se dispararon a toda potencia. Engel pudo ver como el medidor de temperatura interna acrecentaba sin freno. La capsula les estaba dando una tremenda sacudida en su lucha contra el escudo y parecía estar a punto de explotar con ellos dentro. El calor ahí les hubiera descompensado de no ser por el medio interno de su armadura. Se aferraron de manos a los asideros laterales.

De a poco las capsulas iban haciéndose el espacio suficiente, taladrando, pequeñas secciones del escudo iban cediendo, dilatándose mientras una violenta guerra entre naves tomaba lugar sobre ellos.

La capsula se detuvo de súbito.

—Escudo penetrado —informó Fermi—. Despliegue en tres... dos... uno...

La cara frontal de la capsula salió desprendida de golpe con gran estruendo. El sonido del caos llegó entonces a sus oídos. Vieron afuera las instalaciones virdeanas, posándose sobre las secas llanuras ricas en óxido de hierro, los agrietados cráteres por antiguos impactos de meteoritos, como cicatrices en la piel del planeta. Las capsulas habían hecho su trabajo, ahora entraban ellos. Los seguros hechos de gruesos tubos les liberaron.

—Qué sea lo que Dios quiera —declaró Dylan, soltándose, dejándose ir a la batalla.

Engel pudo ver al pequeño robot testigo bélico soltarse de su asidero, realizar un ágil giro y extender sus pequeñas manitas en pinza mientras entraba en caída libre. Ahora llegaba su turno. Cerró los ojos a presiono el botón de liberación del seguro.

Ahora estaba cayendo de cabeza, la capsula explotó sobre él cuando la dejó atrás, estrangulada por el escudo mientras este retomaba su forma para expulsar al cuerpo extraño. Sintió la diferencia en la gravedad de Mender que equivalía a un tercio de la sierana. Se enfocó: hora de jugar. Fermi, que hasta ese entonces había permanecido acoplado a su espalda como una mochila se desplegó, dándole forma a lo que parecía ser el par de alas de aquellos trajes reminiscentes a una gárgola y lo envolvió en un escudo. Las tropas virdeanas abajo vieron el pequeño ejército de negras armaduras aladas ocluir la luz solar en su descenso hacia ellos.

Les dispararon medidas antiaéreas. Restallaron sus torretas laser y liberaron todo dron de combate cuanto tuvieran disponibles. Los T.A.T. lo esquivaban sin agite, disparando sus propulsores de un lado a otro, haciendo giros con solvencia.

—Lo siento —susurró Engel para sí mismo mientras disparaba un rayo de luz hacia una de las torres virdeanas, antes de que esta estallara en pedazos.

El resto de soldados T.A.T. comenzó a liberar su andanada de rayos de luz. El cielo sobre aquellas instalaciones y bajo el gran domo escudo se llenó de descargas eléctricas. Los virdeanos, desinformados sobre lo que estaban enfrentando no parecían decidir entre abrir o no los escudos para recibir apoyo externo. Se produjo una dicotomía bélica: las naves de combate por fuera del escudo, y los T.A.T. de Alset versus las medidas de defensas de las instalaciones por dentro. Inicialmente se habrían confiado al descubrir que las capsulas habían liberado a simples hombres en armadura...

Todo el equipo permanecía en silencio, coordinado mediante neuroenlace, una unidad cohesiva. No se medían en sus maniobras y descargas de luz, la energía espectral hacia su magia, sus medidores de energía no habían descendido ni por una barra. Los virdeanos, limitados a las posibilidades de la ármiza, guerreaban estupefactos ante un derroche aparentemente ilimitado de poder. Morían sin comprender. Cuando hubieron limpiado la mayor parte del área se dirigieron a la central SNI virdeana. Asemejaba una versión empuñada la hiper—

aguja en Lútrades. Volaron en torno a esta, liberando rayos cargados contra su base.

Alset se inclinó de manos en un barandal que tenía enfrente, viendo toda la transmisión. Revisando valores y gráficas. Del rendimiento en aquella misión de sus celdas de energía espectral dependía el resto su plan. Kuiper le miraba de reojo.

Finalmente, la aguja SNI virdeana comenzó a ceder. Se colapsó chispeante y hecha añicos, levantando una gran nube de polvo férrico al aire: los virdeanos estaban ahora en una posición altamente desfavorable. En aquel momento estarían entrando en caos, reorganizándose mediante redes arcaicas. Intentando lograr neuroenlace desde su central principal en Virden, pero el intento sería nimio a aquella distancia. El equipo de científicos de Alset en la central no pudo evitar estallar en vítores. Alset lo permitió por unos segundos para después alzar la mano en señal de silencio. Engel y sus compañeros volaban sobre los escombros de la humeante aguja que ahora yacía ahogada en la arena desértica.

Se percibió cierta pausa en el ritmo de la pelea, quizás producto de la reorganización virdeana tras aquel terrible golpe. Dylan y el resto del equipo celebraron. Engel respiraba y transpiraba laboriosamente dentro del traje. Lo había hecho, finalmente lo había hecho: había matado.

—Detecto niveles de cortisol elevados —dijo Fermi—. Estado no óptimo. ¿Confirmas la administración de relajantes transdermicos?

Fermi había trabajado en conjunto con la tecnomédica Jessica Halley para desarrollar el protocolo de vigilancia de salud de Engel.

—¡Has lo que tengas que hacer para mantenerme vivo y cuerdo, Fermi! —jadeó Engel, estupefacto, los ojos muy abiertos—. No pidas mi permiso para salvarme.

—Como ordenes: todos los permisos otorgados.

Engel se sintió aliviado a medida que los fármacos recorrían su cuerpo. Batallaría con sus demonios luego. De repente la pared escudo que ocluía el horizonte se desvaneció. El domo escudo ya no tenía motivo de ser, las ultimas defensas virdeanas del sector lucharían ahora hasta el último aliento. Engel vio su cielo opacarse por un centenar de naves de enemigas. Suspiró y disparó sus propulsores lanzándose hacia ellos.

—Partiré mañana, papá —dijo Engel, apoyado en el marco de la puerta del estudio de su padre.

—Lo sé, hijo —dijo el señor Leckhert con un suspiro, sentado de espaldas en la silla de su escritorio. Un vaso de licor en la mano, los lentes colgándole del bolsillo de la camisa.

Engel paseó tristemente los ojos por el estudio, el lugar era un desastre, si el lugar de trabajo de un hombre refleja su interior, su padre no podía encontrarse nada bien. Había hojas de texto sueltas por todo el suelo, artículos, pilas de libros colapsados al pie del estante donde alguna vez se exhibieron organizados: toda la obra literaria del señor Leckhert, todo su trabajo materializado en aquellas páginas... ahora yacía renegado en el suelo.

—Fue bueno verte —dijo Engel—, volver aquí, recordar los viejos tiempos.

—A mí también me gustó verte, hijo —respondió su padre, rígido en su asiento, sin mirarle—. ¿Cuándo es el lanzamiento a Mender?

Engel dio unos pasos cautelosos adentro del estudio, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Nunca entraba ahí sin su permiso, y aun entonces se sintió cohibido. El lugar era más pequeño de lo que recordaba.

—En tres días seremos transportados a la estación de AMBROS en órbita —explicó—, desde ahí y en dos días, se llevará a cabo el lanzamiento a Mender.

El señor Leckhert asintió con la cabeza, dio un sorbo a su bebida y tras unos segundos comenzó a gimotear como el hombre roto que era. Engel lo descubrió por el movimiento espasmódico en su espalda. Frunció el rostro y sacudió la cabeza, tocado por aquella visión de su padre. Hizo ademán de acercarse a él, de colocarle una mano consolante en el hombro, pero se contuvo. Se giró y comenzó a caminar por el estudio, disimulando, ocultando las lágrimas que comenzaban a brotar.

—Tienes que volverte a parar, papá —dijo, con vos quebradiza. Se encogió para recoger uno de los libros escritos por su padre sobre cosmoarqueología. Le sacudió el polvo a la portada—. Eres un hombre brillante. Tienes que dejar ir.

—Ese es mi infierno —replicó el con tono plañidero—. Dejé que todo se fuera de mí. Todo esto, todo lo que pasó es mi culpa. Que Keiden muriera, que tu madre me odiara y nos dejara... Ahora tú, lo único

que me queda está yendo a una guerra de la que no sabe si volverá con vida.

Engel giró la cabeza hacia él, sacudiendo con el brusco movimiento las lágrimas de sus mejillas. Le habló con tono fuerte.

—Nada de lo que me está ocurriendo es tu culpa, ¿entiendes? ¡Nada!

Su padre le vio por sobre el hombro y luego volvió a darle la espalda. Apoyó los codos sobre su escritorio.

—Si no hubiera sido tan tonto —se dijo—, si no hubiera engañado a tu madre, si no les hubiera llevado a esa estúpida convención... todos estaríamos hoy aquí, y tú no tendrías que partir a otro planeta. Nadie tendría.

Engel soltó el libro, caminó hacia él.

—Tus errores no tienen nada que ver con mi reclutamiento, papá.

Su padre se reincorporó, se recostó en el respaldar de su asiento.

—Volveré, ¿está bien? —aseguró Engel, de pie a su lado— Volveré a casa... y recuperaremos a mamá.

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—No lo sé, pero lo haremos. Cuando AMBROS me libere, volveré a casa, eso la animará a regresar con nosotros.

—Tu hermano nunca volverá —dijo el señor Leckhert con pesimismo—. A él no lo puedes traer de vuelta. Y eso es una culpa con la que yo ya no quiero vivir.

Engel sintió un nudo en la garganta. Se le revolvió el estómago. Lo tomó de los hombros y lo sacudió.

—¡Pero que estupideces estás diciendo, papá!

Su padre, a pesar de la corta distancia ahora entre ellos se rehusaba a verle a los ojos.

—Ya no quiero vivir, Engel.

Engel mostró los dientes, de repente enfadado, soltó un gruñido.

—¡Eres un puto egoísta!

Su padre le miraba ahora, estupefacto, respirando rápidamente.

—Siempre lo has sido... —continuó Engel, tomándolo del cuello de la camisa—. Mira a lo que te ha llevado tu egolatría, y ahora, que estoy dispuesto a darte todo, a pelear, a matar por volver a casa a tu lado, a luchar por recuperar a mamá... ¿tu vienes y me dices que ya no quieres vivir? ¿Qué clase de cobarde hijo de puta eres? ¿Ahora, me dices esto ahora? ¿Qué clase de motivación para volver con vida me estás dando, papá? —el rostro de Engel estaba manchado de lágrimas—. Me estás matando.

Su padre estaba en shock, y no reaccionó de otra manera que estallando en llanto. Se vino abajo en las manos de Engel, y él no pudo tolerar ver a su padre hecho pedazos, llorar como un niño. A su padre, a quien había visto como un superhombre en su niñez, de quien había aprendido. A quien alguna vez había visto como un monumento humano. Ahora, un viejo, un fracaso, un saco de llanto flácido en sus manos... Estaba acabado, eso era todo, hasta ahí había llegado. ¿Ese era el fin del hombre? ¿Así terminaría él también? ¿Liquidado por errores y remordimientos de vida? ¿Qué estaba haciendo él de diferente? ¿adónde le estaban llevando sus propias decisiones?

Lo soltó de golpe, sintiéndose una bestia, culpable por haberle gritado. Le dio la espalda, caminando por

el estudio, limpiándose el rostro. Deseando de repente que le mataran en Mender, convertirse en un seco esqueleto enterrado en la arena entre las dunas.

—No importa lo que digas —dijo su padre, viéndolo ir y venir, desplomado en el asiento—. No puedo renegar mi culpa por lo que le ocurrió a tu hermano. Te quité a tu hermano. Sé que le amabas. Me cuesta tanto vivir así.

—Le amo.

—¿Qué?

Engel le vio a los ojos.

—Dije que le amo, a Keiden.

—Se fue, hijo. Por mi culpa, no está aquí. ¿Por qué siempre hablas de él como si aún existiera?

Engel le vio en silencio por unos segundos. Sintió una extraña energía recorrer su cuerpo.

—No... papá. Él sigue aquí conmigo.

—Déjame hablar con él —dijo la voz de Keiden dentro de su cabeza.

Engel vio de un lado a otro en la habitación. Keiden nunca había invadido el mundo real, su realidad, de aquella manera. Su padre le observaba confundido.

—Déjame hablar con mi padre —insistió Keiden desde adentro.

De repente Engel supo lo que tenía que hacer, sin entender como lo sabía, pero así era. Se acercó a su padre mientras este intentaba comprender. Coloco los dedos índice y medio de su mano derecha en la sien izquierda de su padre.

—Deja que sea él mismo quien te lo diga —le susurró.

El señor Leckhert abrió los ojos en otro mundo. Se encontraba de pie ante una escalinata de peldaños. El cielo era magenta y a sus lados la hierba se sacudía con el viento. Arriba, ante el altar le esperaba Keiden, vistiendo unas extrañas ropas blancas.

—¿K-Keiden? —titubeó—. ¿Eres realmente tú?

Comenzó a escalar por los peldaños, tembloroso.

—Soy yo, papá, realmente soy yo —dijo Keiden, mostrando una cálida sonrisa.

—N-no puede ser... Tú estás muerto. ¿Qué es todo esto?

—Mi carne está muerta, más no mi esencia. Este soy yo, papá.

El señor Leckhert se arrodilló ante la figura de su hijo.

—Te ves muy solo aquí.

—No lo estoy. Engel está conmigo, y yo con él.

Su padre arqueó la boca, con el rostro compungido y volvió a hundir sus palabras en el llanto.

—Lo siento tanto —dijo, sacudiendo la cabeza.

Keiden le observaba compasivamente, se arrodilló y le consoló.

—No hay nada que lamentar. Nada que perturbe tu alma.

Su padre levantó la cabeza.

—Tu muerte es mi responsabilidad. Hijo, estás atrapado aquí por mi culpa.

Keiden tomó su rostro.

—No estoy atrapado, papá. No sufro. Aquí... solo existo.

El rostro de su padre lagrimeaba entre sus manos.

—No te culpó —siguió Keiden—. Caminas por ahí pensando como si fueras el germen de la maldad del mundo. Yo estoy bien, vive libre y bien. Cuida a mi hermanito. Él necesita a su familia ahora como nunca.

—Te extraño tanto.

Keiden asintió.

—Y yo a ti. No hay mal en la añoranza, pero no te abandones a ella. Y no abandones a tu familia.

—Y—yo... —iba a decir su padre, cuando todo comenzó a parpadear, el mundo a su alrededor y Keiden parecían dilatarse—. ¿Qué está ocurriendo?

—Es hora de que vuelvas a la vida —dijo Keiden tranquilamente. Su imagen parecía alejarse, estirarse en un túnel sin fondo—. No perteneces a este mundo.

—No, no —suplicó su padre—. Quédate más tiempo, ¡Keiden!

Despertó de nuevo en su escritorio. Vio una figura borrosa de pie ante él. Parpadeó y vio a Engel retirarse lentamente.

—Vi a Keiden—dijo, agitado—. ¡Lo vi!

—Lo sé.

El señor Leckhert se puso de pie y envolvió a Engel en sus brazos. Permanecieron ahí un rato hasta liberarse.

—¿Qué fue eso? ¿Cómo es posible? ¿Fue real?

—No lo sé —dijo Engel, negando con la cabeza mientras se alejaba de él, caminando de espaldas.

—¿No lo sabes? Hijo ¿qué te está ocurriendo?

Engel desvió la mirada sin saber que decir. Su padre también lo había visto, y no sabía cómo lo había logrado. Ya no se trataba de una simple alucinación propia. ¿O era aquel reino virtual en su cabeza tan

sólido en su existencia como para que otra persona pudiera experimentarlo perfectamente? Vio hacia una de las paredes, a uno de los estantes de libros. Le llamó la atención uno en especial: El náufrago feliz. Nombre del autor: Kerb S. Tollen. Se paralizó ante el hallazgo.

Su padre repitió la pregunta.

—No lo sé, papá —respondió Engel. Dejó la habitación de brazos cruzados—. No lo sé... aún.

De repente sentía demasiado frío.

Su trabajo ahí estaba hecho. Descartó la hoja de estadísticas post—combate pues no quería saber a cuantos había asesinado aquel día. Sentía nauseas. Viajaban en un gran trasbordador con rumbo al puesto de avanzada sierano, donde podrían descansar, comer y asearse. Engel se echó en un rincón en el suelo de la nave mientras los demás discutían calurosamente la batalla que acababa de ocurrir. Dylan entre ellos. A pesar de la supremacía en combate otorgada por los trajes T.A.T., estaban todos cansados, y solo querían un lugar tibio donde pasar la fría noche menderiana. Vestían aun su armadura, solamente se habían retirado el casco para respirar el fresco aire artificial de la nave. Las armaduras estaban llenas de arañazos y abolladuras, y estaban cubiertas por una fina capa de polvo. Sus rostros se veían sudorosos, enrojecidos y agobiados. Los diáconos recargaban sus energías en sus contenedores en el área de cargamento.

Engel les escuchó hablar por un rato, luego se retrajo en una pequeña ventana, en la visión de las

dunas del desierto que dejaban atrás. Habían retomado el sector minero de ármiza, sin embargo, aún restaba dar el golpe de gracia. Sacar a Virden del planeta. Lanzarían una ofensiva directa a las colonias virdeanas de Mender. Se habían acabado los acuerdos: era todo o nada.

—Vaya lucha dieron esos virdeanos —dijo una voz familiar al otro lado de la nave.

Engel la reconoció de inmediato y se estremeció. Vio en dirección a aquella voz. Ahí estaba Kerb, de nuevo, como si nada. Apoyado de brazos cruzados a la pared de un rincón oscuro. Engel comenzó a temblar. Vio en dirección a sus compañeros reales. Quiso hablar, pero no pudo. No tenía caso. Charlaban y reían ruidosamente entre ellos. Volvió la mirada hacia Kerb.

—¿Qué? ¿ya no me hablas? —dijo Kerb. Sonriente. Llevaba también un traje T.A.T. sin embargo, aquel estaba limpio y resplandeciente, sin signo alguno de lucha—. Ah, ¿te gusta mi armadura? —dijo—. Te dije que me las arreglaría para estar aquí contigo.

Engel no dijo nada. Lo ignoró y regresó la mirada al desierto.

—Te lo dije ¿verdad? —repitió Kerb, clamando por su atención—. Engel... Engel. ¡¿Engel?!

El transbordador se dejó caer suavemente en la polvosa pista del puesto de avanzada. Engel cerró la marcha de su grupo mientras avanzaban por los pobremente iluminados pasillos de metal seco del refugio. Siendo admirados y felicitados por el resto de cosmosoldados convencionales. Algunos, como Dylan,

parecían disfrutar de la nueva y merecida fama. Otros, como Engel, se mostraban modestamente ensimismados en una batalla interna con la consciencia y la conciencia... pues, crease o no; son dos conceptos diferentes.

A medida se movían por las instalaciones pudieron escuchar por aquí y por allá numerosas transmisiones de noticieros sieranos farfullar sobre la situación de la guerra ahí arriba. A algunos cosmosoldados parecía producirle cierta euforia o orgullo el escuchar lo que su gente en casa tenía que decir sobre sus logros, y comentaban lo verídico o falso de sus afirmaciones.

A los miembros del escuadrón T.A.T se les brindaron unos modestos pero privados cubículos, y pudieron despojarse de su traje. Estirar los músculos. El aire reciclado ahí era denso a la respiración, y Engel no podía evitar sentir siempre el estar tragando polvo. Compartieron alimento en comunión, en la cafetería del lugar, con Dylan, balbuceando como siempre. Dejando reposar su brazo sobre Engel como si de un viejo amigo se tratase. Asegurando a los demás el haber dado fe de su rendimiento desde sus orígenes en la academia. Engel se limitaba a intentar no vomitar los tan necesarios alimentos. Necesitaba estar en aceptable forma para lo que le restaba en Mender. Vio a través de los ventanales de la cafetería el desierto menderiano pintarse de naranja profundo al atardecer, con las columnas colosales de humo alzándose aun en lo alto, mientras las palabras de Dylan se le perdían en el trasfondo. Pensaba en el hallazgo de una orina turbia, oscura y sanguinolenta que extrajo del sistema de desperdicios de su traje.

LAURENCE CASTILLO

Tras la comida, curiosas citaciones digitales comenzaron a surgir en los SENI de cada soldado, pidiéndoles, de uno en uno, presentarse a una sala aislada en el ala oeste de las instalaciones. Llegó el turno de Engel. La compuerta de metal tierroso se abrió automáticamente a su paso. Adentro había apenas una silla en el centro. La luz era rojiza, y tras que la compuerta se cerrase, el bullucio militar de las instalaciones se quedó del otro lado, entregando a Engel al silencio.

Una tenue luz se encendió. Y el testigo bélico se apareció ante él tras desactivar su escudo refractario, con la lente de su cámara apuntándole tan de cerca que pudo ver su propio reflejo en esta. Engel miró de un lado a otro, confundido.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —inquirió.

—Esta usted aquí para inmortalizar su experiencia mediante la entrevista —respondió el testigo bélico con su voz maquinal.

—¿Entrevista?

—Solo debe responder a algunas preguntas simples, y habremos terminado, no se preocupe. Simplemente le ruego sinceridad.

—¿Qué tipo de preguntas? ¿Ya estás grabandome?

—Su experiencia en los eventos ocurridos el día de hoy. Sus ideas y sus preocupaciones; todo lo que quiera liberar.

—¿Todos tenemos que pasar por esto? —dijo Engel.

—Así es. Todos y cada uno de ustedes. Es un procedimiento legal, y, en esta ocasión, nos hemos tomado algunas libertades creativas con el motivo de

preparar un documental con un toque más... humano, en cuanto al tema de la guerra se refiere. La gente en Siera le escuchara posteriormente así que, le repito, le ruego sinceridad.

Engel asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo el testigo, ajustando su lente—. Para empezar necesito que recite su etiqueta ID en voz alta.

Explorador de archivos del testigo bélico
Buscar: "Entrevistas" "Mender" "Dia-R"
Setenta y ocho resultados (solamente audio)
Reproduccion aleatoria

T.B: ¿Qué significado tiene para ti la guerra?

Sujeto ID859392LK: [Se escucha un roce de ropas y el arrastre metálico de una silla] Bueno, la mierda sucede, ¿sabes? Me refiero a que, bueno, los humanos somos peste, hermano. Las mierdas van a suceder, una y otra vez entre las naciones, y matar es la única forma que hemos perfeccionado para hacerle entender al del otro lado que no nos gusta su mierda. ¿Entiendes lo que digo? No existe la... ¿como le dicen? Utopía. ¿está bien? ¿lo dije bien? Mira, no soy muy bueno con las palabras, hermano.

T.B: ¿Qué significado tiene para ti la guerra?

Sujeto ID904392DZ: ¿Qué significa para mí? [Se escucha un resoplido seguido de una corta risa] Déjame contarte algo, hojalata; mi reclutamiento fue motivo de regocijo en mi hogar. Veras, mi padre, su padre, y el padre de su padre fueron todos militares. Llevo la milicia en la sangre. Para cuando se me

notifico de mi reclutamiento yo ya me encontraba realizando el papeleo necesario para mi adiestramiento voluntario. El algoritmo del Alset no hizo sino ahorrarme los pasos. Por supuesto, he de admitir que no aspiraba a tanto, y me he sorprendido a mi mismo... El puto escuadron T.A.T. de elite de AMBROS... quien lo diría. Estoy en la cima, hojalata y voy a tomar esta oportunidad por los cuernos. Esta guerra es mi senda hacia la gloria de Dios...

T.B: ¿Qué significado tiene para ti la guerra?

Sujeto ID910305HC: [Larga pausa silenciosa] Si me lo hubieses preguntado hace unos años te habría dicho que ninguno. Ningún significado. Que no la entiendo. Ni a ella ni a los humanos. Si me lo hubieras preguntado hace algunos meses te habría dicho que significa... venganza, ira, desahogamiento. Si me lo preguntas hoy... te dire que es una vil excusa hacia un propósito. A los humanos sigo sin entenderlos.

T.B: ¿Qué le dirías a los virdeanos?

Sujeto ID859392LK: Que pongan sus mierdas en orden, ¿me entiendes? Que se vuelvan legales. Que respeten los tratados, las leyes y toda esa mierda. Veras, todo lo que esta pasando aquí, es producto de su arrogancia. No me gusta nada de esto, pero, hay limites ¿sabes? Se llega un punto en el que hay que ponerle freno al hombre. Y yo solo cumplo mi deber.

T.B: ¿Qué le dirías a los virdeanos?

Sujeto ID910305HC: [ruido en la grabación] Que lo siento.

T.B: ¿A cuantos virdeanos has matado?

Sujeto ID904392DZ: Ah, los suficientes como para sentirme orgulloso.

T.B: ¿Un numero especifico?

Sujeto ID904392DZ: Eh, setenta y ocho, según mi hoja de resultados. Hoy solamente. Espero llevar esa cifra al triple para cuando esto acabe. Mender ha sido un festin para mi ¿sabes? No puedo mencionar nombres aquí, ¿verdad? Bueno, pasa que cierta persona estaba lastrando mis habilidades ahí abajo, pero aquí... [se escucha un silbido] Estoy que ardo. Hago honor a mi nombre.

T.B: ¿A cuantos virdeanos has matado?

Sujeto ID894323YT: ¿Qué? ¿por qué me preguntan eso? ¿acaso me están juzgando? ¿Qué es esta porquería?

T.B: ¿A cuantos virdeanos has matado?

Sujeto ID910305HC: [sin respuesta]

T.B: ¿A cuantos virdeanos has matado?

Sujeto ID910305HC: [se escucha al sujeto suprimir el reflejo del vomito. Se disculpa] Dieciocho...

T.B: ¿Qué sientes cuando los matas?

Sujeto ID859392LK: [Se escucha un resoplido] Simplemente trato de no pensar en ello. Cuando están en mi mira los veo como blancos, no como personas. En esa fracción de segundo no... son... nada para mi, son solo el lugar donde debo depositar mi fuego. Me ayuda a salir adelante con esto.

T.B: ¿Qué sientes cuando los matas?

Sujeto ID894323YT: Siento... siento...

T.B: ¿Culpa?

Sujeto ID894323YT: ¿Culpa? Oh, no. Nada de eso. No tengo porque sentir culpa, yo no soy un diplomático.

T.B: Explicate.

LAURENCE CASTILLO

Sujeto ID894323YT: Las guerras no nacen en el campo; nacen tras un escritorio...

T.B: ¿Qué sientes cuando los matas?

Sujeto ID910305HC: Como si todo su mundo se viniera sobre mi. El tiempo se detiene, se retrae en mi dirección. Veo a través de ellos. Veo sus sueños y sus vidas pasadas. Veo a los ojos de cada una de las personas que esperan su retorno a casa. Siento que me corresponde a mi darles la noticia de que no llegará, pues lo he tomado para mi, en defensa de mis propios sueños. El destructor de mundos. En un momento son un pequeño mundo en si mismos... y al siguiente no son nada. Doy la orden a mi cuerpo... y se convierten en nada. Puedes gritarles, patearles para que se levanten, pero no lo harán, pues los he convertido en una plasta de carne. Es esto lo que hecho hoy a padres, hijos, hermanos...

T.B: ¿Qué sientes cuando los matas?

Sujeto ID904392DZ: Depuración.

Engel apenas y pudo dormir aquella noche. Una extraña sensación de que algo estaba mal en Siera le impedía cerrar los ojos... Y en el poco espacio de tiempo en que pudo dormir, tuvo un extraño sueño en el cual viajaba completamente solo al otro lado de la Gran Retención tras abrir un agujero en esta con sus propias manos...

Alset, por su parte, siéndose empoderado, le hizo el amor ferozmente a Sitara en su suite personal de la estación durante las tres horas de descanso que se permitió. Luego platicaron en la cama sobre las futuras posibilidades que traía consigo la energía

espectral: una nueva era. Él se mostraba entusiasmado, y Sitara escuchaba con atención. La serpiente Vasuki les espiaba de nuevo desde la otra habitación... retorciéndose en los celos que le provocaban los nuevos amores de su amo, los que le estaban arrebatando su atención: Sitara y la energía espectral. Procesó ofidios celos artificiales...

Segundo sol:

—¡Está sobre nosotros! —gritaron en pánico los pilotos enmascarados de la nave virdeana de combate.

Escucharon los pesados pasos de Engel sobre el casco de la nave. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Maniobraron para quitárselo de encima, pero este estaba adherido magnéticamente a ellos.

Engel localizó el panel del motor principal y arrancó la tapa como si estuviera hecha de papel. Golpeó y golpeó el motor hasta que la nave comenzó a perder potencia y se vieron forzados a realizar un aterrizaje de emergencia. Engel saltó de la nave con un giro hacia atrás mientras la nave caía en la arena, deslizándose sobre ella suavemente, levantando un trayecto de polvo. Había estado realizando disimuladamente esa clase de maniobras a la primera oportunidad. En la central de Alset registraban una nave menos y ya. Él registraba dos pilotos que seguían ahí con vida, algo golpeados y aturdidos en la cabina. Había un límite en lo que podría lograr, en las vidas que podría evitar terminar: pero era algo. Y no es que Alset y los demás no es estuvieran dando cuenta de lo que hacía... estaban conectados y las variaciones por pequeñas que fueran eran detectadas,

sin embargo, era efectivo. De los más efectivos, de hecho.

Engel se dejó caer en la arena. Unos segundos de descanso. Cada vez se sentía peor. Sentía que el traje T.A.T. estaba robándole la vida. No podía explicarlo. Era la séptima nave virdeana que sacaba de juego en cinco minutos. Hincó una rodilla en la arena, magnífica maquina humana de guerra cubierta de polvo rojizo. Sintió la superficie temblar en el conflicto, con cada pedazo de destrucción que caía. Los granos de arena sacudirse.

—Administrando adrenalina —dijo Fermi.

Engel no respondió. Alzó la mirada al cielo. Mender era un planeta seco y de delgada atmosfera, las nubes eran escasas, apenas un grupo de cirros aquí y allá. Ese día estaba lleno de fuego y humo, de pedazos ardientes de naves destruidas cayendo al suelo. La gravedad reducida del planeta prolongaba la opacidad por humo y polvo, flotaba en el aire indefinidamente. Una gran nube de tormentosa destrucción sobre el valle rocoso.

Un dron de combate que sobrevoló el cielo cercano decidió enfocarse en él. Apuntó y disparó una ráfaga de misiles. Engel realizó un pequeño salto y golpeó el suelo con el puño, generando un campo de fuerza periférico contra el cual impactaron los misiles. Si figura acorazada de ojos fulgurantes permanecía intacta entre el humo posterior. El ojo rojo del dron centelleó perversamente y liberó un conjunto de cuchillas que brillaron mientras se lanzaba contra él. Se encogió y Fermi se colocó sobre él, formando con sus alas una especie de sierra de giro vertical. El dron enemigo se partió en dos al contacto tras un

estallido de chispas. Engel se puso en pie tranquilamente mientras el robot convulsionaba partido en dos en el suelo.

—Eso estuvo... filudo —dijo Fermi.

—Resérvate tu sentido del humor —dijo Engel alzando vuelo, de vuelta a la batalla.

Batalló en el aire junto a su equipo en una coreografía mortal.

—¡Lo has hecho bien, Leckhert! —dijo Dylan a su SENI, mientras se giraba de un lado a otro eliminando enemigos, cortando, disparando, desgarrando. Dándose el lujo de charlar—. Mírate, sigues con vida. Te ves del asco, pero aquí estás, guerreando a mi lado.

—Aún no terminamos aquí —replicó Engel—. No te confíes.

—Eres un llorón y un pesimista. Y además suave y cobarde, le rehúyes a la idea de eliminar la peste.

—No le rehúyo a la idea de eliminarte a ti —bromeó Engel, atravesando el vientre de un dron de un disparo.

Dylan soltó una carcajada.

En la órbita sierana el equipo de AMBROS permanecía confiado, pero vigilante. Alset sacudía una aceituna en su trago, sentado de pierna cruzada en su cómodo asiento en el centro de todo. Todo estaba saliendo según el plan.

La guerra siguió estallando por unos minutos con las fuerzas de Siera a la ventaja hasta que algunos miembros del escuadrón T.A.T. comenzaron a detectar anomalías en sus niveles de energía espectral. Alset detectó de inmediato la anomalía en su SENI y

se levantó de golpe de su asiento, dejando que la copa de cristal de su mano se rompiera en el piso.

—¡Los niveles de dínamo están deteriorando! —exclamó a su equipo, quienes ya estaban conscientes de ello.

—No hay respuesta de la guardia —dijo Kuiper—. El campo electromagnético del planeta entero está desapareciendo.

Una alarma estalló en el centro de mando, parpadeando luz roja.

La situación era grave. La tecnología de aprovechamiento de energía espectral de Alset distaba mucho de ser perfecta, eso estaba claro. Pero había sido descubierto un detalle técnico tan serio que fue resguardado en el mayor de los secretos, limitándose su conocimiento a los partícipes del desarrollo más importantes. Ni siquiera los propios soldados (Engel incluido) habían sido informados del problema. AMBROS había descubierto que las celdas receptoras de energía espectral necesitaban de un espacio con carga electromagnética para funcionar. En planetas como Siera, y Virden, con un núcleo central vivo y ardiente aquello no era problema alguno. El problema radicaba fuera de ahí.

Mender carecía de dicha característica. Su núcleo se había apagado millones de años atrás, dejándolo falto de un campo electromagnético natural, dejándolo expuesto al viento y solar y la radiación. Uno de los primeros pasos para sieriformarlo fue el de crear un campo magnético artificial mediante la instalación de un sistema de escudo de dipolo magnético. Dicha maniobra había facilitado la estabilización de su atmosfera, y les había permitido instalarse ahí. Alset

se aprovecharía de esto para poder mantener funcional su nueva tecnología en el planeta. Con anticipación se enviaron guardias secretas a las centrales del escudo magnético, para asegurar su integridad. Aquello había sido una acción tomada por precaución, ya que los virdeanos no deberían tener motivo alguno para despojar al planeta por el cual ellos mismos estaban guerreando de su escudo protector. Los daños serían graves. Y ahí yacía el problema del asunto, de alguna forma, dicha información se había filtrado de las manos de AMBROS, y ahora Virden lo estaba usando a su favor como un último y desesperado recurso.

De a poco, más y más miembros del escudaron T.A.T. se iban percatando del problema, mientras peleaban. Sus niveles de energía ya no eran estables y en aumento, se deterioraban con cada uno de sus ataques. Estaban batallando a base de reservas.

—¿Cómo es esto posible?! —rugió Alset a su equipo, nunca se le había visto romper su impasible persona de aquella manera—. ¡Uno de ustedes me ha traicionado!

La serpiente Vasuki reptó para ocultarse bajo el asiento de Alset. Asomó la cabeza desde la oscuridad, siseando con su lengua.

Su equipo de científicos, Kuiper entre ellos, le observaban aterrados y temblorosos desde sus terminales. ¿Cómo había llegado esa información a los virdeanos? O ¿Había sido una ventajosa coincidencia?

—Voy a llegar al fondo de todo esto... —dijo Alset, señalándoles, con tono amenazante. Su holomascara se pintó de negro—. Cuando todo esto

acabe, me encargare de destruirle la vida al autor de esta alevosía.

La serpiente se ocultó del todo en la oscuridad bajo el asiento.

Varios científicos nerviosos negaron y suplicaron.

—¡Silencio! —restalló Alset— ¡Todos ustedes! ¡Nadie saldrá de este lugar hasta que resolvamos esta situación!

El escuadrón T.A.T. comenzó a comunicar el problema, había una palpable tensión en sus reportes. La central les avisó que estaban al tanto del problema y que se estaban tomando cartas en el asunto.

Traiciones toda mi vida, pensó Alset, ¿Cómo me las he arreglado para rodearme de traidores toda mi vida? Respiró profundo. Se reenfocó. El problema no era tan grave. Ya tenían la guerra casi ganada. Todos los T.A.T. estaban disponibles y funcionales, y tenían el apoyo de las demás unidades de batalla convencionales. Todavía podían acabar con los virdeanos sin agitarse demasiado.

—Descarguen la batería —ordenó.

En la órbita menderiana la batería de ataque satelital comenzó a cargarse. Se les solicitó a las unidades abajo brindar coordenadas de ataque. La batería, que tenía la apariencia cilíndrica y alargada de un satélite, comenzó a girar aumentando su carga para luego liberar un estallido que se convirtió en una línea de láseres que describieron un arco simétrico, separados unos de los otros por márgenes iguales mientras caían a la superficie menderiana, sobre las fuerzas enemigas. Engel vio el patrón arqueado de líneas de muerte caer desde los cielos. Uno después del otro. Los impactos eran ensordecedores,

intolerables. Cada rayo terminaba en una gran explosión y una altísima columna de humo era levantada por los aires.

Los trajes T.A.T. perdían energía de forma más acelerada cuando tuvieron que activar mejoras de soporte vital para compensar la radiación solar causada por el ahora moribundo campo electromagnético del planeta. Los virdeanos habían dado un golpe devastador, y brillante. Pelearon entonces en condiciones casi igualadas hasta que ocurrió lo impensable. De repente se pudo sentir un temblor. La arena por debajo comenzó a estremecerse y a partirse en dos. Como si la gigantesca compuerta de una base subterránea se estuviera abriendo a la luz.

—¿Y ahora qué demonios está pasando? —dijo Dylan muy agitado.

—No lo sé —admitió Engel, con miedo genuino.

El personal en el puente de mando de AMBROS entró en pánico. Así que los rumores eran ciertos, dijo Alset a sus adentros.

El nuevo agujero gigante seguía tragando arena a media crecía mientras los sieranos observaban a la expectativa. Estallaron alarmas y pudieron verse las luces parpadeantes de una plataforma de carga surgir del oscuro agujero.

—No me gusta esto —dijo Engel, viendo la extraña figura de un meca alzarse al campo de batalla sobre la plataforma. Seguía envuelto en la oscuridad, pero ya podían notarse sus grandes dimensiones. Se veían luces encenderse por todo su cuerpo, como si estuviera iniciando sus sistemas.

—¡No importa! —gritó Dylan—. ¡Más juguetes por destruir!

El meca ni siquiera había terminado de salir a la luz cuando se pudo ver un gran cañón brotarle de un hombro. El cañón comenzó a resplandecer internamente, como cargando su disparo. Engel vio el ángulo y la dirección a la que apuntaba. El cañón liberó su potencia antes de que pudiera hacer o decir nada. Un cegador rayo rojizo salió disparado desde él, ignorándolos a ellos con dirección al cielo. Salieron impulsados hacia atrás por el impacto

—Fallaste —se mofó Dylan, reincorporándose.

—No ha fallado... —dijo Engel, viendo el disparo perdiéndose en lo alto—. No nos estaba apuntando a nosotros.

El disparo cortó la totalidad de la atmosfera de Mender hasta alcanzar la batería de ataque tripulada en órbita que fue atravesada por la mitad por aquel rayo de gran alcance.

—Batería inhabilitada —dijo un miembro del puente de mando—. No hay sobrevivientes.

Alset presionó los puños.

Mientras tanto, abajo en Mender el meca salía de un salto de su agujero, provocando un tremor al caer. Permaneció ahí encogido por unos segundos para luego estirarse, mostrando su verdadera apariencia. La arena deslizándose sobre su armadura negruzca. Media unos intimidantes noventa metros de alto. Su tronco y brazos eran de contextura humanoide, sin embargo, su cabeza y cuello eran alargados y tenía las piernas muy robustas, con las rodillas proyectadas en un ángulo muy amplio similar al de los saurios de locomoción bípeda.

—Despídete del apoyo orbital —dijo Engel

—Bueno —dijo Dylan ante aquel coloso—, si esperan que acabemos con esa cosa, ¿qué están esperando para reabastecer el flujo de energía a nuestros trajes?

Engel dio un vistazo a su medidor de energía. Seguía repleto, y, de hecho, seguía incrementando, pero no dijo nada. ¿Sabían de esto? Se preguntó, ¿sabían que nos estaban lanzando a la boca de esta bestia?

—Es una abominación mecánica —dijo Alset, viendo una representación en tres dimensiones del meca, donde toda su figura estaba pintada en verde representando el altísimo consumo de ármiza. De pasarle el mismo escáner energético a alguno de los trajes T.A.T. la ármiza se habría manifestado como un único punto pequeñísimo en el centro—. Es una irresponsabilidad ecológica. Es absurdo. Una maquina así no tiene cabida en nuestra economía: debe ser destruida.

—Destruyeron todo el mecanismo del escudo de dipolo magnético, señor —le informaron—. No hay forma inmediata de reestablecer el dínamo planetario. Tomará meses reparar los daños.

Alset asintió. Debían ganar esa guerra con los últimos recursos que le quedaban. No quedaría en ridículo ante el consorcio y Siera. Miró la tabla de estado de su escuadrón T.A.T. Todos estaban funcionando con ya apenas un treinta por ciento de reservas de energía espectral. Dentro de poco tendrían que acceder al núcleo de ármiza de emergencia. No obstante... había alguien que parecía no estar

teniendo problemas energéticos por alguna razón: la unidad número siete.

—Eh..., señor —dijo Kuiper, dirigiéndose respetuosamente hacia él—. No sé qué está ocurriendo, pero mi unidad no tiene fallo de energía espectral. En realidad, está aumentando.

—Lo sé —dijo Alset—. Lo estoy viendo.

—¿Qué hacemos? —prorrumpió otro miembro del personal—. Señor, ¿llamamos a la retirada?

Alset se giró hacia él.

—¿Retirarnos? Esta guerra está ganada —se giró a las pantallas principales—. Atención a todas las unidades del escuadrón T.A.T. —anunció por neuroenlace—. Les habla Alset. Debido a penosas circunstancias que están fuera de nuestras manos, el flujo de energía espectral ha sido cortado indefinidamente.

Los soldados T.A.T. en Mender se estremecieron y amenazó con reinar el pánico.

—Nos enfrentamos a un pecado ecológico por parte de los virdeanos. Hombres empedernidos en alcanzar la victoria así signifique agotar la mitad de los recursos de su planeta. No obstante, no nos rendiremos —siguió Alset—. Seguiremos adelante por la gloria de Siera. A pesar de todo, seguimos en la ventaja. Que no se quiebre su voluntad. No pierdan las esperanzas. Demostraremos nuestra superioridad táctica. Acabaremos con ellos con uso inteligente de recursos. Esa máquina abominable debe dejar de existir hoy. De ahora en adelante todas las unidades pasaran a estado de apoyo a la unidad número siete.

Engel sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. ¿A mí?, pensó. Dylan frunció el entrecejo, ardido.

»Nuestros sistemas han detectado que la unidad número siete correspondiente al soldado Engel Leckhert y el diacono Fermi es la única que ha mantenido el influjo de energía constante, por lo cual es la única apta para realizar las maniobras ofensivas de mayor gasto energético durante el resto de la batalla. Soldado Leckhert —dijo Alset, dirigiéndose ahora a él personalmente—, cuento con sus capacidades.

—Sí, señor —dijo Engel con dubitación.

Alset cortó la comunicación dudando terriblemente de Engel. ¿Estaba relacionado él con la traición que tuvo lugar? ¿Por qué era el único con la capacidad de recibir energía espectral aún en la ausencia de un campo magnético? Miró a Kuiper de reojo suspicazmente.

—Engel —dijo Kuiper a su SENI—, puedes hacerlo, amigo. Tu traje está intacto. Eres el único en estado óptimo.

—El traje es el único en estado óptimo aquí —respondió Engel con la voz agotada—. Siento que ya no puedo más.

—Su estado es inestable —interrumpió Fermi—. Detecto indicios de falla sistémica. Mis recursos para mantenerle consciente se están agotando. No puede mantenerse por sí mismo. Si le liberará del traje en este mismo momento, moriría en cuestión de minutos.

Kuiper se echó atrás en su asiento, agobiado. Nunca debió ir a Mender, pensó, nunca debí dejarlo ir. Por otra parte, parecía que había sido lo mejor. Parecía ser la única opción de Siera allá arriba. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿por qué Engel parecía desvanecer cuando su traje se hacía más fuerte?

LAURENCE CASTILLO

—Escucha —dijo—, eres la llave no solo para la victoria, sino para que todos ustedes, todos los que te rodean salgan con vida de ahí.

—Lo sé.

—Así que acaba con esos malditos. Fermi te mantendrá con vida y te curaremos, ¿está bien? Te curaremos cuando regreses como un héroe.

—¿Garantía Kuiper? —dijo Engel, notablemente más animado.

—La mejor.

Puedo hacerlo, se repetía Engel, puedo hacerlo. Así me mate, puedo acabar con esa cosa. El meca parecía prepararse para atacar de nuevo. Engel, ahora al mando ordenó a los demás a brindar a apoyo a las demás unidades: el meca no era el único enemigo restante.

—Si piensas que quedaré en la orilla de la cancha estás equivocado, Leckhert —renegó Dylan.

—Tú solo ocúpate de entretener al resto de enemigos. Yo veré que hago con ese gran gorila de metal.

—No eres mejor que todos nosotros, Leckhert.

—No se trata de quien sea el mejor, sino de quien está en las mejores condiciones para determinada tarea. Tu batería se está drenando con cada movimiento que haces.

—¡Pff! —soltó Dylan—, mi batería está bien. Es suficiente, tengo más del treinta por ciento.

Engel dio un vistazo al meca. Parecía estar cargando su cañón para otro impacto y se le miraba interesado en algunas de las tropas T.A.T. que guerreaban en su cercanía. Eso no podía permitirse.

Dio un vistazo a Dylan, que flotaba en su armadura, a su lado.

—Insisto —dijo.

Engel asintió.

—Está bien. Mira, parece estar preparándose para liberar otro de esos disparos. Tenemos que destruir ese condenado cañón en su hombro primero. Quien sabe a qué le esté apuntando ahora.

—Yo lo distraeré —dijo Dylan—, y tu destrozas el cañón.

—Al contrario —contrapuso Engel—, las maniobras de distracción requerirán de mucho esfuerzo. Mira sus piernas. —Señaló al meca—. No sé por qué está tan tranquilo, pero puedo asegurarte que esa cosa es más hábil de lo que parece. Yo lo distraeré y tu esperas el momento adecuado para cortarlo de un solo golpe.

Dylan aceptó el plan. Volaron a lados opuestos, Engel dirigiéndose directamente al gran meca, Dylan buscando una posición ventajosa. El cañón parecía estar a punto de dispararse. Engel se encontraba a una distancia significativa cuando el meca notó su presencia. Volvió su cabeza hacia él y sus ojos brillaron mientras marcaba un nuevo objetivo. Comenzó a moverse. Un paso de su gigantesca pierna, luego el otro para finalmente lanzarse a correr habilidosamente hacia Engel. Él no pudo evitar sentirse intimidado al ver a aquel gran coloso de metal acercarse a él con todas las malas intenciones, aplastando y embistiendo cualquier cosa que se encontrara a su paso. Se veía un conjunto de cables y torres de energía ser arrastrados en sus patas como si

no pesaran nada. Varias naves en combate tuvieron que apartarse, siendo ignoradas por el titán.

—Eso es —susurró Engel—, enfócate en mí y solo en mí.

Al meca pareció brotarle una gran garra del puño y sorprendió a Engel con la velocidad de sus ataques. Tuvo que disparar sus propulsores al máximo para esquivar las manotadas que parecían no tener fin del gigante. La forma en que se movía era tan aterradora como impresionante. No había manera de que fuera un autómatas. Lo más seguro era de que se tratase de un exoesqueleto controlado por neuroenlace directo por un humano altamente especializado en artes de combate. Su gasto de ármiza seguro era desmesurado e inapropiado, pero no había duda de que era una máquina magnífica.

La zona entera parecía sufrir un terremoto por desplazamiento de placas tectónicas producto de los enfurecidos ataques del gran coloso. Engel jadeaba en su traje, realizando un gran esfuerzo para esquivar aquellos arañazos. Luego el meca pareció aburrirse y comenzó entonces a disparar un conjunto de ametralladoras de plasma que colgaban de sus quijadas. Fermi las bloqueó desplegando un escudo poligonal en torno a Engel.

—¡Dylan! —clamó Engel refugiándose en el escudo de fermi mientras los disparos ardían del otro lado—. ¿Qué estas esperando?

—Esperaba llegar elegantemente tarde —dijo Dylan alzándose tras el meca, blandiendo un gran sable formado por las dos alas de su diacono. Rugió mientras lo descargaba contra el cañón del meca que parecía ya listo para disparar.

El meca soltó un horrible alarido cuando el sable de Dylan rasgó los cables y tubos que mantenían su arma aferrada a su hombro. Fue evidente que el tipo de neuroenlace con su piloto era tan fuerte que este incluso llegaba a sentir dolor. El cañón calló flameante al suelo junto a los pies del gigante.

Dylan soltó una carcajada. Su descuido por celebración le saldría caro, pues el meca, a pesar de seguir ardiendo en dolor realizó un raudo giro en trescientos sesenta grados con su codo, impactando directamente contra él.

—¡Dylan! —gritó Engel, impotente.

Viajaba proyectado por el impacto, casi inconsciente en dirección a un risco rocoso cuando su diacono se morfó en una especie de bulbo, envolviéndolo para amortiguar su caída.

—¡Eso! —dijo Engel aliviado.

En ese momento el meca se giró hacia Engel, y él habría jurado que le escuchó soltar una pequeña risita antes de echar a correr a grandes zancadas en dirección al T.A.T. caído de Dylan.

—¡No, no, no! —gritó Engel—. ¿Qué estás haciendo, maldito? —Disparó contra su espalda una y otra vez—. ¡Atácame a mí!

El meca le ignoraba, levantando tanta arena mientras corría que parecía crear tormentas de arena a su paso. Engel volaba a sus espaldas, disparando y arañando. Dylan permanecía envuelto en su bulbo, incrustado en la arena como un meteorito caído. Cuando el meca alcanzó el lugar de su caída, realizó un gran salto. Uno que Engel no pudo evitar a pesar de haberle casi destruido la espalda a ataques.

Engel vio, aterrado como aquel gran titán tocaba suelo aplastando con la planta de su pie el bulbo de Dylan. Sintió que los segundos tras el impacto corrieron lentamente. Que el mundo a su alrededor se detenía. Aquel había sido un acto vil y cobarde de venganza directa contra alguien incapacitado.

—¡Maldita sea! —exclamó Alset en el centro de mando. Su personal a su alrededor no sabría decir si lamentaba la muerte de Dylan o la cantidad astronómica de dinero que perdió con la destrucción de aquel traje.

Se ha ido, repetía Engel a sí mismo, se ha ido. Apenas hace un rato estaba hablando de volver a casa con la gloria, y ahora... se ha ido. Mientras tanto las demás unidades se esforzaban por mantener a raya a los enemigos restantes.

—Todas las unidades T.A.T. a un diez por ciento de energía —le anunciaron a Alset—. Nos veremos obligados a llamarles a la retirada muy pronto, señor. Las unidades aéreas podrían lidiar con el resto, pero... el meca... si sigue en pie no podrán hacer mucho contra él.

—Que se retire el resto de unidades T.A.T. —ordenó Alset—. A este paso ni siquiera tendrán energía para ejecutar la evacuación. Que la unidad número siete se encargue del titán.

—¿Qué? —respingó Kuiper—. Señor, con todo el respeto, le está exigiendo usted demasiado.

—Leckhert puede con él —aseguró Alset—. Eso está claro. Que las unidades aéreas le apoyen con una diversión. Y usted... Kuiper: tengo que hablar a solas con toda su unidad cuando esto termine.

Kuiper tragó saliva.

En Mender el meca retiró lentamente el pie de los restos de Dylan. Se irguió en su posición. Tenía la espalda llena de arañazos y disparos, con un gran agujero humeante en el hombro donde había estado su cañón. Engel derivaba en el aire, catatónico. Aquella muerte en especial había tenido demasiado impacto sobre él. El meca se giró hacia él. Vio su indefensa figura paralizada y echó a caminar en dirección suya. Kuiper comenzó a llamarle. Advirtiéndole el peligro que se avecinaba. El meca, ya lo suficientemente cerca, preparó su garra y justo en el momento de corte Kuiper se las arregló para controlar el traje de Engel a distancia, disparando sus propulsores para esquivar el ataque.

—¿Qué demonios está esperando para atacar? —dijo Alset. Su puño temblaba de la ira, o quizás del miedo, y presionaba en él la pequeña lanza de Termes plateada.

—No lo sé —respondió Kuiper—. Está demasiado afectado. ¡Fermi, haz algo!

—Si no actúa ahora mismo lo considerare una desertión directa en campo de batalla, ¿entendido?

Kuiper tenía cierto control sobre el traje desde ahí, pero no el adecuado. No para batallar contra una maquina así. Era torpe. Lo que si podía hacer era sacarle de ahí con vida.

—Intentaré algo —dijo Fermi.

Engel estaba en shock. Como la persona llena de traumas que era, la muerte de Dylan había despertado viejos temores en él. Era la misma sensación del día en que murió su hermano...

—Liberando descarga eléctrica —dijo Fermi.

LAURENCE CASTILLO

Golpeó a Engel como un rayo, recorriendo su cuerpo. Reaccionó como quien despierta al choque de un desfibrilador en el pecho. Comenzó a jadear, viendo a su alrededor. Deseó estar despertando en su habitación, que todo hubiera sido un mal sueño. Pero ahí estaba: en medio de una guerra moribunda. Vio el remanente de naves pelear a su alrededor, y luego vio al monstruo de metal parado en la distancia. Su gran silueta mezclada en la tormenta de arena que era el campo de batalla.

—Lo siento —dijo Engel de vuelta en sí—. No sé qué me ocurrió. Yo solo...

—Nada de que disculparte, vaquero —dijo Kuiper—. Es bueno tenerte de vuelta. No te perdiste de mucho, solo del momento en que te salvé la vida, pero nada más.

—¿Lo hiciste?

—Eso no importa. Engel, tienes que acabar con esa cosa. Eres nuestra última arma. Si esa cosa vive y camina por el desierto hasta nuestras instalaciones en Mender... Virden habrá ganado la guerra y todo habrá sido en vano. Estoy seguro de que por ahora ese meca es el último recurso que les queda. Si los destruimos ahora, los habremos sacado del planeta. Tienes que... —Kuiper hizo una pausa, había un par de cosas que tendría que decirle a su regreso—. Tienes que regresar, ¿está bien?

—Tengo muchos motivos para salir de esta bola de arena —afirmó Engel.

Kuiper iba a decir algo, pero se detuvo. Se le hizo un nudo en la garganta. El rostro se le oscureció.

—Así es, vaquero...

El meca estaba distraído, atacando a las naves sieranas cuando advirtió la presencia de Engel a sus espaldas.

—¡Ya tuve suficiente de ti, basura de metal! —gritó Engel mientras le atravesaba la quijada con un puño envuelto en energía espectral.

El gigante se lamentó mientras la mitad de su rostro se convertía en mil fragmentos. Engel había usado una cantidad de energía sobre los niveles. En la central de AMBROS miraban todos las gráficas, impresionados. Alset, deleitado.

—Esto no es seguro —se dijo Kuiper.

El meca, haciéndose tiempo, liberó un conjunto de escudos por impulso de su pecho, empujando a Engel hacia atrás, para darse tiempo de recuperarse. Funcionó, pero Engel respondió al instante.

—Tus trucos me están cansando —gritó liberando su látigo de luz, para alcanzarle desde la distancia. Atravesó el pecho del gigante, destruyendo sus escudos por impulso.

El gigante dio un paso atrás, pero no sucumbió. Tomó con su mano el látigo de Engel y lo usó como medio para devolverle el golpe, enviándole una descarga por el mismo.

Engel recibió el impacto. Sus sistemas fallaron y se apagaron por unos segundos, como golpeado por un impulso electromagnético. Calló por el aire sin energía alguna hasta que Fermi restauró todos los sistemas y pudo impulsarse justo antes de tocar el suelo. Alzó la mirada al aire y vio la gran figura del gigante lanzarse sobre él, blandiendo su gran garra. Aprovechando su caída.

—¡Engel! —gritó Kuiper, pensando que estaba acabado.

Engel se encogió en la arena. Fermi volvió a hacer lo suyo. Estaban usando el truco de la sierra otra vez. La mano del gigante no se encontró con el aplastamiento de Engel, sino con una incomodidad cortante. Casi destruyó a Fermi, pero había bloqueado el ataque en un choque de chispas, y ahora el gigante se lamentaba con una mano destrozada que se desmoronaba pieza a pieza desde su muñeca.

—¡Hagámoslo, Engel! —animó el pobre Fermi, deteriorado.

Engel lo tomó como un sable tal cual había hecho su ahora amigo Dylan y se alzó desde el suelo con su filo, contra el gigante. Un contacto estrepitoso y explosivo. Rugió mientras cortaba verticalmente el resto de su cabeza sin quijada en dos.

El gigante trastabilló sin cabeza mientras Engel seguía alzándose en el aire por el gran impulso de su ataque. Sin embargo, el coloso virdeano, aún decapitado, no dio brazo a torcer. Miró a Engel en lo alto, se reincorporó y se lanzó al aire, para alcanzarle.

Engel dejó ir a Fermi. Volvió a cargar energía espectral arriba del nivel recomendado. Esta vez no envolvió solo su puño, sino todo su cuerpo. Realizó su giro, calculó la trayectoria y se disparó como un cañonazo contra el gigante que se alzaba para alcanzarle en el aire. Lo atravesó de arriba hacia abajo, taladrando, rugiendo por toda la extensión de su cuerpo. Se produjo una gran explosión en el aire, con una línea blanca de energía blanca (Engel) atravesándola.

Engel golpeó el suelo con la pose de un dios. Se puso de pie y permaneció ahí parado, impasible, mientras enormes fragmentos del coloso caían a escasos metros alrededor suyo. Como meteoritos envueltos en llamas, levantando columnas de arena. En aquel momento, al menos, se paraba ahí el hombre más fuerte del universo conocido.

La central de AMBROS estalló en celebraciones. El resto de unidades virdeanas se rindieron voluntariamente tras la caída del coloso. Mender, y toda la ármiza que contenía pertenecían ahora a Siera. El experimento de Alset, a pesar de todo, había resultado fructuoso.

Todo fue alegría hasta que Engel dejó de responder a la central... Dentro de la armadura T.A.T. que se mantenía en pie por sí misma, yacía su piloto completamente inconsciente. Fue evacuado por el equipo de rescate y trasladado de vuelta a la estación de AMBROS en órbita, y de ahí a Siera. Se le declaró legalmente muerto por cinco minutos completos antes de que la tecnomédica Jessica Halley le reviviera. Pasó varios meses inconsciente bajo cuidados intensivos. La mejor tecnología en salud le fue brindada. Recibió un trasplante de corazón, de riñones y un nuevo brazo protético, pues se lo destruyó en el impacto con el coloso. Se despertó del coma para recibir las casuales noticias de que ahora era reconocido como un héroe sierano, que su rostro se encontraba en todas partes y no había persona en los tres planetas que no le conociera, que El Ratón se había escapado durante uno de sus traslados para interrogatorios, y de que su padre se había quitado la vida el día después de su partida a Mender. "...y es

que ahora más que nunca creo en una vida después de la muerte, una mejor.”, dictaba el último de sus escritos.

Nunca se descubrió la verdadera causa de la enfermedad de Engel, lo único claro es que estaba relacionada con el aprovechamiento de la energía espectral, que tuvo efectos secundarios devastadores sobre él. AMBROS continuó sus experimentos mientras se alzaba a la gloria como la corporación más importante del Sistema Iridal. La identidad del traidor de Alset tampoco salió a la luz.

—21—

La obra negra

Engel Leckhert

Seifer Leckhert

E. Alset

Jessica Halley

Malcolm Vantablack

Siera: Sector Lunder
Un tiempo después...

Su madre parecía no haber envejecido desde su partida a Virden. Apenas un par de arrugas se formaban en torno a sus ojos risueños. Quizá la calidad de la video llamada en la pantalla disimulaba las secuelas de los años en su rostro. Y es que el SNI del pequeño ser que reposaba sobre las piernas de Engel no había sido liberado. Un niño, un varón, un hijo... Seifer Leckhert.

Su madre, ahora abuela, sonreía y hablaba al pequeño Seifer quien escuchaba y miraba a la transmisión en la pantalla apenas comprendiendo. Tenía un poco más de un año.

—Oh, Engel, pudiste ganarle una guerra al consorcio virdeano en Mender, pero no una a la genética de tu esposa —dijo su madre—. No se parece en casi nada a nosotros, es el reflejo de ella. Excepto, por supuesto, por esos hermosos ojos que le robaste a tu abuelita, nene precioso —dijo ahora dirigiéndose al niño, quien le devolvió una verde mirada inocente—. Incluso yo logré más aquí.

Y para su bien, pensó Engel, recordando todos los apodosos con que le bautizaron en la escuela por el doble color de sus ojos.

—Ella es testaruda hasta la esencia —dijo—. Ahora está claro y manifiesto. La tozudez hecha carne.

Su madre asintió.

Siguió dirigiéndole cariñosas palabras al niño y este le respondía con risitas y palabras entre mezcladas con balbuceos hasta que, tras aburrirse, comenzó a sacudirse en los brazos de Engel deseando irse a jugar a otra parte.

Engel le liberó, sintiéndose apenado con su madre.

—Ah, déjalo —dijo ella—. Ya le hemos aburrido lo suficiente hoy con esta vieja. Es un niño, la curiosidad arde en su mente. Tantas cosas por ver y explorar... Un nuevo Leckhert, logrará grandes cosas como su padre.

—Y como su abuelo... —dijo Engel viendo al niño tambalearse hacia una pila de juguetes que yacía sobre la alfombra ante una puerta de cristal transparente que daba hacia el jardín.

Su madre soltó un suspiro ante el recuerdo. Engel no parecía superar la decisión de su padre. Le sorprendía que no hablara de él en tiempo presente como si lo hacía cuando hablaba de Keiden. Quizá era cuestión de tiempo para que comenzara a referirse de esa manera al hablar de su padre. Desvió el tema de la conversación.

—¿Y tú cómo estás? —dijo.

Engel devolvió la mirada a la pantalla tras una corta pausa.

—Me encuentro perfectamente.

—Te ves fatal.

Desde que, técnicamente, había revivido de entre los muertos y dejado el ejército, Engel no había vuelto a ser el mismo. Se le miraba más pálido y frágil. Había perdido gran parte de su masa muscular.

—Me siento perfecto, ¿está bien? —tranquilizó Engel—. Es... es solo el cambio de vida, madre. Un completo cambio de vida... todo es tan diferente ahora... desde ya hace mucho que no tengo que saltar por ahí embutido en un súper traje. Solo cuido de mi hijo, de mi familia y voy de aquí a allá a alguna que otra reunión o conferencia de AMBROS.

—Y eso no te desagrada, ¿verdad? —dijo su madre—. Una vida celebre.

—Podría acostumbrarme.

Tras el conflicto en Mender Engel se convirtió en el rostro de AMBROS. Su nombre y cara de ojo verde estaba por todos lados y no había nadie en los tres planetas que no hubiera siquiera escuchado de su nombre. Se había convertido en un legítimo héroe moderno, aunque irónicamente ahora el héroe no se encontrase realmente capaz de repetir sus propias hazañas. No estaba a la altura de sí mismo. Se sentía encapotado en su propia sombra. Aunque eso no importaba, ni a él ni a AMBROS, porque todo era imagen: todo era un símbolo.

Un pequeño Ami—Bot entró en la habitación y comenzó a jugar con Seifer sobre la alfombra.

—Por otra parte —continuó su madre—, me alegra que puedas cuidar del pequeño en sus ausencias. Es bueno que hayan decidido tenerle en este momento. Tu eres libre, estás en casa y puedes

darle toda la atención que un hijo merece. Jessica está siempre tan ocupada... No hubiera querido que mi nieto pasara gran parte del día al cuidado de un robot. No lo consentiría. Viajaría hoy mismo de vuelta a Siera a pesar de la situación.

—Jessica no se ha liberado de su deber como lo he hecho yo, estoy seguro de que ella quisiera estar aquí con él tanto como lo estoy yo.

—Lo sé, hijo.

—Con respecto a lo otro... deberías —dijo Engel, recostándose en el respaldar del asiento, sonriendo.

—¿Debería qué? —preguntó su madre inclinando la cabeza.

—Considerar volver.

Ella sonrió con tristeza.

—Se acabó, madre —continuó Engel—. Todo terminó.

—Odio ser siempre tan negativa, Engel, pero creo que acaba de comenzar...

No podía dejar de pensar en las palabras de su madre mientras supervisaba al pequeño Seifer quien jugaba en el jardín junto a su robótico amigo. Él también manejaba la idea de que el conflicto interplanetario estaba todo menos acabado, todos lo hacían, pero se movía mediante un falso positivismo ante su familia. De nada servía atormentar la mente con eventos que todavía no tomaban forma ni lugar. Una carga al día. Así como también había renegado la verdad de su cuerpo a su madre. Pensaba en todo esto mientras seguía a su hijo por el gran jardín. La gloria prometida había resultado verdadera, le habían

recompensado en abundancia. Él y su familia no tuvieron que acomodarse en uno de los edificios de apartamentos segmentados de la ciudad. Le habían cedido una gran y moderna casa en los suburbios periféricos. Allá donde los grandes dormían entre colinas verdes. El mismísimo Alset no vivía demasiado lejos.

Tormentos biológicos, familiares, renacían ahora en él lentamente, aquel mal amenazaba con regresar, a pesar de que la mitad de los órganos que llevaba dentro habían sido reemplazados, y a pesar de que no había abusado del flujo a su cuerpo de la energía espectral desde aquel último gran ataque en Mender. Jessica estaba al tanto de ello y había reanudado sus investigaciones: esta vez no llegaría a tanto.

No pasó un día en el que no pensara en Dylan Zorber. En especial cuando se encontraba trajeado de gala en alguna conferencia de prensa o en alguna ceremonia por invitación. Ahí, en aquel momento en el que caminaba en aquella verde bastedad. Estaba viviendo todo lo que él había soñado. Ahora era solo un soplido de vida, un aliento deslizándose en las arenas del planeta del desierto. Se preguntaba adonde había ido. ¿Qué era Dylan? Y su padre... ¿qué era? ¿adónde le había llevado su cobarde decisión? Toma a un hombre, cámbiale el corazón y despertará en la sala de recuperación siendo el mismo hombre. Lo mismo podía decirse de otros órganos y vísceras: lo mismo podía decirse de él. Millares de bacterias, seres independientes viviendo en su cuerpo humano, así como millares de células intercambiándose constantemente al punto de que una gran parte de su cuerpo de nacimiento no existía ahora, había

transmutado, había sido movido en un perpetuo intercambio biológico. Su propio hijo, ahí frente a él, un producto de su esencia. Entonces... ¿quién era Engel Leckhert? ¿Quién era Dylan? ¿Dónde estaban ellos realmente? ¿En qué parte de sus cuerpos se encontraba el receptáculo de sus personas? Un único cambio modificaría por completo su existencia. ¿Qué quedaba? ¿Dónde podría estar el último refugio del alma de un hombre multi—transplantado? Cambia el corazón, cambia el hígado, cambia el páncreas, el hombre seguirá siendo él mismo. Solo restaba un lugar: el cerebro. El cerebro podría ser el último refugio de la supuesta alma humana. La última excusa de los defensores de la transcendencia teológica mas allá de la carne mortal. Cambia un cerebro, y cambiaras a un hombre. pero ¿Qué es un cerebro? ¿Cómo funciona y que almacena? Memorias. Nada más que memorias. ¿Qué es el hombre entonces sino un conjunto de memorias?

Bastaba con pensar en Keiden, la existencia casi creíble de su hermano en el inframundo virtual. Aquel espectro digital había tomado sus recuerdos y, a partir de ahí, dado forma a un ser casi tan vivo como el que alguna vez caminó entre los vivos. Así que eso residía en el último refugio del alma: recuerdos. La realización de aquello resultaba tan aterradora como esperanzadora. ¿Así que eso bastaba para vivir eternamente? Inmortalizar las memorias. Eso eran: memorias. De eso estaban hechos. Ya no necesitaban Dioses ni cielos. Era algo real, Engel lo había vivido. Lo había visto en su hermano. Ahí estaba su hermano en él.

Por otra parte, el alma, de existir... ¿bajo qué regencia funcionaba? Había cuestionado el alma desde que era apenas un niño. Recordó como su madre solía llevarlos, a él y Keiden, a un pequeño zoológico cercano, ahí, de todos los animales, su favorito había siendo siempre un viejo mono. Se perdía en la inteligencia manifiesta de aquel animal en sus finos movimientos que distaban a años luz de los de cualquier otro animal. Finalmente, durante una de aquellas visitas, Engel había corrido al espacio que frecuentaba el animal. Miró de rama en rama buscando, pero no lo encontró. Se acercó a uno de los cuidadores y le preguntó por el animal. El hombre le dijo con palabras suaves y medidas que aquel mono favorito suyo había muerto, que ya estaba viejo. Engel prorrumpió en llantos, su madre se acercó a consolarle. Luego, mientras volaban de regreso a casa Engel le había preguntado a su madre sobre el paradero de aquel mono. ¿Dónde estaría ahora? ¿Crees que exista un cielo animal?, le dijo, y su madre, en una inconsciente imprudencia le había respondido: “Los animales no tienen alma”, para rápidamente retractarse de su fría afirmación al ver el rostro de Engel fruncirse en un atisbo de llanto.

“Los animales no tienen alma”. ¿Quién dicta entonces que ser vivo tiene o no tiene un alma? ¿En qué punto de la evolución surge el alma? Aquellas preguntas Engel se las había formulado a su madre (en la forma en que las haría un niño, con otras palabras) y ella no había sabido que responder. admitió que nunca reparado en el asunto. Y ahora siendo un hombre Engel seguía haciéndose las

mismas preguntas. ¿Había desaparecido aquel mono, así sin más? ¿Su carne era el fin?

“Los animales no tienen alma”. ¿Y qué separa al hombre del resto de animales? ¿Y si el Gran Regidor Anónimo había dibujado la raya del alma más allá del segmento ocupado por el hombre en la línea evolutiva? ¿Qué le hacía pensar a su madre que ellos si eran dignos del beneficio del alma? Un ser, capaz de trascender a la carne... era un Dios. La pregunta se repetía una y otra vez en él: ¿En qué punto de la historia surge el alma?, y la respuesta sería siempre la misma; surge, precisamente, junto al nacimiento de las religiones ideadas por el hombre. El alma surge como un componente clave, un cimiento importante de la religión. Un vehículo prometido al creyente mediante el cual se le dice que llegará a sentarse al lado de su creador padre. Y por algunos, incluso, considerada como una moneda de cambio.

Su cuerpo moribundo, las inmortales existencias virtuales en su cabeza, aquellas realizaciones respecto al alma que procesaba. Todos esos elementos sumándose con rumbo a una idea que no le gustaba nada. No se atrevía a admitir lo que estaba pensando... De repente sus cuerpos le parecían tan... prescindibles.

Miró a su hijo jugar junto al Ami—bot en la caja de arena y se acucilló para acariciarle el cabello. Sacudió la cabeza y así aquellos pensamientos. ¿En qué estaba pensando? Tenía todos los motivos del mundo para permanecer ahí. Pensó en su padre, y en ciclo interminable del padre—hijo.

Del otro lado del bajo muro de setos del jardín se escuchaba el rítmico golpear de una pelota de tenis en

el patio vecino. Un tal Bob Paterson se asentaba ahí, retirado telecomunicador, Engel nunca vio ninguno de sus programas, y supo que era famoso hasta que Jessica se lo había comentado, y aquella tarde se encontraba jugando a una partida con algún viejo compañero. La bola se detuvo, alguien había anotado un punto. Escuchó unos pasos acercarse sobre el césped para recogerla. El rostro del viejo vecino se asomó por sobre el muro de setos.

—Ah, Leckhert, estás en casa —dijo, saludando, con la voz agitada y el rostro perlado en sudor bajo una víscera fosforescente—. ¿Por qué no te nos unes?

Engel regresó el saludo.

—No estoy seguro de estar listo —dijo, poniéndose una mano sobre su brazo izquierdo que ahora era movido por un esqueleto sintético desde adentro—. Además... —miró a Seifer y se encogió de hombros.

—Ah, excusas. Jessica dice lo contrario, seguro harías unos saques monstruosos con ese brazo biónico tuyo y el niño se puede unir también. Hacemos duetos.

Engel, pensativo, vio al pequeño Seifer y al Amit—bot que lo cuidaba, luego le devolvió la mirada a Bob.

La oficina de Alset se había convertido en una sala de reuniones penumbrosa mediante realidad aumentada. Solo un monolito holográfico se iluminaba ante él, mostrando una imagen del supremo señor Lunder, Alkrid Root.

—...Y no podríamos estar más satisfechos con la forma en que está manejando todo este fiasco del

neuroenlace —estaba diciendo Root, con una voz gomosa por la edad, un viejo arrugado, famélico, entre vestimentas aristócratas dorado y blanco sin intención alguna de ceder el poder a las nuevas generaciones.

—Se ha reestructurado la seguridad de todos los sistemas —dijo Alset, de piernas cruzadas en su silla de cuero—. Lo que sea que haya atacado al núcleo del neuroenlace en la hiperaguja era la causa de todos los fallos de seguridad y de realidad virtual. Si le soy sincero, contrariar a este... virus... como nos hemos limitado a llamarle, supuso un gran desafío para nosotros en AMBROS.

El viejo Root arqueó una ceja.

—¿No era eso, acaso? —dijo—. ¿Un virus?

Alset negó con la cabeza.

—No sabemos exactamente lo que era, su comportamiento era similar al de un virus, pero no exacto, la forma en que codificaba... no existe, que sepamos, un método de codificación similar en ninguno de los tres planetas: o estamos lidiando con un genio de nuevo amanecer en programación, o se trata de una fuerza virtual puramente alienígena. Me sorprende que le hallamos controlado. Es como si le hubiéramos pillado en una etapa germinal. Está lo suficientemente desarrollado como para causar estragos en nuestros sistemas, pero lo suficientemente débil, aun, como para ser combatido, por ahora.

—Alienígena es una etiqueta un tanto... atrevida, ¿no creé?

—Créame. señor, que cuando uno ve esta abominación virtual, no hay otra forma de etiquetarlo.

Root se atusó la barba, pensativo.

—¿Y su blanco era la hiperaguja?

—ES —corrigió Alset—. No dije que le hubiéramos eliminado, he dicho que le hemos combatido, contrariado. No hemos logrado más que ahuyentarlo. Le hemos seguido el rastro por el ciberespacio, tenemos certeza de que se esconde por ahí, en algún lado. Es como si tuviera voluntad propia... no hay nadie controlándole. Temo que esté recuperando fuerzas en algún rincón para reintentar otro ataque.

—¿Y si eso llegase a ocurrir... —Root rebuscó las sucias palabras— que garantías tenemos nosotros de nuestra seguridad? Hablo de nuestra permanencia.

Alset hizo una breve pausa.

—Se está fragmentando el alcance de la hiperaguja en subsistemas de respaldo. Si llegase a sufrir un ataque, los beneficiados... que serían unos pocos, se mantendrían conectados, y seguros mediante estos sistemas de emergencia...

—Bien, bien —dijo Root, satisfecho—. ¿Qué sería de la gente si sus benevolentes servidores perdieran la cabeza junto a ellos? —soltó una carcajada—. Alguien tiene que mantener la cordura en una catástrofe. Por el bien de la nación.

Desde ya hace mucho las cabezas de demonios como usted se retorcieron, pensó Alset, y al pueblo se las han arrancado.

—Eso no sería conveniente, señor —acordó, hipócritamente.

—Pero... bueno —Root hizo un ademán de indiferencia con la mano—. Eso ya es un asunto zanjado, Vantablack por otra parte... es el motivo de mi llamada, de nuevo.

Vantablack. Solo escuchar ese nombre obligó a Alset a llevarse una mano al rostro en frustración. Extermina a un monstruo y la gente se asegurará de poner a otro en su lugar, con frecuencia, a uno peor.

—Dejémosle ser —dijo Alset—, por ahora, no nos conviene provocarle.

Alset vio los viejos ojos de Root enviarle una mirada penetrante.

—Pero si eso es precisamente lo que he venido a... pedirte. Necesito que asignes más unidades a nuestras colonias en Virden, a las del norte, especialmente. Debemos responder..., intimidar. Qué sepan que estamos observándoles.

—Provocar a Vantablack en este momento es provocar otra guerra —repuso Alset.

—Hijo, el punto de ganar una guerra es el de hacer que una entidad soberana haga lo que se le ordena. Creo que nos ganamos el derecho de... sugerirles que no se atrevan a romper el Nuevo Tratado. Cuan bondadosos hemos sido con ellos. Pudimos despojarles de todo.

La derrota de lo virdeanos puso a Siera en ventaja estratégica, económica y geopolítica, permitiéndole manipular al dedo los términos de las negociaciones posteriores. Múltiples colonias—estados Sieranas se asentaron en las principales naciones del planeta verde a cambio del justo abastecimiento de armiza por resultado del Nuevo Tratado Interplanetario. Sin embargo, dicho trato no era visto con buenos ojos por todos los virdeanos, y se acusaba a Siera de estar imponiendo una hegemonía totalitaria más allá de los límites que su victoria les había marcado. Ahora uno de estos opositores había llegado

al poder, aprovechándose de la situación de crisis de los Estados del Norte: Malcolm Vantablack.

—No recomiendo actuar con semejante tesitura —dijo Alset—. Incluso la Federación de Estados del Sur, antes deflectores del *modus operandi* del norte, se han mostrado muy susceptibles a las ideas del movimiento de este hombre. Su influencia es admirable, y seductora.

—Por la forma en que me contradices —replicó Root—, me parece que incluso a ti te han enmarañado sus maneras.

—No respondo a nadie sino a mi fe —dijo Alset, envolviendo la Lanza de Termes en su puño.

Root le lanzó una mirada suspicaz.

Curiosas palabras, pensó, así que no responde a nadie...

—Pensé que interesaría saber lo que eres a sus ojos —dijo—, a los de Vantablack.

—No me interesa.

—Hmm —soltó Root—, debería. Según filtraciones, te ha enmarcado como lo que él mismo ha llamado “El Primer Gran Mal”.

—¿A mí? —dijo Alset, mostrando interés en sus gestos corporales.

—Al parecer te considera a ti, y no al consorcio, como el gran enemigo de Virden, y ha elegido a AMBROS como su objetivo primordial. La bestia, El farsante, El cobarde charlatán son solo algunos de los epítetos que te ha dedicado.

Intenta manipularme, se dijo Alset, quiere ofuscar mi razón en un despliegue de fuerza bruta contra Vantablack.

—Señor —dijo—, ruego a usted y al resto del consorcio el considerar medidas más diplomáticas antes de realizar otro despliegue militar.

—Lo haríamos con gusto si Vantablack no estuviera en este mismo momento gestando el rearme de estado en contra de los efectos del Tratado. No me parece que sea un comportamiento... diplomático. No podemos permitirnos mano suave mientras viola nuestra ley, reduciría nuestra victoria a un evento intrascendente.

Alset se giró en su silla, dándole la espalda al holograma, luego habló por sobre su hombro.

—Una respuesta —dijo—, una respuesta a Vantablack bastará a la gente. No es necesaria una acción.

—¿Qué sugieres?

—Leckhert —respondió Alset, girándose en la silla de nuevo, hacia el holograma—. Qué hable Leckhert, llamemos a una conferencia de prensa. La gente confía en él. El mismo Vantablack ha manifestado su respeto hacia él.

—Hmm... sí, sí. Nos comprará algo de tiempo. Sosegará las aguas. Una maniobra tan sutil como efectiva. Me parece bien. Enviemos a nuestro monigote.

Alset asintió.

—Sin embargo... —advirtió Root, frunciendo el ceño—. Si no se logran las negociaciones necesarias para suprimir a Vantablack...

—En ese caso se hará lo que se tenga que hacer —cerró Alset.

Root soltó un resoplido, arqueando la boca en un gesto de complacencia. Desconectó el holograma con

un gesto de su mano, entregando a Alset a la oscuridad de su lugar.

Alset se puso de pie. Caminó creando ecos por el vacío de su oficina. Perdido en el pensamiento. Se sentía entre la espada y la pared. La fantasía de poder había sido efímera. Si bien, había encontrado la forma de aprovecharse de la Energía Espectral sin depender de un campo electromagnético, ahora esta parecía esfumarse. Las mediciones reportaban cada vez menos flujo de energía. Era como si su fuente estuviera feneciendo lentamente, o, con mayor certeza, como si alguna mano furtiva estuviera cerrándole el grifo. Jugando con él. Dándole una probada para luego retirarle el plato.

Podría ganarle una guerra a Vantablack, estaba seguro de ello. La fuga de su poderío existía, pero era lenta. El remanente bastaba para aplastar a quien fuera, pero, ¿y luego qué? ¿Cuánto tiempo pasaría para que otra bestia tomara el trono del enemigo? Y entonces, quizás, ya no tendría a la ventaja de la Energía Espectral de su lado. Le había dejado fugársele de las manos sin terminar de comprenderla. La había palpado, saboreado, y ahora se le escapaba. Volvía a su lugar de origen: el Otro Lado, y esa maldita abominación que era la Gran Retención permanecía intocable.

Necesitaba respuestas rápidas y definitivas a problemas extensos y profundos. No podía seguir perdiendo el tiempo guerreando contra hombres cegados por poder. Necesitaba enfocar sus pensamientos en otros asuntos. Devolver la mirada a las estrellas. Aquel lugar ya no bastaba al hombre. abriría la puerta. Tocaba cambiar los engranajes del

pensamiento por unos de nivel supremo: mesiánico. No podía seguir guerreando contra el hombre, era hora de hacerlo contra... Dios.

—¡Esto es más divertido de lo que pensé! —anunció Engel con voz jadeante, mientras se cuadraba en la cancha de tenis para responder al saque de Bob, desde el otro lado de la malla.

El añoso amigo de Bob les observaba con una bebida fría desde una sombreada silla de playa en un extremo de la cancha. Cercano a él, Engel había arrastrado un pequeño corralito donde resguardó al bebé Seifer al cuidado de su Ami—bot.

—¿Te dije, o no te dije? —jadeó Bob, lanzando la bola al aire—, ¡Ahora recibe! —gritó, sacando con un potente movimiento de raqueta desproporcionado a su edad.

La bola se disparó a toda velocidad hacia Engel. Giró el mango de la raqueta en sus dedos protésicos cubiertos de piel humana falsa. Presionó fuerte y respondió. Se dispararon por un espacio de tiempo hasta que Bob le cedió la anotación a Engel.

—Maldita sea —jadeó Bob, encorvado, con el sudor resbalándole por la frente—, no es justo: me llevas ventaja con ese brazo robot tuyo.

—Puedo jugar con mi brazo humano, si quieres... —respondió Engel en voz alta—. ¡Oye, no hagas eso! —se interrumpió, amonestando al viejo amigo de Bob que le estaba ofreciendo a beber cerveza al pequeño Seifer.

—¡Ah! Déjalo que se haga hombre —respondió el viejo.

—¡Es un niño!

—Eso no está bien, señor —dijo el Ami—bot.

—Deja al niño en paz, viejo condenado —reclamó Bob.

El viejo renegó. Se encogió de hombros y volvió a recostarse.

A salvo el niño de la inocente perversión, Engel y Bob retomaron el juego. Se devolvieron la pelota hasta que las sombras del lugar se alargaron, y el cielo se pintó de naranja atardecer. Se detuvieron en seco cuando una voz familiar llamó desde el otro lado del muro de setos.

La pelota tocó suelo con el juego interrumpido.

—Engel Leckhert —dijo Jessica Halley con tono severo, con el cabello recogido como sabia llevarlo en tiempos de trabajo—. ¿Se puede saber que está ocurriendo aquí?

¿Cómo había pasado el tiempo tan rápido?

Engel vio a Bob, luego devolvió la mirada a Jessica.

—Pues... jugamos al tenis, cariño.

—¿Así es como cuidas de tu hijo? —dijo, lanzándole una mirada al niño, a lo lejos, en el corralito—. ¿Atándolo como un perro a un poste mientras haces tus cosas o juegas?

—Ah, vamos, Jessica, no está solo, lo veo desde aquí, además está el Ami—bot con él.

—Y estoy yo —añadió el viejo.

—Y está él —asintió Engel, y luego soltó una risita incomoda.

Jessica, con el ceño fruncido, vio en dirección al viejo, puso atención en la botella de cerveza en su mano.

LAURENCE CASTILLO

—El viejo es todo amor con los niños —añadió Bob con una carcajada.

—No puede hacer eso frente a un niño —dijo Jessica.

—¿Jugar al Tenis? —dijo Engel.

—¡Beber! —restalló Jessica—. Le estoy hablando a él.

—¡Bah! —soltó el viejo—. Ni siquiera entiende lo que está pasado.

—Le ofreció de beber —confesó el Ami—bot, programado para responder con toda honestidad a la madre de su protegido.

—Maldita hojalata... —resopló Bob.

Engel se llevó la mano al rostro.

Jessica se pintó de colores y cruzó el muro de setos. Ultrajada.

—¿Cómo es eso posible? —reclamó, pasando junto a Engel—. Nos vamos.

Se acercó al corral, tomó al risueño niño en sus brazos.

—No haga eso ¿está bien? —dijo al viejo, con un tono más calmo—. No es correcto. Su mente es una esponja. Es un niño. ¿Engel? Trae el corral ¿sí?

—Ah, vamos, cielo —renegó Bob—, al menos déjanos terminar el Set. Leckhert es el mejor oponente que ha pisado mi cancha.

—Es suficiente por hoy, Bob —dijo Jessica, cruzando ante él con el niño entre los brazos—. ¡¿Engel?!

—Ya voy... —obedeció Engel, arrastrando el corral con una mano y cargando al Ami—bot con la otra.

—Carajo, Leckhert —dijo Bob—, no arrastres eso por mi cancha. Rodea, rodea.

Bob Patterson se quedó ahí de pie, viendo a la pequeña familia Leckhert alejarse junto al sol.

—Mira eso, anciano —dijo luego, a su viejo amigo, pero a la vez, a sí mismo—. Ahí va el hombre más fuerte del mundo. Engel Leckhert, el indulgente y destructor de titanes... doblegado por una mujer. Ah, pero... ¿Y qué sería de él sin Jessica? —Bob se acarició la barbilla mientras hablaba—. Sus maneras influenciaron a las de Engel. Y él está hoy aquí entre nosotros gracias a ella. ¿Sabías que el tipo estuvo legalmente muerto por varios minutos? Para la medicina, para las estadísticas; no para ella. Lo trajo de vuelta... —se encogió de hombros—. ¿Por qué? ¿se han convertido las maneras de Engel en una necesidad? Pero bueno, ¿Quién quiere jugar más tenis?

Bob se giró en dirección a su amigo. El anciano yacía desconectado del mundo en un coma etílico auto inducido. Con una laguna de saliva fluyéndole de la boca. No había escuchado ni una palabra.

—Maldita sea —dijo Bob, tirando la raqueta al suelo, y se dejó caer en la silla de playa de al lado.

La tenue luz de la lámpara de noche le daba un tono amarilloso a las blancas sabanas y alfombras de la habitación. Se acercaba la hora de dormir. El pequeño Seifer, en su cuna a un rincón, ya se les había adelantado. Engel estaba sentado en un algodónoso sillón blanco, vistiendo ropas cómodas. Le dio un vistazo al niño desde ahí, pensando en lo que

pasaría adentro de aquella cabecita de ojos cerrados. ¿Y si había heredado sus sueños virtuales? ¿Qué posibilidad había de ello? ¿Y sí aquel niño se encontraba enredado con aquel espectro digital desde temprana edad? Y no había forma de saberlo, de sondear su SNI. A esa edad, permanecía bloqueado, sin conexión libre con la central, con la Hiper Aguja.

Luego Engel deslizó su mirada a la sombra semi desnuda de Jessica que se proyectaba desde la puerta del baño. Se ponía cómoda frente al espejo. Se estaba retirando las joyas de la oreja en aquel momento, colocándolas cuidadosamente en un set de estuches.

—¿Sigues enojada? —palabreó Engel, regulando el volumen de voz para que ella escuchara sin despertar a la vez al niño.

—No lo estoy —respondió ella, de la misma manera—. Es solo que... a veces siento que no te tomas esta familia en serio. Te siento ajeno... Pero bueno, entiendo... en cierta forma.

—¿Entiendes qué?

—Entiendo que... no hayas superado la academia, Mender... la misma muerte... te entiendo. A veces me parece que tu cuerpo volvió, pero tu mente se quedó allá arriba. ¿Dónde? No lo sé. —hizo una pausa, se escuchó el agua del grifo, lo cerró. silencio—. Dime, Engel ¿a qué mundo le pertenece tu mente?

—¿Pero de que me estás hablando, Jessica? —dijo Engel, notó que había subido la voz, el niño se sacudió en la cuna. La reguló—. Mi mundo es ustedes dos: les pertenezco a ustedes. A esta vida a la que volví.

Jessica cerró un gabinete y salió al marco de la puerta. Apagó la contraluz del baño a su espalda y

caminó descalza hacia Engel. Se sentó en la orilla de la cama. Cercana a Engel.

—Mira, tuve un día cansado en el hospital —suspiró—. Olvídalo, ya te he dicho que te comprendo... Cuan despiadada he sido hoy...

Engel pudo ver el casi imperceptible brillo electrónico en los ojos de ella: le estaba escaneando nuevamente.

—¿Y bien? —dijo Engel, con un gesto de las manos— ¿Cómo está hoy?

Jessica asintió.

—Está progresando. Está ocurriendo de nuevo. Dimensiones cardíacas: pérdida de punto veinticinco milímetros de diámetro transversal, longitudinal sin cambios, anteroposterior menos punto cero cinco. Un gramo menos de peso total —De nuevo Jessica parecía hablar como una computadora—. Sistema renal sin cambios. Sistema hepático: pérdida de un centímetro entero de masa hepática a expensas del lóbulo derecho.

La mirada de Engel se volvió distante. Deglutió saliva.

—Ya he llenado y enviado la solicitud para los reemplazos sintéticos —continuó Jessica—, sea lo que sea, es afín a tejido orgánico. Ya no podemos contar con esa vía.

—¿Y luego qué? —dijo Engel, con voz tranquila, impasible, ni alterado ni triste—. ¿Cuántos órganos me reemplazaras por máquinas? ¿Y si este... parasito decide devorar entonces otra parte de mí? ¿Cuánto de humano quedará de mí cuando se haya rendido? ¿Cuánto de todo esto seguirá siendo Engel Leckhert?

—Tanta negatividad... —susurró Jessica.

LAURENCE CASTILLO

—No estoy siendo negativo —aclaró Engel con voz firme—. Yo solo... Ósea, no tengo problema alguno con los órganos sintéticos, siempre y cuando me mantengan aquí con ustedes y entre ustedes. Es solo que estoy pensando en lo que realmente somos. ¿Y si este parásito decide atacar entonces... mi cerebro?

Jessica frunció la boca, pensativa.

—Es una posibilidad que espero permanezca siendo eso: una posibilidad.

—Maldita sea...

—Está el SENI... hay prototipos... en ese caso podríamos...

—Soy una carga —interrumpió Engel—. Has terminado con un esposo muerto andante. Soy una bomba de tiempo.

Jessica colocó su mano en el antebrazo de Engel.

—Tu mereces toda la atención del mundo —dijo, con voz dulce—. Literalmente diste todo por los demás. Por Siera. Lo que hagamos por ti no es nada en comparación a lo que tu diste por tu nación: tu vida. Y es mejor un esposo androide que uno muerto —concluyó, inyectándole humor a la amarga plática.

Ambos rieron en la semioscuridad. Se abrazaron por largo rato y luego se metieron bajo la sabana.

—¿Qué es, Jessica? —dijo Engel, con la cabeza hundida en la almohada, mirada perdida en el techo—. ¿Por qué nadie puede decirme que es lo que tengo?

—Ojalá supiera decirlo —respondió ella—. Me hace sentir tan incapaz. No he encontrado nada. No sé lo que es. Su comportamiento es similar al de un parásito, pero, no deja rastro. Es inexplicable... quizá estamos lidiando con una enfermedad de Nuevo

Amanecer... o se trata de alguna infección puramente alienígena.

—Alienígena es una etiqueta un tanto... atrevida, ¿no crees? —dijo Engel, sacudiéndose en las sabanas.

—Mira, no lo sé. Quizá lo contrajiste en una de tus salidas al espacio exterior. Quizás la energía espectral no es lo único que se está filtrando desde el otro lado de la retención. Ni siquiera sabemos que hay ahí. Pero bueno... estoy divagando. Apuesto a que la respuesta se encuentra aquí abajo, más cerca de lo que imaginamos, pero no podemos verlo... ¿Algún evento en particular, Engel? Algo de tu infancia, algo... lo que sea.

La mirada de Engel se perdió de nuevo, pensó en todo lo que había visto y hecho en su cabeza... en el reino digital. Luego, sin darse cuenta, se quedó dormido y volvió a tener aquel extraño sueño en el que habría con sus propias manos un agujero en la pulsátil burbuja colosal que era la gran retención. Este era un sueño extendido, con una mayor duración. Ahora el agujero se hacía más grande ante sus manos. Y entre más lo dilataba, más resistencia le oponía. Para cuando el agujero era tan grande como para que una persona adulta se adentrará, Engel gritaba de dolor ante el esfuerzo sobre humano que aquella acción requería. Y del otro lado, un vacío verdoso le devolvía los gritos multiplicados por el millón: un infierno cósmico. Gritó y le gritaron de vuelta hasta que un mensaje prorrumpió en su SENI a pesar de haber activado el modo nocturno.

Se despertó bañado en sudor. ¿Un mensaje? ¿sin respeto alguno por la hora? Se sentó en la cama. Se retiró la camiseta húmeda en sudor. Jessica dormía

plácidamente. Accedió a su interfaz interna. Era un mensaje del mismísimo coronel Odalnier.

En aquel momento Jessica advirtió su vela y se giró hacia él, preguntándole que ocurría.

—Debo hablar mañana ante el consorcio — anunció Engel—. Debo prepararme.

—¿Mañana mismo? —dijo Jessica frotándose los ojos—. ¿Para qué?

—Básicamente, me están pidiendo detener, o en su defecto, retrasar una nueva guerra...

El auditorio estaba más concurrido de lo que esperaba, aunque aquello no importaba, después de todo, las lentes de la docena de drones reporteros que se enfocaron en él cuando se irguió en el estrado multiplicarían su audiencia en transmisión en vivo a los tres planetas. Se palpó el nudo de la corbata, seguía tan firme como lo había dejado Jessica minutos antes tras el escenario. Había cambiado los prototrajés y los T.A.T. por aquellas formalidades.

El techo de cristal en domo del auditorio era bondadoso con su luz natural. El silencio se le volvió más profundo ahí arriba. Solo el suave zumbido de los rotores de las cámaras. ¿Cómo aquel joven tímido y retraído había llegado a eso? Ahora tenía a tres planetas esperando a escuchar lo que iba decir.

Se despejó la garganta. Deglutió saliva. Se humedeció los labios.

—Hoy más que nunca me siento como una gran contradicción —dijo, acercando el micrófono flexible a su boca, con voz firme, sin temores y seguida por ecos de casual enfatización—. Engel Leckhert es una

figura contradictoria. Sé que muchos de ustedes así lo piensan: yo así lo pienso. Es esa una gran verdad.

»Cuando se me pidió dar este discurso pensé: ¿Qué puedo decirles yo sobre la paz? ¿Qué sabe una persona belicosa como yo sobre la paz? ¿Cómo puede alguien como yo hablar sobre la paz? ¿Cómo puede este hombre negociar realidades socioeconómicas, sociojurídicas, sociopolíticas e incluso... psicosociales? Sin embargo, rápidamente, en un flash, la respuesta vino tan rápido como las preguntas me habían llegado: soy YO, de hecho, el adecuado para hablarles sobre la paz y el orden.

Hizo una pequeña pausa, pasando su mirada bicolor por la audiencia. Recuperó el aire con sutilidad, volvió a humedecerse los labios.

»Es un soldado, quien más añora la paz. Es un soldado quien sueña con la paz, no antes, no durante, no después de la guerra: sino siempre, a cada aliento de su profesión. No puedo contarles las veces en las que me he despertado en medio de la noche a causa de una pesadilla. No puedo describir el dolor con el que cargo a diario por todas las vidas que tomé en Mender. No puedo vivir con la culpa.

»Y lo lamento... Hoy vuelvo a pedir perdón por todas las vidas que tomé. A Virden por sus muertos, a Siera... por haberle fallado. Por haberles fallado en no encontrar otra solución. A Siera por haberme convertido en su hijo asesino. Una nación no debería ver a sus hijos llenarse las manos de sangre. Y lo intenté, ah, de verdad que lo intenté. ¿Cuál es ese epíteto con el que solían llamarme? Ustedes saben cuál es. Lo intenté. Intenté acabar discordias con

orden. Intenté matar odio con amor... hasta donde pude.

»Llegó un momento en mi profesión en el que se me obligó a actuar de determinada manera. De una manera que hoy me significa una vergüenza. En aquel momento me sentí atado. Sentí que era la única manera de avanzar, de proseguir. Pensé que era el orden natural de las cosas: ¡un precio por pagar! Una inversión a futuro. Violencia legitimada. ¡Cuán equivocado estaba! ¡Cuán equivocados estamos!

Engel hizo otra pausa, dejando que aquellas altísimas palabras calaran en la audiencia.

»Es ahora, es hoy que me doy cuenta de que tuve elección. Pudimos escoger entonces... podemos escoger ahora. Escoger hablar, entender, ¡aceptar! Siempre existe la elección. No podemos seguir matándonos entre nosotros. Rompamos el ciclo. Reconstruyamos el sentido del hombre. Démosle otro sentido a la victoria... La victoria de guerra es pasajera... Nadie, absolutamente nadie permanece victorioso por mucho tiempo... Aquel a quien abatió volverá a levantarse... y el siguiente, y el siguiente, y el siguiente. ¡La venganza, el odio, la avaricia son sentimientos opioides! Son emociones que se traducen en acciones censurables.

»Veo un mañana oscuro, y un futuro bautizado en odio. Conocemos las consecuencias de nuestros actos, pero hacemos caso omiso maniobrados por falsos egos. Un sabio dijo alguna vez que no es el hoy el que moldea al futuro, sino el futuro el que moldea al hoy. ¡Sabemos adónde estamos yendo! ¿Qué nos corresponde, entonces? Actuar hoy. ¡No nos permitamos llegar a ese mañana oscuro solo porque

hoy no pudimos sentarnos como hombres racionales y hablar!

El discurso se continuó por varios minutos. Tras dejar el estrado Engel se sentó en una larga mesa ornamentada solemnemente entre varias autoridades. Un organizador anunció entonces que pasarían a una etapa final de preguntas a modo de foro. El micrófono se pasaría entre la audiencia, mayormente conformada por periodistas. Se le cedió la voz a un joven reportero de cabello descuidado, pero con porte estoico. Su pequeña cámara autómatas se aseguró de tomar su mejor ángulo. Se aseguró de saludar respetuosamente a las autoridades y procedió.

—Muchas palabras bonitas se han dicho hoy— dijo—: pero no se ha dado respuesta a una de las mayores interrogantes que nos ha traído aquí: por no decir a la mayor de ellas. Me he quedado insatisfecho, y creo firmemente que el pueblo de Siera también, en cuanto al... supuesto rearme de los estados virdeanos se refiere. ¿Qué garantías de seguridad ofrecen las autoridades a las colonias sieranas en Virden si tal rearme llegase a consumarse? ¿Qué se está haciendo al respecto? Me dirijo al consorcio entero, pero, específicamente, al señor Leckhert.

Engel no pudo evitar sentirse ligeramente asombrado por la petición directa a su persona. Se inclinó hacia adelante y acercó uno de los micrófonos:

—En primer lugar... ¿Tu nombre? —El joven reportero se lo hizo saber y Engel lo llamó como correspondía—. No hay evidencia corroborada de que un... rearme clandestino esté tomando lugar en el norte de Virden. Si así fuese, el Consorcio sería el primero en hacérselo saber a su gente mediante los

medios de información oficiales. Llamo a la población entera a permanecer vigilantes de su criterio propio con este tipo de desinformación circulante. Por el bien de su integridad emocional.

Se le había obligado a decir eso mediante SENI, por supuesto. El joven reportero no pareció satisfecho con su respuesta. Frunció la frente. Un ligeramente nervioso moderador intentó pasar el foco de atención al siguiente reportero, pero el joven estoico insistió en hacer una segunda:

—Filtraciones de decretos y políticas secretas aprobadas —dijo—. Organizaciones encubiertas y empresas de tapadera que alimentan un realzar de armas creciente, ¿es toda esta información manejada por el consorcio como “evidencia no corroborada”?

—Las autoridades del consorcio —dijo Engel— están al tanto de la información, y no se ha tomado a la ligera, sin embargo, la comunicación con los estados virdeanos es rica, y tales filtraciones no son más que disruptores de la estabilidad social introducidos por agentes de extrema izquierda, presuntamente neonoxistas.

Murmuraciones resonaron en el lugar. El moderador tuvo que llamar al silencio.

»De cualquier forma —añadió Engel—, recordemos que el Nuevo Tratado Interplanetario que fue firmado por ambas partes tras el Día R condena irrevocablemente semejante acto: esa es la garantía de seguridad que el consorcio da a la gente de Siera.

El joven reportero no pudo evitar soltar una risita.

—Con todo el respeto que ustedes y la audiencia se merecen —dijo—, Vantablack se está pasando el tratado por la vuelta del culo.

Estalló un conjunto de murmuraciones y risas en la multitud que se ahogó rápidamente. Engel abrió ampliamente los ojos ante la crudeza de aquella respuesta.

—Entonces —dijo—, por el bien de todos nosotros yo lo invitaría a no “pasárselo por ahí”. ¿Qué respuesta esperaba encontrar por parte de la oposición? Estamos corriendo en círculos sin deliberación alguna.

Virden.

Base milicia no identificada.

Imposible recuperar ubicación precisa.

Las sombras de una jungla se sacudían salvajes bajo una tormenta en medio de la noche, embaulando en su regazo a una prolongada extensión de hangares militares bien custodiados. La oscuridad y el manto de la lluvia combinados impedían ver poco más que siluetas estructurales y una hilera de luces rojas parpadeantes que se perdían en la húmeda distancia, evidenciando lo que sería una pista de aterrizaje.

Un hombre joven, pálido y delgado, de ojos verdes, envuelto en una gabardina negra que se sacudía con el viento, estaba de pie ante uno de los hangares abiertos. Un robot de servidumbre volaba sobre él, protegiéndole de la lluvia.

El hombre tenía una modesta expresión de complacencia en el rostro. Con la boca algo contorneada en una sonrisa. Llevaba un par de lentes de marco redondeado y tenía una frente de amplias

entradas. El cabello formalmente arreglado. Había un exquisito olor a tierra húmeda.

—Mi estimado Leckhert... —susurró para sí mismo, viendo, en segundo plano, la transmisión de la conferencia en su SENI—. Si tan solo supieras cuanto he cavilado. Si supieras lo mucho que he estudiado las variables. ¡Lo mucho que he soñado mi sueño! Si supieras cuanto tiempo llevo perdido en las tundras de mi mente pensando todas las respuestas. Soñando, deseando lujuriosamente la llegada mi momento desde un rincón oscuro. No era mi nadie, hoy soy mi todo.

Hizo un gesto imperativo con la mano a unos guardias encapuchados que se encontraban a unos metros. Las grandes compuertas del hangar comenzaron a cerrarse, enjaulando la sombra de un gran demonio maquinal. Uno de tantos. Igual, por diseño, a sus hermanos que yacían dormidos en los demás hangares.

»Leckhert —continuó—, ¡soy YO la deliberación misma! Soy el que observó desde abajo del escenario desde el momento en el que se abrió el telón. El par de ojos verdes en las ranuras de la madera podrida, asegurándose de que su pequeña obra negra de títeres corriera en armonía. La derrota de Virden fue tan solo uno de los pasos divisados en mi pequeña profecía. El baile de títeres apenas acaba de comenzar y tú has sido el títere favorito... Qué pena que tus hilos los mueva el bando equivocado. Tus ojos, en tus ojos está la respuesta.

Estiró el brazo izquierdo, haciendo que brotara de la manga de la gabardina que hasta ahora lo había cubierto en su totalidad. No había ni carne, ni hueso.

Lo que extendió fue un brazo protésico multiherramienta. Una pequeña ranura se abrió en la punta de su dedo índice: era un mod de cigarrillo electrónico. Dio una calada, cuando lo hizo, durante los dos segundos en que se sostuvo el dedo índice extendido contra los labios, en un gesto, pareció estarle diciendo “silencio” a la nada. luego exhaló la pequeña nube de humo.

»Sería una pena, Leckhert —dijo—, que no recapacitaras antes de tiempo. Que no te dieras cuenta de cuál es tu verdadero hogar. Estás perdido. ¿No me crees? Pregúntaselo a tu ojo izquierdo...

El ruido de los motores de un VTOL averdizando en la pista atrás suyo le devolvió al mundo real. Se giró en aquella dirección, sintiendo las gotas de agua golpearle el rostro y la gabardina ser disparada hacia atrás por la potencia de los motores.

»Ah —exclamó—, ya han llegado.

Cuando el VTOL se hubo estabilizado sobre el húmedo concreto de la pista, la compuerta automática comenzó a deslizarse. Una figura encapuchada en un impermeable comenzó a salir, saludando. Se echó la capucha hacia atrás. Ahí estaba aquel rostro sonriente de piel oscura: El Ratón.

LAURENCE CASTILLO

—Capítulo Final—

Alevosía

Raziel Nox

Sírlen Mikxens

Makno—Kent—Nox

Siera, sector 3, Venassi

La noche del Gran Tumulto

“¿Dónde está tu mesías ahora?”

Abrió los ojos de súbito tras un terrible estallido seco seguido por los gritos de la guardia. Raziel Nox pasó de aquel mundo onírico y de delirios mesiánicos al diván del gran salón de estudio donde, en contra de lo que le había recomendado el señor Mikxens, se había quedado dormido estudiando la palabra. Se reincorporó a la orilla del diván, agitado, intentando asimilar la situación. El salón estaba oscuro, solo la luz perla de la luna entraba por los amplios ventanales.

Continuaron los estallidos y los gritos, ahora se le sumaban disparos. Escuchó con atención: armas de fuego, extranjeras, fáciles de traficar, difíciles de detectar. Miró en dirección a la puerta respirando rápida y profundamente para asegurarse de que estuviera bloqueada: estaba ocurriendo, el odio de su propio pueblo azotaba las puertas de su padre Makno, alimentado por demonios externos.

Corrió hacia los ventanales, pero no pudo ver nada, el ataque estallaba del otro lado del palacio, sin pudor alguno contra las puertas frontales. Vio algunos

guardias correr por el jardín trasero con rumbo fachada delantera, donde se estaba haciendo defensa.

—Mikxens, ¿dónde estás? —dijo Raziel mediante SNI.

La puerta de la bodega perdida en el jardín que las hacía de aposento para el señor Mikxens se abrió de golpe cuando él salía envolviéndose en su gabardina a paso ligero.

—Me dirijo hacia usted —respondió Mikxens—. Mantenga la calma, y apéguese al plan.

Raziel titubeó.

—No estoy en mi habitación, lo siento. ¿Qué hago?

Mikxens, quien cortaba a toda velocidad a través del amplio jardín, resonó los dientes en frustración. Él y Makno le habían advertido de la posible eventualidad trágica que aquella noche asediaba la casa de los Nox, le habían anticipado el golpe de sector inminente y se le había ordenado no permanecer en lugares ajenos a sus bien protegidos aposentos personales durante la noche. Desde ahí se suponía que podría descender de manera segura a los sótanos utilizando el pequeño elevador para autómatas de servidumbre donde Mikxens y su padre Makno le esperarían para ponerse a salvo durante el ataque, o eso le habían dicho.

Mikxens escaneó rápidamente el mapa del palacio en su cabeza.

—Se encuentra usted en el salón de estudio —dijo— asegure la puerta principal y libere el seguro del ventanal. Deberá saltar desde ahí, yo lo recibiré en el mirador del nivel inferior. Me dirijo ahí ahora mismo.

Raziel miró hacia abajo, a través de la ventana.

—Maldita sea, Mikxens, es una caída de más de diez metros.

—Tenemos que improvisar, ya que usted no pudo seguir una simple indicación. No se preocupé, resistiré. Ya he avisado a un número de guardias de su localización y se dirigen hacia usted para montar guardia en la puerta del salón.

Raziel se sintió culpable por desobedecerle.

Apenas y podían escuchar su dialogo interno entre estrepitoso combate que tomaba lugar en los niveles más inferiores del palacio. Habían entrado.

—Está bien... —dijo Raziel con voz insegura.

Caminó rápidamente hacia la puerta y la aseguró, mediante código y medidas más rudimentarias que incluyeron el arrastrar todos los muebles que le fueron posibles a su delgado cuerpo. Pudo escuchar los pasos de los guardias en el pasillo al otro lado de la puerta. Le preguntaron sobre su estado y le aseguraron que todo estaría bien.

Raziel, de pie en el centro del ahora caótico salón pensó preocupadamente en su padre y deseó que portara él un SNI para poder comunicarse directamente con él entre el pánico como lo había hecho con el señor Mikxens.

Mientras tanto el propio Makno Nox, cuya habitación daba a la cara frontal del palacio, observaba atónito desde su ventana el tumulto de hombres que intercambiaba disparos abajo en el vestíbulo. Tantos hombres... no había guardias suficientes en todo el palacio para detener a aquella masa febril.

Vestían ropas tradicionales de Venassi, pero sabía que era un montaje. Como mínimo la mayoría de hombres atacantes eran en realidad soldados entrenados de los sectores uno y dos. Una maniobra para sacarle del mapa hecha pasar por golpe de sector a mano del pueblo mismo. Se desharían de él “sin ensuciarse las manos”. Los señores Lunder y Antho despertarían aquella madrugada sin tener idea de lo que el pueblo de Venassi había hecho a su propio líder. Las masas son fáciles de controlar a través de los medios. El odio hacia su persona había sido sembrado. Todas los indicadores que apuntaban a lo que aquella noche estaba ocurriendo habían sido instalados correctamente. Para la gente, aquello se “había visto venir”, y él “se lo había buscado”. El pueblo “habría actuado”, y celebrarían un engaño y el fin de su independencia.

Makno, con una botella en la mano que le había dejado medio ebrio y una barba descuidada, a pesar de haber estado consiente de la amenaza inminente por tanto tiempo, no pudo evitar sentirse paralizado ahora que tenía al titán dando pasos ante su puerta. Pensó en Raziel y deseó que Mikxens cumpliera su parte.

Un grupo de hombres de su guardia entró estrepitosamente a su habitación, diciéndole que era hora de partir, que no podrían mantener por mucho tiempo más la defensa. La joven dama que lo acompañaba aquella noche se entregó a ellos media desnuda, envuelta en lágrimas y una sábana.

—¡Tenemos que irnos, señor! —repitió uno de los guardias, atreviéndose a tirarle del brazo.

Makno apenas y podía escuchar. Todo a su alrededor le sonaba como si estuviera a varios metros bajo el agua. Todo estaba ahogado.

El nervioso guardia insistió.

—¡Deja ya, inútil! —restalló el Makno atormentado, liberándose bruscamente de su agarre—. ¡No voy a dejar mi casa! ¿Adónde demonios quieres que vaya? Aquí inicie mi legado y aquí lo terminare. No huiré como una alimaña. No es el plan.

—¿Señor? —dijo el hombre, con los ojos ampliamente abiertos.

—Váyanse todos ustedes —continuó Makno tras empujarse la botella—. Corran a casa, con sus familias. Solo asegúrense de sacar a esta dama de aquí con vida.

El guardia deglutió, el resto de los hombres y la mujer estallaban en tensión. Los disparos y explosiones de morteros improvisados de asalto se escuchaban cada vez más cerca. Antes de que pudiera decir algo, un ensordecedor zumbido de turbinas frente a la ventana lo interrumpió.

Las cortinas y todo lo que no estuviera bien aferrado al suelo echó a volar en una potente ráfaga de viento. Todos en la habitación dirigieron lentamente su mirada hacia esta mientras un gran VTOL de asalto conocido vulgarmente como “Ejecutor” se dibujaba frente a ellos con un cegador resplandor azul proveniente de sus turbinas. Dos cañones vulkan que le colgaban del vientre comenzaron a girar lentamente, cargando su fuego.

—¡Al suelo! —gritó el guardia, llevándose a Makno con él, y el resto del grupo hizo lo mismo.

La tormenta de fuego proveniente de los cañones del Ejecutor les rozó la ropa. Permanecían tumbados en el suelo con las manos sobre la cabeza mientras todo y cuanto hubiera en la habitación estallaba en trizas, cortado por un fuego que no parecía tener fin. Los cartuchos vacíos de las armas del VTOL caían humeantes y resonantes como una lluvia de acero sobre los hombres que batallaban abajo el vestíbulo. Las cortinas de aurora de Makno ahora se estremecían convirtiéndose en pequeñas brasas ardientes.

Algún heroico guardia del área inferior habría advertido el ataque directo contra la habitación de su Señor Kent arriba porque un misil de plasma salido de la nada impactó directo en una de las turbinas del Ejecutor, desestabilizándolo, obligándole a alzar vuelo lejos del estrecho vestíbulo, lo que dio la oportunidad a Makno y su guardia personal de salir del lugar, levantándose del suelo con el cabello y la ropa llena de polvo y pequeños escombros. Sin embargo, el rugido del VTOL Ejecutor aun podía escucharse en la cercanía, tenían que salir ahí antes de que decidiera regresar.

Raziel esperaba la señal del señor Mikxens aferrado de espaldas a una de las columnas de salón. Casi tan tiezo como esta, inmovilizado por el miedo. Su rostro era una máscara inexpresiva. Otra explosión. Pudo sentir el suelo bajo sus pies vibrar. Luego vino la oscuridad. Todo el sistema eléctrico del palacio se desconectó. Escuchó a los guardias del otro lado de la puerta hablar rápidamente. Percibió un tintineo metálico afuera en el pasillo y luego una

explosión de humo. Los guardias comenzaron y toser y hubo disparos y gritos de ordenes desesperadas.

Susurró una maldición antes de que Mikxens le avisara por neuroenlace que ya estaba en posición. Corrió hacia la ventana y liberó el seguro. Tras abrirla inmediatamente el ambiente se vio infectado por el ruido belicoso y el olor a humo y gas lacrimógeno. La fuerte corriente de viento le estremeció el cabello. Se inclinó sobre el borde de la ventana y pudo ver la silueta de lentes brillantes del señor Mikxens varios metros abajo, extendiendo sus largos brazos, con su larga gabardina también meciéndose por la fuerza del aire a aquella altitud.

—Amo Raziel —gritó Mikxens—, salte. Confíe en mi.

Raziel dudó, tembloroso a la orilla de la ventana.

—¡Esto es absurdo! ¡Voy a romperte los brazos!

—Este cuerpo mío —replicó Mikxens— ha soportado mayores cargas de lo que su peso me pueda suponer. Créame. ¡Ahora salte, ya no hay tiempo!

Los disparos en el pasillo cesaron. Seguramente sus guardias yacían ahora estallados contra el suelo en una laguna de sangre. Comenzaron entonces a azotar brutalmente contra la puerta. Raziel deglutió saliva. Se dispuso a saltar para detenerse tras darse cuenta de que no llevaba la Lanza de Termes en su cuello. Miró en dirección al diván donde se había quedado dormido y ahí estaba, su centelleo plateado marcó el lugar.

—¡Dame un segundo! —gritó a Mikxens.

—¡Señor! —replicó este, frustrado— No hay...

Antes de que pudiera terminar la frase. Raziel estaba de vuelta en la ventana. Ahora con el pequeño artilugio brillándole en el pecho. Y se dejó ir...

Los atacantes lograron penetrar en el cuarto para solo ver una sombra deslizarse por la ventana abierta de par en par. Mikxens nunca admitiría el tremendo esfuerzo que le significó el recibir el peso de aquel adolescente esbelto en sus brazos, aun así, apenas y se desbalanceó, dando solamente un paso hacia atrás. Rápidamente dejó a su protegido en el suelo, sobre sus propios pies.

Raziel, adolorido por la caída, vio con asombro a aquel altísimo y extraño hombre que le había salvado ante él. Siempre había percibido algo sobrehumano en el señor Mikxens, pero aquella noche tales impresiones se habían disparado por lo alto tras aquella hazaña suya. Ya habría tiempo para preguntas luego.

Escucharon pasos acercarse al ventanal desde donde había saltado. Mikxens empujó rápidamente a Raziel contra una pared oscura para salir del campo de visión de los invasores que ahora apuntaban con linternas y láseres desde arriba, maldiciendo el haber perdido al príncipe.

—Mi padre... —susurró Raziel, atrapado entre la pared y el robusto cuerpo de Mikxens.

Mikxens se limitó a sisearle para que guardara silencio.

—Se marcharon —dijo tras unos segundos—. Tenemos que movernos, pero no podremos bajar por la ruta que usé. Pude escuchar pasos a mis espaldas, seguro ya están ahí. —Embistió con el hombro la

pequeña puerta de una habitación lateral al mirador en el que se encontraban—. Por aquí. Tengo una idea.

Sostuvo la puerta rota mientras Raziel se adentraba asustado a la oscura habitación. Antes de entrar tras él, Mikxens dio un último vistazo a su jardín desde ahí arriba, en especial a aquel rincón donde se encontraba aquel triángulo de rosas con una lámina de mármol en su centro.

Raziel pudo escucharle susurrar las palabras “Los del Río nunca olvidamos”. Mikxens se estaba comportando de manera extraña aquella noche, en especial en aquel momento en el que parecía susurrar palabras antiguas al viento. Pero, de nuevo, las preguntas vienen luego, pensó.

—¡Vamos! —ordenó— Tenemos que buscar a mi padre.

Mikxens volvió en sí de golpe, y reanudo su marcha con ligera vergüenza.

Aquella era una de las habitaciones del ala de servidumbre. Caminaron en la oscuridad entre un número de camas para topar con otra pequeña puerta que daba a otro de los balcones miradores.

—¿Adónde vamos? —dijo Raziel.

—Los disidentes de su padre ya están adentro —dijo Mikxens con vos jadeante mientras destrozaba la puerta—. No podemos salir por las rutas convencionales. Debemos alcanzar el mirador lateral con vista a la alberca.

—¿A la alberca? —dijo Raziel inclinando la cabeza, pensó por unos segundos—. Ah... ahora entiendo.

Cruzaron el segundo mirador con el viento azotándoles las ropas y, de nuevo, otra puerta. Al que

le correspondía hizo lo suyo otra vez para destruirla y dieron paso adentro.

Fueron recibidos por los gritos de pánico de una joven pareja. “¡No nos hagan daño, solo somos servidumbre!” repetían.

—No temen —dijo Mikxens con voz tranquila a las siluetas oscuras que se arrastraban hacia el anonimato de la oscuridad—. Somos... —se detuvo en seco cuando logro identificar de quien se trataba. Una joven pareja semidesnuda a quien el ataque al palacio habría sorprendido en medio de un acto íntimo. Pudo reconocer al hombre como uno de los guardias del palacio. La mujer parecía llevar un tatuaje de pétalos en la pierna...

Raziel, quien en un acto reflejo se había ocultado tras la muralla humana que era su cuidador, salió a escudriñar.

Así que ahí iba a dar su dama prometida, Daliah, en las noches en las que él decidía cambiarla por una sesión de lectura en el salón de estudio en lugar de compartirla su regazo: parecía un trato justo. Ella comenzó a titubear y lloriquear en su defensa. Él se limitó a verla hablar con un rostro impassible.

—No hay nada que hacer aquí —sugirió Mikxens—. Tenemos que continuar.

—Sí —asintió Raziel.

Rompieron la última puerta que daba al mirador que usarían para escapar. La pareja adúltera hizo ademán de seguirles el paso. “No nos dejen aquí”, dijo el joven guardia, “nos encontraran y...”. Mikxens les vio por sobre el hombro con cierta malicia, cerró la puerta y golpeó la cerradura de tal forma que fuera imposible abrirla a simple mano.

El guardia corrió hacia la puerta y comenzó a forcejear contra esta, la dama Daliah pedía piedad atrás. Raziel parecía ni siquiera escuchar los gritos, se limitó a inclinarse en el pasamanos del mirador para medir la altura que había desde ahí hasta la gran alberca de agua cristalina que amortiguaba su escape. Ahora los pasos invasores pudieron escucharse en el pasillo tras la puerta. El guardia y Daliah restallaron en más suplicas.

Mikxens se puso de pie al lado de Raziel y ambos asintieron con la cabeza en unísono antes de saltar. Mientras caían libremente pudieron escuchar la puerta de la habitación estallar y aquellas suplicas de la pareja fueron silenciadas por el plomo.

El choque contra el agua fría fue más fuerte de lo que Raziel había esperado. Se hundieron en una explosión de espuma que fue insignificante en aquella estrepitosa noche de fuego y pólvora. Raziel casi se desvaneció bajo el agua hasta que sintió el potente agarre de Mikxens en su brazo sacarlo de un tirón hacia la orilla de cerámica. Retomó el aire con terrible esfuerzo y escupió restos de agua ahí encorvado en el suelo. Cuando terminó, alzó la cabeza hacia lo alto y vio el palacio que había sido su hogar ser coronado por una gigantesca nube de humo negro.

El ahora moribundo señor Kent, Makno, enfrentaba la mano negra de su propio destino del otro lado del palacio. Él y su grupo de escolta se movían agazapados por pasillos cargados de polvo y escombros que crujían a su paso. Alcanzaron aquel largo pasillo con las ventanas de mosaico donde alguna vez Makno

había tenido aquel encuentro con la visión de la serpiente dorada Enrid. Se movían por su longitud aprovechando la oscuridad que reinaba tras el apagón cuando el zumbido del Ejecutor llegó de nuevo a sus oídos, reviviendo miedos conocidos.

Los mosaicos se alimentaron entonces no de la luna, sino del fulgor celeste de la ármiza quemada de aquella bestia mecánica.

—Está del otro lado de la ventana —siseó el líder de la guardia, haciendo un gesto de parada con su mano—. No se muevan.

El Ejecutor avanzó un par de metros sin advertir su presencia, como desorientado, para alivio del grupo. Makno recordó la silueta dorada de Enrid reptando sobre aquellos cristales esa noche: la noche de la advertencia. Cuando le ordeno que desistiera a las demandas externas. Algún escaneo del lugar le habría devuelto la pista a su depredador, pues tras un giro se volvió de nuevo hacia ellos.

—¡Corran! —ordenó el guardia.

Echaron a correr por todo lo que restaba del largo pasillo seguidos por la tormenta de disparos pulverizando aquellos mosaicos que Makno había apreciado desde que tuviera conciencia. Pudo sentir su piel ser golpeada y lacerada por los restos que explotaban en todas direcciones mientras se movía en el centro de aquel grupo de personas que se iba reduciendo en número a medida que el fuego les alcanzaba.

Makno, trastabillando sobre escombros, se colapsó contra el suelo faltando apenas uno o dos metros para alcanzar una zona segura. Fue ahí cuando se dio cuenta de que ya todos, sino un joven y

asustado guardia que cargaba un escudo desvencijado por los disparos, habían quedado atrás. El líder de la guardia, la dama de compañía... El joven guardia se agazapó ante él, ayudándole a reincorporarse con una mano y blandiendo en alto el escudo con la otra, ganando apenas tiempo para empujarle tras cobertura antes de que su coraza cediera y fuera pulverizado por la ráfaga de fuego como los demás.

Makno se arrastró de espaldas por el suelo aferrándose a la pared de roca que le cubría. Con los ojos ampliamente abiertos y la respiración entrecortada. Su gris cabello alborotado sobre su rostro. Cuan patético y culpable se sintió entonces. Aquella noche se estaba llevando lo mejor de él.

Se reincorporó y caminó en estado de trance por el edificio. Ajeno a lo pasaba a su alrededor. En una ocasión, una bala perdida le rozó el rostro, sin que él mostrara reacción alguna. “Soy el último baluarte de nuestra idiosincrasia”. Aquellas palabras hacían eco en su cabeza. Aparecían en el centro y se expandían como una onda de agua tras el caer de una gota. “El último baluarte”. “Desiste”. Solo entonces dudó terriblemente de su decisión. Saboreó el arrepentimiento, pero, no comió de él. Después de todo, al mundo aun le restaría un Nox... “Raziel, ¿dónde estás ahora? Mientras tú vivas, mi lucha no habrá terminado. Serás tú, quien le dará a la humanidad una lección que se le guarde en los huesos”.

De repente, un guardia quien le encontró entre el caos, le devolvió a la realidad sacudiéndolo de los hombros. Aquel súbito retorno le martilleó la cabeza con fuerza.

—¡Enrid mío! —gritó el guardia—. ¡Qué alguien proteja al señor Makno! Oh, pero ¿qué ha pasado, mi señor? —aquella pregunta fue casi un llanto—. ¿Por qué no ha venido nadie a apoyarnos? ¿Dónde están los refuerzos? ¿Dónde está el ejército?

Makno, en manos de aquel hombre le vio a los ojos. Tenía el rostro enrojecido y cubierto de sucio y sangre. Puso una mano sobre su mejilla.

—No vendrá nadie, pero no temas —le dijo con una voz sorprendentemente tranquila, la voz de un hombre en paz con la muerte—. Dime, buen hombre, ¿qué noticias tenemos de Mikxens y mi hijo?

El guardia tartamudeó.

—Según su último reporte, el joven príncipe está asegurado. No hay eventualidades.

—Bien, bien —dijo Makno, posando su otra mano en el rostro del guardia—. Entonces hemos terminado aquí, mi soldado. Nadie más que yo tendrá que morir esta noche. Me has servido bien. Ve, ve y siéntate por ahí, descansa.

El guardia, sintiendo las manos viejas de su amo sobre su rostro, se le quedó viendo, confundido. Pensando que finalmente su líder había perdido la cabeza. ¿Qué sería de aquella nación ahora?

A varios metros bajo la tierra, en los húmedos y resonantes sótanos del palacio, Raziel caminaba casi tironeado del brazo por Mikxens. Habían accedido ahí mediante una trampilla oculta en el jardín. Desde ahí apenas y podía escucharse el estrepito bélico superior, solo los ecos de sus pasos. El lugar estaba pobremente iluminado por una luz amarillenta mortecina producto de los generadores de emergencia. Mikxens estaba

fríamente callado. Raziel no pudo evitar sentirse incomodo por su silencio, así como por la ausencia de otros guardias en el lugar.

—¿Dónde está mi padre? —dijo Raziel liberándose de su agarre, con voz imperativa. Se detuvo en seco.

Mikxens hizo lo mismo. Permaneció quieto por varios segundos, dándole la espalda y habló sobre su hombro.

—Me informan que el señor Makno nos espera del otro lado...

A aquellas palabras podía dársele varios significados aquella noche.

—No vendrá con nosotros, ¿no es así? —respondió Raziel con el rostro sombrío—. No soy estúpido.

Mikxens se volvió del todo.

—No es el lugar, ni el momento para otro de sus berrinches. Si hubiera usted obedecido, todo esto habría sido fácil. Estoy arriesgando mucho por usted. Así que ahora camine...

Raziel se cuadró.

—Ya deja de tratarme como un niño ignorante —espetó—. Y no olvides con quien estas tratando. Esta será la última vez que me hablas de esa manera. Sé lo que ocurrirá esta noche, y en lo que me habré convertido para cuando salga el sol. Así que más te vale guardarme el respeto.

Mikxens se mostró sorprendido ante aquel restallido repentino de autoridad. Sin embargo, el joven reclamante tenía razón.

—Señor... yo... —tartamudeó—. No pretendía...

—Déjalo —dijo Raziel reanudando la marcha—. Yo sé bien lo que pretendes, y lo que no. Sigamos.

Mikxens permaneció quieto un rato. Siguiéndole el paso con la mirada.

Al final del túnel se toparon con una pequeña puerta de malla metálica. Mikxens adelantó el paso para desbloquearla. Entraron y bajaron una docena de herrumbrados peldaños de hierro. Raziel nunca había imaginado que toda aquella infraestructura se extendía bajo sus pies. La iluminación ahí empobreció. Pudieron visualizar la silueta encogida de un pequeño hombre encapuchado.

El pequeño hombre alzó la mirada al advertir su presencia y Raziel supo identificarlo como el viejo conserje por su poblada barba que sobresalía por la grieta de la capucha.

—¿Estamos listos para la extracción? —dijo.

Mikxens asintió con la cabeza, dejando caer una mano sobre el hombro de su protegido.

Raziel vio a Mikxens, luego al viejo conserje, luego a un extraño mecanismo de tubos que podría verse a través de los espacios en la parrilla metálica del suelo. Pudo ver una especie de capsula a través de una ranura abierta en el tubo de mayor calibre.

—Mi señor —dijo el anciano, tomándolo gentilmente del brazo—. Por aquí. Saquémoslo de esta pesadilla. Del otro lado le espera el futuro de Venassi. Vaya ahí, y tráiganoslo. Su pueblo le estará esperando.

Raziel dirigió otra mirada dubitativa a Mikxens y este le asintió. El conserje levantó un pedazo suelto en la parrilla metálica del suelo y Raziel bajó de un pequeño salto al estrecho espacio. Se detuvo antes de encogerse para introducirse en la pequeña capsula de

escape que estaba embutida en el tubo. Mikxens se acucilló junto a él.

—Lamento haberte gritado —dijo Raziel en voz baja, calma—. Ahora más que nunca necesitaré de tus enseñanzas. De tus correcciones. En parte, tú me has convertido en lo que ahora soy. Mi padre no pudo haber escogido un mejor tutor.

—El día del agradecimiento vendrá luego —respondió Mikxens, críptico, como siempre—. Aún queda trabajo por hacer, mi señor...

Raziel asintió para sí mismo. Cerró los ojos. Luego vio a Mikxens.

—Vamos a reparar el sistema —dijo.

En el momento que precede al alba, cuando el negro de la noche se había ya difuminado en un espectro de grises y naranjas, Makno Kent Nox cruzó el vestíbulo de su palacio en ruinas con el rostro en alto. Su silueta, moviéndose impasible entre el conflicto fue una señal tácita de cese de armas. Los hombres de ambos bandos se detuvieron en seco, girando la cabeza para seguirle el paso con la mirada.

Sus pies evitaban los cuerpos tendidos en el suelo sin necesidad de bajar la mirada. La llevaba anclada en el resplandor que se formaba en las grandes puertas en arqueadas que daban a la entrada frontal del palacio, donde le esperaban sus captores. Aunque, para él, para sus ojos, la luz al final de aquel túnel lo estaba llevando a otra parte. A un lugar de escamas doradas y susurros serpentinos.

En el momento en el que dio un paso afuera, con las manos en alto en señal de rendición, el cono de luz del VTOL, junto a incontables láseres de armas

cayeron sobre él. Ni siquiera podía escuchar las ordenes que le gritaban los hombres enmascarados en aquel bullicio. La nave que levitaba en el cielo, juzgando con su cono de luz, era aturdidora, su vuelo les sacudía las ropas y levantaba polvo y navajas secas de palmeras desde el suelo. Miró hacia lo alto en todo momento, nadie supo a qué exactamente. Se dijo después que tenía los ojos acuosos, y que se encontraba en algún éxtasis de abstracción ante la presencia de una entidad que hizo presente en aquel lugar para él, y solo para él.

El tubo al vacío disparó la capsula de escape de Raziel hasta las afueras de la ciudad. Un pequeño grupo de guardias nerviosos le recibieron tras abrir la pequeña compuerta. Le ayudaron a salir de ella sosteniéndolo de ambos brazos. Se reincorporó para encontrarse en las arenas del desierto colindante. Los guardias a su alrededor le miraban en silencio, sin saber que decir. Sus rostros eran siluetas grises, casi indefinibles a la luz gentil de la madrugada. Raziel pasó de ellos y caminó por la arena con pasos pesados para escalar la duna mas cercana. Desde ahí obtuvo una visión panorámica de todo Venassi. El viejo mercado en el que solia perderse de niño... el famoso canal... Su cielo estaba cortado por numerosas columnas de humo, pero esa vez, no de humo blanco procediente de los baños de purificación, sino de uno negro... que se alzaba desde lo que fuese su casa. Y no pudo evitar romper en un huracán de ira y llanto ahí mismo, con el viento del desierto sacudiendo la Lanza de Termes que colgaba de su pecho.

Makno Nox fue ejecutado públicamente aquella misma mañana, tras recitar sus últimas palabras con

LAURENCE CASTILLO

extraño júbilo: “No te regocijes porque se haya roto la vara del que te ha herido. Porque de la prole de la serpiente nacerá un basilisco, y lo que nacerá de él devorará a los pájaros”.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

